

CARLOS CARNICER



# forçada

Un espía español al servicio de Felipe II

LA CRUZ DE BORGONA



Lectulandia

En 1588, la Armada Invencible, la flota más poderosa que jamás ha surcado los mares, es derrotada y humillada por las naves de Isabel I de Inglaterra. Maltrechos, los barcos de Felipe II tratan de regresar a España circunnavegando las islas Británicas por una ruta plagada de tormentas, enemigos y afilados acantilados contra los que se hundirán muchos de ellos.

Entre los naufragos se encuentra Guillaume, el fiel compañero de Forcada. Desarmado y sin medios, tiene que escapar de una Irlanda dominada por las tropas herejes, acompañado tan sólo por un misterioso y joven soldado español. Ambos son perseguidos por un terrible enemigo, un hombre que ha prestado juramento a la religión de la venganza y que busca cobrar su presa en el joven. Mientras tanto, en París, todavía convaleciente de las torturas sufridas en su anterior aventura, Forcada recibirá la visita de un bello recuerdo de tiempos remotos y buscará con denuedo la manera de rescatar a su amigo.

En La cruz de Borgoña Carlos Carnicer nos presenta un épico viaje al siglo XVI, un relato de supervivencia en las legendarias y brumosas tierras de Irlanda en una nueva y trepidante aventura de Forcada, el espía español al servicio de Felipe II.

**Lectulandia**

Carlos Carnicer

# **La cruz de Borgoña**

**Forcada - 2**

ePub r1.0

Titivillus 24.11.2017

Carlos Carnicer, 2008

Editor digital: Titivillus  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

Dedico esta novela a los lectores de Forcada. El secreto de la Reina Virgen,  
con la esperanza de que les complazca esta nueva entrega y, a ser posible,  
también les emocione.

*La matanza*

**F**UE poco más tarde del amanecer. Desnudos y tiritando, nos llevaron a un campo raso, alejándonos aún más del escuadrón en el que habían a nuestros capitanes y al maestre de campo. En medio de los acaso cuatrocientos hombres que éramos, no pude ver nada más que un movimiento de pánico cuando los que estaban más cerca de los ingleses advirtieron cómo éstos avanzaban una manga de arcabuceros que clavaban en tierra sus horquillas, apuntándonos.

Alguno gritó:

—¡Aquí nos acabarán a todos!

Entonces el frenesí por salvar la vida se apoderó de todos, como si no fuéramos ya más que un rebaño de bestias sin rastro de voluntad humana.

Las primeras descargas cayeron mientras nos atropellábamos los unos con los otros, cada cual intentando seguir su propio camino, huyendo de los arcabuzazos.

En medio de la grito y confusión, ninguno se ocupaba de los compañeros que iban cayendo a nuestro lado y corríamos sin concierto, los más escapando en dirección contraria a la que señalaban los tiros de los arcabuces.

Seguido de otros muchos, yo me encaminé a la carrera hacia un bosque que quedaba más allá del alcance de las armas inglesas. El miedo que sentía era tal que ni siquiera me dolía la pedregosa y dura tierra bajo los pies desnudos y aún lastimados por la caminata del día anterior.

Pero cuando ya confiábamos en hallar refugio entre los lejanos árboles, de delante de éstos surgió una manga de caballería, las lanzas apuntando hacia los que huíamos. Reconocerlos y verlos cargar contra nosotros fue todo a un tiempo.

Agotado por la loca carrera, o por que tropezara con algo, caí a tierra muy poco antes de que los caballos se me echaran encima.

Me tapé la cabeza mientras a mi alrededor oía los horribles gritos de terror, la espantosa forma en que crujen los huesos y la carne al ser atravesados por las lanzas, las últimas blasfemias de mis compañeros alanceados a traición.

Imaguiné, más que ver, que algunos dieron en correr en la dirección por la que habían venido, tratando así de escapar a la nueva matanza. Sólo estoy seguro de que se seguían oyendo, cansinas e interminables, las descargas de arcabucería, y cada vez que sonaban, ahora les seguían menos gritos de muerte.

Me incorporé sin siquiera mirar en torno mío. Sólo veía los árboles lejos. Tan lejos.

Otros muchos debían de seguir mi mismo camino, pues escuchaba sus jadeos y

pisadas, los cascos de los caballos persiguiéndonos, los gritos de otros más que iban cayendo bajo la punta de las lanzas o el tajo feroz de las espadas.

Delante de mí también debían de correr algunas docenas de hombres desnudos y aterrorizados como yo, buscando el mismo amparo. Pero no alcanzaba a verlos. Sólo veía aquellos árboles, cada vez más cerca, siempre tan lejanos.

No volví la cabeza en ningún momento, como si al hacerlo temiera fuese a quedar petrificado como la mujer de Lot. Tras de mí escuchaba las voces de los jinetes enemigos, voceando en su maldita lengua: «¡Allí, allí, a éstos!». Como ángeles del juicio Final, formaban partidas que se lanzaban contra los grupos más numerosos de nuestros soldados para acabarlos metódicamente, sin piedad.

Cuando llegué al bosque no me detuve ni a recobrar el resuello. Continué corriendo y corriendo, enredándome y despellejándome con las zarzas y la maleza, destrozándome los pies descalzos, sin parar nunca.

Creo que la sangre no me llegaba ya a la cabeza, pues apenas distinguía por dónde andaba. Sólo deseaba encontrar un lugar seguro en el que desplomarme y reposar, y sin embargo era como si el terror y no mi voluntad moviera mi cuerpo y lo espoleara a seguir adelante.

Estaba tan aturdido que ni siquiera pensé en encaramarme a un árbol o buscar cualquier otro refugio. Sólo correr y correr, caer al suelo y alzarme de nuevo, zafarme de las zarzas y seguir, seguir siempre adelante.

Una de las veces que caí al suelo miré atrás y vi un grupo de cuatro o cinco jinetes que se había internado en la selva. Sus gigantescos caballos se movían con lentitud, esquivando árboles y matorrales, y los soldados iban escrutando la maleza por todas partes en busca de supervivientes.

Más a lo lejos se oían gritos, vocerío y ladridos de perros, así que imaginé que habían echado también infantes con sabuesos para que rastrearan el bosque a la caza de los pocos infelices que, como yo, hubieran llegado vivos hasta allí.

El sol ya se levantaba haciendo más visible y sin cobijo el interior del bosque, y yo continué corriendo cada vez más fatigado, guiándome sólo por la voluntad de alejarme de cualquier lugar del que procediera voz humana alguna.

Al poco, mis pies comenzaron a hundirse en una tierra húmeda y cenagosa y cuando quise saber dónde me hallaba, me encontré metido en un pantano que cubría cuanto mis ojos podían abarcar. El agua me llegaba a los pechos y mis pies resbalaban en el fondo y se enredaban con la maraña de cañas y ramas viscosas que crecían en el lecho del pantano.

No sé durante cuánto tiempo estuve desguazando por allí, mas no pude descubrir por dónde regresar a la tierra firme para continuar por ella mi huida. El agua olía a podrido y yo experimentaba harta repugnancia de lo que pudiera contener aquel lodazal y que mi vista no alcanzaba a ver. Me aterraba, ante todo, la idea de toparme con alguna culebra de las que suelen habitar en tales parajes, y la idea de su visión creo que me espantaba más entonces que la de ser hallado por los ingleses y

degollado.

Sin embargo, no pasó mucho desde que pensara esto hasta que escuché con sobresalto cómo se agitaban unos cañaverales que estaban a poco menos de un tiro de piedra de donde yo me hallaba. De entre las cañas vi salir el hocico de un perro, que me ladró y enseñó los colmillos, delatando a sus amos mi presencia.

Procuré alejarme de allí cuanto mi situación me permitió, pero no pasaría un minuto antes de que al lado del can aparecieran tres o cuatro soldados ingleses que me señalaron con el dedo y dieron grandes voces llamándome o amenazándome.

Se oyó un tiro y, a pesar del asco que aquellas aguas me producían, no dudé ni por un instante en sumergirme bajo ellas y bucear con los ojos cerrados tan lejos como pude y hasta que mis pulmones no aguantaron más.

Cuando por fin saqué la cabeza del agua para tomar aire, choqué contra algo que flotaba en la superficie y que yo creí había de ser algún madero o rama. Mas al apartarlo de mí agitando uno de mis brazos, toqué algo que me sobresaltó. Parecía un odre de cuero, pero al punto entendí era el cuerpo de uno de mis desdichados compañeros que había ido a morir allí, ahogado o arcabuceado por nuestros verdugos.

El horror en que me puso este hallazgo me animó a sumergirme de nuevo y bucear otro buen trecho; por lo menos en cinco ocasiones salí a tomar aire y al punto volví a zambullirme en aquel lodazal, moviéndome bajo las aguas como anguila, aunque con infinito asco y repugnancia y sin atreverme a abrir los ojos por no morir allí de puro miedo a lo que sus aguas contenían.

Medio ahogado de estos trabajos, miré luego en torno por certificarme de que mis perseguidores ya no podían verme. Y aunque no hallé rastro de ellos, no por eso me sentí más aliviado, pues enseguida me vino el pensamiento de que me encontraba perdido en medio de aquel pantano que no parecía tener principio ni fin.

Desguazando por él decidí meterme en unos cañaverales que encontré cerca, por ver si éstos eran el principio de una lengua de tierra que saliese del pantano.

Mi situación empeoró con este intento, pues ahora me hallé trabado entre las cañas, que se me clavaban y rozaban todo mi cuerpo desnudo, y durante un buen espacio que anduve así no hallé tierra sino después de penosa marcha, que acaso sería media hora más tarde, aunque se me hizo tan larga como una vida en el mismo infierno.

Cuando mis pies tocaron al fin tierra sentí tal emoción de verme aún con la vida que me hiqué de rodillas y di muchas gracias a Dios por habérmela guardado hasta allí, acompañadas de unas gruesas lágrimas de alivio que al poco se mezcló con un sentimiento de inquietud. Pues enseguida comprendí que, a pesar de haber dado con tierra, no conocía dónde me hallaba, y bien podía encontrarme en una de las isletas que de ordinario se forman en tales pantanos, solo, desamparado, desnudo y sin ningún alimento que echarme a la boca.

Mas, con todo, estaba yo tan exhausto, que me tendí en la tierra y al poco me quedé dormido sin reparar en otra cosa que en ceder a la exigencia de reposo que

todos los miembros de mi cuerpo, y aun mi ánima entera, demandaban.

## *La Trinidad*

COMO poderoso señor que mueve las fantasmas del sueño, quiso el diablo que ni en este trance en que tanto menester tenía yo de descanso hallara completo reposo. Pues acaso por obra de la gran hambre que padecía, se me acuerda haber soñado hallarme otra vez en Lisboa, la madrugada del lunes 25 de abril de aquel mismo año de 1588.

Me veía de nuevo formado con mi compañía de mosqueteros en la gran plaza de esa ciudad, frente al palacio del virrey, tiritando de frío y sin haber probado bocado desde el otro día. Frente a mí, el frío Tajo, y sobre él, recortándose como gigantescas sombras, los innumerables navíos de la grande y felicísima armada que nuestro señor, el rey Felipe segundo de este nombre, había juntado en Lisboa para expugnar Inglaterra...

Vide otra vez salir de su palacio con gran pompa al cardenal archiduque Alberto, virrey de Portugal, junto al duque de Medina Sidonia, capitán general del mar océano, al que seguían los capitanes de las escuadras que formaban la armada destinada a castigar la osadía y malas obras de la reina de Inglaterra. Con los capitanes de las más de las naos, los maestros de campo y oficiales de las compañías embarcadas en la flota, y caballeros muy principales que habían acudido de todos los reinos de la monarquía a servir en esta jornada, se compuso, camino de la catedral de Lisboa, la más gallarda procesión que nunca se haya contemplado.

Llegados a la catedral, mientras el coro cantaba, el cardenal archiduque entregó solemnemente al duque de Medina Sidonia el estandarte real que se alzaría en su capitana, el galeón *San Martín*. En ese mismo momento se nos ordenó disparar salvas al aire en la plaza. A continuación, todos los barcos de la armada dispararon tres cañonazos, atronando la ciudad con su ruido. A mí me brincó el corazón de orgullo, figurándome que el viento llevaría tal estruendo a los oídos de la hereje reina de Inglaterra, como desafío y advertencia cierta de que sus pecados tendrían pronto y cumplido castigo.

Más tarde vide pasar con la procesión que volvía de la catedral al abanderado montando un caballo blanco. Sostenía con gallardía el estandarte agitándose al viento. En el centro, el escudo de España, flanqueado por las imágenes de la Virgen y de Nuestro Señor Jesucristo en la cruz. En una voluta, inscrito en latín, el ruego *Exurge Domine et Vindica Causam Tuam*: «¡Levántate, Señor, y vuelve por tu causa!». Jinete y caballo avanzaban por la plaza como una reencarnación de Santiago, que a tantas victorias había conducido a las armas de España.

Más tarde mi sueño me llevó hasta tres meses después, en el fondeadero de Calais, en Francia. Era la noche del domingo 7 de agosto. Sin noticias ciertas de la llegada de la flota del duque de Parma, que había de unirse a nosotros para desembarcar en Inglaterra, Medina Sidonia había ordenado no pasar adelante y aguardar nuevas del duque. A nuestras espaldas, toda la armada inglesa, que sumaba centenar y medio de velas, se movía en la noche, como el zorro que acecha su ocasión.

Pasada la medianoche se levantó un viento vivo del sur. Los vigías de mi nave, la *Trinidad Valencera*, dieron el grito de alarma: brulotes. Subimos a cubierta y acertamos a distinguir unas luces a lo lejos, que a medida que se iban acercando se convirtieron en la imagen de barcos en llamas. Navegaban muy juntos y en orden, como si una mano invisible los condujera hacia nuestra posición.

Un veterano español que estaba a mi lado comenzó a musitar una oración y repitió dos veces: «¡Líbranos señor de estas máquinas infernales de Gianbelli!»

Los ardientes brulotes, sin tripulación, siniestros e implacables, las velas desplegadas, eran arrastrados directamente hacia nosotros por la triple fuerza del viento, la marea y la corriente del Canal de la Mancha. Podíamos distinguir ya el fuego trepando por sus cordajes.

Llegó una barcaza de aviso enviada por el duque de Medina Sidonia ordenando que no rompiéramos la formación de la armada, que había enviado unas pinazas al paso de los brulotes para aferrarlos y desviarlos de su fatal camino. Debíamos aguardar la señal de la capitana para, si no quedaba más remedio, levantar las áncoras, apartarnos de la trayectoria de los barcos incendiarios y mantenernos de bolina antes de regresar de vuelta a nuestra posición inicial.

Pero los más avisados recordaban bien el sitio de Amberes y los navíos de Gianbelli que estallaron sobre el puente levantado por el duque de Parma sobre el Escalda llevándose la vida de más de ochocientos hombres. Si aquellos ocho brulotes que se nos acercaban iban armados de las mismas minas infernales, ninguno quería quedarse allí para morir.

Escuché al piloto discutir a gritos con el capitán la orden del duque de Medina Sidonia de mantenernos a la espera:

—¡Si algún daño nos viniese —vaticinó el piloto—, acordaos de la suerte que corrió el navío de Don Pedro Valdés, que con ser general principal de esta armada, el duque lo dejó abandonado a su suerte para que lo batieran a su gusto los ingleses!

Dos de las pinazas enviadas por el duque aferraron con sus arpones a dos de los brulotes más cercanos a nuestra armada. Con maestría los apartaron de su camino y los obligaron a seguir la fuerza de la marea que los arrastraba hacia la costa, lejos de nosotros.

Otras dos pinazas intentaron hacer lo mismo con otro de los barcos incendiarios que se nos echaba ya encima. Por la proa, un marinero lanzó su arpón para aferrarlo cuando, de repente, los cañones del brulote, cargados con sus balas y recalentados por

el fuego que los consumía, comenzaron a disparar al azar. El marinero del arpón cayó al mar en medio de un resplandor de chispas, no se sabía si derribado por una bala o fulminado por el terror.

Entonces, la confusión se apoderó de todos. No había tiempo ya ni para levantar anclas. Nuestro capitán no dudó más y dio orden de cortarlas y apartarse cuanto antes del camino de los seis brulotes que ahora se nos venían irremediabilmente encima. A hachazos desesperados, que fue milagro no se despedazaran entre ellos, tres marineros a la vez cortaron el ancla mayor de la *Trinidad*.

El barco viró entonces y puso popa para alejarnos cuanto antes de allí. Sin embargo, uno de los brulotes, echando chispas, tal vez con las balas de sus cañones ya disparadas, pasó tan cerca de nosotros que hubiese podido asar sardinas en su fuego con sólo alargar el brazo.

A la mañana siguiente, la armada se había dispersado. Los ingleses, al ver por fin rota la compacta formación contra la que se habían estrellado sus anteriores dentelladas a lo largo del Canal, se lanzaron sobre nosotros como una jauría hambrienta. Manteniéndose a distancia de culebrina, nos cañonearon todo cuanto pudieron. Pero aunque nos taladraron a balazos, ni aun así lograron echar a fondo sino unos cuantos de nuestros navíos, ni osaron venir a las manos con nosotros como les pedíamos, cubriéndolos de insultos por su cobardía: tanto podía en su ánimo el temor de vérselas cara a cara con españoles.

A pesar del brutal ataque, la armada recompuso su formación mientras el viento cambiaba al Norte y nos arrastraba hacia el mar de ese nombre y los temibles bajíos de la costa flamenca, en los que toda la armada, ahora de nuevo reunida, corría el peligro de embarrancar y destrozarse.

Los ingleses no se atrevieron a seguirnos, seguros de que lo que no habían podido hacer ellos con sus balas lo completaría el viento del este-nordeste y la fuerza de la corriente que nos llevaba irremisiblemente hacia los bancos de arena de Zelanda.

Puestos a morir sin remedio, mejor era hacerlo luchando. El duque de Medina Sidonia envió orden de detener la marcha y mandó algunos galeones a retar a los ingleses al combate. Mas éstos mantuvieron la distancia rehusando abreviar nuestra desgracia, codiciosos de sus propias vidas, ansiosos por asistir a nuestra ruina.

La armada continuó así avanzando hacia su destrucción. El agua del mar cambiaba de color rápidamente, cada vez más clara. La sonda marcaba siete nudos, luego sólo seis. Nuestro calado era de cinco. En unos minutos encallaríamos en la trampa de los bancos de arena y las olas, los ingleses y holandeses al acecho nos destrozaban. De hecho, era un milagro que aún ninguna nave hubiera encallado.

Y de pronto quiso Nuestro Señor que sucediera lo impensable. El viento cambió caprichosamente y la brújula viró por completo. Del este —nordeste que nos arrastraba hacia los bajíos zelandeses, la aguja giró al oeste— suroeste.

La armada abandonó la peligrosa proximidad de la costa y se internó en el mar del Norte seguida a cobarde distancia por la flota inglesa. El viento nos conducía a la

parte septentrional de Inglaterra y a Escocia. Medina Sidonia reunió a los capitanes y acordó que si el viento cambiaba en los siguientes cuatro días, la armada regresaría en busca de los ingleses a pesar de que las municiones escaseaban y de que muchos de nuestros mejores galeones estaban acribillados y con el aparejo destrozado. En otro caso, bordearíamos Escocia e Irlanda y regresaríamos a España, si no con la victoria, al menos con los barcos del rey.

El 11 de agosto el viento seguía arrastrándonos al norte. Por excusar el agua y los alimentos para la gente, se ordenó echar al mar los caballos y las mulas que debían de haber llevado la artillería al desembarcar en Inglaterra. Arrojadas las pobres bestias al mar, era lástima escuchar sus relinchos, y contemplar sus tristes esfuerzos por sobreponerse a las olas, esforzándose por seguir la estela de las naves mientras iban desfalleciendo y ahogándose en el desamparo.

Entre el 13 y el 18 de agosto el tiempo empeoró y comenzaron a desatarse sobre nosotros violentas tormentas que ya no nos abandonarían. Pasábamos todo el día empapados y tiritando, achicando agua con las bombas. Las galletas estaban en mal estado; la carne y el pescado en salazón, podridos; y el agua, incluso severamente racionada, no daría para más allá de un mes.

El 23 de agosto perdimos contacto con el resto de la armada. Nuestra *Trinidad*, el *Castillo Negro*, la *Barca de Hamburgo* y el *Gran Grifón* quedaron aislados en algún punto al noroeste de Escocia. Durante una semana, como criaturas perdidas en la oscuridad que se agarran las manos para aliviar su soledad, se mantuvo cada nave a la vista de las otras. El primero de septiembre la *Barca de Hamburgo* no pudo más y disparó un cañonazo de socorro. El *Gran Grifón* y nuestra nao recogieron a su tripulación, más de trescientos hombres, justo antes de que la *Barca* se fuera a fondo. Ahora éramos más bocas que alimentar, más agua que consumir, más enfermos que contemplar mientras agonizaban.

El 3 de septiembre una borrasca nos separó definitivamente de nuestros únicos compañeros en este mundo y no volvimos a saber nada más del *Castillo Negro* y el *Gran Grifón*. Durante dos semanas más navegamos solos en medio de esa nada de lluvia y vientos desatados. El ancla mayor que dejamos en el fondo del mar en Calais fue la que nos faltó cuando las tormentas nos hicieron escorar en un arrecife de la desconocida costa de Irlanda. Mas aún debo dar muchas gracias a Nuestro Señor y a Su Bendita Madre por haber permitido que tomara tierra con la mayoría de la tripulación antes de que el casco de nuestra nao *Trinidad* se partiera en dos y se destrozara luego contra las peñas.

### *La abadía*

**E**L sol debía de estar ya en lo más alto cuando desperté. Los cielos son, sin embargo, tan negros y tristes en aquellas partes, que me costó encontrar detrás de qué nubes se escondía el gran astro. Tenía la sensación de haber dormido tanto que dudaba si aún era el mismo día o había malgastado yo una o dos jornadas tendido en aquel lugar.

Pues que ninguna de estas preguntas me las iba a responder nadie en aquel paraje desolado, me puse en pie y comencé a caminar con todo el cuidado puesto en procurar alejarme de la ciénaga que tengo dicha.

Además del hambre y el frío que llevaba, al poco empecé a sufrir una gran sed, pues en casi medio día no había bebido cosa alguna, desde que la noche anterior nuestros verdugos ingleses nos permitieron beber agua cuando acampamos en el mismo despoblado que habían decidido convertir en nuestra tumba.

Comencé a arrepentirme de no haber aprovechado la cercanía al pantano para saciar la sed por la repugnancia que sus aguas me provocaban, y pensando en ello y en lo desesperada que era mi suerte, iba caminado sin ganas ni determinación, como un ser mecánico y falto de toda voluntad.

Salí a una silva que no supe si era la misma que había atravesado horas antes huyendo de los jinetes. Como recordé que los ingleses habían dejado partidas por allí para acabar a los fugados, avancé por ese bosque medio arrastrándome y atento a cualquier sonido que pudiera revelarme la presencia de mis enemigos.

Al llegar a un punto en el que clareaba un poco la arboleda, me detuve para decidir por dónde atravesaría aquel lugar sin exponerme a ser visto. Atisbé alrededor, y me llegó el olor del humo de alguna fogata que debía arder por allí cerca. La sola idea de poner mi cuerpo aterido al lado del fuego me decidió a correr el riesgo de acercarme a él.

Con muchas precauciones me fui arrastrando hasta ver claramente el punto del bosque de donde procedía el humo. Me extrañó no hallar a nadie en la proximidad, pero al fijarme más me pareció que la hoguera había sido recientemente abandonada, pues apenas ardía ya y sólo humeaba un poco.

Desde el punto en que estaba así observando, descubrí que alguien descansaba apoyada la espalda en el tronco de uno de los árboles, muy cerca de la hoguera.

Me acerqué pues muy despacio, con la esperanza de que fuera algún español, como yo, fugado de la masacre, y con el temor contrario de que se tratara de alguno de los soldados del gobernador de la isla. Pero de pronto me asaltó tal determinación

de alcanzar el calor de aquella hoguera antes de que su fuego se apagara del todo, que agarré del suelo una rama caída, la blandí a modo de bastón en mi mano y la apreté en mi puño dispuesto a dar cuenta de quien se interpusiera en mi propósito.

Con todo, cuando estuve más cerca, comprobé que el hombre que reposaba junto al árbol estaba tan en carnes como yo, y convencido de que sería uno de mis camaradas, le palpé con cuidado en el hombro, para no sobresaltarlo.

Como no obtuve respuesta ni movimiento alguno de él, creyendo que dormía profundamente, lo zarandeé con más fuerza y le susurré que no temiera ningún mal de mí, que yo era también español.

Mis zarandeos cada vez más enérgicos consiguieron que su cuerpo resbalara por el tronco y cayera en tierra. Sólo entonces comprendí que había estado intentando despertar a un muerto y me separé de él con espanto.

Tenía los pies chamuscados e irreconocibles porque sus verdugos debían de haberlo estado torturando antes de degollarlo, pues una horrible herida atravesaba su cuello de parte a parte, que parecía milagro que su cabeza permaneciera aún unida al resto del cuerpo.

Apiadado de él, determiné darle cristiana sepultura. Pero antes de ocuparme en esto, avivé la hoguera un poco, para que no se extinguiera, echando ramas y hojas del suelo y me calenté a su lado durante unos minutos.

Luego arrastré el cuerpo del desdichado hasta un desnivel que había visto allí cerca, y para darle alguna profundidad más a la tumba, lo limpié cuanto me permitían mis pobres manos, única herramienta de que disponía, de trozos de ramas y algunas piedras de las que me serví luego, junto con hojas y ramajes, para cubrirlo lo mejor que pude y estorbar así que las alimañas lo profanaran.

Arrodillado ante la improvisada sepultura, recé por su alma y pedí a Dios y a Nuestra Señora le perdonaran sus pecados, pues que ya los había pagado sobradamente con tan mala muerte. Aproveché también para rogar que me conservaran la vida y encaminaran mis pasos lejos de los peligros, a algún lugar desde donde pudiera embarcarme y regresar a tierra de cristianos, prometiéndoles muchas mercedes si así me favorecían; me conmovió tanto pronunciar aquellas palabras en medio de esas soledades, que rompí a llorar de la pena que a mí mismo me daba mi desesperada suerte.

Regresé junto al fuego y me quedé allí sentado un largo rato recuperando el calor que le había faltado a mi cuerpo desde que el día anterior nuestros captores ingleses nos habían despojado de todo cuanto teníamos hasta dejarnos en cueros, incumpliendo como falsos y traidores la palabra que tenían dada a nuestro maestre de campo de rendirnos a buena guerra.

El bienestar que aquel calor me procuraba pareció traer de nuevo a mí sentimientos propios de hombre, y el recordar las afrentas y el mal tratamiento que estos herejes nos habían dado, su terrible falsía y crueldad, y el modo en que nos habían ido matando esa mañana con engaño y diabólica deliberación, me hizo volver

el calor también a la sangre y las lágrimas a los ojos, que no eran ahora de compasión por mi suerte, sino de indignación y deseo de tomar venganza de ellos.

De aquellos pensamientos me sacó súbitamente escuchar cascos de caballos que se acercaban por la espesura. No teniendo con qué apagar el fuego que supuse había llamado la atención de los que se acercaban, intenté apresuradamente desperdigar las cenizas ayudándome de unas ramas, sin caer en la cuenta de que con ello sólo perdía un tiempo que me era precioso para huir de allí, puesto que quienes fuesen los que se aproximaban no dejarían ya de acudir al lugar por mucho que yo extinguiera la hoguera.

Así que al punto eché a correr con la idea de internarme en lo más espeso e intrincado del bosque, que era el único modo que tenía de escapar de ellos, pues que los caballos era forzoso que se movieran con más lentitud entre aquellas malezas.

Pero debía de tener a mis perseguidores ya lo bastante encima como para que acertaran a verme, porque oí un tiro a mis espaldas y voces y órdenes que concertaban entre ellos, por las que entendí que se disponían a dispersarse y seguir cada uno un camino distinto para intentar rodearme y hacerme caer en su red.

Corrí así al principio para poner la mayor distancia entre mi persona y mis enemigos. Mas después de un buen rato de correr sin concierto, se me ocurrió que por mucho que intentara alejarme, siendo ellos cuatro o cinco y caminando en diferentes direcciones, sería inevitable que alguno diera al final conmigo.

Con este pensamiento determiné que me estaría mejor buscar dónde esconderme y aguardar a que desistieran de su busca, y hallé muy a propósito para esto el ocultarme debajo de un grueso tronco derribado que encontré, muy cubierto de maleza por todas las partes, y al que yo mismo hice más escondido acarreando unas ramas que me cubrieran y ocultasen del todo a la vista.

Aun así, el miedo y la incertidumbre, además del hambre y sed que sufría, me hicieron la espera interminable. Por suerte, al cabo, dos de los que me buscaban pasaron cerca de mi escondrijo y les oí hablar entre ellos, que entendí se decían debía de haber huido yo hacia un monasterio o abadía que había fuera de aquel bosque, y que me irían a buscar allí.

Cuando se hubieron marchado, aún aguardé un tiempo en mi refugio por temor a que lo que les escuché decir no fuese sino un ardid para tomarme más desprevenido, o que alguno de los otros soldados pasase también por allí y me encontrara. Así, no dejé el bosque más que cuando ya era muy entrada la tarde, y al poco hallé ser cierto lo que les había oído de que por allí cerca había un monasterio.

Aunque había yo concebido la esperanza de que en casa de religiosos acaso hallara algún amparo, en cuanto estuve lo bastante próximo a sus muros me convencí de que aquel lugar estaba abandonado. Recorrí el exterior prevenido de no tener otro mal encuentro con los que habían ido hasta allí para buscarme, pero no encontré rastro de ellos y supuse que, al no encontrarme, se habrían marchado ya.

Al penetrar en la iglesia hallé a doce pobres españoles colgados de las vigas y

todo el templo despoblado, saqueado y echado a perder, las imágenes de los santos derribadas y quemadas, y los monjes huidos de allí, que aquella visión me espantó y abatió aún más mis flacos ánimos.

Salí afuera con el alma encogida de pena, pues no soportaba quedarme dentro junto a los restos de los desdichados que allí habían matado los herejes. Llorando de desesperación, pedí a Dios me perdonara por no tener ánimo, ni fuerzas, ni serme conveniente ocuparme en enterrar a mis desgraciados compañeros, pues sospechaba no tardaría en volver allí alguna partida de soldados en busca de fugados, y si veían los muertos enterrados, delataría yo con esto mi paso por aquel lugar.

Lo único bueno que saqué de mi paso por la abadía fue hallar en su huerto unos árboles de cuyos frutos comí, que eran como manzanas pequeñas o peros, y aunque agrios y sin madurar devoré con gusto, no sólo para remediar el hambre, sino porque su jugo palió un poco la sed que padecía.

Hallé también un pozo con su abrevadero al lado. Pero no encontré ni cuerda ni cubo con los que poder sacar el agua de dentro, que creo se habían cuidado los herejes de no dejar con qué pudieran saciar su sed los desgraciados que acudieran allí a ampararse.

Como el abrevadero conservaba un poco de agua, acaso resto de la que utilizaran los caballos de mis perseguidores a su paso por el monasterio, no dudé en beber de ella, y con tanta ansia, que sólo me faltó lamer el sucio charquillo que quedó en su fondo. Y esto, a pesar de que sabía cómo podía enfermar por culpa de estas aguas, como había visto suceder en varias ocasiones, cuando estaba embarcado, entre marineros y soldados que no se conformaban con el cuartillo de agua de la ración y la sed arrastraba a beber de los barriles en que el agua se había corrompido.

## *Una bruja*

**D** EJÉ la abadía con la pena y horror que tengo dichos, y seguí por un camino que de ella partía, sin idea de adónde me dirigía ni cómo hallaría refugio para hacer noche, que ya poco restaba para que el sol se pusiera. Mas por evitar otro mal encuentro, caminaba por mitad del bosque, teniendo siempre a la vista el senderejo como guía, pues supuse que a algún lugar habitado me había de conducir.

Hice mi camino mordisqueando muy despacio uno de los peros que dije, y en la otra mano guardaba otros dos de estos frutos por tener algo que echarme a la boca al otro día. Pero las fuerzas me iban faltando ya y creo que no había andado ni un cuarto de legua cuando me topé con una vieja como de ochenta años, la cual estaba cerca de la arboleda recogiendo seis o siete vacas que tenía, a cual más escuálida.

Vestía tan sólo una saya basta de color entre negro y pardo, que no se sabría si era su natural o el efecto de tanto uso, y la visión de su miserable aspecto y extrema vejez me sobresaltó en medio de aquellas soledades, haciendo que me preguntase si no sería una visión o el aspecto con que se me presentaba la muerte para llevarme de este mundo.

Por señas y sin osar aún acercarme le pregunté quién era, y la anciana me preguntó a su vez:

—¿España?

Asentí, aunque con temor de que no fuera a denunciarme a los herejes. Pero la mujer me observó con lástima un momento y me hizo señas de que la siguiera sin miedo, que me daría algo con que cubrirme.

Esta mirada suya de compasión me hizo tomar conciencia de que yo andaba tan desnudo como mi madre me trajo al mundo, y que si bien aquélla era mujer rústica y ya muy anciana, no podía acompañarla mostrando mis vergüenzas como si fuera un animal. Así que antes de hacer como me decía, arranqué unas ramas y me cubrí como pude con ellas, que fue con una sola de las manos, pues por nada quería soltar de la otra el único alimento seguro que poseía, que eran aquellos dos peros.

Por lo que entendí luego de unas señas que me hizo, la mujer me pedía que la ayudara a terminar de recoger sus vacas, y para que pudiera hacerlo con más comodidad, me alargó una vara de las que usan los pastores, ofreciéndose a llevar mis frutos en un bolsillo de su vestido.

Yo no tenía ninguna costumbre de tratar con vacas en vida, que todas las que había conocido habían sido troceadas para cocinar en los fogones de la posada de mi tío, maese Mordal. Así que me costó hacerme obedecer de aquellas bestias y

conducirlas por donde su dueña deseaba, que temo fue mi ayuda de más estorbo que socorro para su dueña.

Como ya cerraba la noche, llegamos a una choza que la anciana conocía, con un corral de piedra cercano en que encerramos los animales. Hecho esto, acarreamos al interior algunos leños que por allí la mujer tenía, e hicimos un fuego.

La mujer me entregó entonces una vieja manta para que me cubriera, que yo acepté con grandes muestras de contento, aunque luego supe tenía ésta tantos piojos que de haberla dejado suelta hubiese tomado su propio camino.

A su manera, con gestos y palabras de su salvaje lengua, me contó entonces que había escapado esa mañana de un villaje próximo en el que de ordinario vivía, y se había llevado sus vacas al bosque en que la encontré por miedo de que los soldados del virrey inglés no se las tomaran. Me previno que no anduviese hasta el dicho poblado, pues estaban en él los soldados y había visto con sus ojos cómo colgaban a otros tres españoles como yo que habían apresado en él.

Mientras me refería esto, de un hatillo que llevaba sacó cosa de un medio cuarterón de harina de avena con el que fue cocinando una suerte de gachas, que el olor de ellas y el sentirme bajo techo y caliente por primera vez en tantas semanas me hizo saltar de nuevo las lágrimas de gratitud a Dios y a aquella buena mujer que por ventura había puesto Él en mi camino.

Como la vieja me viera llorar, comenzó a decirme algunas palabras cuyo significado yo no comprendía, mas debían de ser ternezas que por su bondad y para mi consuelo me decía, lo que le agradecí por gestos y enjugándome luego las lágrimas.

Tras compartir aquella pobre cena, le pregunté por el lugar en que nos hallábamos, pues más allá de que nuestra nao encalló en Irlanda, no conocía en qué parte de esta gran isla me hallaba. Pero la mujer era tan ruda e ignorante que para ella nada parecían significar levante ni poniente, y septentrión y meridión, creo, pensó que eran personas de quienes le pedía noticia.

Para representarle mejor lo que le preguntaba, me puse a dibujar con una ramita en el suelo de la choza el contorno de aquella isla, tal como recordaba haberlo visto en las cartas. Ella me miró entonces asustada y se santiguó muchas veces observando con espanto el dibujo, cual si yo fuera un demonio que poseyera extraños poderes. Y por más veces que intenté explicarle que aquel dibujo no era otra cosa que Irlanda, cuyo nombre le repetí con insistencia, aun por su antiguo nombre latino de Hibernia, no conseguí hacerme comprender de aquella mente inculta.

Irritado, caí en alguna cólera con ella, rompí la ramita y la arrojé lejos, olvidado por un momento de la gratitud que debía a la caridad que aquella anciana me estaba mostrando. Y fue entonces cuando ella dijo:

—Ahora sí parecéis en verdad soldado.

Que lo que más espanto me puso, no fueron ya las palabras, sino que las dijera en mi propia lengua borgoñona.

Y aunque quise hablarle, por certificar si las había pronunciado de veras y era cierto que hablaba mi lengua, no pude sacarle nada más entonces, pues que al punto de decirlas se salió fuera de la choza y no regresó sino después de un rato largo con un cuenco de leche que me ofreció bebiera.

—¿Habláis mi lengua? —le pregunté suspenso.

—Bebed la leche que os ofrezco —fue su única respuesta, de nuevo en borgoñón —, que precisaréis muchas fuerzas para seguir vuestra jornada.

Y aunque yo estaba tan ansioso como se puede suponer por oírle contar cómo era posible que en aquel paraje tan alejado de mi tierra natal viviese persona que conociera mi idioma, sus palabras me impusieron un tal respeto que no osé importunarla. Pues, por extraordinario que parezca, desde que regresó a la choza, ya no me parecía que fuese la misma anciana mujer salvaje e inculta de antes: que aun sus ademanes habían cobrado de pronto una magnificencia y autoridad que me movían a temerla y respetarla.

Pasado un minuto, me hizo un gesto con la mano para que me acercara a ella, y sin decir más, me fue mostrando las brasas del fuego, que ella removía muy despacio con un hierro, haciéndolas mudar así de forma.

—No sois español, mas vuestro destino está unido al de un caballero que es de esta nación —comenzó a decir—. Esta jornada que lleváis os hará aún más de su sangre y os convertirá doblemente en su hijo, pues él os defenderá cual si fueseis de su mismo linaje y en adelante llevaréis su nombre.

Un escalofrío me recorrió el espinazo, pues entendí que aquellas oscuras palabras sólo podían estar referidas a mi señor Don Juan de Forcada. Procuré grabarlas en la memoria para examinarlas después, cuando estuviera menos confuso que en ese momento.

Pero la anciana continuó hablando en el mismo cifrado lenguaje:

—Hasta vos llegará el hombre que no tiene nariz y no sabréis reconocerlo. No temáis por vuestra vida, que no es la vuestra la sangre que busca, pero cuidado de la de vuestro señor, que la tendréis más cerca de lo que habréis sospechado...

Al punto que escuché hablar de un hombre sin nariz pensé en Robledo, con espanto, y el corazón me empezó a palpar tan desbocadamente que, a despecho del temor que aquella adivina ahora me infundía, me atreví a interrumpirla:

—¿De quién habláis es de Robledo, señora? —le pregunté.

—No es árbol de quien hablo, pues que no tiene raíces —respondió en aquella jerigonza que usaba—, como escorpión es verdugo, como langosta viaja de una a otra parte, como araña acecha su presa, como pelícano se alimenta de sangre... Cuidaos de él, porque os robará el alma y hará de vos instrumento de su venganza.

Sus palabras y mi sospecha pusieron una gran angustia en mi ánimo, y como no quería que me dejara de hablar de sus vaticinios, le pregunté si podía ver en las brasas si yo saldría por ventura de aquella isla y regresaría a mi casa.

—Ello dependerá de vuestra industria y la limpieza de vuestro corazón, pues que

la resolución del destino de un hombre no está escrito en ninguna parte, y es el solo fruto de sus obras —me contestó.

Y a continuación, mirándome con una intensidad que me sobrecogió, siguió diciéndome:

—Os he hablado en este particular porque os conocí desde que os comportasteis como hombre de armas y no como el mozo asustado que hallé en el bosque, que está escrito en la antigua profecía que pasados los años habréis de volver a esta tierra, y que dejaréis acá linaje del que vendrá la libertad a sus moradores y acabará la opresión en que los han de tener esta hereje reina y sus descendientes...

Después se incorporó y me anunció:

—Ahora debéis partiros y regresar al bosque donde os hallé, pues vuestros enemigos están en camino hacia aquí. Al otro día debéis caminar a la tierra de O’Cahan, que está al este, donde hallaréis amparo por un tiempo y a quien contaréis cómo me habéis visto y hablado, pero en quien no fiaréis.

Se quitó del cuello un crucifijo que llevaba y en el que hasta entonces no había yo reparado, el cual parecía joya muy rara y antigua, y me lo entregó.

—Este crucifijo os favorecerá, y según a quien lo mostréis, os amparará o será vuestra perdición, así que habéis de tener discernimiento al emplearlo —dijo—. Y ahora partid ya.

No me dejó que le agradeciera su caridad y consejos, sino que me puso mucha prisa en que partiera con algunas cosas que me dio para hacer mi camino.

Y tuvo razón en hacerme salir de la choza con tanta presteza, pues que apenas me había alejado de allí, vi desde lejos llegaban a ella unos jinetes, que me parecieron los mismos con los que había tenido aquel mal encuentro en el bosque.

## *Cuatro fugitivos*

**L**AS jornadas siguientes caminé al este en busca de las tierras de ese señor de O’Cahan del que la anciana me dio aviso. Mas al segundo día topé con una gran laguna o brazo de mar de los que suele haber en aquella tierra que se interponía en mi camino, que no parecía tener fin. Seguí por su margen, que contornearla me apartó de mi propósito y me llevó más de dos leguas hacia el sur.

Marchaba yo siempre por despoblados, pues había determinado huir el encuentro con los salvajes de aquel país hasta que el hambre no me forzase a buscar su trato. La vieja me había dado unas tortas de pan de avena y unos pedazos de queso, y con esto, los peros que me quedaron y algún fruto que fui recogiendo por mi camino me bastó para sobrellevar mi jornada. El agua no me faltó ya, pues que mi protectora se había cuidado también de darme un pellejo pequeño que cada tanto rellenaba de la que corría por los arroyos que iba hallando a mi paso.

Con un cuchillo que la misma mujer me dio, cortaba ramas con las que me fabricaba el techo debajo del cual hacía noche a cubierto de los constantes aguaceros que de ordinario azotan aquellas partes. Y el mismo cuchillo me sirvió para abrir un agujero en medio de la manta que tengo dicha, por donde sacar la cabeza, de modo que la misma me servía a manera de camisa y me cubría el cuerpo del riguroso frío y humedad de esa tierra.

Al tercer día llegué a una parte donde habría unas treinta chozas todas despobladas y sin gente, y como quería anochecer ya, pensé en recogerme en una que me pareció la mejor. Entrando por la puerta de ella, la vi llena de muchos haces de avena, que me contentó mucho, pues agradecí poder dormir sobre ellos y no en el duro suelo.

Pero apenas me hallé dentro, cuando buscaba hacerme el más cómodo lecho con aquellos haces, veo salir por un lado a tres hombres en carnes, tan desnudos como su madre los parió, levantarse y mirarme con mucho temor.

El miedo que me puso esta aparición no fue menos que el que ellos debieron de tener con verme, que cada uno hubo de pensar si no se hallaba ante diablos. Yo eché mano de mi cuchillo y les grité se estuvieran quietos, que de otra forma los habría de matar, fuesen hombres o demonios.

—¡Oh, Bendita Señora y Madre de Dios, asístenos y líbranos de todo mal! — suplicó entonces uno de éstos en lengua veneciana.

Y entendiendo por estas palabras que me hallaba entre cristianos y fugitivos como yo, por quitarles al punto la confusión y espanto que tuvieron de verme, les respondí:

—Sea con nosotros esa gran Señora.

A lo que, para asegurarse más de quién fuera yo, se acercó uno de ellos que hablaba en español y me preguntó si yo también lo era.

—Mi nombre es Guillaume de Tallenay, y soy borgoñón de nación —le contesté —, mas nada ha de temer de mí vuestra merced y los otros, que os certifico que, como si fuera español, podéis fiar en mi persona.

Con grande alivio se llegaron a mí los tres y me miraron con mucho contento y curiosidad, preguntándome todos cómo había llegado hasta allí y si venía también en la nao *Trinidad* que se hundió los días pasados.

Les respondí que así era, conté cómo me había salvado de la matanza que hicieron los ingleses en los demás, y quise saber a mi vez la historia de cada uno de ellos y cómo habían venido a parar allí.

Uno que dijo tener por nombre Horacio Donai, marino veneciano de los que formaban la tripulación de nuestra desventurada nave, contó casi lo mismo que yo había referido hasta el momento que cargó la caballería de ingleses para alancearnos:

—Entonces me derribó uno de los caballos y dio conmigo en tierra, que no sé si este mismo animal o algún otro debió de pisarme la cabeza con sus cascos y quedé yo tan malherido de esto que perdí el conocimiento, sino que cuando desperté vi por todas partes multitud de hombres tirados por el suelo, muertos la mayor parte. Mas por asegurarse de que ninguno quedásemos con la vida, venían ahora nuestros verdugos rematando a los moribundos con picas y espadas, que yo me libré fingiéndome muerto, y, como vieron manaba tanta sangre de mi cabeza, me dieron por tal.

»A la noche caminé sin rumbo hasta llegar a un pobre villaje en que me encontré con unos salvajes, que como me santigué muchas veces ante ellos para mostrarles era cristiano y como vieron venía yo desnudo, desfallecido y muy mal herido, me tuvieron por español y se apiadaron de mí, recogióndome por aquella noche en su casa. Pero al otro día, como acudieran allí unos soldados, me rogaron me partiera al punto, pues que si me hallaban los ingleses y descubrían me habían amparado sin entregarme, les costaría a ellos la vida.

»Antes de partir me contaron por dónde debía caminar la vuelta del castillo del obispo Cornelio que vuestras mercedes saben. Mas huyendo yo encontrarme otra vez con los ingleses que recorren toda esta tierra a la caza de la gente fugada del *Trinidad*, terminé perdiendo mi camino, hasta que me encontré con mi compatriota Lorenzo Grilli, que os hará ahora el relato de sus desventuras.

Y así le siguió el dicho Lorenzo, quien contó:

—Tengo la mía por la más milagrosa y espantable de las suertes, pues en tanto vuestras mercedes salieron de la nao antes de que se hundiera y con tiempo de recoger cada uno la mayor parte de sus pertenencias, yo fui de los desdichados que quedaron a bordo procurando salvar la *Trinidad*, con tan mala fortuna que me vi atrapado dentro de ella cuando, con la quilla partida, el casco no aguantó más, la nave

viró y se fue a fondo llevándose consigo a los cuarenta que allí estábamos. Que aún no sé por qué gracia del Señor, cuando creía que ése sería mi último día, casi ahogado ya, salí de las aguas y la corriente me arrojó en la marina, pero con tan poco aliento que estaba más en la otra vida que en ésta.

»Un tiempo después acudieron allí con intención de robar los despojos de valor que la marea iba arrastrando a tierra algunos salvajes de aquellas partes, y creyendo estaría yo muerto, comenzaron a quitarme toda mi ropa hasta dejarme en cueros. Como yo protesté con las pocas fuerzas que me restaban este atropello y falta de caridad con un desventurado náufrago, ellos me apalearon dejándome luego por muerto ya, de cuyos golpes medio me quebraron esta pierna diestra.

»Otros que pasaron por allí al otro día me trataron con alguna mayor dulzura, y aunque nada me dieron para mi sustento, que se excusaron eran muy pobres y así nada podían darme, me dijeron era aquella tierra de un señor de Odoheret y que me estaría bien partirme hasta la casa de un obispo Cornelio que tenía allí cerca un castillo bien defendido, que como católico que era, éste me recogería y socorrería para que pudiera refugiarme en Escocia.

»Seguí aquel aviso y me encaminé con intención de llegar adonde el dicho obispo. Pero por que no comprendiera yo bien dónde me dijeron se hallaba el castillo, o por mi poca destreza en andar esta tierra desconocida, que toda mi vida la he pasado en la mar, no hallé cómo llegar allí, y tras andar perdido y muerto de hambre alcancé dando tumbos un antiguo monasterio de benitos, que hallé despoblado y saqueado por los luteranos.

En este punto de su relato, pensé si no sería ese monasterio el mismo que yo había encontrado al salir del bosque, y por las señas que el narrador y yo nos dimos de cómo era el lugar, convinimos en que debía de ser la misma abadía que tengo dicha.

—Pasé allí la noche y otro día vi que venían hacia allí unos ingleses que traían cautivos a unos españoles —continuó su relato Grilli—. Me escondí en lo que quedaba de la torre y desde allí contemplé cómo llevaban a los infortunados al interior de la iglesia y luego de un rato salían solos los herejes y se partían. Que cuando fui a ver qué se había hecho de los prisioneros, los hallé a todos colgados de las vigas del templo, sin respeto de ser aquél un lugar sagrado.

»Con el espanto que vuestras mercedes se pueden representar huí luego de allí, sin saber a dónde ir y matándome el dolor de la pierna herida, y me refugié en el bosque, donde llevé la vida de las bestias. Hasta que algunos días después, como creía morir de hambre, salí de allí y caminé a la ventura hasta encontrarme con mi compatriota Horacio Donan, a quien conocí al punto por haberlo tratado de muchos años que somos marinos, y con él como ayuda y compañía, vinimos ambos cerca de estas chozas, donde nos topamos con el señor Julián Mosquera, soldado viejo español que vuestra merced tiene a su diestra y que os contará su historia —concluyó Grilli.

Tomando la palabra el español, empezó a decir:

—Soldado viejo soy en verdad, que de muchos años hasta ahora siempre he

servido a su majestad el rey de España. Embarqué en Lisboa en el tercio de Nápoles de Don Alonso de Luzón y pasé los trabajos que todas vuestras mercedes conocen tan bien como yo, por haber venido juntos en el *Trinidad*. Así que no repetiré lo que ya se ha referido, sino que la mañana que los ingleses separaron la mayoría de los hombres y los llevaron a un campo raso que llaman de Alliagh, a mí me sacaron de entre los otros por haber entendido era yo uno de los capitanes, y así me condujeron a su escuadrón junto al maestro de campo y los demás hombres principales del tercio, que de nada me sirvieron los ruegos que les hice de que me dejaran quedar con mis hombres para mantenerles el ánimo.

»Apenas nos habían apartado, que seríamos obra de cuarenta españoles, el sargento mayor de ellos, un señor Kelly que es tan falso como judas, en cuya palabra de que respetaría los términos de nuestra rendición, como es costumbre entre hombres de armas, había fiado nuestro maestro de campo, dijo que marchábamos a una villa cercana llamada Dungannon, donde reposaríamos y nos darían cuanto precisáramos. Que todo fue estratagema para hacernos partir sin resistencia, pues que al poco pudimos escuchar a lo lejos los disparos y los gritos de muerte de los que habían quedado atrás.

»Como Don Alonso pidió cuentas a Kelly de tanta falsedad y engaño, este diablo se quitó entonces la máscara de hombre de honor que hasta entonces había usado y se descaró con él diciendo tenía orden del virrey de la reina de acabar con todos los españoles, sin respetar más vida que la de los principales por los que se pudiera pedir rescate.

»Desde entonces nos dieron todo el mal tratamiento que pudieron, llevándonos a pie y a marchas forzadas sin res peto a los muchos enfermos y heridos que llevábamos y negándonos el alimento y el agua, como si hubieran determinado matarnos a todos de tanto caminar.

»Por esta causa, al parar a hacer noche en un despoblado, yo y otros cuatro oficiales nos determinamos a escapar como fuera de allí, y a la primera ocasión lo pusimos por obra echándonos a un río y cruzando hasta la otra orilla, lejos de nuestros enemigos. Que del intento yo sólo quedé con la vida, pues a uno lo mataron los ingleses antes de llegar al río que digo, y los otros tres se ahogaron en él.

»Imaginando que algunos españoles se habrían librado de la matanza y habrían huido, pensé dirigirme a la marina y unirme a ellos o hallar alguna barca con que pasar en Escocia, donde los señores católicos de aquel reino acaso me podrían socorrer para que pasase en Flandes o en Francia.

»Había salvado yo algunas pertenencias y toda mi ropa, pues que cuando los ingleses que nos rindieron desnudaron a los demás, yo me encaré con unos y les dije habían de matarme si querían quedarse con ellas, y que les juraba que antes que lo hicieran mataría yo a alguno, aunque no fuese más que con las manos. Oyéndome decir esto un Ricardo Hovenden que era capitán y tenía mucha autoridad con ellos, les dijo a los otros que me dejaran quedar vestido porque mi ejemplo no soliviantara a

otros.

»En mi camino hacia la marina no encontré sino salvajes que no osaron hacerme ningún mal, pero de tan miserable estado y tan faltos de cualquier posesión que hasta las menores prendas eran a sus ojos gran riqueza. Aunque se proclamaban buenos católicos, y me iban señalando el camino que había de seguir, nada daban sino a cambio de alguna de mis pertenencias, que al final, por tener de qué comer, acabé tan desnudo como me veis, y no con mucha menos hambre. Que al fin vine a parar cerca de estas chozas para resguardarme, y en ellas hallé a estos dos venecianos cuyas historias ya conoce vuestra merced.

## *El crucifijo*

**D**ESPUÉS de escuchar los relatos de las desventuras de aquellos compañeros que Dios había puesto en mi camino, como los viera con peor fortuna que la mía, compartí con ellos el poco sustento que tenía y, mientras comíamos aquella pobre cena, también hube de satisfacer la curiosidad que los tres sentían por conocer cómo había conseguido aquella manta que me cubría y que ellos, en su desnudez, estimaban más que si fuera oro.

—Fue regalo de aquella anciana que encontré con sus vacas, como a vuestras mercedes ya referí —les repliqué—, la cual me dio también este cuchillo que veis. Mas fío yo más en éste que en la manta, pues que la pueblan tantos piojos y tan voraces, que en tres días que llevo con ella creo que me han desangrado más que lo haría un cirujano.

Rieron ellos de buena gana la ocurrencia y al acabar nuestra cena, que fue menos de lo que se tarda en santiguarse, pregunté qué camino tenían intención de tomar al día siguiente.

—Nuestro intento es probar a alcanzar juntos adonde no fuimos bastante cada uno por sí para llegar —me respondió el Grilli en nombre de los dos venecianos—, que es al castillo de Dunhort, donde mora el obispo Cornelio.

Aunque la esperaba, su respuesta me contrarió, pues había empezado a confiar en que haría en compañía de mis tres nuevos camaradas la jornada que tenía pensada hasta las tierras del señor de O’Cahan, y así se lo confesé con toda llaneza.

El capitán Mosquera estuvo de acuerdo conmigo y abogó por que los marineros siguieran mi opinión:

—Tanto más espero yo de la jornada que nos propone este mozo borgoñón que del intento de volver nuestros pasos al castillo de ese obispo —argumentó el español—, pues que a nuestro paso por él, como recordará el señor Horacio por haber estado presente, recuerdo aún cómo no se mostró ni franco ni derecho con nuestro maestre de campo, que cuando éste mandó fuéramos a hablarle y nos dejara ampararnos en su fortaleza, el dicho Cornelio nos pidió tiráramos con los cañones que llevábamos contra ella, con la excusa de fingir que la rendía por fuerza y que los ingleses no se lo tuvieran por traición que les hacía.

—Así es la verdad —asentí yo en apoyo del capitán—, que en el tiempo que gastamos en estos parlamentos con el obispo se llegaron tan cerca de nosotros los ingleses que siempre tuve sospecha si no fue ardid suyo para entretenernos y dar en tanto aviso a nuestros enemigos.

—De haber señoreado aquélla tan buena fortaleza —continuó Don Julián—, con ser nosotros más de cuatrocientos hombres mandados de tan buenos capitanes, no faltándonos las vituallas que podríamos haber tomado de la comarca, ni con diez veces más herejes que le hubieran puesto sitio nos habrían hecho rendir, y menos estando en estas partes tan cercano el invierno, que los ingleses hubiesen tenido al poco que levantar el cerco y partirse a sus cuarteles y nosotros quedado dueños del campo...

Di la razón al capitán con sentimiento, pues desnudo e indefenso como lo veía ahora, comprendí cuánto debía de aliviar su pena el pensar por un momento en cuánta mejor suerte y mayor honor podía haber hallado, a la cabeza de sus soldados, luchando como un hombre, y acaso muriendo como tal, evitando así caer en el mísero estado en que al presente se hallaba.

Horacio estuvo de acuerdo en que, acaso por el temor de ver tantos españoles armados a la puerta de su casa, el obispo no había actuado con la llaneza exigible a un católico, pero razonó:

—Con ser esto como Don Julián dice, de los salvajes que me recogieron reducido yo a la mayor miseria y con la cabeza abierta por la causa que ya dije escuché el consejo de que me partiera a las tierras del obispo, que me certificaban me ampararía como había hecho con otros españoles y podría pasarme en Escocia, y tengo éste por el más cierto y mejor consejo que podemos tomar.

Su compatriota Lorenzo dijo lo mismo, y con alguna cólera que no entendí de dónde nacía, añadió que siguiésemos nuestro camino el capitán y yo a esas tierras del tal O’Cahan y lleváramos buena ventura, que por ningún respeto él pensaba apartarse de su determinación de partirse al castillo de Dunhort.

Por sacar de su ceguera a los marineros les conté entonces lo que me refirió la anciana. No mencioné las extrañas palabras que yo había creído tocaban a mi señor Don Juan de Forcada y a su enemigo Robledo, por no ser a propósito entre quienes de éstos nada conocían. Pero sí les conté lo demás: el aviso que me dio de que debía buscar refugio en la tierra del señor de O’Cahan y la profecía de que yo habría de volver a aquellas partes y dejar linaje que libertaría a los católicos de esta isla de la opresión de los herejes. Y como muestra de que lo que les decía era verdad, les enseñé también el crucifijo que la vieja me diera y que había ocultado yo hasta entonces bajo la manta que me cubría por no despertar la codicia de alguno de ellos.

Los tres observaron con cuidado el crucifijo y alabaron mucho su antigüedad, su belleza y buena factura, que el Horacio dijo era joya rara que podía valer más de mil escudos. Pero en cuanto a la profecía de la anciana, los dos marinos se burlaron de ella y dijeron no era sino cuento de vieja loca y que no cambiarían su parecer por cosa tan sin fundamento.

De esta manera se dividieron nuestras opiniones, y como no se veía modo de hacer cambiar el propósito de los dos de Venecia, el capitán Mosquera y yo nos quedamos hablando aparte de cómo al día siguiente haríamos solos nuestra jornada.

Luego, enterrados entre los haces de avena por protegernos del frío, dormimos descuidados, decididos a partir cada grupo por su lado a la mañana siguiente.

Pero Dios había dispuesto otra cosa, pues antes de que amaneciera se presentaron en aquellas chozas unos salvajes que habían venido cerca de allí a trabajar y segar el campo.

Uno de éstos entró en nuestra choza a mirar su avena, y sin atrevernos a resollar, nos escondimos los cuatro entre los haces fingiendo que nadie había allí.

Aunque al poco se marchó éste a su quehacer, comprobamos luego que no había modo de salir de la choza sin ser sentidos, y no fiando de la intención que pudieran llevar estos labradores si nos descubrían, nos quedamos escondidos en la choza y aguardamos a que se fueran, que ellos no lo hicieron hasta que se puso el sol y después de haber echado sobre nosotros tantos haces de avena que apenas podíamos ya respirar.

Con la luna dejamos las chozas y nos partimos el capitán y yo por una parte y los marineros por otra, deseándonos toda la buena suerte, aunque algo sentidos cada grupo con el otro por no haber seguido su opinión.

El español y yo caminamos día y medio hacia el este por un áspero monte, sin pararnos más que para comer unos berros y moras que nos habían quedado como único sustento.

Con las piernas rotas de tanto andar y fatigados de la falta de sueño, cuando ya estaba cerca el amanecer del segundo día, al fin hicimos un alto y nos arrebujamos junto a unas peñas. De los haces de la choza y de unas esteras que allí encontramos nos habíamos hecho el capitán y yo algo con que cubrir la desnudez, compartiendo la manta que me diera la anciana, que nos turnábamos en usar para combatir el frío. Al echarnos a dormir, el capitán y yo nos juntamos para darnos calor y que la manta nos cubriera a ambos, y como llegamos tan quebrantados, al punto nos venció el sueño.

Si nuestro sueño fue profundo y pacífico, el despertar fue el mismo infierno, pues nos hallamos rodeados de soldados ingleses y cada uno de nosotros con la punta de una alabarda clavada en el cuello.

Cuando a golpes nos sacaron de nuestro refugio entre peñas y nos bajaron a un altozano que allí cerca había, nos encontramos con que los ingleses llevaban también cautivos y muy maltratados a los dos marinos de los que nos despedimos dos noches antes.

Viéndolos allí el capitán español, entendió que debían haber sido éstos los que denunciaron a los ingleses el camino que nosotros dos llevábamos, y con gran cólera les llamó perros traidores, horadados y vende amigos, todo ello en su misma lengua italiana, que conocía, y para que le comprendieran bien.

Los ingleses tomaron entonces al capitán, lo amarraron y dejaron desnudo y empezaron a torturarlo metiéndole los pies en un fuego que hicieron. Mientras dos le sujetaban para que no pudiera escapar, otro le alzaba y bajaba los pies que le habían atado con una soga.

Primero le preguntaron dónde se escondían los otros españoles que les habían declarado los marineros llevaba consigo camino de las tierras del rebelde O’Cahan, que todo debía ser invención de los venecianos para cebar a los ingleses con ese embuste y que no los mataran a ellos en el momento.

En tanto hacían esto con Don Julián, un irlandés luterano que parecía ser la guía de los otros y tener mucha autoridad entre ellos, se vino a mí y con toda cortesía me preguntó llanamente qué profecía era aquella que me había hecho la anciana, declarándome que le habían hablado de ella los dos marinos.

Como no veía qué tenía que perder con contarla y pensaba que acaso haciéndolo les aplacaría y dejarían de atormentar al capitán, se la referí punto por punto.

Mi declaración pareció complacerle y ordenó dejaran de dar tormento a Don Julián, a quien los dolores de la tortura le habían hecho perder la conciencia. A continuación me pidió le mostrara el crucifijo del que le habían hablado los venecianos.

Al verlo con sus propios ojos su rostro cambió, y aunque lo miró con mucho cuidado, no se atrevió a tocarlo, tal fue la impresión que le hizo. Escuché que hablaba entre sí y decía:

—Nunca pensé que el crucifijo y la dama borgoñona fuesen sino fantasma de rústicos ignorantes, mas ahora aquí lo veo ante mí.

Siguió haciéndome preguntas de cómo había llegado hasta allí, cuál era mi nombre y la calidad de mi persona, que cuando escuchó era yo natural de Borgoña se espantó cuanto no puedo representar a vuestras mercedes y me observó como si yo fuera una quimera.

Después de meditar un momento entre sí, el irlandés me preguntó luego si yo conocía la profecía que corría por la isla acerca de una Dama de Borgoña, y como yo le replicara que no conocía más de lo que le acababa de referir, se quedó muy contrariado y como si no supiera qué partido tomar.

—¿En qué parte conocisteis a esa dama? —me interrogó a continuación.

—No conozco el país y lo sólo que os puedo decir es que fue cerca de un bosque que está junto a una antigua abadía despoblada, a cuatro o cinco jornadas de aquí —contesté.

Con estas palabras mías, que acaso jamás debiera haber pronunciado, él pareció determinarse al fin. Ordenó a los ingleses que le acompañaban que me vigilaran muy de cerca, pero que no me tocaran un solo cabello, pues habían de llevarme ante el virrey de Irlanda. A los desventurados venecianos y al capitán Mosquera ordenó los degollaran, por ser aquel monte sin árboles de que pudieran colgarlos.

—Suplico a vuestra merced, si en algo le puede servir mi vida, perdone la suya al español y a estos marineros, que de otro modo prefiero correr yo la misma suerte que él —rogué a aquel irlandés con lágrimas en el rostro.

—A su debido tiempo quizá la corráis —me replicó—, mas no antes de que os presente al gobernador Richard Bingham.

Y dejándome custodiado por sus hombres, fue a encargarse de que se cumpliera su orden homicida, la cual se ejecutó al punto ante mi aterrada mirada. Que aún veo en sueños el rostro de aquellos pobres venecianos cuando la espada les rajó el cuello, y el único consuelo que hallé es que al menos el capitán Mosquera nada sintió en su horrenda muerte, pues de los tormentos de antes se había desvanecido su conciencia y murió sin saber que lo hacía.

## *La leyenda de la Dama de Borgoña*

**P**OR espacio de tres días caminé al sur como prisionero del irlandés que, como queda dicho, tan cruelmente dio muerte a mis compañeros. Antes que nos partiésemos, el mismo irlandés renegado ordenó a unos seis o siete de su partida que tornaran el camino del lugar donde confiaba, por las señas que a mí me sonsacó, hallar a la anciana de las vacas, en tanto llevaba consigo al resto, que serían una docena más de ingleses, todos servidores del gobernador Bingham, regente de aquella parte de Irlanda.

Iba yo tan flaco de ánimo y atormentado en mi conciencia como se puede imaginar, sin que se me apartara un instante de la cabeza la miserable muerte que habían dado al capitán Mosquera y a aquellos dos venecianos. Que aunque ningún mal tratamiento me dieron los ingleses, pues así les ordenó con mucha instancia que lo hicieran el dicho renegado, y que cuidaran de mi persona como si fuera la de un príncipe, que el gobernador les tendría esto por gran servicio, andaba yo tan decaído y temeroso de mi suerte que antes hubiese preferido morir con los otros que verme en aquella cautividad.

En esos tres días, el irlandés no se separaba nunca de mí ni dejaba de importunarme con preguntas acerca de mi condición, quiénes fueran mis padres y deudos, cómo había venido en Irlanda, a quiénes conocía y había tratado yo en Flandes y en España y otros tales respectos, que por más que yo siempre le replicaba del mismo modo, no se cansaba él nunca de hacerme las mismas inquisiciones, como si esperase hallar contradicción en algo de lo que le declaraba, por lo que vine a sospechar era este renegado un confidente o espía del gobernador y me recaté cuanto pude con él.

A lo menos cuatro veces hube de mostrarle el crucifijo y volverle a referir cómo me topé con la anciana y que yo no conocía la razón por la que me había entregado aquella joya. Que siempre me ponía en sospechar debía haber algún gran misterio en ello el comprobar de qué reverente modo, a pesar de ser hereje luterano, aquel irlandés observaba el dicho crucifijo y casi reprimía santiguarse ante él, como si su antigua condición de católico quisiera vencer su apostasía por el espanto y temor que la visión del crucifijo le producía.

Por lo demás, era este irlandés hombre ladino y muy avisado, dotado de buen ingenio y con gran autoridad sobre los otros ingleses, que en todo se conformaban a su voluntad. Conocía el país como su propia casa y siempre sabía dónde era más seguro hacer noche y qué pasos debían evitarse para no verse sorprendido en alguna

celada de los rebeldes de aquella región.

Por la inclinación que me tenía, aunque no fuese más que por verme dueño de aquella cruz, me había dado un caballo en que caminaba yo mucho más descansado que los otros días, y había cubierto mi desnudez con las ropas de algún desgraciado español al que habría robado, según su impía costumbre, antes de darle cruel muerte. Compartía también su comida conmigo, que no era de poco consuelo después de la mucha hambre que yo había sufrido desde que zarpamos de La Coruña hacía ya más de dos meses. No dejaba que ninguno de los ingleses me importunara ni se acercase a mí, y aun cuando dormía no se alejaba de mi persona más de un pie, que aun su aliento había de sufrir en el rostro.

Pasado el tercer día vadeamos un riachuelo que había en nuestro camino y venimos a salir a un campo raso cultivado de avena, segado a medias, por donde discurría el sendero que caminábamos. Parecía lugar apacible y seguro, pues el terreno estaba despejado y en la distancia que cubren uno o dos tiros de arcabuz no había ninguna otra frondosidad de donde nos pudiera llegar algún peligro.

Y sin embargo, fue cuando avanzábamos por allí que de la misma tierra brotaron obra de veinte o treinta salvajes que, vestidos todo el cuerpo de pajas, habían disimulado muy bien su presencia. Antes que los ingleses pudieran precaverse y ponerse en defensa, a toda furia, los celadores ya los habían descabalgado, aprovechándose de su mayor número, y cuando los tuvieron en el suelo los fueron degollando sin dejar a ninguno con la vida.

Yo creí había de morir también con los otros cuando me vide bajado de mi caballo. Mas cuando dos o tres de ellos me tomaron de los cabellos alzándome la cabeza para cortármela, se enredó entre los dedos de uno de mis verdugos la cadena del crucifijo que llevaba, y creo que fue la codicia de ver cómo era del mejor oro, lo que le movió a detenerse en su intento, tomarme la joya y acudir a mostrársela al que parecía jefe de aquella partida de salvajes.

Éste, que luego supe se llamaba Shanne Bann, se llegó al punto hasta mí, y con palabras inglesas me preguntó quién era yo, cómo tenía aquella cruz y si era católico, a lo que yo respondí santiguándome muchas veces y diciéndole: «España, España, soy España», que gracias a ello hizo señas a sus hombres de que me soltaran y dejaran que me explicase.

Como pude, por señas y en lengua española, que el jefe de la partida parecía entender algo, conté entonces que había naufragado en Irlanda en una de las naos de la armada del rey de España, y cómo después de permanecer escondido en compañía de otros españoles habíamos sido capturados por los ingleses a los que acababan de dar muerte, que sólo a mí me dejaron vivo por verme en posesión de aquella cruz y habían determinado de llevarme ante el gobernador Bingham.

Con sólo escuchar pronunciar el nombre del gobernador cayeron ellos en alguna cólera conmigo, que por los insultos que al punto dijeron de él entendí aborrecían muy ferozmente a este servidor de la reina de Inglaterra, y alguno dijo que pues

conocía al dicho gobernador, e iba a reunirme con él, yo había de ser espía de los ingleses.

—No soy espía, antes al contrario vasallo del rey de España y enemigo de estos herejes —protesté temiendo que me degollarían como a los otros.

—Si es como vuestra merced dice —me preguntó el jefe de ellos—, ¿por qué os unisteis a los ingleses y al renegado traidor que los mandaba para ir junto al gobernador?

—No me uní a ellos —repliqué— sino que fui tomado cautivo. Y por lo que yo entiendo, me conservaron la vida por verme dueño de esa cruz y haberles dicho yo me la había entregado una anciana dama que hallé cabe un bosque cuando andaba escondido.

Aquella mención mía a la vieja del bosque dejó suspenso al Shanne Bann, quien enseguida quiso conocer de mis labios toda la historia.

Cuando se la hube referido, como ya sucediera antes con el irlandés renegado, se quedó él muy espantado y dijo me había de llevar ante su señor, un tal señor de O'Donnell que, me aseguró, gobernaba en aquellas tierras en que nos hallábamos y era mortal enemigo de los invasores ingleses.

Antes de partirnos, hizo el Shanne Bann que cortaran del todo la cabeza del irlandés y se la envolvieran en unos trapos, metiéndola luego en una especie de zurrón, como si se tratara de un presente, que dijo holgaría mucho su señor de O'Donnell de ver la prueba de cómo le habían quitado la vida a un traidor y enemigo jurado como aquél. Y aunque yo debía sentirme afortunado por haber escapado de los ingleses y el destino temible que acaso me reservaran, contemplar ésta tan bárbara acción de estos salvajes me puso en nueva zozobra, y más hubiera preferido hallarme aún desnudo y hambriento por los bosques que en el trato y compañía de tales huéspedes.

Jornada y media después, llegamos a un villaje que tenía un castillo que servía de morada al señor de aquellas tierras y hasta él me condujeron, a la presencia de la esposa del O'Donnell, pues supe que éste se había marchado a otra parte a combatir a los ingleses que en ese tiempo habían ido a atacarle su señorío.

Shanne Bann le habló primero a aquella señora de cómo me habían encontrado prisionero de los ingleses y debió referirle lo de la cruz y la historia de la anciana, porque la mujer del jefe O'Donnell quiso al punto recibirme y escucharla de mis propios labios, ordenando a todos me dejaran a solas con ella.

Era la esposa de O'Donnell mujer de hasta cuarenta años y extremadamente gallarda y hermosa, que quedé suspenso al contemplarla tanto por su belleza como por el mucho tiempo que llevaba yo sin ver a otra mujer sino a la anciana que dije. Se me presentó con mucha gentileza y me dijo se llamaba Ineen Dohl.

—¿Es de verdad vuestra merced de nación borgoñona? —me preguntó.

Porque palpase ella cómo era ésta la verdad y que en nada había engañado yo, le respondí en mi lengua natal, que ella pareció entender con gran dificultad.

Después me rogó en lengua inglesa que le contara cómo había encontrado a aquella dama anciana del bosque, y recordando yo lo poco que de esta lengua hablaba, le fui refiriendo lo que ya se sabe de mi corta estancia con aquella señora.

—Hacedme la merced de mostrarme esa cruz que decís —me pidió luego.

Así lo hice y ella la estuvo admirando largo rato sin decir palabra y luego me la devolvió.

—¿Conocéis el significado de esta joya que me habéis mostrado y por qué razón os la confió la dama anciana que encontrasteis? —me preguntó a continuación.

—Nada conozco de ello sino que la anciana me avisó que esta cruz me favorecería o perdería según a quién la mostrase —repliqué yo.

—Y esa dama os habló como discreta, pues que en manos de los ingleses esta cruz sería vuestra muerte segura —me certificó—. ¿Ignoráis acaso la profecía?

Respondí que nada conocía de ninguna profecía y que tanto misterio me tenía confundido y suspenso, que le rogaba me hiciera la merced de revelarme por fin qué significado tenía aquella cruz y quién era aquella anciana del bosque, que yo holgaría de desprenderme al punto de ella, pues la sola cosa que deseaba era hallar navío con el que volverme a España, o buscar amparo en Escocia, si lo primero no me fuera posible.

La señora Ineen Dohl me suplicó entonces que me sentase a su lado y escuchase con atención lo que tenía que decirme, que fue lo que sigue:

—Hará cosa de un siglo, el rey Enrique VII, abuelo de la que al presente es la reina hereje y usurpadora de la corona de Inglaterra, mandó ejecutar a Ricardo, duque de York, que le disputaba el trono y había rebelado a parte del reino en su contra. Este Ricardo se había criado en Flandes, y ganado el favor de la señora de aquellas provincias, la duquesa Margarita de Borgoña, que casó con el emperador Maximiliano, bisabuelos ambos de vuestro rey Felipe de España.

»Cuando este Ricardo se hizo hombre, desembarcó en secreto en el sur de Irlanda y proclamó sus derechos al trono de Inglaterra, reclamación en la que le secundaron no sólo los dichos duquesa y emperador, sino los principales nobles y obispos de Irlanda y el rey Jacobo IV de Escocia, que le dio la mano de su prima Catalina Gordon, con la que casó. Toda esta pobre isla de Irlanda lo juró entonces como su rey. Mas cuando algún tiempo después Ricardo desembarcó en Inglaterra para ganar aquel reino, fue vencido por Enrique, apresado, y pasados dos años, ahorcado como traidor y usurpador.

»Se dijo, sin embargo, que una hija que Ricardo hubo de Catalina, y que les acompañó en la desgraciada expedición contra Inglaterra, fue salvada por algunos leales y conducida a Borgoña, donde se crió al amparo de la duquesa Margarita. La cruz que me habéis mostrado es la misma cruz que le fue impuesta al duque de York cuando fue jurado rey de Inglaterra e Irlanda, y hace años que corre por la isla la profecía de que pasados cien años de la muerte de Ricardo, un descendiente suyo vendrá de Borgoña portando esta cruz para reclamar sus derechos, y que bajo su

reinado tomarán estas islas a la antigua católica fe y acabará la opresión a que los ingleses tienen sometida a Irlanda.

»En cuanto a la dama que hallasteis en aquel bosque, como os habréis figurado ya, no es otra que la dicha hija de Ricardo, que ha sido vista en cien ocasiones por todos los rincones de Irlanda, y a quien el pueblo conoce como la Dama de Borgoña y le atribuye, además de la santidad, el don de la profecía.

*La discreta meen Dohl*

**P**ASÉ las siguientes semanas muy regalado de la señora de aquellas tierras. Me alojaba yo su castillo como su huésped y disfrutaba tanto de su favor, que raro era el momento del día en que aquella irlandesa no buscara tenerme en su compañía y conversación.

Como mujer, y de las más hermosas que yo haya conocido, cuidaba ella de presentarse ante mí siempre con sus mejores vestidos, acaso un punto coqueta y persiguiendo que la alabase, lo que yo hacía con auténtico gusto y sin fingimiento alguno, pues ya digo que era una muy gallarda señora.

Demostraba ella además una insaciable curiosidad por conocer todo el discurso de mi vida, y no paraba de preguntarme muy en particular por los modos que empleaban las damas de otras partes en que yo había estado. Que tanto por corresponder a aquella constante solicitud suya, como por la vanidad que en el pecho del varón joven y poco avisado despierta siempre la atención de una dama tan en extremo bella como lo era ésta, hallaba yo al principio mucho gusto en este trato y procuraba así complacerla en todo.

De mi paso por Francia, por Flandes, por Inglaterra, España y Portugal, a pesar de mis pocos años y experiencia, sacaba yo cuentos bastantes con que entretenerla, y así le describí las modas que usaban las damas de cada una de aquellas naciones y, hasta donde yo mismo las conocía, las artes que empleaban para esconder los defectos y resaltar la belleza, todo lo cual devoraba ella con la avisada inteligencia que enseguida descubrí que poseía, y me lo agradecía mucho, si bien en algunas ocasiones se tornaba melancólica con mi conversación:

—Todo lo que vuestra merced refiere de otros países —me dijo en medio de una de estas pláticas— me mueve a sentir más pena y vergüenza por este pobre país mío de Irlanda, tan mísero y apartado de las costumbres civilizadas de los otros pueblos que con razón nos tienen por salvajes las demás naciones. Que no os puedo representar yo la envidia que vuestro discurso me causa, y con cuánto gusto trocaría mi actual persona por la de cualquiera de las damas de las otras partes de que me habéis hablado.

Opinaba en esto como mujer discreta, pues es muy cierto que aquella isla es el lugar más inhóspito y pobre que he conocido. Aun en el castillo de este señor de O'Donnell comíamos peor que lo hacen muchos campesinos e incluso mendigos de otras naciones, y ninguna riqueza había en él que no fuera producto del robo o del despojo. Aunque la tierra es húmeda y fría, posee muchos buenos lugares para

cultivarla, y es abundante en cursos de agua. Pero las guerras y revueltas constantes obligan a sus habitantes a fiar más del ganado, que pueden llevar consigo cuando, como es tan frecuente, se ven forzados a huir de los ataques de otros salvajes vecinos, o de los ingleses. Que es esta falta de concierto y sosiego lo que yo creo les mantiene en tal miseria, a la que sólo escapan algunas contadas villas que viven del tráfico y comercio con otras naciones, cuyos moradores se asemejan algo más a los de otras partes de Europa.

El trato tan continuo con esta dama me permitió conocerla bien y estimar su discreción, pero también me enseñó a temerla y desconfiar de sus intenciones. Al poco de estar allí acogido, descubrí que había mandado emisarios a los señores de otra tierras vecinas, que eran los señores de O'Rourke, O'Neill, Maguire, Mac Donnell, O'Connor y Mac Quillan, comunicándoles cómo me hallaba yo alojado en su castillo y era poseedor de la cruz de la profecía. No se me escapó cómo no había dado aviso de ello al señor de O'Cahan, que pienso que la razón de que no lo hiciera era el temor que sentía de que la anciana lo mencionara antes que a ella en aquel vaticinio que me hizo.

Por el Shanne Bann, que cuando no estaba yo con su señora no se despegaba de mi lado, supe que esta dama odiaba tanto a los ingleses, además de por los otros respectos, porque tenían prisionero en Dublín a un hijo suyo. Por el mismo medio entendí también se habían amparado en su señorío unos cuantos españoles huidos de los naufragios de sus naos, a los que daba esta señora todo el buen tratamiento que podía, y en una oportunidad que tuve de hablarles, uno de ellos me contó:

—Esta dama nos vuelve el rostro cuando le solicitamos nos deje partir hacia algún puerto en que embarcarnos a España o retornar en Escocia y de allí en Flandes. Y a otros cinco que llegaron menos enfermos que nosotros, los obligó su esposo y señor de esta tierra a marchar con él como soldados, que es la condición en que nos quiere tener reducidos a todos los españoles que aquí estamos, y no permitarnos nunca que marchemos.

A la primera ocasión que le hablé en esta materia a la señora, ésta me confirmó lo que el español me dijera:

—No ha de extrañar a vuestra merced que mi marido y yo deseemos contar entre los nuestros a tan buenos soldados como es fama son los españoles, y muchos otros que vinieran, con más contento los acogiéramos, que todos son pocos para mantener esta provincia libre del yugo del virrey de la reina de Inglaterra.

Mas desde que entendió ella que había tenido yo comunicación con los otros españoles, ordenó al mismo Shanne Bann que me había llevado hasta allí no me permitiera salir del castillo, y así lo hizo éste. Cuando fui yo a protestar y preguntar si acaso era mi condición la de prisionero, la dama me respondió:

—Es muy ingrato vuestra merced viniendo a hablarme así de descompuesto, pues que el destino que se os reserva es muy elevado, y rodando las circunstancias como yo confío que lo harán, se cumplirá en vos la profecía de la señora de Borgoña que ya

conocéis.

Nada le importó que al principio le respondiese yo que no me tenía ni deseaba ser el liberador de que hablaba aquella leyenda, y que le señalara cómo ella estaba acomodando las palabras que me dijo la anciana a su particular conveniencia:

—Pues habéis de recordar —le repliqué— que lo sólo que la anciana vaticinó es que yo habría de volver otra vez en Irlanda, y que aquí dejaría semilla de la que, transcurridos muchos años, vendría la libertad a Irlanda. Que son palabras ya en sí lo bastante oscuras e inverosímiles para que vuestra señoría las transforme en otra cosa más improbable aún.

—Lo sólo que importa ahora es que vos poseéis la cruz de Ricardo —insistió ella—, y los señores que vendrán a conoceros no os tendrán por menos que por su heredero. Y aunque no confío en que puedan hallarla, habéis de saber que he ordenado busquen a la Dama de Borgoña en el lugar que me señalasteis, que si la tengo aquí, ambos, la anciana y vuestra merced, daréis a este señorío la reputación y potencia que siempre he soñado que tuviera para hacer de él cabeza de la salvación de Irlanda.

A continuación y en otras ocasiones me habló mucho y sin recatarse acerca de estos proyectos suyos, por los que llegué a comprender que la belleza de esta señora no era la mayor de sus virtudes, sino que la aventajaban con mucho su discreción y sutileza. Como discreta, no se le escapaba el poco fundamento que acaso tuviera la antigua profecía, e incluso me mostró algunos libros de Historia en que se decía no fue aquel Ricardo sino un Perkin Warbeck, natural de Tournai, que había fingido ser el duque de York, a pesar de que parecía más cierto que el auténtico, había sido asesinado años antes en la Torre de Londres. Como astuta, conocía la fuerza y contagio que la leyenda de la Dama de Borgoña tenía entre los naturales de su tierra, gentes simples y deseosas de verse libres de los ingleses.

Si lograba convencer a los otros señores del norte de Irlanda de que se unieran en una liga bajo la señal de la cruz que yo poseía y proclamando que era mi persona la del liberador anunciado, muy pocos sabrían escapar a la sugestión, ni siquiera aunque, como la propia Ineen Dohl, no confiaran en la autenticidad de la profecía, pues se verían arrastrados por la fiebre transmitida al pueblo.

La finura de su inteligencia llegaba a tanto, que ella misma me confesó habría que andar con paso quedo en todo esto para no despertar los celos de los demás señores, que a sus rencillas y emulación tenía por la verdadera causa de la postración en que se hallaba Irlanda:

—Si estos señores vieren muy levantada a la casa de O'Donnell —razonaba—, antes se acordarían con los ingleses que consentir nuestra elevación entre los demás clanes en razón de tener con nosotros al rey profetizado, es decir, a vos. De manera que lo primero será hacer una liga entre iguales, e incluso confiar vuestra custodia a unos y otros señores, para que se confíen más. Luego que todos unidos tomemos alguna villa principal, que bien pueden servir la de Sligo y la de Galway, como con

sólo nuestras fuerzas no serán bastantes para vencer a las de la reina de Inglaterra, habrá que pedir socorros al rey Felipe de España. Que creo que por vengar la rota de su armada que los ingleses le han hecho, bien podrá enviar mil o dos mil infantes con que consolidar lo del norte y aguardar a que los clanes del sur se unan a la liga para ir conquistando una tras otra las villas más grandes antes de volvernó al este, donde ellos son más fuertes. Sólo entonces, cuando una buena parte de la isla esté conquistada, podréis ser vos proclamado rey, y llegados a ese punto, ningún jefe de los otros clanes se atreverá ya a desafiaros.

Por asegurarse más de mi persona, incluso comenzó a tantearme acerca de si yo estaría dispuesto a casar con una hermana de su esposo, que me certificó era todo lo hermosa que yo pudiera desear, recordándome de nuevo la profecía de que yo había de dejar descendencia en aquella tierra. Y aun sospecho que esto me lo mostraba por que yo creyera más en su honestidad, pues lo cierto es que siempre me decía que al otro día me presentaría a la dicha dama para que yo pudiera decidir si era de mi gusto, y luego nunca lo hacía, que me llevó a pensar que su tiro apuntaba a desposarse ella conmigo llegado el tiempo, para ceñir por sí aquella improbable corona que me prometía.

La idea de verme convertido algún día en príncipe de aquella isla a la que, por mis pecados, me arrojaron las tormentas, náufrago y desnudo, me horrorizaba. Pero yo había aprendido ya cómo la mejor medicina para curarse del veneno de las que son a un tiempo bellas seductoras y discretas tramadoras es la que empleó Ulises con Circe: que no es otra que el disimulo.

Así, yo fingía acomodarme en todo a los deseos de la señora Ineen, y aguardar con mucho contento ver llegado el día en que una corona ciñera mis sienes, como estaba profetizado. Pero por secretos medios había seguido comunicándome yo con los demás españoles que residían fuera del castillo, esperando ocasión de poder partirnos todos de la tierra de los O'Donnell. Y fue por su medio que un día entendí cómo a unas leguas de donde nos hallábamos habían venido a reunirse muchos otros españoles bajo el mando del maestre de campo Don Alonso Martínez de Leyva, y que trabajaban a toda furia en reparar algunas de sus naves maltrechas para volverse todos en Escocia.

Disimulé mi intención con ella en tanto acordaba con los otros el medio de fugarnos en busca de nuestros compañeros. Pero la noticia de la presencia de tantos españoles cerca de allí le llegó también a esta señora, quien al poco me llamó a su presencia, y con los más dulces modos me contó lo que yo ya sabía y me dio la siguiente comisión:

—Con el señor Shanne Bann y una escolta que llevará os partiréis mañana a un lugar unas leguas de aquí que se llama Killybegs y pediréis os reciba el señor Alonso Martínez de Leyva. Le mostraréis esta carta que va para él, y le haréis mucha instancia en que mude su intención de partirse de Irlanda y se resuelva a venir a este señorío con todos sus hombres. Le garantizaréis mi protección y el buen tratamiento

que le daremos, con la sola condición de que ponga sus soldados a nuestro servicio. Le diréis más: que mi intención es unir nuestras fuerzas y conquistar algún buen puerto en que hacernos fuertes en espera de cuál sea la voluntad de su majestad el rey de España. Que si quisiera conservarlo como cabeza para señorearse de esta isla, o recoger sus soldados y llevarlos con toda comodidad de vuelta en España, a todo me acomodaré yo.

Antes de dejarme insistió mucho en recordarme lo que ya me había declarado otras veces y cuánto importaba a nuestros proyectos que Don Alonso se aviniera a juntar con ella los mil soldados que se decía había reunido en aquel puerto, pues con tal fuerza a nuestro lado, y sin aguardar a que nos viniera otro socorro de España, bien podía conquistarse una buena porción de Irlanda e iniciar así el camino hacia la corona de la que tanto me había hablado y con la que ella soñaba.

## *El viaje de la Girona*

**A**L otro día caminé la vuelta de Killybegs al encuentro del maestre de campo Don Alonso Martínez de Leyva, que había arribado a las costas de Irlanda en la nao *Rata Encoronada*. En el momento de partir del castillo de la señora Ineen Dohl intenté en vano convencer a ésta de que me dejara llevar conmigo a los otros españoles que estaban recogidos en sus tierras, con la excusa de que el testimonio que éstos sabrían dar del buen trato recibido inclinaría acaso más el ánimo de Don Alonso a fiar en sus promesas de alianza.

Llegué al campo del capitán español en un triste momento, pues que de las cuatro naves que había pensado éste en juntar, al final, resultó que tan sólo una galeaza que había sido la del desdichado Don Hugo de Moncada, de nombre la *Girona*, había quedado lo bastante bien dispuesta y en orden para soportar el viaje a Escocia. Se determinó así Don Alonso a dejar en aquella tierra a los enfermos que no podrían sufrir la jornada, y aun hubo de recurrir a sortear, de entre los sanos, quiénes se embarcarían, pues que no había sitio bastante en la nave para llevar a los más de mil hombres que se habían juntado en aquel puerto.

Así, lo primero con que me hallé en Killybegs fueron las quejas de los postergados, que se lamentaban de la suerte que correrían en tierras tan hostiles, abandonados así a su suerte, lo que entendí con harta pena y sin ser quién para remediar.

Mi otra inquietud era verme libre de la escolta del Shanne Bann que la astuta irlandesa me había puesto, más para que no la burlara en mis tratos que por mi seguridad. Ocurrió, sin embargo, que al pedir licencia para entrar a hablarle al maestre de campo, éste me la dio con la condición de que los salvajes que me acompañaban no pasaran adelante.

Hallé a Don Alonso tan avanzado ya en el embarque de los hombres que me recibió a su presencia con escaso gusto, y apenas leyó la carta de la esposa de O'Donnell que le presenté, quiso despacharme de vuelta con la respuesta de que le agradecía su buen ofrecimiento, pero que, por estar la mayoría de sus hombres necesitados de largo espacio de tiempo para restablecer sus fuerzas tras tantos padecimientos como habían pasado desde que salieran de España, y ser aquellas tierras tan pobres para sustentarlos y tanta la cercanía de los enemigos ingleses, a los que no podía contrastar faltándole las vituallas y municiones, no le quedaba otro remedio que intentar la desesperada jornada que se disponía a hacer, procurando salvar la vida de los más que pudiere.

—Que aún no estoy cierto —me confesó— que los refuerzos que han puesto los carpinteros en la galeaza sean bastantes para hacer travesía tan larga con el doble de hombres de los que de ordinario se usa, y más en mares tan tormentosos y de olas tan fieras como se ha visto, y estando tan avanzada la estación, que en estas partes es como si ya fuera pleno invierno.

Al preguntarme luego Don Alonso cómo había llegado yo a las tierras de los O'Donnell y por qué fiaba mi señora en un español como su emisario, le referí en la manera más breve que pude los pasos que me habían llevado hasta allí, sin mencionar más que lo sustancial de aquella fantasiosa profecía de la Dama de Borgoña, cuento que, como yo había sospechado, lejos de moverle a considerar más en serio la liga que Ineen Dohl le proponía, hizo que la tuviese él por más extraña y sin fundamento.

Lamentó mucho Leyva la noticia que le traje de la suerte corrida por mi maestro de campo Don Alonso de Luzón y le indignó la traicionera muerte que los ingleses habían dado a la mayor parte de nuestros hombres. Tengo para mí que tanto la historia de la antigua cruz del duque de York como la nueva de la matanza de Alliagh no hicieron sino reforzar más su determinación de dejar cuanto antes aquellas partes donde todo eran marañas y peligros ciertos.

Y aun así, el buen Don Alonso tuvo el cuidado de representarme el riesgo que yo correría si regresaba al señorío de los O'Donnell con tan mala respuesta como tenía para mi señora, y me ofreció que pasara a la galeaza y burlara así la vigilancia de los irlandeses que debían custodiarme, lo que se hizo casi al tiempo que el propio maestro de campo y los últimos soldados se embarcaban, para no dar ocasión que el Shanne Bann y los otros pudieran estorbármelo.

La *Girona* zarpó antes del amanecer, y así me vi yo de nuevo en otra jornada por aquellos mares hostiles. Desde el puente atestado de gente, contemplé cómo se alejaba la costa de mi vista, con harta pena por los camaradas que dejábamos allí en trance tan adverso, mas con esperanza de que en tres o cuatro días pudiéramos arribar a salvo en Escocia.

Íbamos a bordo de la galeaza obra de mil hombres, cuando de ordinario estos navíos no albergan a más de la mitad de ese número. Entre ellos había muchos caballeros principales, soldados viejos, mayorazgos y gente lucida de la *Rata Encoronada*, de la urca *Duquesa Santa Ana* y de otras naos que habían naufragado los pasados días en aquella parte de Irlanda.

Aunque supe que los últimos días se habían abandonado los cañones para hacer la nave más ligera, al tiempo que se reparaba el timón, se renovaba el aparejo, se taponaban los boquetes por los que hacía agua tras los combates con los ingleses en el Canal y se montaban nuevas planchas en cubierta para permitir que resistiera el número doble de hombres embarcados, la *Girona* navegaba con dificultad. Nos turnábamos a los remos por ahorrar las pocas fuerzas de todos, convertidos en galeotes tanto los que lo eran de oficio como los que nunca creyeron que lo serían.

Los pilotos no osaban separarse mucho de la costa por temor a la furia del mar

abierto, pero al mismo tiempo temblaban ante el riesgo cierto de que un golpe de mar no nos arrojara contra las peñas que veíamos levantarse a nuestro paso y que se adentraban mucho en la mar.

En un sitio del atestado puente que me señalaron me acomodé como pude con mis pocas pertenencias. Conocí allí a algunos de mis compañeros de viaje y sus historias de recientes naufragios, pero a quien más llegué a tratar fue a un mozo que me dijo se llamaba Martín de Ayala, con el que compartí el tiempo, el escaso sustento y la manta piojosa que aún conservaba.

Era este Martín mozo de muy pocos años, que aunque él me declaró tener los mismos que yo, por su poco cuerpo y su voz afeminada no se le hacía sino de catorce a dieciséis años. Me contó que había llegado a Irlanda en la *Duquesa Santa Ana*, nao de la escuadra de Andalucía que fondeó en una ensenada cercana a donde varó la nao de Don Alonso Martínez de Leyva, con quien se habían reunido luego.

Me tomó tanta inclinación este Martín que no se separaba de mí, que aun para dormir, como digo, compartíamos la manta. Muy extraño se me hacía que mozo tan joven y poco vigoroso como él hubiese encontrado compañía en la que asentarse, y así le pregunté cómo lo había logrado, pues que yo mismo hube de recurrir a llevar cartas de creencia desde Flandes del maestro de Don Juan del Águila y de mi señor Don Juan de Forcada para que me asentarán sueldo en el tercio de Don Alonso Luzón:

—Me embarqué como caballero aventurero y a mis costas —me respondió— como otros mayorazgos e hijos de nobles linajes que en esta jornada han venido.

Y como yo quisiera conocer cuál era aquel linaje suyo y dónde estaban los criados que a tales caballeros sirven en las ocasiones que me decía, se ofendió un tanto conmigo y no quiso decirme más de que había hecho esa jornada con uno solo de sus servidores, al que perdió en La Coruña de unas calenturas, y que en su momento, si llegábamos con bien en Escocia, quizás me revelaría su verdadera calidad y que acaso entonces no me burlaría yo tanto de él.

Al poco de comenzar nuestra navegación, corrió la voz de que el timón, a pesar de las reparaciones, se mostraba muy frágil, y como los más se inquietaron y corrieron a pedir nuevas de si esto era verdad, los pilotos respondieron que aun siendo así, confiaban en que el timón aguantaría a lo menos otros cuatro días, que era tiempo bastante para llegar en Escocia.

Por causa de estos temores, la primera noche se hizo larga y se pasó entre zozobra y plegarias. Mas al otro día, el viento sopló favorable y descansamos de los remos, mientras la galeaza doblaba la punta noroeste de Irlanda y seguía costearo a distancia el norte de la isla con esperanza de cruzar al siguiente el canal que la separa de Escocia.

El ánimo de todos creció con este aliento y aun uno de los pilotos vio signos de que el viento cambiaría presto y se atrevió a ofrecer a Don Alonso nos aprovecharíamos de él, que le certificaba que con aquel viento a nuestro favor en siete

días estaríamos de regreso en España. El maestro consideró largamente la propuesta, que nos tuvo a todos suspensos de lo que determinaría, pero al final razonó que llevando el timón tan frágil y siendo tan impredecibles los vientos, nos estaría mejor continuar nuestra jornada hasta Escocia como hasta ahora.

El segundo día anocheció borrascoso, con el cielo oscuro y fuerte viento que nos empujaba hacia tierra, que al verla tuve para mí que habíamos alcanzado el mismo punto en que naufragué un mes antes con la *Trinidad Valencera*, y me hizo temer que la adversa fortuna hubiera determinado no dejarme pasar de allí.

Como avanzaba la noche la borrasca se fue convirtiendo en temporal, y tan recio, que al poco nos quebró el timón. Bajarnos a los remos por intentar gobernar la nave, pero la mar era tan furiosa que los quebró también como si no fueran más que cañas. La arboladura se fue deshaciendo como un amasijo inútil que iba cayéndonos encima y triturándonos debajo.

En un momento todo se hizo confusión, grita, suspiros y plegarias. Ya nadie mandaba, ni quedaba quien tuviera ánimos para ordenar que se hiciera cosa alguna. Sin embargo, al fin, mientras vapuleaban nuestra nave olas mucho más altas que ella y la hacían girar sin concierto, la hundían y devolvían de nuevo de las aguas, un silencio de terror se fue apoderando de los desdichados que íbamos a bordo. Veíamos ante nuestros ojos cómo la *Girona* se deshacía por momentos, y cada uno se agarraba al primer madero que encontraba cerca, se ovillaba con los compañeros más próximos, aguardando el golpe definitivo del mar que nos echara al fondo.

Creo que no ha habido ni habrá nunca más cruel desgracia y que más lástima dé que la de los que íbamos allí embarcados, pues que todos los que ocupábamos esta galeaza habíamos sufrido ya el rigor del mar y salvado poco antes las vidas por milagro del cielo: todo para venir de nuevo a morir cuando nos hallábamos tan cerca de encontrar nuestro remedio fuera de aquella isla.

Recuerdo que agarrado a un madero junto al mozo Martín que tengo dicho y aguardando en mitad de la noche cerrada que la nave se terminara de hundir, pensé en mis pecados y en que Dios conocería mejor que yo por qué no deseaba dejarme alejar de allí, que mientras lo hacía no dudaba ya que había de terminar mis días en aquella mar.

Y como si Nuestro Señor me respondiera, al punto de acabar este pensamiento, la *Girona*, deshecha y sin gobierno, muertos o perdidos ya en el mar muchos de los que íbamos en ella embarcados, vino a estrellarse contra unas peñas de la costa, que fue como si el mismo Neptuno nos estrujase en su poderoso puño, deseoso de acabarnos así a todos.

*Nuevas de Irlanda*

**N**O son buenas las nuevas que se tienen de la de su majestad que fue en Inglaterra —comenzó a decir Herman Cartelegar, confidente del embajador Bernardino de Mendoza—. Por las últimas cartas que han venido de España se sabe que el duque de Medina Sidonia arribó a últimos del pasado mes trayendo muy maltrechas las naves que le acompañaban, que entre todas las que se refugiaron en aquellos puertos no sumaban la mitad de las que partieron de La Coruña.

—¿Se tiene noticia de la *Trinidad Valencera* en que iba embarcado mi criado Guillaume de Tallenay con una compañía del tercio de Don Alonso de Luzón? —preguntó el capitán Forcada.

—No se la nombra entre las naos que han vuelto en España —respondió cabizbajo Cartelegar—, pero han venido avisos de Inglaterra que afirman ser ésta una de las que se han perdido en Irlanda. Mas yo no fiaría mucho de tales avisos, pues todos los que vienen son muy confusos...

—¿Se conoce si se salvaron algunos de los que iban en la *Trinidad*? —insistió el capitán.

Cartelegar apartó la mirada de Forcada y la dirigió al padre Alderete, quien, mudo y apenado, pareció solicitarle con los ojos que siguiera adelante y contara todo lo que sabía. El confidente del embajador añadió entonces:

—Se dice que llegaron a desembarcar la mayor parte de los hombres, y con sus armas y lo principal de la impedimenta que lograron salvar del naufragio. Pero tuvieron un mal encuentro con soldados del virrey de esa reina, tras el que hubieron de rendir las armas y quedar presos...

—En ese caso —razonó esperanzado Forcada—, si los nuestros se rindieron a buena guerra, habrán quedado prisioneros y pendientes del rescate que los ingleses pidan por cada uno. ¿Se conoce adónde los condujeron?

Cartelegar volvió a buscar amparo con su mirada en la del padre Alderete, antes de decidirse a replicar:

—Uno de los confidentes que Don Bernardino tiene en Inglaterra, que afirma haberlo conocido por unos pescadores escoceses que volvían de Irlanda, avisa que luego que se rindieron, pasaron los ingleses a cuchillo a todos los españoles que iban con el maestro de campo Don Alonso de Luzón, que no se sabe si le dejaron la vida a alguno de los capitanes y al mismo Don Alonso.

Forcada quedó muy abatido con la noticia, y nada más quiso conocer, que apenas encontró palabras para agradecer a Cartelegar su cuidado en informarse de la suerte

que había corrido su criado. Por su parte, el confidente del embajador se sintió aliviado de poder marchar de su presencia y dejar al capitán con sus pensamientos, pues por haber conocido y tratado en otro tiempo tanto a éste como al mozo Guillaume de Tallenay, las malas nuevas que traía le pesaban y entristecían a él tanto como al propio Forcada.

—Siento lo que no os puedo representar no traer mejores nuevas que éstas —dijo Cartelegar al padre—, que conozco cómo el capitán estima al mozo Guillaume más como a hijo que como a criado.

—Y me excuso yo en su nombre por no agradeceros más la merced que nos hacéis con traernos las noticias que conocéis —repuso Alderete amistoso—, que nunca el correo tiene la culpa de lo malas que son las nuevas que lleva. Aunque en verdad no habría otras que más inquietud pudieran poner en el ánimo del capitán, que desde que el mozo partió a Flandes por comenzar la carrera del soldado y luego marchó a Lisboa a embarcar en la armada que iría contra Inglaterra, ha vivido en la mayor zozobra, temiendo le ocurriera algún mal suceso como el que cuenta ahora vuestra merced. ¿Creéis que resta alguna esperanza de que se salvara?

—Pocas veo en el caso y a vos os lo puedo confiar —respondió el confidente—, que antes no quise mencionarlo delante del señor de Forcada por no robarle toda esperanza. Pues los más frescos avisos que se tienen de Escocia, adonde han pasado en salvo algunos que sobrevivieron de la *Trinidad Valencera* y de la matanza que os dije, no mencionan se halle entre ellos el mozo Guillaume.

Alderete calló un minuto mientras acompañaba a Cartelegar a la salida del claustro que comunica con la iglesia de Sainte-Catherine-du-Val-des-Écoliers, en París.

—Es gran lástima —añadió luego el fraile, mientras avanzaban por la nave central del templo, cuyas bancas comenzaban ya a estar ocupadas por los fieles que se disponían a asistir a la misa de vísperas— pues que en los últimos meses comenzaba el capitán a cobrar los ánimos que tenía tan perdidos desde la jornada de Inglaterra que vuestra merced sabe...

—Así me lo refirió su antiguo criado, el señor Castellanos, a quien encontré hará tres o cuatro días, y que después de que muriera su señor el nuncio Frangipiani, sirve ahora a un caballero de la Liga. Que me contó había visitado al señor de Forcada y lo había encontrado con el mejor ánimo desde que regresara de Inglaterra, que hasta había cogido de nuevo la espada y practicaba en vuestro claustro por devolver el vigor a sus miembros.

—Y así es la verdad —confirmó Alderete— que ha recobrado el andar derecho y la fuerza de los brazos, retomando el gusto por la práctica de la espada, en que se ejercita con algunos amigos antiguos, soldados viejos que vienen a visitarlo, y cuando no, se basta para tirar a solas. El licenciado Monguion acertó a hallar un remedio a los dolores que le quedaron al capitán en las articulaciones, recuerdo del tormento que allá le dieron, que empapando unas vendas en una potente droga de él conocida,

se le alivia mucho el padecimiento. Crea que con ello confiaba yo en que se determinaría por fin a volver al servicio del embajador Mendoza, como con tanta instancia me ha pedido vuestra merced que le animara a hacerlo. Que, a propósito de esto, nada sé de Don Bernardino desde hace algunas semanas. ¿Continúa vuestro señor fuera de París?

—Y por mucho tiempo aún habrá de estarse en St. Dié, cerca de los Estados Generales que se reúnen en Blois, procurando velar por las cosas de su majestad ante este rey de Francia, cuyo aborrecimiento por Don Bernardino y el duque de Guisa crece de día en día y a quien es difícil poner freno luego que ha conocido el anal suceso que tuvo la armada en Inglaterra, que le ha hecho descarsarse más contra mi señor y el servicio de nuestro rey.

Durante unos minutos se quedaron, ya en el exterior del convento, comentando los últimos sucesos de Francia, y en particular el golpe de timón que acababa de dar a todos sus asuntos el rey Enrique III con la destitución de sus principales ministros, especialmente del secretario Villeroy, que era gran amigo de Don Bernardino.

Cartelegar confió al padre cómo había sabido su señor que Enrique III había escrito a su embajador en Madrid, *Monsieur* de Longlée, solicitando a Felipe II que llamara de vuelta a Mendoza, por hacerlo responsable de la rebelión de la primavera pasada, en la que los parisinos expulsaron al propio Enrique de la ciudad. Aunque, según su costumbre, Enrique simulaba ahora plegarse a todas las exigencias de los católicos del reino y había firmado el Edicto de Unión y excluido al hugonote Enrique de Navarra de la sucesión al trono en favor del católico cardenal de Borbón, Mendoza sospechaba que todo era estratagema para cogerlos más des cuidados, y temía sobre todo por la vida del duque de Guisa, a quien procuraba convencer de que no asistiera a los Estados Generales que se habían reunido en Blois.

—Todo ello inquieta mucho a mi señor —continuó Cartelegar— y no es lo que menos lástima le da el ver en qué ha parado esta gran máquina que se levantó en España para castigo de las afrentas de la reina de Inglaterra. Que, como se acordará vuestra merced, los primeros avisos que se tuvieron de la armada aseguraban estaba rompiendo a la de los ingleses, y en ello fiaba Don Bernardino por nuevas frescas que cada día le llegaban confirmándolo, y sólo vino a contradecir su esperanza unos avisos que envió el embajador que tiene su majestad junto al duque de Saboya, Don José de Ayala, que fueron los primeros en desengañarnos y advertir de la mala ventura de nuestra armada. Y al presente todo ha mudado en penas, y noticias de desgracias y naufragios y naos perdidas, y de matanzas que los soldados de esa reina impía hacen con los que sobreviven a los rigores de esos mares. Que, en conclusión, no parece sino que Nuestro Señor nos haya abandonado o nos tuviera reservado este cruel desengaño en castigo por nuestros pecados.

—Razones ha de tener para ello, aunque a mi pobre entendimiento no se le alcanzan —convino el fraile—, pues era tan santa y tan justa la causa de la empresa que llevaba nuestra armada, y muy graves han de ser nuestras faltas para que Nuestro

Señor nos abandone de este modo en tal trance...

Siguió un silencio triste mientras alcanzaban la puerta del recinto de la iglesia que daba a la rúa de Santa Catalina, que al fin rompió Cartelegar para añadir antes de despedirse:

—Por pasar a otra materia, me vino aviso de que se había visto en París a aquel Robledo que vuestra merced sabe, y quien me lo contó creía que ahora moraba en una casa cerca de San Eustaquio. Mandé quien lo buscara por confirmarlo, pero nada de cierto he entendido del caso. Os lo advierto para que el señor Forcada no ande descuidado. Y por lo que le va en ello, acaso convendría que, en tanto al otro se le encuentra y se le despacha, no entren y salgan de aquí visitantes por los que pueda venir a revelársele a este enemigo suyo dónde se guarda el capitán.

*Giant's Causeway*

**C**UANDO nuestra nave golpeó con los peñascos que dije, debí yo de salir despedido al mar, pues me acuerdo de verme devorado por una gran ola de la que no creí poder salir vivo, y cómo luego la fuerza del mar me tragó hasta su fondo, que en ese punto perdí el conocimiento y no recuerdo otra cosa ya que hallarme después en la arena de una estrecha cala formada entre dos grandes peñas.

Al volver en mí, aún seguía aferrado a un trozo de madero, que pienso fue éste toda la razón de que me salvara, pues que por mi propia voluntad jamás habría yo salido del mar. Pero estaba tan maltrecho, que apenas me vide en salvo en la tierra, caí de nuevo en un pesado sueño, del que debí de despertar mucho después.

Esta segunda vez que volví en mí, aun sin incorporarme del suelo, me palpé el cuerpo por comprobar si era verdad que estaba entero y sin ningún daño, que no hallé más heridas que en las manos y rostro, y no grandes, sino sólo efecto de haberme aferrado tanto al madero que tengo dicho y rozado con él.

Alcé las manos a Dios para agradecerle la merced que me hacía de haberme conservado segunda vez la vida. Hecho esto, me acordé luego cómo aquel mozo Martín que hallé en la *Girona* estaba a mi lado cuando el postrero golpe de mar nos arrojó contra las rocas, y con la esperanza de que también él hubiera llegado en salvo a tierra me puse a buscarlo. Mas no lo encontré en la cala en que me hallaba, que por ser tan estrecha como dije, de un solo vistazo se la abarcaba toda.

Trepé entonces por una de las peñas y escudriñé en torno por si hallaba a algún otro de los que iban en la *Girona*. No muy lejos de allí, en otra lengua de arena semejante a la mía, reconocí a uno que me pareció había de ser el dicho mozo Martín. Me llegué hasta él y comprobé si aún resollaba pegando mi oreja a su boca, y como encontré que todavía estaba con la vida, lo zarandé y alcé y le grité para que volviera en sí, lo que él hizo después de mucho menearlo, y aun entonces con la mirada perdida y muy poco aliento.

Al intentar levantarlo dio él un gran quejido y vide tenía la pierna derecha lastimada y sangrando, de manera que hube de tornar a dejarlo sobre la arena. Tenía además mala color en el rostro y temblaba de frío, a cada tanto atragantándose de una tos pechugera que me hizo temer por él.

Como la conciencia le iba y le venía, aproveché uno de sus desvanecimientos para mirar con cuidado su pierna herida. Limpié como pude la sangre y palpé el hueso, que debí de hacerlo con tan poca maña que le hice despertar gritando:

—Apiádese de mí vuestra merced y no me atormente más la pierna —me suplicó

él al tiempo que intentaba zafarse de mí—, que antes prefiero morir ahora que volver a sufrir vuestra ruda mano.

A pesar de estas protestas era menester que conociera el estado real de aquella pierna suya, así que no atendí su ruego y seguí palpándole por comprobar si tenía quebrado el hueso.

El mozo, en cambio, continuó tan obstinado en no dejarme hacer y me opuso tal resistencia que a punto estuvo en una ocasión de lleváreme los dientes de una patada que me lanzó.

Ver una ingratitud tan grande me hizo caer en gran cólera con él y gritarle a mi vez:

—¡Mozo necio y fuera de razón! ¡Allá sea vuestra pierna y dé vuestra merced la vaya a otro, que más me importan mis dientes enteros que vuestra pierna quebrada!

Con lo que me aparté muy airado de su lado y con determinación de alejarme de él y seguir sólo mi camino, sin preocuparme más de su salud. Viendo lo cual el mozo mudó de intención y me rogó no lo desamparara, que si ello me complacía, él dejaría que le palpase la pierna, aunque repuso:

—No es de la pierna de lo que más me duelo, que yo lo notara bien si fuera quebrada, sino de un golpe que debí de darme en el costado y me corta la respiración cuando me alzo, como la primera vez que vuestra merced me quiso incorporar, y así no debe de ser la sangre que visteis más que de unas rozaduras que me hice con estas peñas.

Me pidió entonces que le ayudara a ponerse en pie alzándole por las manos y no por el torso, y una vez estuvo erguido, me dio las gracias y dijo no sentía ya tanto como antes el dolor en el costado.

Con mucho tiento nos fuimos andando por una peña arriba hasta apartarnos de la playa, siempre cuidando yo de servirle de apoyo. Pero era lástima ver lo mal que él caminaba, pues debía de haber perdido sus alpargates en la mar y los pies se le clavaban contra las rocas. De manera que cuando llegamos a un punto en que había menos pendiente le cargué a cuestas, pues mis pies no sufrían sino de la mucha agua que se me había metido en las botas.

Cuando llegamos arriba de las rocas reposamos un momento y, pensando en cómo iba yo ahora calzado y vestido, por darle ánimos, le conté al mozo cómo al poco de llegar a Irlanda me vi desnudo y perseguido de muerte, y en la presente ocasión, a lo menos, llevaba mis ropas y tenía botas, que bien dicen que Dios aprieta pero no ahoga.

Mas esto no pareció animar mucho a hombre de tan poco pecho como parecía ser mi compañero, que enseguida comenzó a lamentarse de nuestra situación, perdidos en aquella costa y sin nada que echarnos a la boca, que sin haber comido casi nada desde que salimos de Killybegs, decía tener las tripas pegadas y la boca seca de haber tragado tanta agua del mar.

En esto estábamos cuando vimos brillar en el horizonte el fuego de unas

antorchas que se movían hacia la playa. Imaginando serían los salvajes de aquella parte de la isla que venían a saquear los despojos de nuestra nave, me puse en pie y le dije al mozo que corriéramos y nos alejásemos de allí cuanto antes, pues temía nos habían de robar lo poco que llevábamos y en particular nuestras ropas. Esto último fue lo que pareció convencerle de que debía hacerme caso, y juntos echamos a correr en dirección contraria buscando dónde escondernos.

Era por aquella parte el terreno muy despejado, sin otro refugio que algunas rocas que de tanto en tanto se alzaban de la tierra, y el Martín corría con tan poca destreza que debía ir yo tirando de él, y no paraba de resollar fuerte, quejarse de sus pies lastimados y toser como si le faltase el aire.

En un alto que hicimos, me quité las botas que me dieron en el castillo de los O'Donnell y se las ofrecí, para que así dejara de protestar por las piedras que se le iban clavando en los pies.

—Son muy grandes y están tan hinchadas de agua que me serían de más embarazo que ayuda al caminar, así que guardáoslas para vos —contestó él orgulloso.

—Sea como vuestra merced quiera —le repliqué—, pero guarde sus lamentos para mejor ocasión y pongámonos a resguardo o nos descubrirán esos salvajes.

—Siento que acaso fuese mejor que nos hallaran y fiarnos a su caridad, pues se sabe que la mayoría de estos irlandeses son buenos cristianos y acostumbran dar amparo a los que son de su misma religión.

Para sacarle de su engaño, le conté cómo trataron algunos de los caritativos irlandeses que él decía al desdichado veneciano Lorenzo Grillo, despojándole de todas sus ropas y dejándolo apaleado:

—Además de que por otros respectos —añadí en voz baja, casi entre mí— no me conviene toparme con irlandeses, sino hallar modo de embarcarme y abandonar este país.

—¿Y cómo piensa vuestra merced que podremos hallar donde embarcarnos y no perecer de hambre hasta entonces si no es con la ayuda de los que aquí viven? —me preguntó él.

—No os voy a engañar diciéndoos que lo sé —contesté—, pero sí que lo que ahora más nos conviene es permanecer escondidos, hasta llegar a conocer mejor en qué parte nos hallamos y en quién podemos fiar, y dónde se halla algún puerto o embarcadero en que podamos tomar nao o barca de pescadores en que seguir nuestra jornada hasta Escocia. Que nadie nos asegura que las antorchas que hemos visto no fueran de alguna partida de ingleses, los cuales degüellan y ahorcan a todo español con que se topan.

No sé si esto último que le dije le puso temor de que pudiera tener yo razón, pero lo cierto es que se avino a seguir andando y continuamos así nuestro camino. Mientras lo hacíamos iba levantándose el sol por el este, y cuando llegamos a una frondosidad que parecía el inicio de uno de los anchos bosques que en este país hay, ya casi era el día.

Nos internamos lo bastante en él como para quedar a resguardo de toda sorpresa, pero no tanto que nos arriesgáramos a perdernos dentro. En el primer claro que hallé a propósito, en tanto el mozo reposaba tendido en el suelo, reuní algunas ramas y hojas lo bastante secas y encendí un fuego que nos calentara y sirviera para secarnos las ropas.

A mi compañero le asombró y alegró mucho tuviera yo con qué hacerlo, y me preguntó cómo había conseguido piedras de pedernal y eslabón para sacar fuego, a lo que repuse:

—En la tierra del señor O'Donnell en que estuve antes de embarcarme con Don Alonso Martínez de Leyva, supe hacerme con algunas de estas piedras de pedernal y con el hierro por medio de unos españoles que allí había, que entre todos teníamos concertado fugarnos a la menor ocasión favorable y procurar embarcarnos hasta Escocia. Y como yo estaba ya muy advertido de cuán necesario es no andar sin esta prevención en tierra tan fría como ésta, he guardado estas piedras desde entonces con el cuidado que es razón, metidas en esta bolsa que llevo al cuello.

Alabó mucho él mi ingenio y precaución y se arrimó al fuego a calentarse. Pero como yo empezara a desnudarme de mis ropas para dejarlas secar junto a la hoguera, noté que mi compañero se turbaba mucho al verme en cueros y apartaba la vista de mí con harto rubor.

—Haga vuestra merced como yo —le pedí sin comprender la causa de su turbación— y ponga sus ropas a secar, que la humedad de éstas os han de traer algún mal enfriamiento y ya he notado cómo habéis de tener asentada en el pecho una tos de la que no os curará el andar con ropas mojadas.

Pero aquel extraño muchacho, con los ojos siempre apartados de mí, me replicó:

—No conocía yo fuese vuestra merced galeno que entendiese en las enfermedades y sus remedios...

Creyendo que su timidez no la curaría sino una buena lección, y por burlarme, me llegué hasta él de un salto y comencé a tirar de sus ropas con intención de desvestirlo por fuerza.

Al principio, se puso él tan furioso con mi intento que porfió gallardamente conmigo, defendiéndose con fuerzas tan viriles como yo no le sospechaba. Me obsequió, pues, con tales patadas y puñadas en el rostro que aunque, como tengo dicho, yo peleaba con él por burla, acabó por hacerme de veras daño, provocando que a mi vez sacara toda mi fuerza y destreza en la pelea. Como era de cuerpo más pequeño que el mío, al fin lo aferré contra el suelo y dejé vencido, y como él se viera sin salvación, resollando de cansancio por la lucha, comenzó a sollozar y a gritarme:

—Sois un cobarde y un bravonel que abusáis así de quien conocéis tiene menos fuerzas que vos. ¡En mala hora os conocí y más me hubiera valido ahogarme en la mar que quedar con la vida para ser afrentado por hombre de tan mal pecho como vos!

Dijo esto con voz tan sentida y tan abrasadas lágrimas en los ojos, que quedé yo

muy confuso, y al punto lo dejé libre. En cuanto lo hice, corrió él lejos de mí y se escondió entre unas zarzas, aún sollozando, que no sabía explicarme cómo mi inocente burla, movida por la sola intención de vencer lo que pensaba yo no era sino timidez impropia de hombre, le había ofendido de este modo.

Por dar tiempo a que se deshicieran su enfado y la rara confusión que ahora yo sentía en mi ánimo, me aparté a mi vez en busca de moras u otro fruto que nos remediara el hambre y también por ver si hallaba agua con que calmar la sed.

*El mozo Martín*

**P**OR espacio de dos días anduvimos escondidos en aquel bosque, sin hallar apenas qué comer ni más agua que la de algunos arroyos y charcas que entre los árboles se formaban.

Desde aquella burla que le hice, mi compañero apenas me hablaba, sentido de la afrenta que creía haber recibido de mí y cada vez más decaído del hambre y necesidades que padecía, que su cuerpo parecía muy poco esforzado para sufrirlas bien. Tampoco se le iba aquella tos que dije, que sobre todo le venía muy recia de noche, a pesar de que yo me cuidaba de encender fuego para calentarle y de abrigarle bien con unas ramas.

Al tercer día me dijo no tenía fuerzas para continuar así, y que prefería encontrarse con los ingleses y que lo degollaran a seguir escondido como alimaña en aquella selva, pues que el hambre y el cansancio le acabarían igual. Consideré que no le faltaba razón y determinamos salir nos del bosque y buscar la caridad del primer salvaje que halláramos.

Al poco encontramos unas casinas al pie de una montaña donde vivían unas mujeres con sus vacas y nos dirigimos a ellas para pedir nos hicieran merced de socorrernos y darnos algo que comer. Eran las tres de ellas muy lindas mozas y la cuarta, de edad de hasta cuarenta años, madre o tía de las otras.

Cuando entendieron éramos españoles nos trataron con mucha cortesía y nos dieron de su cena, lo que yo les agradecí con muchos cumplidos, que si bien ellas no comprendían del todo por decirlos yo en lengua española, sí parecían penetrar la intención que yo tenía de agradarlas, y así se sonreían mucho y demostraban cómo gustaban de mi compañía.

Mi compañero Martín, en cambio, aunque comió con gusto de lo que le ofrecieron, se recataba mucho con aquellas mujeres y se diría miraba mal las lisonjas que yo les decía, como si de ello recibiera él alguna ofensa. Era correspondido en esto por nuestras samaritanas, que hacían poca cuenta de él y sólo buscaban las hablara y entretuviera yo, burlándose, por lo que entendí, de la poca hombría y aspecto de niño que tenía mi compañero.

Por estas mozas conocí que estábamos a unas leguas de la tierra del señor Mac Donnell, hombre ya anciano a quien sin embargo llamaban *Sorley Boy*, y de su hijo Don Jacobo, los dos grandes enemigos de los ingleses. Nos recomendaron mucho que nos partiéramos a su castillo, prometiéndonos que el Mac Donnell nos favorecería como había hecho con otros de nuestra nación y nos ayudaría a pasar en Escocia.

Pero a mí, escuchar el nombre Mac Donnell me hizo sospechar que éste fuese algún deudo de la señora Ineen Dohl y los O'Donnell que me habían acogido antes, y recordando el gran deservicio que hice a esta señora y cómo podía querer tomar venganza de mí si me volvía a encontrar, temí mucho seguir el consejo de entrar en las tierras del *Sorley Boy*, y así determiné disimular con ellas y fingir que seguiría su aviso con la intención de hacer lo contrario.

Les pregunté así dónde quedaban las tierras del señor de O'Cahan, a lo que ellas me respondieron que estábamos muy cerca de ellas. Pero me advirtieron que, por nuestro bien, no osáramos dirigirnos a la casa que este señor tenía en un lugar llamado Castleroe, pues por temor del castigo de los ingleses, hacía días que el O'Cahan se había concertado con ellos y entregaba cuantos españoles llegaban a su señorío a los soldados de la reina de Inglaterra.

Martín dijo entonces que así era claro que debíamos partirnos cuanto antes a la tierra del Mac Donnell y buscar su amparo. Mas como, por las razones que he dicho, a mí esto no me acomodaba, entramos en discordia los dos, que él no atendió las señas que le hice de que dejara el examen de este negocio para cuando estuviéramos los dos a solas y pudiera explicarle mejor por qué no quería ni escuchar aquel nombre.

Como llegó la noche y dije yo que nos retiraríamos al bosque y que al otro día regresaríamos a conversar con ellas, mostraron las mujeres gran pesar de conocer mi intención, y la más determinada de ellas me rogó pasara la noche allí, que tendrían mucho contento de darme un buen lecho en que reposar, pero que mi compañero se marchara al bosque, pues era de condición que a ellas no les placía.

Al entender esto el mozo Martín, se le subió el humo a las narices, contestó que haría con gusto como ellas querían, y se salió fuera de la casa sin esperar que yo me pudiera despedir de aquellas mujeres, que cuando lo alcancé fuera no quiso venir a un término razonable y se obstinó en hacer su noche sólo en el bosque, por más que yo le representé cómo nos convenía estar en buena avenencia con mozas tan caritativas como eran éstas.

—Haga vuestra merced como mejor vea que le conviene y déjeme a mí hacer mi propósito —me respondió airado—, que no soy yo de calidad que guste de la conversación de mozas tan bajas como éstas lo son y entiendo bien qué torpes intenciones entre ambos lleváis.

Y dejándome con la palabra en la boca, que más no me quiso oír, se partió solo al bosque, quedando yo muy picado y molesto con sus palabras, que al separarme de él pensé que más me acomodaba la compañía de mujeres hermosas con que holgarme que la de un compañero tan mohíno y modorro como aquél.

Al otro día, sin embargo, me inquietó y pesó en la conciencia haberlo dejado ir solo, y en cuanto acabé de servir a las mujeres que tengo dicho haciéndoles algunos trabajos que me requirieron por propios de hombre, volví al bosque a ver qué había sido de él, acordando antes con aquellas señoras que regresaría a la tarde para

conversar más con ellas.

Regresé pues al último lugar del bosque donde habíamos estado, imaginando que el Martín se hallaría aún allí. Pero no lo encontré ni en este sitio ni en otros por los que anduve en su busca.

Me acordé entonces de lo que hablarnos la otra noche con las mujeres y sospeché se le habría puesto en la cabeza mudarse a la tierra del señor de Mac Donnell, y así dejé el bosque para salirle al paso y detenerle si lo hallara, refiriéndole por lo menudo la historia del crucifijo y la anciana, y representándole ahora las razones que yo tenía para no querer irme allí y que no hubiera sido bien le diera la otra noche delante de aquellas mozas.

Salí así a un senderejo y comencé a caminar por él tan aprisa como pude, seguro de que sería el mismo camino que habría tomado el Martín. Aunque al principio me podía la cólera que sentía contra él e iba maldiciéndole, como pasaba el tiempo y no lo hallaba en mi camino, empecé a representarme los muchos peligros con los que podía encontrarse un mancebo de tan pocas fuerzas y seso como éste.

Llegué cerca de una ciénaga que bordeaba el sendero y temí no se hubiera perdido por ella mi compañero, y así, mientras la atravesaba, me paraba muchas veces a escuchar, porque se me representaba en la imaginación que oía sus gritos pidiendo ayuda, como estábamos en tierra que las mozas me habían avisado corrían partidas de ingleses, cuando vino el mediodía y no lo había encontrado aún, me inquieté pensando si no lo habrían tornado prisionero.

Trepé a lo alto de una hondonada que atravesaba el sendero por ver si en la cima, desde donde se divisaba una buena parte del camino adelante, podía encontrarlo. Como no vide nada, me detuve allí un momento a reposar los pies, temiendo se me echaría la noche encima y me hallaría entre una parte y otra, lejos de lugar seguro.

Debía de estar yo tan desavisado que no sentí llegar tres jinetes ingleses que montaban unos caballos gordos y pequeños, pero muy fuertes, que son los que allí se usan, semejantes a los que en otras partes llaman cuartagos. Cuando los vide acercarse, descendí la hondonada a la carrera, creyendo que lo abrupto de este terreno dificultaría que me siguieran. Pero picados ellos por verme huir, me persiguieron loma abajo con tal destreza que apenas gané el sendero ya los tenía encima de mí.

Llevaba uno de ellos lanza con que me embistió a toda furia, que apenas me salvé de que me alanceara golpeándole en el arma con un bastón que yo empuñaba casi cuando la punta me rozaba el pecho. Visto lo cual, los otros dos cargaron contra mí con las espadas desnudas.

Blandí el bastón delante de mi cabeza por protegerla en algo del filo de sus espadas, pero me quedé quieto, dando ya por perdida la vida. Había visto en Flandes cómo los que cargan a caballo se llevan del mismo tajo picas y cabezas y algún miembro, tal es la fuerza del golpe que su aventajada posición les permite, y lo único que protege al infante es tener bien firmes las picas en el suelo toda la compañía, formando un bosque de ellas en que caballeros y monturas ellos mismos se ensartan

con la fuerza de su carrera. Pero estando yo solo con mi bastón, nada podía librarme ya de acabar allí hecho cuartos por sus espadas.

A media carrera de ellos, escuché un golpe y vi que caía uno de los soldados al suelo. El otro se giró a ver qué era aquello y su caballo recibió una pedrada en el hocico que le hizo encabritarse y ponerse de manos, derribando también a su amo.

No me paré a entender cuál fuese la causa de mi buena ventura, y aproveché ver a mis enemigos en el suelo para apalearlos con mi bastón cuanto pude antes de que el de la lanza volviera en su ayuda. Pero éste, sospechando una celada, escudriñó hacia los árboles más allá del sendero, pareció descubrir algo y se encaminó hacia unas zarzas que allí había. Clavó la lanza en ellas y se escuchó un gran grito.

Viendo al jinete ocupado en entender a quién había herido con la lanza, me llegué entonces a su caballo por detrás. Con todas las fuerzas golpeé con el bastón una de las patas traseras del animal, que relinchó y se tambaleó haciendo caer al inglés. Antes de que pudiera levantarse éste o servirse de sus armas, lo apaleé tan reciamente en el suelo que lo dejé allí por muerto.

Y como en tales ocasiones la ira sigue siempre al miedo de verse tan próximo a la muerte y ciega el ánimo, apenas había dado por muerto a éste, me fui hacia sus compañeros sin preocuparme de otra cosa que de tomar venganza en ellos ahora que estaban indefensos. Con la espada de uno, que me hubiera degollado a mí un minuto antes, los degollé a los dos.

Sólo luego de haber hecho esto me acordé del grito que había salido de las zarzas y fui a mirar quién había entre ellas.

—Bárbaro despiadado y cruel —me dijo el que allí encontré—, ¿también has de acabarme a mí que te salvé la vida tirando esas piedras?

Maravillado, reconocí que quien me hablaba así era mi compañero el mozo Martín, y cuando estuve más cerca de él vi que sangraba entre el pecho y el hombro del lanzazo que le habían dado.

Lo arrastré fuera de las zarzas, le limpié y taponé la herida y le vendé como mejor pude. Como se venía la noche y no sabía qué encontraría adelante, determiné era más prudente volver donde las mujeres, que a lo menos ellas no nos desampararían. Desvalijé a los ingleses todo aquello que me acomodó, eché fuera del camino sus cuerpos y los disimulé cubriéndolos de ramas. Después subí en uno de los caballos a mi herido compañero, monté yo otro y até el tercero al mío.

Hice el camino de regreso con harto miedo de tener algún otro mal encuentro con ingleses. Cada tanto paraba para comprobar cómo seguía de su herida mi compañero. Al poco de ponernos en marcha, perdió éste el conocimiento, que ya no recobró, y no paraba de sangrar por su herida. Lo más a propósito hubiera sido acelerar la marcha y cabalgar los dos en la misma montura. Pero temía que si dejaba libres los otros caballos éstos delataran la suerte de sus dueños y pusieran sobre aviso a los demás ingleses que debían acechar por allí. De manera que, aunque monté al mozo conmigo y le cambié dos veces las vendas, siempre apretándolas cuanto supe, cuando alcancé

las casas de aquellas mujeres venía él tan sin color que temí no se hubiera desangrado por el camino.

*Semper Ardet*

**L**A criada de una dama española ha traído este billete para vuestra merced —dijo el padre Alderete al tiempo que entregaba el papel al capitán Forcada—. Aguarda vuestra respuesta en el patio, y su señora dentro de un coche de manos.

Forcada leyó el billete para sí ante el mudo suspenso de la mirada de su amigo el fraile. Luego se quedó mirando unos segundos el papel, lo dobló y, con el fuego de la vela, lo quemó dejando que las cenizas se consumieran en el plato de la cena.

—Os ruego digáis a la criada que puede su señora pasar a hablarme —respondió al fin el capitán—, que lo mejor será que entre hasta el claustro, donde yo la aguardaré.

—Diré a los criados del coche entren al patio, para que no queden a la vista de todos y se sepa de su visita —añadió Alderete—. ¿Me dirá vuestra merced quién es la dama y qué os quiere? —preguntó cuando Forcada se incorporaba y salía de la cámara como si nada pudiera escuchar ni responder.

En medio del pequeño jardín de arbustos y frutales que formaba el claustro del convento de Sainte-Catherine-duVal-des-Écoliers, al lado del pozo, el capitán aguardó un minuto antes de ver llegar a una dama envuelta en capa de seda carmesí forrada de martas cuya capucha le velaba el rostro.

Al quedar a un paso de él, la dama echó atrás la capucha para poder ser reconocida, revelando a los ojos de Forcada toda su actual belleza, a la que su recuerdo, como si un misterioso mecanismo lo hubiera disparado, sobrepuso la imagen de la misma mujer veinte años atrás. Su cabello había oscurecido un tanto, o acaso fuera que la poca luz apagaba los reflejos dorados que un día tuvo. La caprichosa memoria, tantos años enmudecida, se rebeló un segundo y Forcada creyó ver fugazmente la imagen de aquella mujer deshaciendo el tocado de perlas que una noche adornaba su cabeza. Volvió a recordar los dedos preciosos de la dama desenredando los mechones de su pelo, y la sonrisa muda con que ella evitaba la intensidad de su mirada. El capitán se inclinó un segundo en una rápida reverencia y creyó ver rodando otra vez a sus pies la perla que aquella noche cayó de su redecilla. Al besar la mano que la señora le tendía, el recuerdo, cruel, susurró de nuevo a su oído con la voz de ella de entonces, muy quedo: mi esposo, mi amor, mi señor, mi carne, mi sangre... El padre Alderete, que observaba el encuentro desde una de las galerías del claustro, se quedó maravillado y suspenso al creer reconocer quién era aquella señora.

—Como ya advertía a vuestra merced en la letra que le escribí, lo primero que

habéis de entender —comenzó a explicar la dama— es que no os he buscado como el Don Martín López de Ayala que fuisteis, sino como el capitán Don Juan de Forcada que al presente sois. Que del primero nada busco ni deseo, y del segundo tengo la esperanza de que, por lo que a su sangre toca, me hará este servicio que vengo a solicitarle. Y si la sangre no fuera bastante a mover vuestro ánimo, decid vos mismo la paga que merecéis.

—No sé aún de qué sangre me habláis, ni qué servicio vuestra señoría precisa de mí —replicó Forcada—, cuanto menos la paga que debo solicitaros. Mas sí os puedo certificar que la paga que de ordinario he recibido ha sido en forma de trabajos y peligros y estocadas que he llevado en más de veinte años que vengo sirviendo a su majestad. Vuestra señoría haga de mí como le plazca, que yo la serviré gustoso en lo que pueda, y téngame por el que menos le disguste, sea Don Martín o Don Juan. Pero acuérdesse que hay en París multitud de espadas que por una crecida paga os servirían contentos, mas no será la mía la que se ponga a precio por vos.

La dama sonrió gentilmente, disimulando mal la turbación que la respuesta del capitán le había provocado, y acaso por huir de ella, continuó como si en nada le hubiera afectado:

—La causa de lo que os he venido a rogar es un tanto larga de referir, que aunque yo os la daré en las más breves razones que pudiere, os ruego me hagáis la merced de escucharla con alguna paciencia y sin interrumpirme.

Forcada asintió en silencio y con un gesto de la mano invitó a la dama a comenzar su discurso:

—Bien sabe vuestra merced cómo soy madre de una hija de edad de veinte años a la que amo más que a mi propia vida. Hará un año que vino a turbar la paz en que vivíamos en Turín ella, mi esposo y yo misma, un caballero español, natural de Alcalá y gran alborotador, que pasó por aquella ciudad. Que el principio de todo debió de ser las celebraciones del carnaval, que sabéis son ocasión en aquella ciudad de grandes y lucidas fiestas y desfiles en que participan los duques y se mezclan con el pueblo. Por ser mi esposo Don José embajador de su majestad ante el duque, la duquesa, hija de nuestro rey Felipe, nos ha señalado entre toda la nobleza de aquel principado con la amistad y afición que constantemente nos muestra, y muy en particular es la duquesa Catalina muy inclinada a mi hija Isabel, cuya compañía requiere muy a menudo para que la visite en su palacio.

»Esta eminencia y ostentación en el trato que la duquesa le daba, y la extrema hermosura que por ella misma mi hija posee, además acaso de su claro linaje, debieron de ser la causa de que reparase y se prendase de ella el dicho gentilhomme español, que en Turín estaba ocupado en ciertos negocios suyos. Comenzó así a importunarla con cortesías no demandadas y a porfiar en encontrarla en la iglesia y otras partes que Isabel frecuentaba, que la cosa llegó hasta mandarle con instancia billetes en que solicitaba le dejara visitarla en nuestra casa, acompañados de poesías y presentes que, mi hija, como doncella honesta y discreta, siempre devolvió sin

respuesta.

»Aunque al principio procuró Isabel esconder a su padre el furioso asedio que el dicho español quería ponerle, terminó mi esposo por conocer la impertinencia y demasía con que aquél la solicitaba. Y así, por ser tan privado del duque, vino mi marido a solicitarle mandase salir de la ciudad al español, lo que se cumplió sin tardanza. Mudose éste a la villa de Tortona, pero no mudó su intención, y aun desde allí siguió él mandando a Isabel sus letras y presentes y solicitándola cada vez con más ardor e insolencia.

»Como entendió al fin el caballero español que de la virtud de Isabel no podía prometerse ningún desfallecimiento favorable a sus intenciones, y del rigor del padre podía en cambio temer que determinara poner término a su osadía con algún castigo extremo, empezó luego a procurar conmovier el ánimo de mi hija contándole en medias palabras, en las letras que continuaba enviándole, cierta historia pasada que al honor de Isabel, al mío y al de mi esposo tocaba, prometiéndole que más le referiría a boca si se concertaban para reunirse a solas en cierto lugar secreto.

»Como doncella discreta que es, no fió Isabel en las intenciones que llevara el caballero y no pensó en reunirse con él, pero su ánimo quedó muy turbado por las cosas que, aun con veladas palabras, en sus cartas dejaba éste entender que conocía. Así vino a contármelo a mí y a preguntarme qué había de verdad en ello, a lo que yo respondí al principio negándole todo y achacando a despecho de galán desdeñado el que a aquel gentilhomme se le hubiera ocurrido emplear de tales embustes como caballo de Troya para rendir y ganar su voluntad.

»Luego que por mí supo mi esposo Don José lo que iba contando el español, determinó con cólera castigarlo y poner fin a la molestia que, aun apartado en la villa que tengo dicha, nos seguía causando. Concertó así con un servidor suyo llamado Robledo, también español, que acostumbraba servirle en las espías que son tan necesarias al oficio de embajador, fuese a la posada que el otro tenía en Tortona y le acabase la vida con todo el recato que negocio tal requería, de modo que quedara oculto para siempre tanto el secreto que el de Alcalá conocía, como el motivo de su muerte.

»Así lo cumplió el Robledo, que mejor hubiera sido para todos que no lo hiciera. Pues que además del cargo en nuestra conciencia que supuso ordenar un crimen así, sucedió que este Robledo debió de conocer por el otro, antes de darle muerte, cuál era el secreto. Y sucedió también que la noticia del asesinato, cuando fue conocida de Isabel, apesadumbró y turbó mucho su ánimo, confirmándola en la sospecha que tenía de que había de ser cierto lo que el español en sus cartas daba a entender acerca de su origen.

»Desde ese día mi hija perdió el reposo y la alegría con que había hasta entonces vivido, que los días se le iban en la ansiedad por conocer la verdad del caso. Debió ella de rumiar tanto entre sí la historia que al fin la sospecha, por negada que fuera, se fue haciendo certeza en su pecho. Mas como precisaba que yo se la confirmara,

porfió tanto por que le revelara la verdad, que al fin me hizo perder la fingida serenidad con que procuraba poner freno a su insana curiosidad. Y así, en una ocasión en que el atrevimiento de las palabras de Isabel había pasado más adelante de lo que una hija debe a una madre, me derrumbé en sollozos, y ella aprovechó la debilidad del momento para arrancarme toda la escondida verdad.

»Creí yo que entendiéndola se calmaría su inquietud, y así fue en la apariencia, pero muy al contrario en la hondura de su pecho, pues concibió Isabel la determinación de abandonar hogar y padres para encontrar y conocer a quien era origen de su deshonra y la de ellos. Y como mujer avisada y porfiada, a quien ningún obstáculo pone freno, en tanto a su padre y a mí nos embelesaba poniéndonos el mejor rostro, iba ella tomando todas las precauciones para preparar su huida, que al fin hizo una noche en compañía de una de sus servidoras en quien fiaba más que en las otras por ser ambas de los mismos años y haberse criado juntas desde niñas en España y Nápoles, antes de venir en Turín. Trocaron ambas sus ropas de mujer por las de varón por hacer con más seguridad y sin ser conocidas su jornada, y se pusieron en camino.

»Habiendo tenido noticia de que hallaría en París a quien buscaba, se dirigió primero Isabel a aquella ciudad. Mas llegada allí no lo encontró, y algunos que aseguraron conocerlo de otro tiempo le dijeron se creía había vuelto él a España a levantar compañía con la que embarcar en la armada que por entonces se preparaba a toda furia en Lisboa para ir sobre Inglaterra. Partiose luego Isabel hacia Lisboa, adonde llegó en tiempo en que la dicha armada del duque de Medina Sidonia había ya zarpado, y desengañada, determinó regresar con sus padres, como así me lo escribió en una carta que recibí unas semanas después.

»Entre tanto, había entendido yo cómo, tras matar al caballero de Alcalá y penetrar su secreto, Robledo había repentinamente abandonado el servicio de mi esposo Don Jo sé, que sospeché que la causa de esta mudanza sería que había determinado cobrar en la sangre de mi hija la venganza que contra el otro quería tomar. Mandé así a unos criados que siguieran a Isabel hasta París y la convencieran de que abandonase su propósito, mas, ante todo, para que la protegiesen de las malas intenciones que temía llevaba el Robledo contra ella.

»Los criados llegaron a París cuando Isabel ya había tomado su camino a España, y aunque yo les instruí para que la siguieran hasta allí, volvieron otra vez a llegar tarde. Pues enterada mi hija de que las tormentas habían dispersado la armada de Medina Sidonia ante Galicia y que se reunían en el puerto de La Coruña para continuar su jornada, mudó su primera y anunciada intención de volver a Turín y tuvo tiempo de llegarse a esta villa, y con esperanza de informarse si iba en la armada el que buscaba con tanto ahínco, con su mismo disfraz de hombre y dando un nombre fingido se embarcó como caballero aventurero en una de las naos.

»Los servidores que tengo dicho hallaron en La Coruña a la criada que Isabel había llevado consigo, que por haber caído enferma de unas fiebres en el camino, no

osó embarcarse con ella. Regresaron todos a Turín sin más noticias ni de mi hija ni de Robledo. Mas mi esposo mandó espías a París para que averiguaran si el Robledo estaba allí, lo que luego le confirmaron, pues que como les había ocurrido a mis criados, no debió éste llegar a tiempo de seguirla hasta Lisboa. Mas ocurrió entonces el mal suceso de la armada que iba contra Inglaterra, de que se tuvo nueva en Turín a últimos de agosto, y se supo había alcanzado luego el duque de Medina Sidonia los puertos de España con sus naves muy maltratadas y sin que se conociera aún la suerte de la mitad de ellas.

»Por estos criados conocí yo cómo había embarcado Isabel en la *Duquesa Santa Ana*, que es una de las naos de las que se conoció luego habían embarrancado en Irlanda. Debió de llegar a entenderlo también Robledo, pues se supo los días pasados cómo se había partido de París y embarcado en Ruán hacia Inglaterra, o acaso Irlanda, pues que esto último no llegaron a penetrarlo los dichos espías que le tenía puestos mi esposo Don José. Por lo que ahora vivo yo con la doble zozobra de no conocer si está mi hija viva o muerta, y el temor de que, aun salvando por milagro la vida de los naufragios, no haya caído prisionera de los ingleses, o la hayan matado los salvajes de aquella isla, o muera de hambre y de sed en aquellas partes, o la halle, como es su mala intención, el dicho Robledo.

»Y ésta es la entera historia y causa de que esté yo ahora aquí solicitando de vuestra merced el servicio que ya habréis imaginado y que espero de vuestro pecho querréis hacernos a mí y a mi esposo, aunque no fuese más que por lo que a vuestra sangre le toca. Decidme por Dios si lo cumpliréis y no veáis en mi persona a la mujer a quien en otro tiempo tratasteis y de quien, acaso con justicia, podéis sentiros dolido, sino a la madre que con humildad os lo ruega y que no vivirá ya ni hallará reposo hasta que vuelva a tener la dicha de ver de nuevo los ojos de su hija y estrecharla en sus brazos.

Terminó su discurso la dama con lágrimas y el habla sofocada por la emoción, que apenas fueron audibles sus últimas palabras, y el capitán Forcada se limitó a responderle:

—Cuenta vuestra señoría conmigo para esta empresa y que Dios me ampare en ella, que yo por mi parte haré todo lo que en mí esté por traer a vuestra hija en salvo.

La señora se lo agradeció más con los ojos y el semblante que con la voz, que tenía quebrada, y entregó a Forcada una pequeña tabla ovalada con un rico marco de los que se usan para los retratos, en que estaba pintado el rostro de una joven de gran belleza:

—Esta que veis es mi hija Doña Isabel. Guardadlo con vos, aunque separarme de él me cuesta lo que no puedo encarecer, que mirarlo ha sido todo el contento que en estos meses he tenido y su compañía me ha dado la certeza de que ella seguía con la vida. Por él y por una letra que va escondida detrás, sabrá ella conocer que vais en mi nombre.

Forcada observó el retrato con callada emoción y nada dijo, pues la hermosa joven pintada se parecía en todo a la madre tal como ésta aparecía en otro retrato que él mismo llevó en un medallón que colgó junto a su pecho por espacio de veinte años, hasta que se lo robaron mientras estaba preso en la cárcel de Marshalsea, en Londres. Los ojos de aquella muchacha pintada parecían mirarle desde el fondo de su propia sangre, pues reconoció en ellos idéntico mirar al suyo.

*El fraile Robledo*

**C**UANDO ya anochecía, entre dos luces, el fraile avanzaba con dificultad por el estrecho sendero. Alto de cuerpo y de magras carnes, la capucha del hábito cubría por completo su rostro, su andar era medido y elástico y se apoyaba en un largo cayado que parecía doblar su imagen.

Llegado a un punto de su camino, pareció descubrir algo cerca de unas zarzas y se detuvo. Se inclinó hacia unas ramas que formaban un bulto en el borde de camino y comenzó a quitarlas de allí. Debajo aparecieron los cuerpos de tres soldados ingleses que no debían de llevar muertos ni tres horas. Observó con cuidado sus heridas y determinó debían de haberlos acabado varios hombres, seguramente rebeldes de una partida de los Mac Donnell. Uno de ellos había sido apaleado con furia, pero los otros dos habían caído bajo la espada de alguien que sabía usarla, y seguramente cuando ya estaban rendidos. Volvió a cubrirlos con las ramas y dijo entre sí:

—Flaco servicio me han hecho estos luteranos.

Continuó su camino hasta alcanzar, ya cuando la noche era cerrada, el castillo del obispo de Derry, Raimundo O’Gallagher, de quien pidió ser recibido.

Un monje que le recibió a la puerta le preguntó en latín quién quería entrar a hablarle al obispo, y el fraile caminante respondió en la misma lengua:

—Decid a su reverencia desea hablarle un pobre capellán español que iba en estas naos que los pasados días naufragaron, a quien Nuestro Señor, que todo lo provee, ha sabido encaminar hasta su puerta, más por servirse de él para algún santo designio que porque su humilde persona lo merezca, que mi nombre es fray Luis Robledo, de la orden de los padres observantes franciscanos, que en otro tiempo estuve en la iglesia de Araceli de Roma.

Tras esta presentación, y un poco más de espera, el mismo monje de antes acompañó al fraile hasta la cámara del obispo O’Gallagher, ante quien se arrodilló el visitante y besó el anillo.

—¿Así que veníais en las naves del rey de España? —le preguntó el obispo.

—Como capellán de una de las compañías del tercio de Don Alonso Martínez de Leyva —replicó Robledo—, de quien me separé en el puerto de Killybegs cuando éste se embarcó en una galeaza, que ya debe de haber llegado con ventura en Escocia. Pues que yo me quedé atendiendo a los heridos que no pudieron embarcar en esa jornada, y luego perdí mi camino y he vagado de una tierra a otra hasta que sentí hablar de vuestra señoría ilustrísima, a cuyo amparo y servicio humildemente me pongo.

—¿Entonces no conocéis la suerte que corrió la galeaza en que iba Don Alonso?

Robledo negó con la cabeza y se santiguó rápidamente dos veces mientras aguardaba la respuesta del prelado.

—La dicha galeaza se estrelló contra unas peñas en una costa cerca de aquí que los ingleses nombran Giant's Causeway; murieron ahogados un millar de hombres que iban embarcados, entre ellos el propio maestre de campo y todos los famosos capitanes y lucidos caballeros que le acompañaban, pues hasta el presente han aparecido con vida no más de siete hombres, que aguardan en las tierras de Mac Donnell alguna barca que los pase a Escocia.

El fraile mostró en el semblante la tristeza y turbación que la nueva le producía e hizo a continuación un breve elogio de la persona de Don Alonso, soldado y caballero sin tacha, celebrado tanto por amigos como por enemigos, y tan querido del rey Felipe II que éste sentiría su muerte más que la pérdida de cien naves.

O'Gallagher apreció la oratoria de su invitado y le ofreció cenase con él y le hablase mientras de las cosas que acontecían en otras partes, ya que él era sólo un pobre obispo acosado por los herejes y con su grey dispersa y amenazada, que vivía aislado del mundo y sólo por el nombre podía llamarse y sentirse obispo.

—Por mucho más que de nombre os tengo yo por obispo —protestó Robledo—, que Nuestro Señor ha de apreciar tanto más como de su Santa Iglesia a los que como vuestra señoría ilustrísima viven acosados de los tiranos gentiles y le sirven con peligro de su vida, que a aquellos que disfrutaban de la paz y de la protección de sus príncipes, gozando de crecidas rentas que les mueven luego a descuidar su santo ministerio. Que, a lo menos yo, os estimo en tanto, que os he de hacer algún presente para mostrároslo...

Removiendo en su zurrón sacó el fraile la efigie de lo que parecía un santo y dos impresos con manchas de humedad.

—En ningunas manos estarán mejor estas que tengo por joyas que en las vuestras —dijo Robledo ofreciéndoselo todo al obispo—, que la una es una santa imagen de San Bollino de Padua, al igual que vuestra señoría ilustrísima santo ejemplo de mártires, y los otros dos son unos impresos que os agrada leer e iluminarán y encenderán vuestra fe. El uno es un diálogo de un fray Juan Bautista impreso en la ciudad de Padua hará dos años, en que se tratan con claro entendimiento los principales misterios de nuestra santa fe católica, que aunque fue escrita para uso de los que van a cristianizar en el Nuevo Mundo, pueden ser también de alguna utilidad también aquí, donde el influjo de los luteranos unido a las antiguas supercherías del crédulo vulgo inficiona y confunde la verdadera doctrina. El otro es la bula de Su Santidad Sixto V *In Coena Domini*, tan celebrada por los católicos como aborrecida por los herejes, que traía conmigo para instrucción de ingleses cuando señoreáramos aquel reino.

El obispo Raimundo quedó muy conmovido por recibir aquellos inesperados regalos y se los agradeció mucho a su huésped, a quien ya empezaba a estimar por su

franqueza y devoción y el buen latín que hablaba con lengua tan elocuente. Rara vez tenía oportunidad de conversar con persona tan instruida y que le trajera noticias del resto del mundo, así que mientras rellenaba la jarra del fraile de más cerveza de cebada, le pidió noticias de Roma y del Papa.

—Lo último que se ha dicho de Su Santidad es que andaba muy malo de unos constantes catarros que le tenían muy enfermo —continuó Robledo—, que los más de los cardenales tienen por seguro le acabarán en breve y se comienza ya a tratar de quién ha de ser su sucesor. En España se aguarda salga esto cierto, pues se está muy descontento de él por lo poco favorable que ha sido este Papa a las cosas de mi señor el rey de España, como se ha visto por las burlas que hizo de la determinación de su majestad elogiando el valor y prudencia de la diabólica reina de Inglaterra. Y la poca afición que Sixto ha mostrado a los españoles se ve bien claro en que no quiso adelantar ni un ducado a la empresa de Inglaterra hasta no ver con sus ojos que habían desembarcado de veras en aquel reino. Que por esto y otros respectos, se le estima poco en España, y la cosa ha llegado al extremo que en Madrid un jesuita afirmó en público que el Papa era fautor de herejes, por lo parcial que se muestra acariciando a la reina de Inglaterra y al hugonote Enrique de Navarra y el riguroso trato que, en cambio, da al católico rey de España.

Continuó Robledo su discurso señalando la fama de irascible y codicioso que se había ganado Sixto, y que había acumulado un millón de marcos de oro de los que por nada del mundo quería deshacerse, a pesar de ser tantos los negocios de la religión en los que ese dinero podría emplearse con provecho. Por su capricho había elevado a obispado la villa en la que había nacido, que es una que se nombra Montalto, lo que no todos elogiaban ni tenían por justo. En su favor dijo, sin embargo, que había sabido limpiar los caminos de sus estados de los bandidos que campaban por ellos, haciendo rigurosa justicia de los maleantes, y que todos le agradecían poder viajar ahora con más seguridad de la que nunca se había conocido allí. También era hombre penetrado de profunda fe, y muy deseoso de señalarse en el servicio de la Iglesia y seguir los pasos de sus predecesores, pues unos años antes se le apareció en sueños el papa Gregorio y estuvo platicando con él cómo convenía no descuidase la conversión de Inglaterra a la que el otro había dedicado tantos esfuerzos, que después de este sueño se determinó a solicitar de todos los príncipes católicos que formaran liga contra la herética Isabel.

Tras satisfacer la curiosidad del obispo acerca de las cosas del Papa, cardenales y negocios de Roma, el fraile solicitó a su huésped le pusiera guía para pasar al otro día adonde estaban los españoles que se habían salvado del naufragio de la galeaza de Don Alonso Martínez de Leyva.

O'Gallagher se declaró contrariado por que Robledo tuviera tanta prisa en marchar de su lado, pues agradecía y disfrutaba mucho de la compañía de hombre tan docto e informado como él, y había concebido la esperanza de tenerlo por más tiempo en su castillo, a lo que el otro replicó:

—Y no es por negocio menudo por el que yo dejaría vuestra santa compañía, sino por una promesa que me pesa en la conciencia y me obliga a marchar tan presto, que es la que hice a un ministro del rey de España, que es su embajador ante el duque de Saboya, de cuidar y proteger en todo cuanto pudiere a un hijo suyo de nombre Martín de Ayala que vino en esta armada como caballero entretenido, a quien yo estimo como si fuera de mi sangre, y del que me separé cuando embarcó en la dicha galeaza del Don Alonso.

El obispo repuso que si estaba seguro de que el mozo que buscaba iba en aquella nave, lo más probable es que se hubiera ahogado con los demás que naufragaron.

—Y donde así fuera, aún conservo yo la esperanza de que sea uno de los siete que vuestra señoría ilustrísima dice salvaron la vida —explicó Robledo—, y no siéndolo, no puedo tampoco dejar de saberlo con toda la certeza posible para poder comunicarlo al padre y la madre del mozo, que desde que conocieron el mal suceso de esta armada aguardan con la zozobra que os podéis imaginar alguna nueva de la suerte de su hijo.

O'Gallagher asintió comprensivo y conmovido por la bondad y solicitud del fraile, y le aseguró que a la mañana siguiente le pondría una guía que le llevara hasta donde estaban los españoles supervivientes del naufragio de la *Girona* y le daría una credencial para que los señores de Mac Donnell le dieran todo el buen tratamiento que su humana misión merecía.

—Haciendo mi camino hasta aquí por un mal sendero que hallé —comentó el fraile tras agradecer mucho su promesa al obispo—, encontré cerca de un gran bosque unas casinas muy apartadas, casi al pie de una montaña, donde me pareció moraban unas mujeres con sus vacas, que me maravilló tanto la belleza de algunas de ellas como la soledad y peligro en que viven éstas en tal apartamiento, que me dolió algo el riesgo que siento llevan de perder sus almas viviendo tan alejadas de todo trato humano y acaso sin recibir doctrina cristiana ni escuchar la santa misa.

—Debe referirse vuestra merced a la viuda de Mauricio Brady que vive con dos hijas que tiene y una sobrina —contestó Don Raimundo—, y no debéis maravillaros tanto de que vivan tan apartadas, que es muy ordinario aquí el que muchas mujeres vivan solas en mitad de los montes, unas por haber quedado sin marido, padre y hermanos, y otras porque los hombres pasan la mayor parte de su tiempo en guerrear unos clanes con los otros y cada uno con los herejes ingleses, y ellas quedan todo el año con el gobierno de las casas. Que por lo que yo sé, son estas que decís tan buenas cristianas como las demás, aunque sólo en ocasiones contadas bajen a algún villaje a escuchar la misa, y estén, como las otras, inficionadas de las viejas creencias y hechicerías de estas tierras, que ya veis cómo son tantos los estorbos que debe remover la verdadera doctrina para abrirse paso en estos lugares.

*El necio desengañado*

**L**AS mujeres que tengo dicho se compadecieron mucho del mozo Martín al verme llegar con él en brazos y el modo en que sangraba. Lo metieron en una cámara y la de más edad de ellas me dijo me saliera, que iba a desnudarlo, limpiarle su herida y colocarle vendas nuevas más apretadas que las que con mi poca maña yo le había puesto, que luego mandaría una de las mozas que le trajera ciertas hierbas de los montes que eran muy a propósito para, después de cocidas, colocar sobre el golpe de lanza, con que pasados unos días me certificaba que curaría.

Insistí yo mucho en quedarme junto a mi compañero para velarle y les previne mucho cuidaran no le sobreviniera la fiebre del tétano que me cogió a mí en cierta ocasión que recibí una herida así en París. Pero las mozas por nada del mundo consintieron entrase yo en aquella cámara, y luego que limpió la herida y vendó con lienzos limpios al Martín, salió la madre de ellas y me preguntó cómo había ocurrido que hirieran así a mi compañero.

Le referí yo el encuentro que tuve con aquellos ingleses y quedó ella con gran temor del peligro en que me había puesto a mí mismo y a ellas, que los otros ingleses vendrían a indagar lo que había ocurrido y a vengarse. Me pidió así me volviera al bosque y me escondiera allí, y que me llevara conmigo los caballos que había traído, que ellas se ocuparían de esconder a mi camarada y hurtarlo a su registro.

Y aunque por nada quería yo separarme del Martín y dejarlo entre mujeres de las que no fiaba si, por salvarse ellas, no lo entregarían a los ingleses, no encontré qué otra cosa podía hacer sino seguir su consejo y rogar a Dios salieran aquellas mozas caritativas y cumplidoras de su palabra.

Marché así de nuevo al bosque y pasé dos días sin salir de él, que a la noche, en un lugar que teníamos convenido, venía una de las mozas con alguna de las vacas fingiendo se le había desmandado y me dejaba allí cerca algo para comer. Por no dar motivo de que se pudiera sospechar me escondía en aquel lugar, no osaba yo hacer fuego con que calentarme por la noche, y pasé así unos fríos muy recios, pues que era ya el mes de noviembre entrado, que es en esas partes, por tan septentrionales, mucho más riguroso que en Francia y España.

A la mañana del tercer día, antes que amaneciera, sentí ladridos de perros, tan cercanos que apenas tuve tiempo de recoger mis cosas y echar a correr entre la espesura. Como aquella floresta era tan vasta y no la había recorrido yo entera, por huir de los perros que dije me adentré en parte que nunca había andado y que no conocía, buscando fuera lo más espesa por que pusiera mayor estorbo a la

persecución de los canes y de sus dueños. Vine en cambio a dar en una ciénaga muy oscura y profunda por la que fui desguazando con harto miedo de quedar atrapado o sumido en algún hoyo oculto de lodo bajo mis pies.

Al verme caminar por allí, no se atrevieron mis perseguidores a irme detrás y creo que se conformaron pensando no podría salir yo de aquel laberinto. Mas en el momento pensé yo que me aguardarían en alguna orilla de la ciénaga hasta que me determinara a salir, y por miedo de que fuera ésta su intención, en cuanto hallé una isla de tierra firme en medio de ella, decidí quedarme allí hasta que el hambre me forzara a otra cosa.

Mas tanto como el hambre, me castigaba la mala conciencia de haber dejado desamparado al mozo mi compañero y a aquellas mozas que se cuidaban de él, que acaso mis perseguidores, al hallarme en el bosque, sospecharían de ellas y pensarían en tomar su venganza por la muerte que yo había dado en el sendero a los ingleses con que topé.

Determiné así salirme de aquella ciénaga y con harta ventura, más de un día después de adentrarme en el pantano, logré llegar a parte que ya conocía, y me encaminé a las casas de aquellas mujeres para tomar noticia de cómo se encontraban y que me socorrieran del hambre que yo tenía.

Resultó, sin embargo, muy al contrario de como yo confiaba, pues al ir a entrar en la casa, hallé había a la puerta unos caballos que me hicieron sospechar fueran de ingleses. Me quedé así fuera de la casa sin osar entrar y escudriñé adentro por asegurarme de lo que ocurría, que vide estaban allí dos mancebos ingleses que habían ido a retozar con las mozas.

Al principio se apoderó de mí una cólera tan violenta que me hizo pensar en entrar a la casa y matarlos a los dos. Mas luego se me ocurrió que, haciéndolo, sólo empeoraría nuestra suerte, como se había visto por el suceso pasado. Como estándome allí afuera, a la vista de cualquiera, podían los otros reconocerme, dudé si debía volverme al bosque o esconderme en alguna parte. Pero como temía habrían puesto guardas en él por si escapaba yo de la ciénaga, me pareció mejor refugiarme allí cerca en un corral que había de las vacas.

En una soga que colgaba de un techado donde guardaban cántaros para la leche, encontré había secando una camisa de las que vestían aquellas mozas, que con ella puesta y atándome a la frente un paño de lienzo doblado, al modo que había visto se usaba entre las salvajes, pensé podría engañar con este disfraz, si reparaban en mí, a los ingleses.

Pero éstos, luego de haber tenido su trato con las mozas, salieron muy contentos de la casa y marcharon en sus caballos sin cuidarse de nada más. Así, sólo las mujeres repararon en mí y me reconocieron, mostrando mucho gusto de verme con la vida y burlándose aún más de las trazas que yo traía en mi hábito de mujer, que una de ellas dijo:

—Anda el mundo tan loco y desbaratado que, por hacer en todo mudanza, los

mozos se visten de moza y las mozas se truecan en mozo.

Ocurrencia que las demás mujeres celebraron con muchas risas y que me dejó a mí algo corrido, que no hubiera pasado yo aquella burla si no tuviera tantos motivos para estarles agradecido y me inquietara conocer cómo estaba mi compañero el mozo Martín.

Les pregunté así por él, a lo que me respondieron no debía inquietarme, que mejoraba de su herida y que por tenerlo con más seguridad, lo habían llevado a una choza que tenían montaña arriba, donde quedó cuidándolo la madre de ellas.

Me ofrecieron luego comiera alguna cosa, que sabían debía de estar yo muy necesitado, pues por aquellos ingleses de antes conocían me había perdido en una ciénaga profunda de la que los herejes se prometían no había de salir con la vida.

Después de hacer mi cena les rogué me hicieran la merced de guiarme hasta la choza donde escondían a mi compañero, y una de ellas se prestó a enseñarme el camino, que mientras lo hacíamos me extrañó y picó un tanto ver que lo hacía siempre entre risas, cuya causa yo no sabía explicarme y pensé debía de ser que aún le duraba el recuerdo de haberme encontrado vestido con ropas de mujer.

Al llegar a la choza, la madre de ellas me salió al paso y me previno no era seguro permaneciera yo allí, pues los ingleses conocían el lugar y habían de volver a registrarlo. De la herida me dijo no había de qué preocuparse, pues iba curándose y sanaría del todo a su tiempo.

—Más inquieta me tiene —añadió— el catarro de pechos y estrechura de ellos que sufre, que no parece sino algo de asma con sonido de alientos, del que mal podrá curar en esta montaña con tan rigurosos fríos.

Le propuse que, siendo así la otra enfermedad del mozo tan grave, me indicara alguna villa donde hubiera médico que le pudiera dar algún remedio de oximiel de los que en Francia se usan para curar tales catarros.

Se irritó entonces conmigo la mujer y me dijo:

—Bien dicen que el más pobre es el necio, que mientras a los otros les falta abundancia, a éste le falta la razón. ¿No veis, mozo sin seso, que junto a vos no le han de venir a esta dama sino peligros, y que quedando con nosotras, al tiempo que sane, ya sabremos encaminarla adónde con seguridad pueda ella pasar en Escocia? ¡Cuidaos así de vuestra persona y marchaos en buena hora, como ya os aconsejamos otra vez, al amparo del señor de Mac Donnell, antes que los ingleses os hallen y seáis motivo de nuestra ruina!

Harto me extrañó que mencionara esta mujer a una dama de quien yo no tenía noticia, mas como nos comunicábamos en una rara lengua en que hacíamos mixtura de palabras de su idioma salvaje con otras inglesas y españolas, pensé yo no había entendido lo que quería decirme, y así le pregunté de qué dama me estaba hablando.

Como entendió mi pregunta, la moza que me había servido de guía hasta la choza comenzó a reír descompuestamente, que no parecía sino que sufría de estorcijones en las tripas. Y como yo venía ya muy picado por sus otras burlas y veía a ésta

arremetérseme de nuevo a las barbas, me afrenté mucho con ella y le amenacé con que había de azotarla si no dejaba de hacerme mofa como atrevida y chocarrera. De lo que moza y madre se espantaron mucho, pues vieron ser cierto que yo no conocía qué dama era aquélla de que me hablaban. Y así la mayor de ellas me dijo:

—Juro a vuestra merced que desde el primer día que os encontramos, mis hijas y yo supusimos que la dama que os acompañaba y vos estabais entre ambos concertados para fingir ser ella varón, como acostumbran hacer algunas señoras para pasar con mayor seguridad su jornada o por no ser conocidas bajo su disfraz, que nunca hasta ahora sospechamos estuviéseis en esto engañado. Que la razón de recogerla en este monte fue más la de guardarle su honra y virtud que su vida si la hallaban los ingleses...

Debí quedar yo tan mudo y perplejo con esta explicación que madre e hija se miraron entre sí y no se atrevieron a añadir nada más, maravilladas del caso y con temor de enfadarme más.

Sin que ninguna de ellas se interpusiera en mi camino, entré en la parte de la choza donde estaba el que yo había imaginado mozo, y lo hallé reposando en un lecho que le habían puesto, cubierto con sólo la camisa de mujer. Que ya fuera porque en el tiempo que no le había visto le habían recrecido los cabellos, o por venir de desengañarme de mi necesidad, en cuanto le puse la vista encima me di cuenta de lo errado y ciego que había yo estado hasta entonces. Pues que si en hábito de varón aquel fingido Don Martín de Ayala no valía gran cosa, vuelto a su condición mujeril se me antojó, aun vestida de aquella manera tan mal compuesta, una de las doncellas más gallardas y hermosas que yo haya jamás podido contemplar.

*El secreto de Doña Isabel*

**N**O debe vuestra merced tomar agravio de mí ni, por descubrir mi verdadera condición de mujer, sentirse burlado —comenzó a decirme la nueva moza—, que no fue mi intención ni mi gusto engañaros y burlaros, y si me concedéis la ocasión, sabré daros cumplida explicación de lo que como mujer me avergüenza y como cristiana me pesa.

Nada supe yo replicar a estas primeras palabras tuyas, pues además de estar aún confundido por la revelación de su nueva figura, se me mostraba ahora con una voz tan distinta a la que yo le conocía, que la belleza de la una y de la otra me tenían suspenso y maravillado, que es privilegio de la hermosura prender y dejar mudo, hiriendo, con sólo mostrarse, a un tiempo los ojos y el ánimo.

—El mozo Martín de Ayala a quien conocisteis y tratasteis, de quien recibisteis la asistencia y amistad que entre compañeros se usa, y a quien correspondisteis con amistad igual y al que cuidasteis con desvelos que le han guardado la vida hasta aquí, los cuales os agradezco y estimo como no podría encarecer, ese mozo fingido, digo, es la doncella que tenéis ante vos. Que mi nombre verdadero es Isabel de Ayala, natural de la villa de Alcalá, en España, de donde partí muy niña a Italia por haber de desempeñar mi padre allí diversos empleos como ministro de su majestad, el último y que al presente le ocupa, el de embajador ante la persona del duque de Saboya, yerno de nuestro rey.

»Que por no alargar más de lo preciso mi historia y no manteneros en el suspenso y perplejidad que os veo, bastará con decir que nací de padres tan nobles que pocos les aventajan en España en esclarecido linaje, y me crié, como hija de tales padres, sin que a mi fama de doncella honesta y virtuosa pudiera ninguna lengua poner tacha con justo motivo, hasta llegar a los años que ahora tengo que son los veinte.

»Ocurrió, sin embargo, que hará cosa de dos años, que lo recuerdo porque fue en el tiempo en que nació el príncipe de Saboya, hijo de los duques, llegó a la ciudad de Turín, donde yo vivía con mis padres, un gentilhombre español que venía a ocuparse en ciertos negocios suyos. Sin que yo hubiera de mi parte dado motivo alguno para ello, el dicho caballero se prendó de mi persona y empezó a ponerme asedio como si yo fuese plaza que él había de tomar. No dejó medio por emplear para solicitar mi favor, ni importunación por la que mostrarme cómo me adoraba y el daño que mi desdén le hacía. Por medio de sus criados me enviaba letras y presentes que yo al punto le devolvía, sin que en muchos meses que duró su porfía obtuviera de mí más palabras que unos renglones que al fin le escribí representándole lo que sus

galanterías me fatigaban y rogándole me olvidara y lanzara sus dardos en otra parte.

»Por no dar pesar a mi padre y que no cayera en alguna cólera por causa que tan poco lo merecía, procuré disimular ante él las acometidas de tan ahincado como no deseado galán. Mas vino al fin aquél a entender la instancia y demasía con que el dicho español solicitaba mis favores, y determinó valerse de la privanza y amistad que con el duque tiene para hacer que desterraran de Turín a mi asediador, lo que sin tardar se cumplió. Pero no por ello abandonó el otro su empeño, sino que acaso porfió más en él, y aun desde la villa en que se instaló, distante algunas leguas de Turín, continuó enviándome cartas y regalos.

»Yo lo tenía por loco y en nada estimaba las letras que me escribía, pero tal vez por despecho, empezó luego él a escribirme unas en que, con oscuridad y sin declararlo por lo llano, me daba pie a pensar conocía algunos secretos tocantes a mi honra y origen.

Isabel hizo entonces una pausa y bajó los ojos, como si el recuerdo de aquellas cartas y su contenido aún le pesaran y sobrecogieran, y le avergonzara repetirlos ante mí. Viendo yo su turbación, le pedí que no siguiera contándome algo que tanto pesar le daba, que nada de reprochable hay en guardar para sí lo que al honor propio y de los padres concierne. Pero ella, tras suspirar, continuó:

—Por la bondad que me mostráis y porque palpéis la poca intención que tuve yo de burlaros, además de porque conozco vuestra nobleza y que de la pureza de vuestro pecho sólo me puedo prometer el mayor favor y compasión, seguiré mi historia y os declararé con franqueza lo que a mi pecho tanto le hiere y mi lengua traba. Que es que este dicho gentilhombre me confesó, aun con la dicha oscuridad de palabras, era natural, como mi madre y yo lo somos, de la villa de Alcalá, donde él había pasado la mayor parte de su vida. Y que por tener él sus deudos y amigos allí, conocía bien cierto cuento que había circulado por Alcalá al tiempo que yo nací, y que era éste.

»En la universidad que da lustre y nombre a esta villa de Alcalá estudiaba en otro tiempo un joven gentilhombre de la mejor cuna, de cuya discreción y cristianas costumbres todos se prometían los mayores premios para lo porvenir. El dicho caballero vino a entender un día cómo su hermano primogénito y mayorazgo de su casa estaba enfermo de unas fiebres que lo habían de acabar en poco tiempo. Sus padres le reclamaron entonces que volviera con ellos y consolase con su compañía la pérdida del hermano. Pero bastó que le llegara la nueva de la mortal enfermedad del primogénito de su casa, para que el estudiante se diera ya por heredado y mudara del todo sus antiguas costumbres, que todo lo que había sido digno de alabar en sus pasados hechos, se mudó al punto en viciosos hábitos y malas compañías, desterrando de su lado las de los virtuosos compañeros que hasta entonces había frecuentado. Pidió préstamos que avaló con la promesa de su próxima riqueza, y comenzó a gastar sin tasa en las mejores ropas y caballos y criados, luciéndose por todo Alcalá como gentilhombre de la mayor fortuna.

»Estaba prendado este estudiante, desde hacía algún tiempo, de una doncella de la

misma villa, famosa por su hermosura y discreción, hasta quien en su anterior pobreza no había osado alzarse, pero a la que en la hora de su nueva fortuna se propuso lograr por el más honesto modo, que fue pidiendo su mano a los padres de ella, no menos nobles que los suyos. Aceptaron los padres de la doncella su pretensión, pensando unir nombres y fortunas de dos tan ilustres casas, hiciéronse las amonestaciones, y se fijó la boda para después de pasado el luto por la muerte del hermano.

»Mas en tanto, llegó al caballero noticia de que su hermano había sanado como por milagro, y antes que la nueva se corriera por Alcalá, determinó él gozar a la doncella de la que estaba tan locamente enamorado. Valiéndose del engaño y sacando ventaja de la ingenuidad que, por la poca experiencia y años, aquella señora tenía, aprovechó la primera ocasión que se presentó para hacerla salir en secreto de la casa de sus padres y casó con ella en una ermita fuera de la ciudad, con excusa de que el amor que por ella sentía no podía sufrir la espera de tan largo espacio de tiempo como había de pasar hasta que se levantara el luto que he dicho.

»Antes que saliera a la plaza pública la salud recobrada del hermano y cómo el estudiante no había de heredar ningún mayorazgo, consumose luego el matrimonio con todo el secreto posible, que persona en Alcalá no lo sospechó fuera de los testigos de la boda. Conociéronlo después sus acreedores, que reclamaron lo prestado; sus nuevos compañeros de vicios, que corrieron en busca de otra bolsa que mejor los sustentase; y la dama y sus padres, que se afrentaron como se puede imaginar de la deshonra que se les había hecho. Lo conocieron también, al fin, los propios padres del gentilhombre estudiante, que se escandalizaron mucho del proceder de su hijo, y como eran tan limpios de sangre como celosos de su honor, determinaron guardar la palabra dada de matrimonio y casar al hermano primogénito con la doncella burlada, como luego se hizo con grandes celebraciones.

»Quedó el caballero deshonorado, y tras protestar en vano contra la determinación de sus padres y hermano, pues seguía amando a la dama, hubo de salir de Alcalá, de noche y a escondidas como delincuente. Mas no se conformó él con ver a la señora que tenía por su esposa casada con su hermano, y acaso por vengarse de él, puso pleito contra el mayorazgo de éste, alegando cómo el primogénito había sido concebido antes del matrimonio, siendo por ello ilegítimo de todo derecho, y que por lo tanto los títulos y señoríos familiares le correspondían a él. El disgusto que este proceder y mala nota que en su limpio linaje ponía, les fue acabando pronto la vida a sus padres, que el padre murió al tiempo que sucedía lo del pleito declarando no lo tenía ya por hijo suyo, y la madre lo siguió a la tumba algunos meses después, de lo que el hermano quedó muy sentido, cargando la culpa en el otro. Y al final todo resultó en mayor descrédito de su persona, pues el dicho pleito se falló en su contra y se le condenó a pagar las costas y a pena de destierro. Pasó entonces el desdichado a Flandes para servir en los tercios que allí tiene su majestad, y anduvo en distintas partes sin volver nunca a pisar su patria y olvidado de su nombre, que mudó por otro

para mejor esconder sus pasadas faltas.

»Se supo luego que de los pasados amores de la doncella y el estudiante quedó aquella encinta de una niña que a su tiempo nació. Pero por ser tan cercanos en el tiempo los dos matrimonios, el primero en secreto y el segundo público, fue fácil ocultar la verdadera paternidad. Más arduo resultó anular y esconder el primer casamiento, pues aun realizado a espaldas de los padres y con pocos testigos, al fin fue éste canónico y sacramento auténtico a los ojos de Dios. Y así, los padres de la doncella, por que se guardara bien el secreto y no llegara a ser conocido, buscaron y compraron el silencio del fraile que los casó y de todos los testigos que podían dar fe de él.

»Ésta es la historia que en sus cartas me fue desvelando aquel porfiado galán mío y a la que vuestra merced sólo precisa añadir que la doncella del relato es mi señora madre, que el hermano que sanó no es otro que el que lleva el nombre de ser mi padre, y que el fruto de aquellos amores secretos es la doncella que ante vos tenéis.

»Antes que llegara yo a conocerlo entero, acudí a mi madre a contarle lo que aquellas cartas decían y a inquirir cuál era la verdad del caso. Que al principio ella me lo negó todo, con achaque de que no eran sino el fruto ponzoñoso del despecho que mi galán sentiría por mis constantes desdeños. Dudé así yo un tanto de cuál fuera la verdad, y por ver cómo afligía a mi señora madre le preguntase al respecto, determiné mandarle una letra al gentilhomme de Alcalá desanimándole de que siguiera escribiéndome aquellos embustes. A lo que él me replicó que más cosas me diría a boca para que palpase yo cómo era cierto cuanto me había contado, y ofreció reunirse conmigo en lugar secreto donde prometía declararme el nombre que al presente usaba mi verdadero padre y dónde podía hallarlo.

»No fié de su intención y fui a referirle a mi madre este último ofrecimiento que el español me había hecho. Y sucedió a los pocos días que llegó nueva a Turín de cómo habían muerto a aquel caballero en la posada que tenía en la villa de Tortona, que es adonde lo había desterrado el duque. Que la noticia me turbó y quitó la poca quietud que me quedaba, pues entendí no había de ser casual que aquella muerte sucediera en tan pocos días al ofrecimiento que el otro me hizo de revelarme la identidad presente de mi verdadero padre.

»Indignada con aquel suceso y confirmada en mi sospecha, forcé la voluntad de mi madre para que me confesara toda la verdad, como ella lo hizo con harto pesar y lágrimas, rogándome que, a lo menos, lo que me decía ahora no mudara el amor y opinión que de mis padres yo tenía. Yo la calmé y fingí aceptar la verdad que me reveló como si en nada hubiera de alterar el respeto y amor que como hija les debía, pero mi pecho comenzó a sentir en otra muy diferente forma a la que mis labios declaraban, y en ese mismo momento determiné partirme en secreto a la primera oportunidad que se presentara en busca de mi verdadero progenitor. Pues que lo que la daga del asesino enviado por mis padres impidió que me declarara el caballero de Alcalá que tengo dicho, me lo confesó entre lloros mi madre, que es que mi auténtico

padre y hermano de quien yo había tenido hasta entonces por tal, se nombraba ahora Don Juan de Forcada y se hallaba en París.

No puedo representar cuánto me espantó el relato que hasta aquí había hecho Doña Isabel del secreto de su origen, historia que ya había yo antes escuchado contar de otra boca. Con que se podrá imaginar lo confundido y asombrado que quedé de hallar, en tan poco espacio de tiempo, primero ser doncella, y de las más bellas que encarecerse pueda, quien yo pensaba mozo; y ahora no ser ésta otra que la hija de mi señor Don Juan de Forcada.

Al advertir ella mi confusión, atribuyéndola a lo extraordinario del suceso que acababa de contarme, dijo:

—Veo cómo os ha turbado ésta tan rara historia, y aunque creo que el resto podría excusarme de contarlo, lo que vuestro entendimiento ya supondrá, aún deseo terminar de referiros toda la verdad del caso, si tenéis la paciencia de escuchármelo.

Asentí yo y la invité a proseguirlo, no atreviéndome aún a revelar cómo conocía yo una parte de cuanto acababa de contarme, y determinando entre mí que era mejor, antes de descubrirselo, dejar que rematara el relato de su historia, la cual ella continuó así:

—Ocultando a mis padres mi intención, tomé todas las prevenciones para hacer mi jornada y así preparé en secreto el dinero, los caballos y cuanto pensé fuera necesario para la comodidad del viaje a París. Concertada con una criada mía de toda confianza, nos cortamos la una a la otra los cabellos, nos vestimos con ropas de varón y partimos por fin una noche.

»Llegamos así a París después de muchos trabajos que no contaré por no fatigaros más. Escondiendo quién era, primero me encaminé a casa del embajador Mendoza, a cuyo servicio me había dicho mi madre había estado últimamente aquel que buscaba. Mas me recibió uno de sus privados que se recató mucho conmigo y no quiso decirme sino que lo creía vuelto en España a levantar compañía para la jornada que se preparaba en Lisboa. Por asegurarme más de la verdad de este aviso, fui después a preguntar por su paradero a ciertos soldados viejos de Flandes. Por las señas y nombre de él que yo les iba dando, algunos lo reconocían al punto, mas muy pocos supieron darme cuenta de dónde se hallara, que al final sólo alguno que parecía haberlo tratado más en otro tiempo me vino a significar que tenía también por cierto había regresado a España muy honrado por el rey y se ocupaba ahora en levantar los hombres de guerra que irían en la armada del marqués de Santa Cruz. Por concordar esto con lo que ya el dicho confidente de Don Bernardino de Mendoza me había dicho, lo tomé por aviso cierto, y así determiné partirme a España.

»Llegué, sin embargo, a Lisboa en tiempo en que el duque de Medina Sidonia hacía días que había zarpado ya con la armada, y desengañándome de mi mala fortuna y pensando que nunca lo hallaría, escribí luego una letra a mi madre anunciándole cómo mi intención era retornar en Turín. Mas sucedió que en mi camino me llegó nueva de cómo unas furiosas tempestades habían descompuesto en

su viaje la armada del duque y se reunían de nuevo en La Coruña, y como entendí esto cuando me hallaba en la villa de Medina, confié en que llegaría a Galicia con tiempo de que la armada aún no hubiese partido, como así fue.

»De los trabajos del camino había enfermado de unas fiebres la criada que yo llevaba conmigo, que cuando al fin llegamos a La Coruña no estaba para embarcar. La dejé allí en manos de quien pudiera cuidarla, y determinada a unirme a la armada en la que sospechaba iría el Don Juan que digo, me alisté como caballero aventurero a mis propias costas, bajo el nombre de Martín de Ayala. Que la necesidad de gente que había en aquella armada por haber sobrevenido las tempestades que dije y haber enfermado y desertado algunos, en tanto se reparaban y preparaban de nuevo los navíos, junto con las señas que di de mi persona de ser hijo de tan noble casa como la mía, no sólo me allanaron el camino, sino que aun se holgó mucho mi capitán de llevar consigo soldado de tal calidad.

»Se preguntará vuestra merced cómo en tan estrecho trato como se tiene en uno de estos navíos de armada pude esconder a los ojos de todos mi condición de mujer. Y si la honestidad de doncella que debo guardar me autorizara a declararme más, os referiría los medios y estratagemas de que debí usar para pasar tanto tiempo oculta, en aquel apretado confinamiento, mi verdadera condición. Bastará decir que ya antes de embarcarme, hallé mujer en La Coruña que me avisó y aconsejó en esta materia, proporcionándome los medios y dándome la regla de la conducta que debía seguir para no ser descubierta.

»El resto de las cosas que pasaron cuando llegamos al Canal de Inglaterra, los combates que con los ingleses tuvimos, los brulotes que desordenaron la armada frente a Calais, la no comparencia del duque de Parma con sus bajeles, la derrota que seguimos hacia el norte con riesgo cierto de encallar en los bajíos de las ínsulas de Zelanda, la vuelta de Escocia con la armada descompuesta y dispersa, y la arribada, al fin, a estas costas ignotas de Irlanda ya son conocidas de vuestra merced y así no hay que referirlas.

—Ahora que me habéis abierto vuestro pecho y declarado la razón de vuestra mudanza de doncella en gentilhombre —comencé a decirle a mi vez— os quiero advertir cosa de la que sin duda os espantaréis, pero que no quiero callar por más tiempo. Mas primero deseo excusarme de no habérselo declarado antes, de lo que tengo bien clara disculpa, pues hasta que no escuché de vos la historia que acabáis de referir, no podía entender quién fuerais y cómo una parte de vuestra narración ya la conocía yo.

Se asombró mucho Doña Isabel de estas palabras mías y me pidió pasara adelante y le contara cuál era esa parte de su historia que yo ya sabía y cómo había llegado a mis oídos.

—La historia del estudiante de Alcalá y su boda secreta con una doncella principal de aquella villa —explíquela escuché de boca del mismo fraile que los unió a ambos ante los ojos de Dios. Este religioso se llama padre Alderete, y vive al

presente en el convento de Sainte-Catherine-du-Valdes-Écoliers de París. La dicha doncella de Alcalá, famosa por su hermosura y discreción, llamase Doña Constanza de Beaumont, y en verdad debí andar yo ciego al no reconoceros como su hija, pues por un retrato que de ella vide en cierto medallón, ahora que os veo en hábito de mujer, me certifico de que sólo de tal madre podía venir doncella tan bella como vos...

Como honesta, se sonrojó ella con el elogio, apartó la mirada un momento de mí y con un gesto de su mano, me significó que dejara los halagos y pasara adelante a la sustancia de lo que había de declararle, que ella tenía muchas preguntas que hacerme de cómo había escuchado yo aquellas cosas.

—Y todo esto lo sé y lo he visto —continué— por ser yo servidor, y estimarme casi como a hijo, el hombre a quien tan sin desmayo venís queriendo hallar, que es el capitán Don Juan de Forcada, nombre que él usa desde que abandonó el suyo primero de Don Martín López de Ayala, hermano del que se nombra padre vuestro y es embajador de su majestad junto al duque de Saboya, Don José de Ayala y Manrique de Lara.

—¿Vuestra merced es criado de mi verdadero padre —se maravilló Doña Isabel— y lo conoce y lo trata y sabe dónde se halla?

Asentí yo muy contento y se lo confirmé, tan asombrado como ella por este raro suceso, que le corrieron entonces a Doña Isabel lágrimas muy tiernas de alegría y, olvidando el recato, me abrazó contra su pecho y alabó mucho la merced que Dios le hacía de haberme puesto en su camino.

—Que desde que os encontré a bordo de aquella galeaza —dijo luego— tuve en mi pecho una extraña confianza y contento de hallaros, que no sabía hasta ahora explicarme de qué sentimiento nacía. Y ahora veo no andaba yo tan desencaminada en mis pasos, y cómo Nuestro Señor nos pone la guía que nos lleve a donde ansiamos, si está en su voluntad el favorecernos.

Y con esta y otras expresiones de su contento y asombro pasó mucho tiempo alabando a Dios y riendo, recordando los sucesos de nuestro trato, cuando yo aún la creía varón, y preguntándome mil cosas de mi señor Don Juan, que su alegría era tanta y tan descompuesta, que pasaba de una cosa a la otra como loca que tiene el entendimiento nublado.

Por poner algo de cordura en aquello, le representé entonces lo poco que este feliz suceso mudaba nuestra presente situación:

—Que nos hallamos en parte desconocida —dije—, vos enferma aún de este catarro de pechos, yo perseguido de nuestros enemigos que en algún momento pueden sospechar dónde encontrarme. Estas mozas que nos acogen están muy apretadas, que es milagro no nos hayan aún delatado. Mi señor de Forcada en París, que no sé si hasta allí habrá llegado ya alguna nueva de las naves en que veníamos. Y por fin, vuestros padres en Turín, a cientos de leguas de aquí, ignorantes de si estáis todavía con la vida u os habéis ahogado o caído en poder de los ingleses. Así que lo

que más nos urge ahora es concertar qué es lo que haremos. Y esto luego, señora, antes que nos sobrevenga algún nuevo peligro.

*Dos espías*

**R**OBLEDO desesperaba ya de la llegada del confidente del gobernador Bingham con el que se había citado en aquel torreón en ruinas cuando vio aparecer la silueta de alguien que avanzaba por el prado.

Aguardó hasta que la figura se hizo más nítida y, al reconocerla, abandonó su escondrijo en una oquedad de la vetusta torre abandonada.

—En buena hora viene vuestra merced —le gritó Robledo— que pensaba no habríais ya de acudir nunca.

Gerald Comerford, espía del gobernador Richard Bingham, avanzó hacia él, sonrió y se encogió de hombros. Juntos se refugiaron en el mismo hueco del torreón donde antes aguardaba sólo Robledo.

—¿Halló vuestra merced al español que buscaba? —preguntó Comerford.

—No, por cierto —respondió Robledo—, sino que empiezo a sospechar debió de morir en verdad en el naufragio de la galeaza *Girona*. En el castillo de Dunluce que tiene el *Sorley Boy Mac Donnell* hallé refugiados siete soldados españoles que se salvaron de la pérdida de la galeaza, la mayoría muy enfermos y necesitados, que aguardaban llegaran unas barcas que habían de venir para pasarlos en Escocia. Hallé también con ellos a un capitán Cuéllar que me refirió la notable historia de cómo ha vagado por estas partes más de tres meses que lleva en Irlanda, desde que hizo fondo en la parte del poniente la nave en la que venía, que era una nombrada *Lavia*. Más nada me supo ninguno decir del mozo Martín de Ayala que busco.

Al escuchar a Robledo mencionar que venía de Dunluce, Comerford le pidió que le diera los detalles de las defensas del castillo y de las fuerzas que había podido ver que tenían los Mac Donnell.

—El señor Bingham estimará mucho este aviso que me dais y os favorecerá aún más por ello —le aseguró el espía después de apuntar en su cabeza todos los datos que Robledo le proporcionó—. Y antes de daros en correspondencia un aviso de lo que me solicitasteis, que creo os será útil, excusad que le pregunte a vuestra merced una sola cosa.

—Haced vuestra pregunta, que con gusto satisfaré cumplidamente vuestra curiosidad si ello no me es vedado —replicó Robledo.

—¿Cuál es la calidad de este gentilhomme español que con tanto ahínco busca hallar vuestra merced?

—A eso sólo puedo responder yo que viene de una de las principales casas que en España hay, y que su padre es uno de los ministros de su majestad el rey de España.

—Pero ¿por qué lo busca vuestra merced con tal instancia? En esta armada de España que, felizmente, tan poco efecto al final ha tenido contra mi señora la reina de Inglaterra, venían muchos grandes capitanes, famosos generales de mar y tierra, lucidos caballeros y mayorazgos de muchas casas de las principales que hay en España. Se han ahogado en el mar y muerto de necesidad y hambre acaso cientos de ellos. Y sabe vuestra merced, porque pasó por las prisiones de Galway y de Drogheda, cómo su mucha calidad no les ha servido a estos españoles para salvar la vida y ponerla a rescate, pues que el virrey Fitzwilliams ha dado orden se pase a cuchillo a todos sin excepción, que, por no contradecir el mandato que del dicho virrey tiene, mi señor el gobernador Bingham ha tenido que ahorcar a algunos de estos que reservaba para sacar de ellos un buen rescate. ¿Qué os importa, pues, a vos, la vida de este joven caballero que decís?

—Mis razones tengo —replicó oscuramente Robledo—, y disculpará vuestra merced que no se las comunique, que sólo a mi persona y a la del padre del dicho caballero conciernen.

El espía se quedó mirando intrigado a aquel supuesto fraile de rostro deforme y sonrió para sí, preguntándose qué conocimiento y trato de altas personas de la corte de la reina debía de tener aquel español para que el gobernador Bingham le dejara husmear a su antojo por aquellas tierras y le ordenara a él, y acaso a otros espías, que se pusieran a su servicio y le dieran completa satisfacción. Lo que no se podía dudar es que, fuera quien fuese este monje, convenía tenerlo, cuando no como amigo, al menos obligado y favorable, pues no parecía persona que perdonase un desdén ni cuyo poder no se alzase hasta muy temibles patronos.

—Excusad pues mi importunidad —dijo por fin Comerford— y escuchad lo que os venía a contar de lo que he averiguado en esta materia del gentilhombre que buscáis.

—Que os lo estimaré yo como grande servicio que me hacéis.

—Hará unos días se halló en un bosque cercano a donde tiene su casa el obispo papista de Derry a un fugado español, del que se cree fuera el mismo que mató los tres soldados que vuestra merced me indicó, porque en la misma selva que el otro se hallaron los tres caballos de estos que digo.

—¿Adónde llevaron prisionero al español que decís?

—Su prisión ha de ser la ciénaga en la que cayó huyendo de nuestros hombres, que desde que se internó en ella no se ha vuelto a saber nada de él, y por los días que ya han pasado sin que se le hallara fuera, debió de morir en aquel inextricable pantano.

Robledo hizo un gesto de irritación con la mano y dijo al inglés:

—Mucho fía vuestra merced en el poder de una ciénaga, que a poco astuto que ese español fuera, temo os haya burlado a todos y ahora se halle a muchas millas de aquí. Confío en que éste no fuera el gentilhombre que busco.

—No nos tengáis a los ingleses por tan poco avisados que se nos pueda burlar tan

fácilmente, que si este español salió del vientre del terrible pantano, a ninguna otra parte habrá podido ir, pues en todos los caminos hay guardias prevenidas para darle caza. Y más desde que se conoció podía ser este fugitivo aquel elegido que señalaba el pronóstico de la Dama de Borgoña.

—¿Qué pronósticos y qué damas me viene a contar vuestra merced? —preguntó Robledo colérico.

—¿Acaso no habéis escuchado la voz que últimamente se ha echado por toda esta isla de que entre los soldados que iban en la armada de España ha venido un borgoñón que ha de cumplir lo que profetizaba la Dama de Borgoña, y que con esta propia señora se encontró y así ella misma se lo dijo?

—¿Dice vuestra merced un borgoñón? —preguntó Robledo intrigado y como si su pregunta apuntara a otra cosa—. ¿Por ventura se conoce su nombre?

—Un Guillermo de tal, que el otro nombre de su familia y lugar no han de conocerlo sino quienes le hayan hablado.

—¿Acaso es el suyo el nombre de Lamarq? ¿O quizás Tallenay?

El espía nada pudo decirle acerca de esto, y como Robledo nada conocía de aquellos rumores y de la leyenda en que se fundaban, y ahora parecía súbitamente interesado por conocerlo todo, como si en ello le fuese la vida misma, Comerford, pronto a agradarle en todo, le puso en antecedentes.

—Que la voz de la venida de este borgoñón —concluyó su explicación el inglés— se corrió desde la tierra del señor de O'Donnell. Y es cosa segura y probada, porque yo mismo la he palpado, mandó éste emisarios con la nueva de esta aparición convocando a los jefes de otros clanes irlandeses a formar liga contra la reina de Inglaterra. Y la muñidora de esta confederación y la que ha echado voz de lo del borgoñón es la esposa del dicho O'Donnell, una Ineen Dohl, mujer muy belicosa y que odia a todos los ingleses y ha jurado vengarse de la reina por tener prisionero a su hijo en Dublín y negarse a liberarlo hasta que no se sometan a su obediencia todas aquellas tierras de los O'Donnell.

—Pero si el que decís es el mismo que apareció en la tierra de los O'Donnell, ¿con qué motivo se partió de allí y cómo ha llegado a esta parte?

—A esto os puedo contestar —replicó Comerford complacido— que el soldado borgoñón que digo burló a la señora de los O'Donnell, la cual le había enviado a Don Alonso Martínez de Leyva al tiempo en que éste armaba la galeaza en que había de partir desde el puerto de Killybegs y perecer, como ya conocéis, en la travesía. Pues aunque el propósito con que le mandó la Ineen Dohl a Don Alonso era persuadirle de que uniera sus fuerzas con las de los O'Donnell, el borgoñón escapó en la galeaza. Y bien puedo conocerlo porque yo mismo estuve presente cuando se dio tormento a un Shanne Bann que atrapamos luego, que es muy privado de la esposa de O'Donnell y que acabó por referirnos toda esta historia que ahora os comunico a vos.

—¿Y por qué presume vuestra merced que el hombre que escapó a la ciénaga y el de esa extraña profecía son una misma persona?

—Por lo que me refirieron unas mozas que le tuvieron acogido en su casa, que es cerca del bosque que tengo dicho, y que se maravillaron mucho de ver cómo llevaba colgada de su cuello la misma cruz antigua que se refiere en el pronóstico.

Robledo se quedó muy pensativo un momento y luego preguntó al espía:

—¿Las mujeres que referís son unas muy gallardas mozas que son dos hijas y una sobrina de la viuda de un Mauricio Brady que tienen unas casas en un solitario lugar cerca de aquí al pie de un monte?

—En todo acierta vuestra merced, que no parece sino que las haya tratado mucho —se maravilló e ironizó Comerford, impresionado por la memoria del monje—. Pero siento erráis en la cuenta de las mozas: que la sobrina de la viuda es una, mas las hijas no son dos, sino tres. Que lo conozco bien por haber interrogado a la madre de ellas y visto y tenido conversación con todas hace apenas dos días. Salvo con una de estas tres, también muy hermosa, a la que vi pero no osé pasar a hablar por estar ella muy enferma de un catarro de pechos que le cogió en lo alto del monte. Que las otras no se atrevían a bajarla de una choza en que la tenían por miedo a que se les muriera de fatiga en camino tan áspero como el que tiene dicho monte.

—Creo que no hay error en la cuenta que hace vuestra merced —concluyó Robledo con una extraña sonrisa que intrigó al espía— y no os sabría representar el servicio tan cumplido que me habéis hecho en traerme este aviso.

*Órdenes de Don Bernardino*

**D**ON Bernardino me ha dado licencia —comenzó a decir Herman Cartelegar— para que vuestras mercedes pasen en Escocia.

Forcada y Alderete se miraron perplejos y el primero preguntó:

—¿Escocia? ¿No será por ventura más a propósito ir derechos a Irlanda y tomar allí noticia de si aún siguen con la vida las personas de mi criado Guillaume y de la doncella que dije a vuestra merced?

—Conoce vuestra merced cómo su excelencia el embajador —replicó Cartelegar— os es muy aficionado y os está tan obligado por los servicios que a él y a su majestad habéis hecho. Y en particular estima en mucho Don Bernardino el trato que por vuestro medio pudo tener con el embajador que tiene aquí la reina de Inglaterra, milord Stafford, cuyos avisos han sido de mucha ayuda en la pasada jornada de Inglaterra, y aún lo hubieran sido más si ésta hubiera salido como de causa tan ofrecida a Nuestro Señor se esperaba, que se ha mandado ya el memorial de vuestros servicios con el ruego de Don Bernardino de que se os haga merced. Pero al dicho Don Bernardino se le han representado los muchos inconvenientes que se ofrecerían si pasarais derechamente en Irlanda y que vos mismo entenderéis...

El confidente del embajador comenzó a enumerar estos inconvenientes, que a su juicio el primero y principal era desembarcar directamente en Irlanda dos españoles como lo eran el señor de Forcada y el padre Alderete, sin contacto alguno en la isla ni conocimiento de ella ni de su geografía, y estando los ingleses que la ocupaban tan prevenidos contra los españoles, que parecía gran temeridad y ponerse en peligro muy cierto de acabar apresados y ejecutados por los hombres de la reina de Inglaterra.

Forcada asintió a este argumento, pero explicó en su descargo:

—No piense vuestra merced que no me he representado este inconveniente que apuntáis. Mas la determinación de pasar en Irlanda sin divertirme primero a Escocia viene motivada por lo mucho que urge hallar a esos dos mozos que sabéis, pues que en estos casos desesperados, en los días y aun en las horas que se desperdician suele residir el llegar cuando aún es tiempo de prevenir el daño. Demás de la poca costa y poco tiempo con que podría hacerse la jornada hasta Irlanda, que ya tengo yo escrito al señor Isoardo Capello en Nantes para que prevenga alguna barca de aquellos pescadores bretones que pueda pasarnos al padre y a mí con todo secreto a uno de los puertos de aquella parte. Que en hábito de tales pescadores no levantaríamos sospecha y luego podríamos adentrarnos en el país y tomar noticia de lo que sabéis

que buscamos.

Cartelegar sonrió y elogió la determinación e ingenio del capitán:

—Bien veo cómo sigue siendo vuestra merced hombre resuelto y de ánimo —dijo el confidente— y no fuera mal esa idea de pasarse a Irlanda en barca de pescadores, sino porque su excelencia el embajador ha determinado que será de más servicio que paséis primero en Escocia por ciertos respectos que me encargó os comunicara.

Alderete preguntó cuáles eran las razones del embajador Mendoza, y el confidente de Don Bernardino continuó:

—La principal razón es que vuestro viaje a Escocia aprovecharía para que trajerais noticia cierta de los españoles que iban en la armada del duque de Medina Sidonia y aportaron en aquel reino y en el de Irlanda. Pues la mayor parte de los que al presente han quedado con la vida de los que naufragaron allí han llegado ya en Escocia y aguardan medio para pasar en Flandes o aquí en Francia. Así, ordena Don Bernardino hagáis relación de quiénes y cuántos son estos que están en Escocia, y toméis noticia de los que aún pudieran quedar en Irlanda y busquéis modo de sacarlos de allí apelando a la ayuda de los señores católicos escoceses. Que a propósito de los dichos señores escoceses de nuestra religión habéis también de comunicaros con ellos e informar de la situación en que ahora se encuentran y la ayuda que podrían prestar cuando su majestad envíe nueva armada a ese reino o al de Irlanda...

Forcada sonrió y Cartelegar le correspondió con otra sonrisa entre amistosa y astuta al comprobar cómo el capitán, a pesar de su largo retiro en aquel convento de Santa Catalina desde que regresara dos años antes de Inglaterra, conservaba intacta su antigua perspicacia.

—Ya conoce vuestra merced cómo todo lo ha trastornado este mal suceso de la armada del duque —continuó el privado del embajador— y no habrá que representaros cuán necesario se hace ahora tener avisos prontos y ciertos de lo que ocurre en aquellas partes...

Meses antes habían partido a Escocia los caballeros católicos Robert Bruce y el coronel Semple con la misión de concertar con algunos señores católicos escoceses una rebelión que debía forzar al rey Jacobo VI, hechura de sus consejeros protestantes y cebado con la promesa de suceder en el trono a la reina Isabel de Inglaterra, para que abrazara el catolicismo y apoyara desde su reino la invasión española de Inglaterra. Algunos de estos nobles escoceses habían caído en prisión por estos tratos con España desde el momento en que Jacobo se sintió lo bastante seguro para responder, que fue cuando comprendió el fracaso de la armada española y que ésta se retiraba a España sin posibilidad de desembarcar en su reino. El único noble católico con el que se podía contactar ahora era el conde de Huntly, demasiado poderoso todavía incluso para que Jacobo se atreviera a atacarle. Aunque convenía también sondear al conde de Bothwell, sobrino del que casó con la reina de Escocia, que a pesar de declararse protestante, se creía era secreto católico y gran aficionado al rey de España.

—Don Bernardino confía en que vuestra ida a Escocia, además de servir para mantener prendado al dicho conde de Huntly para cuando la ocasión sea más a propósito, no os impedirá, con el apoyo de este gran señor, por la mucha gente y séquito que tiene, pasar en Irlanda si fuere menester el hacerlo. Antes al contrario, lo podréis hacer desde allí con tanta mayor seguridad y confianza que si lo hicierais por vuestro propio medio. Y además de esto, podríais comunicaros con los dichos Bruce y Semple, e informar de lo que tengan ya tratado, y tomar noticia de ellos y otros agentes que Don Bernardino tiene en aquel reino y en Inglaterra de las nuevas que haya. Y muy particularmente de las armazones que se teme estén haciendo aquella reina y el Drake para enviar armada contra España y Portugal, pues que se tiene en la corte sospecha, por avisos que han ido llegando, de que el tiro apunta a llevar embarcado al Don Antonio, prior de Crato, y al calor de intentar desembarcarlo en Portugal con un ejército de ingleses, proclamarlo por rey y levantar en aquel reino a los muchos partidarios secretos que se sabe aún tiene en él...

Forcada dejó de sonreír y protestó:

—Veo vuelve Don Bernardino a las andadas de querer volverme en espía, que es oficio en que juré no habría de ponerme una segunda vez.

—No es esto lo que mi señor persigue —replicó Cartelegar— que su mira está puesta en servir a vuestra merced en su propósito de rescatar a vuestro criado y a la hija de esa dama. Mas nada hay de malo ni de dañoso para vos en que, al tiempo que intentáis lo uno, toméis noticia de lo demás, que a sólo esto os obliga la comisión que del embajador os traigo, y que se os encarga como merced y servicio que haréis a su majestad, de quien sois vasallo y a quien estáis obligado como tal.

—No es a Don Bernardino a quien culpo —continuó el capitán—, pues que él nada sabe ni debe saber de la promesa que hice a la reina de Inglaterra de no deservirla ni volver a poner pie en su reino, sino a vos, que sí conocéis bien esta obligación que me ata a la palabra empeñada...

—Y en nada contradice a vuestra palabra dada la comisión que os hace mi señor, ni yo hubiera consentido en otra cosa —respondió picado Cartelegar— que lo solo que habéis de hacer, como tengo ya dicho, es tomar noticia y mandar aviso. Además de que para ello no habréis de poner pie en Inglaterra, y si os fuese forzoso hacerlo en Irlanda, cuya jurisdicción la reina de Inglaterra afirma poseer, estaríais de cualquier modo incumpliendo vuestro juramento...

—No lo incumpliría si a lo que voy es a un solo particular que en nada ofende a la realeza de esa señora ni en nada le hace deservicio, como es el de librar a esas dos personas que son, la una de mi propia sangre, y la otra tan estrecha a mi persona que no la estimaría en más si fuera mi propio hijo. Pero poner mano en hacer espías y mandar avisos cae de lleno en la categoría de deservicio que tengo vedado y juré ante Nuestro Señor y ante mi conciencia, como el padre Alderete es testigo, no volver a tratar, como juré también no volver a derramar la sangre del prójimo.

—¿Y por esa razón ha vuelto vuestra merced a empuñar la espada y a esgrimir

con ella? —ironizó Cartelegar.

—Sabe vuestra merced eso no es sino ejercicio del cuerpo que hago —repuso Forcada molesto— para entretener el tiempo y porque así me lo aconsejó el licenciado Monguion para que no se atrofién las coyunturas de mis miembros del mal que los tormentos que me dieron les causaron...

—Bien puede ser como vuestra merced dice. Pero tengo para mí que vuestra ánima sigue siendo la de soldado y que un hombre de tanto pecho como vos y tan leal vasallo de su majestad no puede dejar de venir en socorro de su rey cuando éste lo necesita. Y si ha habido otra ocasión en que, como al presente, precise nuestro señor el rey de España de todos sus fieles vasallos, os certifico que yo no la he visto en todos los años que llevo sirviéndole. Y aunque entraran en contradicción el juramento que decís tenéis hecho a la reina de Inglaterra con la fidelidad que debéis a vuestro señor natural, todas las leyes divinas y humanas os obligan más con el segundo que con la primera y os excusarían, llegado el caso, de cumplírselo. Más aún siendo esa señora reina hereje y perseguidora de cristianos, de cuya obediencia incluso sus propios vasallos están liberados, como se afirma en bula del papa y en la proclamación que sabéis hizo el cardenal Allen.

En este punto terció, en su condición de teólogo, y con gran satisfacción suya, el padre Alderete:

—Cuanto dice el señor Cartelegar se atiene a la recta doctrina —aseguró el fraile— y todos los que de ella han tratado concuerdan en ello. Máxime que el derecho que el señor natural posee sobre la fidelidad de su vasallo es a todas luces superior a cualquier otro, a lo que se une la imprescriptible obligación que con la propia patria y con el rey se tiene en todo momento. Así, la promesa hecha a la señora reina de Inglaterra le obliga a vuestra merced sólo como a gentilhombre, y aun esto es discutible, por ser ella mujer herética y usurpadora de la corona que ciñe. Mas por encima de estos derechos y obligaciones está sólo Dios Nuestro Señor, y aunque lo que su excelencia el embajador Mendoza ordena al capitán que haga es en su servicio, se ha de respetar la promesa solemne que tiene hecha de no levantar la espada contra criatura alguna, como no sea en defensa de la propia vida o de persona de su familia, que entonces la ley natural no sólo lo admite, sino que aun reprobaría desamparar y no defender a los que son de su propia sangre.

Volviéndose ahora al capitán Forcada, prosiguió:

—Demás de que con el voto solemne que hicisteis de no volver a portar armas, tengo para mí, y así os lo he declarado en más de una ocasión, que caísteis en alguna demasía y aun en no pequeña soberbia, queriendo enmendar vuestras graves culpas pasadas con un juramento descompuesto y poco templado, contrario a lo que el orden natural determina. Pues que como gentilhombre que sois no podéis renunciar a vuestra condición de soldado y defensor de la verdadera fe y de vuestro rey, si no es pasando al orden y brazo religioso, para lo que sólo Dios os escogería si ésa fuese su voluntad. Y así, en tanto ésta no se manifieste en mandato expreso de Nuestro Señor,

vuestra sangre y pasados y el ser vasallo de su majestad os obligan a servirle con las armas en la mano en lo que él estime sea de mayor servicio suyo, y esto es así en cualquier república cristiana rectamente gobernada...

Cartelegar sonrió muy complacido por la intervención del padre y, dando por zanjado el asunto, pidió al capitán que le atendiera en las instrucciones que debía de darle en nombre de Don Bernardino:

—Si os partís por la posta esta misma tarde, en dos o tres jornadas estaréis en Dunquerque, en cuyo puerto estará aguardándoos un filibote nombrado *El Hijo Pródigo* cuyo capitán es un julio de Heclenbergue, con quien ya está concertado que pasaréis en Escocia. Aquí tenéis una carta de creencia para el dicho capitán, por la que sabrá sois la persona que se le ha ordenado desembarque en Edimburgo.

Forcada cogió la credencial y la examinó:

—¿Un filibote de capitán flamenco? Fiaría yo más de algún capitán español de los que en ese puerto hay. Mi amigo el señor Pedro de Zubiaur me pasaría con sumo gusto, así que no veo necesidad de fiar mi vida a alguno de estos flamencos.

—Don Pedro de Zubiaur fue a España con cartas del duque de Parma para su majestad y aún sigue allí —contestó secamente Cartelegar—. Las otras cartas de creencia que van con ésa son para el coronel Semple, para el conde de Huntly y para el rey de Escocia. De esta última os serviréis sólo si fuere menester, pues en ella se le agradece al rey Jacobo, en nombre de su majestad, el buen tratamiento que ha dado a nuestros españoles y se le solicita ayude a pasar en Flandes los que están refugiados en su reino. En Edimburgo debéis de comunicar con un Patrick Bostok, irlandés, que os pasará los avisos que tenga y os será útil, por conocer bien la tierra y tener sus deudos allí, si habéis de pasar en Irlanda.

—¿Puedo fiar en él?

—Don Bernardino lo tiene por buen católico y es éste hermano de uno de los capitanes que sirven en Flandes en el regimiento de irlandeses.

Forcada asintió y Cartelegar concluyó:

—Con los papeles que os he dado van los nombres de algunos españoles que llevan sus mercaderías a los puertos de Irlanda y dónde hacen sus tratos, que os puede ser de alguna utilidad el conocer a quién acudir si os habéis de pasar a aquella isla. Para los avisos os valdréis de la misma cifra que acordasteis con el señor Oberholtzer en la otra ocasión...

—¿La de los dos libros de Samuel?

—Esta misma es —confirmó el confidente—, que vuestros avisos los encaminaréis por el correo de mercaderes que se os ofrezca, que aunque es más lento, por este medio vienen más seguros en los tiempos presentes, y el viaje desde Escocia a Flandes o Francia es más corto, por no estar tan vigilados los puertos como en Inglaterra.

Hizo una pausa y concluyó:

—En cuanto a la ayuda de costa que llevaréis no he podido juntar sino estos

trescientos y veinte escudos. Y esto con harto trabajo, que aunque sé bien cómo pudiera vuestra merced precisar de más si hubiese de gastarlo en sobornos para librar de prisión a los que va a buscar, no he hallado de dónde sacar más, pues aún no han llegado los créditos que se le adeudan a Don Bernardino de la segunda mitad de este año, y aun tiene empeñados ya una buena parte de los del año venidero...

—¿Se ha entendido algo más del Robledo?

—No, sino lo que ya os avisé de que había pasado por Londres y fue recibido en audiencia por el secretario de la reina, *sir* Francis Walsingham. Mas no se ha entendido con qué propósito...

*La pesquisa de Robledo*

**P**ONED fuego a esas casas —ordenó Robledo y matad también esas vacas piojosas. ¡Que no quede nada aquí de que puedan vivir estas traidoras mujeres!

La viuda de Mauricio Brady y sus hijas comenzaron a gritar y a suplicar por sus casas, tirándose de los cabellos y arrodillándose ante aquel implacable extranjero, mientras los soldados prendían ya teas de fuego y se disponían a incendiar los techos de paja y ramas secas de las chozas. Gerald Comerford lo observaba todo a cierta distancia con aire complacido.

—¡Suplico a vuestra merced no haga esto, que estando ya en el invierno será tanto como condenarnos a morir de frío y de hambre! —Tironeaba de las ropas de Robledo la viuda, hincada de rodillas ante él—. Que lo único que nosotras hicimos fue dar amparo, como cristianas, a dos desgraciados que lo precisaban. ¿Qué falta grave es ésa?

—La falta de traición a la reina —respondió inflexible Robledo—, pues bien conocíais todas cómo se había echado bando de que se había de entregar al gobernador a todo español de la armada que aportase a estas tierras...

—No sé de qué bando me habla vuestra merced. Vivimos nosotras tan apartadas aquí que nunca escuchamos hablar de bando alguno ni de españoles desembarcados.

Comerford intervino entonces y rogó a Robledo que le hiciera la merced de suspender la orden de quemarlo todo.

—Señora —empezó a decirle a la viuda—, ¿acaso no se os acuerda cómo estuve yo mismo hablándoos otra vez y me referisteis lo del crucifijo que colgaba del cuello de uno de los españoles?

—¡En verdad que se me acuerda! —replicó ésta—, y en ello tenéis la prueba de que estas pobres mozas y yo en nada engañamos ni ocultamos la presencia de esos españoles, que cuando nos preguntasteis por ellos, no os escondimos cómo los habíamos visto y dado amparo...

Comerford se retiró un momento y dijo algo al oído de Robledo, que negó con la cabeza y volvió a ordenar que se pusiera fuego a la casa.

Entonces, una de las mozas, la sobrina, dio un gran grito, se postró ante el fraile Robledo y dijo:

—A los que vuestras mercedes buscan los hallarán en donde mora el ermitaño de San Patricio, que yo misma los guié hasta allí ayer y aún deben quedar en ese lugar. Miren si es cierto lo que os digo, y si en algo engaño, pongan fuego a todo y quítennos la vida si les place. Pero, antes, certifíquese que es verdad lo que digo, ¡y

allá sea de ese mozo y su manceba, que no hemos de sufrir más nosotras por esconderlos!

Comerford sonrió ampliamente y Robledo dio orden a los soldados de que estuvieran quietos.

—Esta moza ha hablado ahora con razón —dijo complacido el espía— y en algo nos da satisfacción del pasado engaño, y cuando vuestras mercedes me cumplan la palabra de hablarme con verdad, yo les aseguro que no sufrirán más daño y respetaremos sus casas.

Se dirigió ahora a la viuda y le preguntó quién era ese ermitaño de San Patricio y dónde tenía su casa, y por qué causa habían encaminado a los fugitivos hasta él.

—Es este ermitaño hombre que habrá más de cien años —explicó la viuda—, pues que desde que yo me acuerdo y aun de mis padres y abuelos tengo oído que siempre ha vivido en su retiro en la parte más áspera y apartada de estos montes, que es una ermita muy antigua que dicen construyó el propio San Patricio hará trescientos años y más. Que algunos aseguran es el propio santo quien allí mora desde entonces, aunque yo no lo creo, sino que otro de este nombre habita y mantiene la ermita. Y la razón de que encamináramos a estos españoles hasta él fue por apartarlos de aquí y que estuvieran más seguros, demás de por el catarro de pechos que padece la moza, pues es muy conocido en toda esta tierra que el ermitaño posee el don de sanar los más de los males...

Robledo se rió ante esta explicación y se burló:

—Es ésta tierra poblada de barbarie y supercherías, que donde no aparece una anciana bruja que dicen es Dama e hija de un rey antiguo y usurpador, lo hace un ermitaño de más de cien años que obra milagros o hechicerías, y a un mozo que yo sé bien quién es y cómo no descende sino de hidalgos pobres, por sólo verle un crucifijo de tales señas lo tienen por descendiente de duques y reyes. ¡En verdad que es buen regimiento el que se tomó en España de poner santo tribunal de la Inquisición para entender en todas estas fantasías y desatinos y arrancar las falsas creencias del vulgo crédulo, y si vuestra reina no fuera tan perdida hereje como es, bien haría en imitar los modos que en mi patria se usan!

El inglés Comerford se picó con este comentario de Robledo y le miró con irritación, sobre todo por lo dicho acerca de la reina Isabel. Pero como le temía demasiado, se tragó su rabia y sólo contestó:

—Deje vuestra merced sus chanzas para otra mejor ocasión y acordémonos en qué nos haremos en este negocio...

Robledo dio orden a los soldados de que apagaran las teas y que encerraran a las mozas en la casa, pero que la viuda quedara fuera para interrogarla más, y se apartó a su vez con el espía del gobernador a hablarle reservadamente.

—Siento que lo más acertado será palpar si es cierto que los mozos que buscamos se esconden donde ese ermitaño. Y para ello hemos de conocer muy particularmente el modo de llegarnos a esa ermita, y trazar alguna trama para que, hallándolos allí,

podamos tenerlos a la mano, que lo mejor será hacerlo sin que ellos sientan les vamos persiguiendo, por no dar lugar a que de nuevo escapen...

Comerford volvió donde la viuda y la interrogó acerca del modo de llegar hasta la ermita:

—Es jornada difícil de más de media legua por empinado monte y que no podrá hacerse con soldados y caballos —explicó la mujer—, que los caminos hasta allí son de los más ásperos que imaginarse pueda, y si no es con alguna mula diestra o a pie, no hay modo de acercarse a la dicha ermita. Además de esto, el ermitaño no consiente pase a hablarle persona nacida si no es de su gusto, que lo que se usa es llevarle alguna carne de caza u otro presente que él estime para que permita le visiten, donde no sea que se le pida cure a alguno, que entonces a nadie niega su socorro. Y para llegar a su ermita se ha de atravesar una puente pequeña o pontón que sólo él tiende y retira a modo de rastrillo, suspendido sobre una recia torrentera, que no hay otra forma de llegar arriba a la ermita. Y tengo para mí que si no fuera por lo áspero, fuerte y defendido del sitio en que está, ha tiempo que los ingleses hubieran arrasado ya la ermita, como acostumbran hacer con todas las iglesias y lugares santos del culto católico...

—Lo que dice esta mujer —razonó luego Robledo aparte con el inglés— confirma el tiento y maña que os decía debemos usar para llegarnos a ese lugar. Y lo primero que se ofrece considerar es que ni los soldados del gobernador ni yo podemos acompañar a vuestra merced...

—Entiendo que no podemos presentarnos con guardia armada. Pero ¿por qué razón no podéis venir vos, vistiendo como vestís de fraile y siendo, como mostráis serlo, un papista como el mismo ermitaño, y habiendo burlado ya antes a un obispo? —preguntó Comerford irónico.

—Es claro que si tal hiciera, el mozo borgoñón que tanto os estimaría el gobernador Bingham que le entregarais me reconocería al punto, pues ya me conoce de una vez en París, y este rostro desfigurado que, por mis pecados y la traición de un felón, veis tengo, no son señales fáciles de disimular...

El inglés asintió y volvió a preguntar a Robledo:

—Y así, ¿cómo se le ocurre a vuestra merced que hemos de hacer?

—Habréis de ir vos delante y solo y presentaros al ermitaño con achaque de que le lleváis algún buen presente para su regalo o sustento, movido por la fama de su santidad y prodigios que hace, demás de que le diréis sentíais un punto de curiosidad por conocer a hombre tan nombrado, que ni aun los hombres más santos, supuesto que éste lo sea, saben resistirse al halago de saberse famosos y se desvanecen al punto que escuchan el canto de sus virtudes, y así creo yo se os abrirá si le alabáis mucho.

Comerford sonrió observando con admiración al español, que continuó:

—Aunque sois luterano, disimularéis que lo sois, y antes le representaréis sois buen y devoto cristiano, llevándole alguno de esos rosarios y agnuscdei que habéis

tomado de los españoles que las borrascas echaron en tierra los pasados días. Y toda vuestra mira estará en procurar prender a los dos mozos y que os tomen confianza y admitan vuestra compañía para guiarlos en lugar seguro. Que bien puede ser por la estratagema de asegurarles les conduciréis al castillo del Mac Donnell, o a puerto en que puedan ellos pasarse en Escocia, que de seguro es lo que con más ahínco persiguen. Y una vez hayáis salido de esa inexpugnable ermita, yo os aguardaré con algunos soldados que llevaré hasta allí a pie y tendré ocultos en el monte, que no será difícil prenderlos a ambos en cuanto me queden a la mano.

Estuvo el inglés de acuerdo con este plan de Robledo y decidido a ponerlo en ejecución cuanto antes:

—Si tal como sospecho es este mozo el mismo del pronóstico de la Dama de Borgoña, os ruego me lo dejéis entregar al señor Bingham, que me tiene muy encomendada su captura.

—Podréis disponer de su persona como más os cumpla, que no dudo yo de que el gobernador querrá juzgarlo y publicar su condena a morir en la plaza de Galway como traidor a la reina, y esto me dará a mí gran satisfacción, pues tengo agravios que vengar con él y con su señor.

—Y en cuanto al otro español, ¿por qué me ocultó vuestra merced era en realidad doncella la que buscabais?

—Pues ella misma escondía su condición de mujer bajo ropas de hombre y nombre de Martín de Ayala, yo no podía deciros sino que hicierais vuestra pesquisa buscando a un mozo soldado...

—Es caso muy notable y maravilloso éste —se quedó muy intrigado Comerford — y confío que vuestra merced me cuente uno de estos días por qué una doncella, y al parecer de su calidad, se embarcó en esta armada, siendo una nao el último lugar donde se puede disimular la condición femenil, y cómo vos llegasteis a penetrar el secreto, y la causa de que la hayáis buscado con tanta constancia... ¿Me diréis quién es la doncella y qué representa para vos?

Por toda respuesta, Robledo le interrumpió y ordenó secamente:

—Deje su discurso vuestra merced y disponga lo que será menester para su jornada hasta la ermita, que por camino tan arduo como el que hemos de hacer precisaremos un buen mulo, y prevenir algunos presentes para el ermitaño, y más de un día de andar en medio del monte hasta alcanzar la puente de que la viuda habló...

*El ermitaño*

**U**NA de aquellas mozas que tengo dicho, que era la sobrina de esta viuda, nos guió a Doña Isabel y a mí por medio de aquel áspero monte camino de la ermita de San Patricio.

Cuando alcanzamos el pie de una tortuosa cuesta que subía a la cumbre de una levantada peña, la moza dijo a Doña Isabel que se apeara de la mula en que, por ahorrarle trabajos, había hecho su jornada, y se despidió de nosotros diciendo que más lejos no podía ya guiarnos, pues al término de aquel empinado sendero hallaríamos la puente de que nos había ya hablado y que daba acceso a la dicha ermita.

Seguimos, pues, nuestro camino, solos, que nos llevó espacio de una hora llegar hasta la puente en que el sendero tenía su término. Y acababa éste tan de repente que era cosa de ver lo a plomo que caía desde allí la tierra por una hondura de hasta un buen tiro de escopeta y más. Y por enfrente de aquel vacío manaba un grueso chorro de agua de un arroyo que se despeñaba por allí y formaba debajo una laguneja de aguas oscuras entre las peñas y árboles de abajo.

Era la dicha puente como un pontón de los de rastrillo que se usan en las fortalezas y se alzan y bajan a voluntad de los defensores, y por esta causa lo hallamos levantado, que no había forma de pasar al otro lado, como nos había prevenido la guía, hallamos una campana menuda que colgaba de una suerte de horca, la cual tocamos en aviso de nuestra llegada tres o cuatro veces. La soledad de aquel lugar y lo áspero de su aire hicieron que cada golpe de la campana, con ser ésta pequeña, resonara tanto por todas partes, que tengo para mí que su sonido se debió de escuchar en una legua alrededor por todos aquellos montes.

Aguardamos en silencio una buena pieza hasta que sentimos de las peñas de la otra parte la voz del ermitaño que nos preguntaba en la lengua de los salvajes. Como no comprendía yo aquella lengua del país, entendí sería lo que nos preguntaba que quiénes fuéramos, y así le respondí en mi mal latín:

—Cristianos somos y necesitados de amparo, que el uno de nosotros viene enfermo y confiado en que vuestra merced lo curará.

Al ver le hablaba yo en latín, pareció recatarse, que hubo de extrañarle que no le habláramos en la lengua de los salvajes de aquella tierra, y así me preguntó a su vez que si éramos ingleses, y que cómo habíamos conocido de aquella ermita. A lo que yo le contesté:

—No ingleses, sino españoles somos, y buenos católicos, que a vuestro amparo

nos guiaron unas mozas que moran al pie de estos montes con su madre viuda, que se nombra Brady, y que por piedad de la mucha necesidad que padecemos y por guardarnos de la pesquisa de ingleses que nos buscan nos enviaron a vuestra ermita.

Escuchar que éramos españoles debió de producirle gran sorpresa, pues me preguntó a continuación cómo siendo tales habíamos llegado a parte tan adentro de Irlanda. Y lo más notable es que esta última pregunta la hizo ya con palabras españolas pasablemente pronunciadas, que me espantó algo oírse las decir. Así que, por que palpase cómo no le engañaba, le contesté yo también en español que éramos náufragos de la armada del duque de Medina Sidonia que había ido contra Inglaterra.

En aquel apartamiento en que él vivía, el ermitaño no debía aún de haber tenido noticia de los sucesos que le refería, y aunque yo no podía verle el semblante, supuse que hubo de quedar perplejo con lo que le conté.

Con todo, al poco, vimos bajar el rastrillo y quedar tendida la puente a nuestros pies, que era de una hermosa, sólida y bien trabada fábrica, y tan resistente que podría haber caminado por ella con comodidad hasta media compañía de arcabuceros.

Cruzamos pues el despeñadero y seguimos de la otra parte por un sendero que subía hasta la ermita por empinadas cuestas. En lo alto de la peña había una meseta llana de acaso un tiro de ballesta en redondo en que se levanta una pequeña ermita de una sola nave fabricada de buenos sillares, que me pareció antigua de cuatrocientos años y más, con recios muros y bien techada, que luego supe albergaba una imagen del santo más venerado en aquella isla, a quien estiman ellos como los españoles a Santiago, que es San Patricio. Al lado de la iglesia sólo había unas chozas, que es donde moraba de ordinario el ermitaño y daba cobijo a sus visitantes, y excavada en la misma roca vi tenía también una cisterna donde se recogía el agua de lluvia.

El ermitaño nos aguardaba a la puerta de una de las chozas y nos hizo seña de que nos acercáramos a él sin temor.

—Mucho holgaré de la compañía de vuestras mercedes si son los que dicen ser — nos dijo amigable cuando estuvimos a su lado—, y he muchas cosas que preguntarles. Pero esto quedará para adelante, que si no entendí yo mal, me dijisteis venía enfermo una de vuestras mercedes, y es a su remedio a lo primero que hemos de acudir.

Doña Isabel se descubrió el rostro, que me pareció que no poca impresión recibió el ermitaño de ver su belleza, y le habló a éste del largo catarro de pechos que sufría desde que naufragamos con la *Girona* y que le estorbaba casi del todo el respirar, así como de la lanzada que le dieron aquellos ingleses que topamos, de la que se creía ya curada por los cuidados de la viuda de Brady.

Era el ermitaño hombre como de cuarenta a cincuenta años, y aunque con barba crecida y vestido con desaliño, de lindas facciones y miembros, y corpulento como lo son los más de los hombres de aquella tierra, de trato amigable y gran hablador, que en todo el tiempo que con él pasamos, no lo vi callado sino cuando dormía, y holgaba mucho de conversar y referir historias, como más abajo diré.

Lo primero en que se ocupó fue en llevarnos a una choza suya en que tenía

muchas jarras, tarros y redomas con remedios para las enfermedades, que más parecía botica que casa de eremita. Dijo a Doña Isabel se sentara en una pobre silla que debía haber fabricado de sus propias manos, y le pidió le descubriera su herida de lanza, que por estar en las costillas debajo de los pechos, le dio a ella algún embarazo. A lo que entendiendo el ermitaño cuál era la causa de su turbación le rogó no se recatase con él más que lo haría ante médico, pues en verdad lo era él, y a mí me dijo que me saliera de la casa, que ya me avisaría cuando la doncella se hubiera de nuevo cubierto.

Cuando me autorizó a volver a la choza, entendí consideraba ya bien sanada la herida de lanza, y en cuanto al catarro de pechos y recio sonido de alientos que Doña Isabel sufría nos dijo convenía atajarlo luego, que mucho tiempo lo habíamos dejado crecer, y que pudriría los pulmones todos si no le dábamos pronto remedio.

—En Francia y en España se usa de un remedio de oximiel —dije yo muy bachiller— y así he visto tratar estos casos en París al licenciado Monguion. Mas entiendo cómo no puede tener en estas soledades vuestra merced todo lo que se precisa para hacerlo...

El ermitaño se sonrió, tomando a chacota mi comentario, y me replicó:

—No sé quién sea ese licenciado Monguion de que vuestra merced me habla, mas yo también aplicaré un remedio de oximiel de los que decís, tal como lo aprendí en Italia de mi maestro el doctor Matiolo Senes, y que lo usaba también Joannes Noevius, médico que fue y acaso aún lo siga siendo del duque de Sajonia...

Con gran sorpresa vide comenzaba a juntar en una mesa aquellos tarros y jarras que tenía por toda la casa y se ponía a preparar su remedio, mientras me iba anunciando con un punto de ironía y rechifla los ingredientes que emplearía:

—Una raíz de malvavisco y un palito de orozuz raspado, con una onza de buen vinagre blanco y otra de jarabe de culantrillo... Cuatro ciruelas pasas a las que añadiremos tres onzas de esta miel de abejas... Como precisaremos de otras ocho onzas de buena agua, tráigamelas vuestra merced de la cisterna que vio allí fuera, que en tanto lo hace yo pondré a hervir todo junto a un poquito de orégano y otro poquito de anís...

Cuando lo tuvo todo preparado quedó hecho un oximiel acuoso del que ordenó a Doña Isabel fuese bebiendo poco a poco como lamedor, valiéndose de un brinquillo que le dio para ello.

—Es éste un exquisito remedio para todas las enfermedades de pecho que, como la que vuestra merced padece —le explicó luego—, procede de humor grueso y viscoso que no se deja bien arrancar ni escupir. Que pasado el seteno de la enfermedad, y cuando podáis meter algo de más sustancia en el estómago, creo yo que curaréis muy bien de vuestro mal, pues sois doncella joven y fuerte y en el ápice de la edad.

Nos maravilló mucho a Doña Isabel y a mí fuese aquel ermitaño en verdad galeno y le rogamos nos contara su historia y cómo había venido a parar en eremita, a lo que

él nos respondió con este cuento:

—Mi nombre verdadero es Guillén Sanders y soy caballero irlandés emparentado de muchas generaciones con los condes de Desmond, que son de los más principales nobles que en esta isla hay. A la edad de veinte años, viendo la opresión en que la reina de Inglaterra tenía este pobre país y cómo perseguía todo rastro de la antigua y verdadera fe católica, me partí a Italia, donde pensé ingresar en algún seminario de mi nación y ordenarme sacerdote, que yo tenía un tío que ya lo era y vivía por entonces en Roma. Mas pasando por Padua, asistí a las clases que en esa universidad daba el célebre médico que tengo dicho Matiolo Senes, y movido por su ejemplo, sentí la inclinación de estudiar medicina. Quedé así en Padua haciendo mis estudios, pero como el dicho médico me había tomado gran afición y él había de pasar a Roma reclamado como protomédico del cardenal de Como, me rogó le acompañara allí y le sirviera de discípulo y asistente a la práctica, que me prometía aprovecharía yo más de ver las curas que él hacía en dos meses que todo el estudio de Galenos, Hipócrates y Avicenas que hiciera en tres años.

»Estando así en Roma sentí hablar de la llegada de un noble irlandés rebelado contra la reina de Inglaterra que se llamaba Tomás Stucley, quien había venido en Roma a pedir socorro de dinero para armar en Lisboa una expedición y desembarcar en Irlanda. Tocado del amor a mi patria, me sumé a él y me despedí de mi maestro el Matiolo, y junto al dicho Stucley llegué a Portugal. La proyectada empresa de Irlanda se fue dilatando porque el rey de España no se determinaba a dar la ayuda necesaria, temeroso de irritar a la reina de Inglaterra apoyando a rebeldes en tierras de las que ésta se decía señora. Así, como el rey Sebastián de Portugal ofreciera llevarnos con él a la jornada que deseaba hacer en Marruecos, el dicho Stucley y otros caballeros irlandeses partimos a esta empresa, de la que acaso sepan vuestras mercedes salimos con muy mal suceso tras enfrentarnos a los moros en un lugar que dicen Alcazarquivir, pues los que no murieron en ella, como fue el caso del Stucley y del propio rey Don Sebastián, quedamos cautivos del rey moro Hamida Almanzor.

»Del cautiverio me sacó el rescate que pagó el nuncio Segá, que estaba por entonces en España y daba cuanto calor podía a que se realizase la jornada de Irlanda. Un deudo del conde de Desmond, el noble Jacobo Fitzmaurice, había desembarcado ya en el sur de la isla y por toda Irlanda cundía la rebelión contra los herejes ingleses, a la que al fin se sumó el mismo conde de Desmond. En un socorro que se mandó a Irlanda en barcos de Don Juan Martínez de Recalde y bajo la bandera y autoridad del papa Gregorio XIII, fui yo uno de los desdichados que embarcó. Nuestro capitán, Bastián de San José, y la mayor parte de los oficiales eran italianos, fuera de algún español como el capitán Diego de Valdés, y cerca de veinte irlandeses que íbamos.

»Nos hicimos fuertes en una fortaleza que llamaban Castillo del Oro, a la que pronto pusieron sitio los ingleses y bombardearon furiosamente desde tierra y por la mar, donde habían puesto por bloqueo no menos de diez galeones, y esto por espacio de cinco días seguidos. Esperábamos recibir el socorro de los otros rebelados de

Irlanda, que habían de venir del norte, pero como éstos no acudían y continuaba el bombardeo, vi comenzaba a perderse el orden y el ánimo para resistir a los ingleses. Una noche sorprendí una conversación de nuestro capitán Don Bastián con otros oficiales en que se concertaron para rendirse al virrey inglés lord Grey si al otro día no les llegaba el socorro prometido. Conociendo la mala entraña que tienen los ingleses y cómo yo, por ser irlandés y huído de allí, no podía confiar en obtener ni perdón ni humanidad de ellos, en ese mismo momento determiné huirme antes que rindieran el fuerte. Y lo puse por ejecución al punto, deslizándome por un lienzo de la muralla que las bombas habían echado ya dos veces abajo y apenas habíamos podido reparar por lo continuo del ataque que padecíamos.

»Con el favor de la noche pasé por entre los sitiadores y seguí mi huida hacia el norte, que Dios fue quien debió inspirarme que lo hiciera, pues luego supe cómo a los pocos días de mi partida se rindieron a buena guerra los del Castillo del Oro y entregaron el fuerte, mas el virrey no respetó la vida sino de los capitanes, que puso a rescate, degollando y ahorcando a los otros quinientos soldados, y de los irlandeses no dejó a ninguno con la vida, que yo fui el único que la salvó.

»En mi camino al norte no hallé sino guerra sin cuartel que nos hacían los soldados de la reina y desolación en que estaba sumido todo el país, así que no queriendo sino reposar, llegué a estos montes donde el ermitaño que entonces moraba aquí me dio su amparo. Era el ermitaño un buen y santo franciscano que usaba el nombre de Patricio como todos los que habían cuidado de la ermita antes de él. Entiendo que él me tomó grande afición por lo que yo había estudiado y practicado de medicina en Italia, pues era tradición de la ermita que aquí vinieran a curarse personas con casos exquisitos y desesperados cuyo remedio no se conocía, y de ello venía la fama que en toda esta parte tiene la iglesia, y el sustento que los que la visitan le dan.

»De su trato continuado aprendí el modo de conservar la iglesia y sobrellevar la vida en esta soledad y pobreza, y algunos remedios de la tradición que él en su práctica y memoria guardaba, a los que añadí yo los que los autores más reputados habían escrito y los que me transmitiera mi maestro Matiolo. En fin, que tomé tanta afición a la buena condición del monje y llegué tan desengañado del mundo y de la inquietud en que en los tiempos presentes viven los hombres, que determiné no apartarme más de su compañía y, por su consejo y voluntad, aunque no fuese yo religioso ni hubiese hecho los votos, me preparé a continuar su ministerio cuando él faltase, como luego ocurrió después de ocho años que pasamos juntos. Desde entonces vivo aquí solo, sino cuando alguno me visita como vuestras mercedes ahora, por hallar cura a sus males o buscando amparo...

—¿Y cómo es que en lugar tan apartado y falto de todo lo necesario posee vuestra merced tantas especies y clases de remedios que no se hallarían en botica de la villa más principal? —le preguntó Doña Isabel.

—A la bondad de Nuestro Señor lo debo, que no a ninguna otra causa —

respondió él—, que si el médico acierta a curar, es sólo Dios quien sana, y así a los que por aquí pasan sólo les pido por pago de mis cuidados que regresen en otra ocasión que puedan y me traigan aquellas materias que más voy necesitando, que a unos les pido vinagre, y a otros anís o ciruelas, y a aquél hojas de sen y a éste confección de hamec, fuera de las plantas y raíces de estos montes con que preparo yo cuantos materiales puedo. Que como Dios pone la bondad en el corazón de los hombres, la mayor parte de ellos vuelven y me traen lo que les pedí, con que el bien de uno se convierte en el bien de muchos.

Asombrámonos mucho Doña Isabel y yo de la historia del ermitaño, y ya que nada teníamos con que partir su pobreza, por pago, si no a su bondad, a lo menos, a su curiosidad, quisimos darle satisfacción contestándole a cuanto nos iba él preguntando. Que lo primero que nos pidió le contáramos era aquella novedad de la armada que había venido de España y su mal suceso, que le puso gran espanto y lástima conocer cómo empresa tan encomendada a Nuestro Señor y tan justa y encaminada a la salvación de su Iglesia había salido tan desbaratada.

—Otro respecto que vuestras mercedes aún no me han referido —inquirió después el ermitaño observando a Doña Isabel— es la forma en que esta señora doncella ha venido a parar en esta tierra, pues entiendo hubo de venir en la dicha armada del rey de España...

Doña Isabel, un punto turbada, comenzó entonces a referirle al ermitaño la historia de su salida de la casa de sus padres en Turín y cómo había embarcado en la armada en busca de su verdadero padre, tal como en su día me la refirió a mí.

Halló el eremita tan notable y nunca oída esta historia que se maravilló mucho, tanto por lo raro del caso, como por los exquisitos sucesos que lo componían, y lo que más le asombró fue el hecho de que Dios me hubiera puesto a mí en el camino de Doña Isabel, siendo yo criado del auténtico padre que ella buscaba hallar.

—Y así, veo yo en este venturoso suceso la mano de Dios por algún escondido propósito de favoreceros —concluyó el ermitaño—, pues tengo entendido por muchas muestras que he visto en todo el tiempo que vivo en esta soledad y apartamiento que ni la más humilde hoja se mueve sin algún designio y causa divina, cual si en verdad todo formase parte de una misma máquina que mueve su sola voluntad.

—Del mismo modo lo entiendo yo —acordó con esta idea Doña Isabel— y se advierte bien claro en cuanto os acabo de referir, que de no haber sido arrojados en la misma playa cuando naufragó nuestra galeaza, y aun si no nos hubiéramos conocido y tratado en aquella nave, yo no estaría ahora con la vida y hablando a vuestra merced.

—Eso es tan cierto como que de no haber intervenido tan oportunamente Doña Isabel —razoné yo— en aquella ocasión en que me topé con tres jinetes ingleses, de lo que recibió ella por pago esa lanzada que visteis, tampoco yo estaría al presente con la vida...

—Y si aquella señora de los O'Donnell que me referisteis —continuó ella— no os hubiera dado comisión de hablarle a Don Alonso Martínez de Leyva, nunca hubieseis embarcado en la galeaza *Girona* y tampoco yo os hubiera conocido y sabido por vos tantas cosas de mi padre Don Juan de Forcada como me habéis ido contando estos días...

Y así, como el ermitaño Guillén Sanders mostraba mucha curiosidad por conocer nuestras historias y como nada hay mejor para entretener la soledad que la conversación, mientras Doña Isabel reposaba en una estera y bebía cada tanto del lamedor de oximiel, fui yo refiriendo también el cuento de mis trabajos desde que llegué en Irlanda, sin reservarme para mí nada de cuanto me había acontecido, incluido aquel extraño suceso del encuentro con la anciana que llamaban la Dama de Borgoña, la cruz que me entregó y los pronósticos que me hizo.

*El Hijo Pródigo*

**L**LEGADOS a Dunquerque, Forcada y el padre Alderete se presentaron con la carta de creencia de Don Bernardino ante julio de Heclenbergue, capitán del filibote *El Hijo Pródigo*.

—Confiaba en que vuestras mercedes llegaran ayer —les reprochó el marino—, que tuvimos el mejor viento que se pueda desear para haber zarpado con presteza. Además de que era buena ocasión, pues que se había retirado a reparar la escuadra de bloqueo que de ordinario tienen los rebeldes puesta frente a este puerto.

El capitán Forcada se excusó asegurando que habían hecho su jornada desde París por la posta y con toda la diligencia que les fue posible, que habían llegado a Dunquerque en apenas dos días; día y medio, en realidad, si se tiene en cuenta que partieron de Francia a media mañana.

—Así, ¿cuándo piensa vuestra merced que podremos zarpar? —preguntó Forcada al capitán del barco.

—Si se aviva un poco más el viento bueno que hasta ayer hacía, acaso podamos partir a las primeras horas de la mañana, aprovechando las brumas que a esa hora se levantan y nos facilitarán salir de puerto sin ser notados por los rebeldes, en el caso de que hayan vuelto ya a vigilar por aquí.

Forcada pidió licencia para entretener lo que quedaba del día sin embarcar aún, con promesa de hacerlo sin falta al caer la noche.

Cuando quedaron de nuevo a solas, explicó al padre Alderete que este ruego lo había hecho por pasar el menor tiempo posible en el barco, que los de cinco a ocho días que habría de vivir encerrado en él durante la travesía hasta Edimburgo se le hacían, sólo con pensarlo, más arduos que cien años que hubiera de pasar en el mismo infierno.

—Y esto es debido —añadió— al gran temor que al agua le tengo, que en el momento que pongo el pie en uno de estos malditos barcos me vienen una bascas tan mortales que hecho el hígado por la boca y quedo molido como si me hubiesen apaleado...

Se maravilló mucho el padre de que hombre de tanto ánimo como el capitán tuviera tal miedo a embarcarse, a lo que replicó Forcada:

—Habéis de saber que hace muchos años una gitana medio hechicera que me topé en Madrid me pronosticó cómo había yo de cuidarme mucho del agua, pues que ella sería la que me mataría. Y poco faltó para que el pronóstico se cumpliera en una ocasión en que cruzaba la canal de Zierikzee, cuando me hirió una bala de mosquete

que me tiraron lo holandeses y casi me ahogo allí, que me sacaron del fondo mis compañeros Benito Cepeda y Juan de Paredes, con los pulmones llenos de agua y en trance de morir, por lo que estaré siempre en deuda con ellos. Que aun ahora algunas noches me vuelve este mal recuerdo en el sueño, y despierto sin aliento, como si viniera de salir del sucio cieno de aquella canal en que estuve cerca de morir...

En la ciudad tomaron noticia de las últimas novedades de Flandes. El duque de Parma, gobernador de los Países Bajos, se había retirado ya a Bruselas por estar tan adelante el invierno. Se decía andaba el duque muy decaído y afrentado por la culpa que se le había echado de no acudir con su flota y soldados a juntarse con el duque de Medina Sidonia, reunión de la que pendía toda la suerte de la jornada contra Inglaterra.

Todavía se hablaba en la ciudad del notable suceso ocurrido allí mismo, en la plaza mayor de Dunquerque, donde el duque de Parma, picado en su honra, rodeado por sus más señalados capitanes y ante lo más granado de su ejército, había desafiado públicamente a cualquiera de los que murmuraban contra él a que defendiera su opinión ante él con las armas en la mano. El desafío fue de mucho efecto, y no hubo persona que se atreviera a dar satisfacción a Parma. Pero las murmuraciones habían continuado y era opinión muy extendida que habiendo llegado Medina Sidonia hasta la barra de Calais, a apenas siete leguas de Dunquerque, no había excusa en que el duque no hubiera salido a darse la mano con él y emprender juntos la travesía, tan corta desde allí, a Inglaterra.

Se tenía por cierto que, por culpa de su falta de ánimo y determinación en la pasada jornada de Inglaterra, la fortuna había dado la espalda al gobernador, como lo mostraba el poco efecto que había tenido la campaña intentada contra la villa rebelde de Berge op Zoom. Había Parma concertado con un Rostoner, capitán inglés del principal fuerte que defendía la villa y que nombraban de La Cabeza, que se lo rendiría por cierta cantidad de dineros. Pero cuando Don Sancho Martínez de Leyva se presentó con tres compañías escogidas de los tercios viejos, les hicieron traición y los recibieron a tiros, que el propio Leyva resultó herido de un mosquete de posta y le dio la bala en los riñones, que le pasó y deshizo todos los lomos. Además de que en la retirada se perdieron muchos buenos soldados veteranos que se ahogaron desguazando por el canal que conducía al fuerte.

Algunos llegaban hasta a asegurar que el rey lo retiraría sin tardanza del gobierno de Flandes nombrando en su lugar a su yerno, el duque de Saboya, honor que éste ambicionaba desde antiguo, por emular a su padre, Manuel Filiberto, que lo fue al tiempo del comienzo del reinado de Felipe II. Otros afeaban a Parma el haber enviado a Italia al conde Nicolás Cesi, hombre de su casa, con comisión de desmentir los cargos que se le hacían en el mal suceso de la armada excusándose de ellos y cargando toda la culpa en el proceder del desdichado Medina Sidonia.

Al caer la noche, Forcada y el padre Alderete subieron según lo convenido a bordo del filibote. El capitán iba con el ánimo abatido y como contagiado por la espesa atmósfera de hundimiento, murmuraciones y reproches que había encontrado por doquier en la ciudad.

—Es triste cosa ver cómo se abate y enloda el mérito y valor aun de los mejores capitanes —le confesó a su amigo el fraile—, que nunca hubiera imaginado yo que quien comparaban con Alejandro el Grande de Grecia viniera a abajarse tanto en la opinión de los hombres como ahora he visto lo tienen hasta sus propios soldados. Y ver esto me pone una congoja en el pecho como no os puedo representar, que sabéis vos cómo he servido muchos años al duque y recibido de él muchas mercedes y estimación, que aun la espada que llevo es regalo que él me hizo con ocasión de la conjura que ya os referí de aquellos hermanos. Mas con todo, no dejo de considerar que, si bien muchos le afean la conducta por su envidia y emulación y por no ser el duque de la nación española sino de la italiana, hay mucho de verdad en achacarle una buena parte del mal suceso de esta armada del rey. Porque si hubiera acudido con más diligencia en socorro del de Medina Sidonia, tengo por seguro que ni toda la armada de la reina de Inglaterra y de los rebeldes holandeses juntas hubieran podido hacer cara a tan poderosa máquina como era la armada que vino de España. Y así creo yo no faltó sino determinación y arrojo para juntarse ambos e ir derechamente sobre Inglaterra, que de haberlo hecho así no nos veríamos en esta zozobra y miseria que nos vemos ahora...

Pasaron la noche en el camarote que les había sido asignado, el capitán Forcada con el estómago revuelto y el ánimo por momentos perdido de sólo sentir el balanceo del barco en las aguas calmadas del puerto, y el padre Alderete encomendando a los santos el buen suceso de la empresa que llevaban encargada, que tras hacer sus oraciones durmió muy plácida y reposadamente, en tanto el capitán se revolvía entre las cuatro tablas de su camarote como león enjaulado.

Antes de las primeras luces del día llamó a revista el capitán Heclenbergue a toda la tripulación. Con el propio capitán, el maestre y los dos pilotos, el resto de la dotación la formaban un guardián y tres cuartel maestros, el botiller y cocinero con sus respectivos asistentes, un maestro de hacha, seis artilleros, tres gavieros y catorce marineros, que sumaban en total, sin contar a Forcada y al padre, treinta y cinco hombres. Eran bastantes para un filibote armado en guerra de unos cien toneles que montaba cinco cañones por banda, sin contar los tres de proa.

En cuanto levantó un viento terral favorable izaron velas y largaron amarras y *El Hijo Pródigo* salió de la barra de Dunquerque en medio de la neblina que se formaba a aquellas horas. Era una nave ligera y de poco fondo, tan marinera como se podía desear y muy adaptada a navegar por aquellas aguas de la canal y mar del Norte.

—Mi comisión —explicó Heclenbergue al capitán— es desembarcar a vuestras mercedes en Edimburgo, confiarles la correspondencia que llevo, y recoger la que me puedan dar en los siguientes dos días a los de nuestra arribada, y debo también

embarcar hasta quince soldados de los que se hubieran salvado de la armada que vino de España y llevarlos en Dunquerque.

En cuanto estuvieron en mar abierto le vinieron las bascas al capitán, que corrió al camarote a echar las tripas por la boca en una bacía, y no se atrevió a salir de allí por no verse corrido con las burlas que los marineros suelen hacer a los que se marean a bordo.

Todo ese primer día de navegación lo hicieron con buen viento que soplaba del sur y el capitán Heclenbergue y su maestre se mostraron muy satisfechos, pues de continuar un día más el mismo buen viento, creían podrían acortar la travesía en uno o dos días.

—Y lo que más contento me da —le confió uno de los pilotos al padre Alderete— es que hemos salido sin ser descubiertos de ninguno de los navíos de la escuadra rebelde, que los tienen muy buenos y muy prestos para dar caza a los nuestros.

Sin embargo, al caer la noche, uno de los gavieros avisó que se veía una luz a media milla a estribor del barco. Por lo que pudiera ser, el capitán ordenó se apagara la luz del fanal y tras determinar el rumbo que seguía la nave desconocida, mandó que se cambiara el propio, que era norte, por un rumbo oeste, para engañar al otro, si es que de verdad les seguía, haciéndole creer que se dirigían a la costa inglesa. A media noche volvió a ordenar se retornara al rumbo norte, y como al amanecer del día siguiente no se halló rastro del otro navío se creyó que se le había burlado o que no iría tras ellos.

Los dos días siguientes el viento cambió, soplando ahora del nordeste, que es el más contrario que podían desear, y así no les quedó más remedio que barloventear, no pudiendo avanzar en aquellas dos jornadas sino lo que hubieran hecho en media con viento a favor.

En mitad de la noche del tercer día de navegación, cuando debían de estar a la altura de la costa inglesa que corre entre el Wash y el Humber, pero muy separados de ésta, volvieron a avistar dos luces, esta vez por proa, y a no más de un cuarto de milla, que parecía hechicería que hubieran aparecido tan cerca y tan de improviso.

El capitán de *El Hijo Pródigo* ordenó fachear, para ver si los otros dos barcos seguían su propio curso. Pero aunque pasaron la mayor parte de la noche manteniendo el barco casi parado contra el viento, e incluso ciaron un poco para aumentar la distancia que les separaba de los otros dos, apenas consiguieron separarse de ellos.

Esto le demostró al capitán Heclenbergue que no era casual aquel encuentro, y que aquellos dos navíos les estaban esperando. Mandó a los artilleros preparar los cañones en andana, y a la parte de la tripulación que no estaba ocupada facheando con las velas, que hicieran zafarrancho desembarazando la cubierta y colocando líos de ropa y los coyotes en la batayola, como protección contra los disparos de mosquete.

Forcada, al sentir las órdenes y el ir y venir de la tripulación, se presentó en el castillo al capitán del filibote.

—Tendría por gran merced —le dijo Heclenbergue que como soldado viejo que sois asista vuestra merced en preparar los mosquetes y organizar a los marineros por si entramos en combate. Que si nos abordaran, estará a vuestro cargo retiraros a defendernos el castillo de popa.

—¿Tan grave estimáis el peligro? —preguntó Forcada.

—O mucho yerro yo —contestó el capitán de *El Hijo Pródigo*— o esos dos navíos que nos aguardan por proa han de ser de la escuadra de Pieter van der Does. Nos han olido ya, como los perros a la presa, y con mucho trabajo voy procurando mantenernos lejos del alcance de sus cañones, aprovechando que es aún la noche y que no osarán ellos arrimarse más. Pero temo que, por mis pecados, en cuanto aclare, y si el viento no cambia, el mismo viento nos arrastrará derechos a la boca de sus cañones, que es tanto como a la del propio infierno...

El espacio de tiempo que aún tardó en aclarar nadie durmió, todos pendientes de ver si el viento cambiaba y conseguía Heclenbergue burlar a los dos navíos que aguardaban delante. Con las primeras luces se avisó que, como temían, los dos misteriosos barcos izaban la enseña naranja, blanco y azul de los rebeldes holandeses.

El capitán Heclenbergue pudo ver entonces que uno de los barcos era un filibote, acaso más ligero y rápido que el propio *El Hijo Pródigo*, y el otro un cromesteve de guerra, de los grandes y reforzados que se armaban en Rammekens, de ciento cincuenta a doscientos toneles y acaso de dieciocho a veinte cañones.

Todos se miraban confusos sin saber cómo saldrían de aquélla cuando vieron al más ligero de los dos enemigos maniobrar intentando acortar por estribor la distancia que les separaba.

Desde el puente, el capitán flamenco interpretó el movimiento:

—Venida es la hora de la caza —aseguró impávido—. El filibote hace su intento de tenernos a tiro y buscará desarbolarnos, para después abordarnos ambos a una.

Ordenó entonces al timonel arribar, girando el barco a sotavento, y después de hecho esto mandó que dejaran de fachear y estuvieran listos para soltar todo el trapo.

Los pilotos se miraron entre sí desconcertados y advirtieron al capitán:

—Con el viento tan recio que ahora sopla del sur, si soltamos todo el trapo iremos derechos contra el navío mayor...

—Y no es otra cosa la que yo pretendo —les contestó Heclenbergue—, que la sola ocasión que tenemos de burlarles es engañar al más rápido de los suyos y luego pasar por delante de las narices del cromesteve, aunque sea atagallando...

El maestro dijo que era una maniobra muy arriesgada aquella que proponía el capitán, pero todos callaron y comenzaron a rezar para que tuviera razón, pues en ello les iba la salvación.

—¡Lanzad una andanada al filibote —ordenó luego a los artilleros—, que vea su capitán que les aguardamos aquí para lo que se le ofrezca! Y en cuanto hayáis disparado recargad todo lo presto que podáis. ¡Y vos, capitán Forcada, desafiadle con los mosquetes!

A la distancia a la que estaban ambos navíos la andanada que lanzó *El Hijo Pródigo* no podía hacer apenas efecto, como no fuera que los mosquetes que al tiempo dispararon hubieran cogido a algún marinero enemigo desprevenido. Pero el desafío tuvo el resultado que el capitán buscaba, que fue hacer maniobrar al filibote holandés para ponerse de costado y responder con sus cañones.

Antes de que lo hiciera ya había dado orden Heclenbergue de soltar todo el trapo y atagallar, dirigiéndose hacia el navío mayor, que, alertado por el intercambio de cañonazos, barloventeaba ahora para aproximarse más a su presa.

El capitán ordenó entonces que pasaran todos los cañones de la banda de babor a la de estribor, e incluso que pusieran en batería con ellos el pedrero que montaba en la proa.

Llamó al artillero de más experiencia y le instruyó:

—Vamos a pasar casi penol a penol de ese maldito cromesteve rebelde. Habéis de estar muy prevenido, y cuando estemos ante la misma boca de sus cañones, al tiempo que el barco cabecea, echad por vuestros cañones todo lo que tengáis, que es la sola oportunidad que tendremos de echarlo a fondo, y os juro que no habremos otra si no salimos con el intento...

El artillero comunicó la orden a los demás, que se santiguaron ante la osadía de lo que intentaba el capitán.

Alderete paseaba ante los marinos con un crucifijo en las manos y les iba bendiciendo, al tiempo que rezaba solemnes oraciones en latín. El capitán Forcada había recargado su mosquete y situaba a sus improvisados mosqueteros en los espacios que quedaban entre cañón y cañón. En todo el barco no se oía más que el crujir de las velas y los rezos entre dientes de los marinos.

Navegando muy forzado de vela, el filibote de Dunquerque enfiló derecho hacia el cromesteve holandés, que al verlo venir hacia él, sorprendido por la maniobra, procuraba ahora virar y poner su costado de estribor en ángulo para poder descargar sus cañones. Estaban tan cerca ya que desde *El Hijo Pródigo* se escuchaban las voces del capitán holandés ordenando cargar los cañones.

Heclenbergue reemplazó al piloto al mando del timón y volvió a recordar al maestre cómo debían dispararlo todo a una, aprovechando el cabeceo del barco para dar lo más bajo posible en el navío holandés, en su obra viva.

Silenciosos y sobrecogidos, llegaron así ante el barco enemigo, y comenzaron a desfilar ante su costado a tan poca distancia que casi se le hubiera podido aferrar con el bichero. Justo cuando estaban penol a penol los artilleros de *El Hijo Pródigo* dieron la orden de hacer fuego, y casi no habían terminado de descargar la decena de bocas, cuando el capitán hizo una guiñada que desvió bruscamente la proa a estribor pasando por la popa del holandés. Forcada y sus mosqueteros dispararon entonces a lo alto, hacia el castillo de popa, barriéndolo con sus pelotas.

El capitán Heclenbergue viró luego hacia babor y retomó el rumbo norte original, y cuando ya habían ganado suficiente distancia, ordenó quitar trapo para no llevar el

barco tan forzado. Sólo entonces observaron por popa lo que habían dejado atrás.

El cromesteve holandés, envuelto en una densa humareda, estaba siendo abandonado por la tripulación, que trasbordaba a la lancha, mientras el filibote se mantenía cerca para recoger a los supervivientes.

Un gran regocijo se apoderó de todos los de *El Hijo Pródigo* al comprobar cómo se iba a fondo su enemigo, y entre vivas al capitán Heclenbergue y al rey, y gracias que se elevaban a Dios por haberles hecho merced de favorecerles tanto, el filibote de Dunquerque se alejó siguiendo su rumbo, que en tres días más les llevó sin otro contratiempo hasta Leith, que es el puerto de la ciudad de Edimburgo.

*Judas llega*

**L**OS primeros días que viví en aquellas soledades en la sola compañía del dicho ermitaño Don Guillén y de mi hermosa Doña Isabel me dieron todo el reposo y reparación de mi ánimo que yo había menester después de pasar tantos y tales trabajos como había pasado hasta allí, que creo fue regalo que Nuestro Señor me hizo para que yo entendiera cuánta es su grandeza.

Vivíamos los tres en amigable trato y conversación, partiendo nuestra pobreza y cuidando cada uno de los otros como si una sola persona compusiésemos entre los tres. Doña Isabel iba por momentos sanando de su enfermedad, que en pocos días respiraba ya mejor y arrojaba las flemas y humores gruesos que atoraban sus pulmones. Y con la salud recobrada, le volvió la color suya que de antes tenía, en la que, como ciego y necio, no reparaba yo sino ahora, pues que por tanto tiempo la miré como a mozo, siendo ella, como al presente mostraba, la más exquisita y linda doncella que ojos algunos pudieron contemplar.

Por partir también los trabajos de nuestro huésped el ermitaño, le acompañaba yo siempre a sus tareas, que a Doña Isabel no siempre él se lo excusaba por mirar en su recuperación. Que comprendí entonces cómo eran aquellas ocupaciones suyas más de las que se podrían sospechar fueran en un lugar tan pobre y apartado. Todos los días al amanecer salía él a buscar por los montes raíces, hierbas, helechos y plantas que se toman mejor y con todas sus cualidades a esas tempranas horas del día. De todas ellas me fue comunicando Don Guillén la utilidad que tenían para las curas que hacía y para nuestro mismo sustento.

Caminar por aquellos montes y comprobar de la mano de mi amigo el ermitaño cómo, aun en tierra tan áspera como lo era ésta, había ido poniendo Dios todo lo que el hombre precisa para su mantenimiento y policía, me maravilló mucho y me descubrió lo errado que yo andaba al despreciar y mirar como enemigo todo aquel país en el que había creído yo ir a parar por sólo castigo de mis pecados. Y con los ojos nuevos que empecé a usar en el mirar de otro modo aquella tierra, se me reveló lo hermosa y dulce que era aun en su soledad y aspereza, y cómo incluso a mí que era extranjero en ella, me acogía y regalaba la mirada con la armonía de sus colores siempre verdes y la paz y grandeza de sus montes.

—Ved este antiguo sendero, ahora casi del todo borrado por el abandono —nos señaló Don Guillén a Doña Isabel y a mí en uno de nuestros paseos por los montes—. Por aquí corría en otro tiempo el camino que desde Dunluce subía a la ermita y usaban los peregrinos, que es menos trabajoso que el que sube peñas arriba y

atraviesa la puente que conocéis. Por estar borrado en algunos puntos, y muy escondido en otros, ahora no hay persona que lo conozca y lo utilice. Pero os puede ser muy útil saber de su existencia para cuando os hayáis de partir de aquí, pues creo que el viejo Mac Donnell os socorrerá cuanto esté en su mano si os presentáis ante él.

Bajo de la peña en la tengo dicho estaba la ermita, habían construido de sus propias manos los ermitaños que le precedieron un bancal o terraza en medio de aquel terreno pedregoso e infértil en que nada podía crecer. Con paciencia de santos, habían ido llenándolo de buena tierra que de unas y otras partes habían traído puñada a puñada, año tras año, de donde había resultado formarse próspero huerto en que cultivaba Don Guillén cuantas especies de plantas para su sustento le permitía lo estrecho del espacio de tierra que tenía. Me contó cómo él mismo lo había ido muy poco a poco ampliando, que al presente sería un tercio más ancho y más largo de lo que lo fuera en el tiempo del franciscano que le antecedió.

Por los montes tenía puestas ingeniosas trampas de lazos y jaulas con las que cazaba pajarillos que luego adobaba, que aunque él apenas comía carne sino de la que algún cazador que pasaba por allí le regalaba, sabía cómo convenía tener alguna en conserva para dar sustento y dieta provechosa a algunos de los que acudían a él para que remediara sus enfermedades, y la misma Doña Isabel aprovechó mucho de los buenos caldos que, en tanto estuvimos en su hospedaje, de estasavecillas le cocinaba el ermitaño.

Dedicaba también un tiempo de cada jornada a limpiar y reparar la ermita, que siempre quedaba abierta para que se pudiera visitar la imagen de San Patricio y orar en su quietud. Las últimas horas del día las empleaba en fabricar sus remedios, en lo que ponía el mismo amor que en el cuidado del huerto, mostrando hacer de cada cosa en que se ocupaba una prueba de su tierna devoción a Dios y a cada una de sus criaturas. Que su ejemplo me hizo meditar mucho en lo desavisado y confundido que había vivido yo hasta entonces, sin reparar en cómo las señales del amor que Dios nos tiene están por todas partes y son obra suya cuanto produce bien, amparo y reposo en el ánimo, y efecto de nuestros pecados todo lo que de feo y deforme vemos en el mundo.

Al cuarto día de estar allí se presentó por la parte donde estaba la puente un peregrino que dijo nombrarse Juan O'Dour, pescador de la marina de Coleraine. Traía medio venado que había pagado a unos cazadores que halló al pie de esos montes y que quería regalar al ermitaño para que lo adobase.

—Que también me he acordado de traeros alguna sal que va en esta bolsa —dijo luego que llegó a la ermita— para que saléis la carne y tengáis con qué pasar el invierno.

También entregó a Don Guillén unos exquisitos rosarios, junto con unos raros libros de medicina, que por el contento que se pintó en el semblante del ermitaño, no creo que hubiera podido traerle cosa que más gusto le diese.

—¡La *Empírica* de Benedito Vitorio Faventino y el tratado de las enfermedades

de Mateo de Gradi! —se asombró el ermitaño Sanders al comprobar lo que eran—. ¿Cómo estas raras joyas de la medicina han venido a manos de vuestra merced?

—Como tengo dicho, soy pescador —contestó el otro y recogí los rosarios y los libros de entre las cosas que hallé abandonadas en una lancha que flotaba sola en la corriente, que pienso debía de ser de algunos de los desdichados españoles que naufragaron en estas costas. Entendí que los rosarios se podían ofrecer a San Patricio, y que vuestra merced, por la fama de santo y sanador que tiene, aprovecharía de estos libros que otros que saben leer me dijeron eran de ciencia médica y acaso pertenecieran a algún cirujano de los que venían en la armada de España.

La explicación del peregrino me dio sospecha de que no fuera el origen de aquellos presentes el que él declaraba, pues conocía yo cómo, en otras ocasiones, a los naufragos españoles los labradores y pescadores de aquellas partes les habían despojado por la fuerza de cuanto llevaban. Reparé también en las manos del visitante, que él parecía procurar hurtar siempre a las miradas, y que no representaban ser las de pescador, pues había tratado yo antes, cuando servía a mi tío Maese Mordal en su hostería, a muchos pescadores de los que bajan el río de París a vender sus mercancías y recordaba aún cómo los trabajos dan a las manos de éstos un aspecto fácilmente distinguible de quien ha pasado su vida con la pluma o con la espada, que es el que representaba este Juan O'Dour. Demás de que tampoco concertaba con lo que aseguraba él ser el despeje y cortesanía con que hablaba y se conducía en todo, que me parecieron modos impropios de un pobre e ignorante pescador como el que decía ser.

—He querido venir a vuestra ermita —continuó diciendo el recién llegado—, desde ha más de un año que se lo tengo prometido así a San Patricio. Que estando pescando en la canal de Escocia hace ese tiempo, nos cogió a mí y a mis compañeros una borrasca tan recia que nos arrojó contra unas peñas donde se deshizo nuestra barca. Me vi yo tan apretado y en trance de morir que supliqué a Nuestro Señor me hiciera merced de salvarme la vida, que donde Él me lo cumpliera, yo le prometía de acudir al punto a esta ermita a hincarme de rodillas ante San Patricio para agradecerle el favor. Y aunque ésta era mi intención después que otros pescadores me recogieron, fui dilatando el satisfacer la promesa hecha por pereza de venirme a estos tristes montes y por tener familia que alimentar de mi trabajo. Hasta que las semanas pasadas, viendo los despojos en que habían venido a parar las soberbias naves del rey de España, y acordándome de cómo muchos buenos cristianos que venían en su armada habían muerto entre las aguas, sentí no podía yo dejar de loar mucho a Dios y cumplirle la palabra que tenía dada de acudir a este ermita y postrarme ante la imagen de su apóstol San Patricio.

Don Guillén encareció mucho su buena voluntad y agradeció lo que le había traído, ofreciéndole quedase con nosotros todo el tiempo que le placiese en muestra de devoción a San Patricio. Así dijo el otro que lo haría, y como deseando mostrar lo firme de su devoción, en cuanto nos hubo contado su historia, pidió licencia para

entrar en la ermita a visitar al santo y rezarle, la que el buen eremita le concedió con mucho contento.

—Extraño suceso es éste por el que vienen a mis manos libros tan doctos y estimables como éstos, y que no había vuelto a ver desde que partí de Italia —se quedó diciendo el ermitaño Sanders mientras acariciaba con sus dedos el lomo y las páginas de aquellos libros con tanta terneza y devoción como hubiera empleado con un niño de teta, que nos rogó le excusáramos si nos dejaba ya para disfrutar de su lectura.

—Y yo veo en la llegada de este buen pescador gran muestra del favor que nos hace Nuestro Señor —dijo Doña Isabel cuando quedamos a solas—, pues entiendo que si le hablamos y prendamos, nos podrá hacer de guía hasta Coleraine, que entiendo está cerca de marina en que podamos embarcarnos para Escocia, donde no pueda él mismo llevarnos en su barca de pescadores. Que sería esto mejor que rogado, pues así no habríamos de presentarnos ante el señor Mac Donnell, de quien vuestra merced teme tanto sea deudo de la Ineen Dohl que me dijo y que le entregue a ella para que pague el deservicio que le hizo...

Aquella idea debió de metérsele muy hondo a Doña Isabel, pues en los días que aún pasamos con el ermitaño, no perdía ella ocasión de dejar que pasara a hablarle el Juan O'Dour e irle prendando con su grata conversación y las muestras que le daba de holgarse con su compañía. Que siento que, como honesta que era, no debía reparar ella en que con su sola hermosura tenía ya ganados los ojos y la voluntad de todo hombre que le hablara, de lo que yo me turbaba y encelaba un tanto, por ver que conversaba con otro con el mismo gusto que hasta entonces sólo a mí me mostraba.

—Este buen pescador —me dijo luego ella— me ha dado palabra de guiarnos hasta la marina y embarcarnos en su barca de pesca, que me certifica que, conociendo tan bien como él conoce esa canal de Escocia, en dos días estaremos en salvo en tierra de escoceses. Y así, partiéndonos al otro día, en dos o tres jornadas que habrá hasta la marina que dice, serán cinco o seis días los que nos separan de nuestra salvación. ¿No os da contento?

—Mucho me lo da esta nueva —fingí—, sino que creo debería vuestra merced aguardar aún a que sea el seteno de vuestra enfermedad, como Don Guillén os aconsejó, por andar más ciertos de que habéis del todo curado de ella...

Doña Isabel agradeció mi devoción y acordó esperar, como yo le decía, a que pasara el séptimo día de su cura, si es que tanto podía esperar el Juan O'Dour antes de volverse a su casa. Pero sucedió que la noche después de que esto habláramos le sobrevino al dicho pescador un tan grave dolor en un riñón, que le hacía, como se dice, morder las piedras. Lo que tengo yo, como más adelante se verá, por designio de Dios, que hizo así ocurriera.

Advertidos por las grandes voces y quejas que daba, acudimos el ermitaño, Doña Isabel y yo a ver en su choza al pescador y lo hallamos tan desesperado con sus padecimientos que se revolcaba en el suelo sin saber qué hacerse para encontrar algún

alivio. Al preguntarle qué le pasaba, apenas nos supo responder, que el dolor le tenía descompuesto y ni a hablar acertaba.

—Mal es éste de piedra en un riñón —concluyó Don Guillén— y de muy mal remedio si no es que la misma natura de suyo la arroja con la orina.

Le preguntó si ya otra vez había tenido este dolor y si echaba piedra o arenas con él, a lo que el otro contestó como pudo que nunca en su vida le había dado dolor semejante.

Como se revolvía y pataleaba sin concierto, el ermitaño nos pidió que le trabáramos por las piernas y le sujetáramos, para poder él palpar dónde se hallaba la piedra.

—Siento que es piedra grande que tiene vuestra merced atravesada en el riñón izquierdo —le dijo después de palparle—, que no se me ocurre qué se pueda intentar para que baje de allí y la orinéis. Demás de que será arduo que la echéis si es tan grande como parece. Y en cuanto a aliviaros el dolor, lo que el aforismo de Hipócrates dice de estos casos es que en los grandes dolores el mejor remedio de todos es sacar mucha sangre, mas no me atrevo yo a haceros sangría que os aprovecharía en poco y os restaría fuerzas para sufrir el dolor...

Sin saber cómo hacer para remediarle, nos volvimos a nuestras chozas, con mucha lástima de lo que le veíamos padecer y sin modo de volver al sueño por las grandes voces que en todo momento él daba, en que se pasó toda aquella noche y la mañana siguiente.

Al otro día se le ocurrió a Don Guillén que acaso moviendo bruscamente al enfermo acertaríamos a sacar la piedra del sitio en que estaba atravesada, y así, tomándole cada uno de un lado le hicimos brincar elevándole cuanto podíamos y haciéndole caer con violencia muchas veces. Que después de intentar esto por espacio de media hora y cada vez con más fuerza, luego dijo él:

—La piedra se me ha caído en la vejiga.

Le dijo el ermitaño fuera corriendo a orinar, y aunque él lo intentó no pudo, que la piedra se le atoró en la boca de la vejiga y le reprimió la orina de todo punto. Sin poder orinar, se le doblaron los dolores y trasudores, y en la misma proporción aumentó la inquietud de Don Guillén:

—Porque ha de orinar o morir dentro de las veinte horas —nos confesó el eremita galeno—, que tal es esta enfermedad.

El caso era tan desesperado, que dio entonces él en discurrir algún modo de sacar de allí la piedra, y como en estas ocasiones Dios inspira los remedios a los que él escoge, volvió luego con una gruesa paja y con un cuenco de manteca que había deshecho y calentado como aceite. Rogó a Doña Isabel se saliera de allí y nos dejara a solas con el pescador, y una vez lo hubo ella hecho, metió la paja por la punta del miembro hasta que tocó la piedra y me pidió luego que tomase yo la manteca derretida en mi boca y la fuese soplando muy despacio por la paja. De esta manera le cayó todo dentro sin que se perdiera gota, mejor que si con una jeringa se lo echara, y

el calor de la manteca le dio gran alivio, que pidió el Juan O'Dour le echáramos más.

Echada toda la manteca caliente, sacó el médico la paja y me pidió quedase yo apretando la boca o agujerito del miembro por un cuarto de hora, porque no se saliese de allí el aceite de manteca, lo que yo hice con voluntad de ser útil y olvidado ya de la sospecha que el paciente me diera desde que le conocí. Fue mientras Don Guillén a calentar agua que fue luego echando muy caliente en una cuba que tenía hecha de sus propias manos, y en una artesa amasó y derritió toda la manteca que le quedaba.

Pasado el espacio de tiempo que digo, me pidió dejase de apretar y al Juan O'Dour que pujase por sí con la ayuda de la manteca derretida saliese la piedra. Pujó él y salió la manteca, pero no la orina ni la piedra, que no echó gota.

Entonces le dijo que se metiese en cueros en la cuba, y añadió agua fría a la que había ido calentando, y le fue echando toda la manteca caliente dentro. Estuvo el enfermo allí otro cuarto de hora, y viendo que se le enfriaba el agua, se le echó más agua caliente, y al tiempo que esta nueva agua caliente le llegó a la bragada y región de la vejiga, comenzó él a orinar y a decir a voces:

—¡Ya orino, sea bendita Nuestra Señora y sea loado San Patricio!

—¡Pues puje ahora con toda sus fuerzas vuestra merced y vaya de golpe la orina!  
—le ordenó Don Guillén.

Así lo hizo él y salió disparada la piedra con tanta fuerza que parecía la habían lanzado con ballesta. Era la piedra del tamaño y hechura de un hueso de dátil, que vista luego no eran de extrañar los trasudores y grave dolor que le habían dado, teniéndole en un parto toda aquella noche y buena parte del otro día.

Dimos todos muchas gracias a Dios y a San Patricio, cuya intercesión entendía el Juan O'Dour lo había librado por segunda vez de morir, y nos salimos luego y le dejamos reposara en su choza de los trabajos pasados.

Mucho me admiró y conmovió aquel suceso, por entender cómo Nuestro Señor sin duda había escogido a aquel buen ermitaño para hacer el bien y mostrar por sus obras cómo se cuidaba de acudir al remedio de los pecadores. Y mientras hacíamos nuestra cena juntos Don Guillén, Doña Isabel y yo, declaré cómo lamentaba no tuviera él los votos del sacerdocio para que me pudiera absolver de un pecado que sobre los demás me pesaba en el ánimo, que era el de haber dado muerte a aquellos ingleses que topé en mi camino, a los que degollé cuando ya ningún mal de ellos podía recibir.

—Así como os partáis de aquí acudid al obispo de Derry —me aconsejó—, que aunque no siempre mora en el castillo que tiene, por evitar ser prendido de los herejes, Nuestro Señor os sabrá bien guiar hasta él. Y en cuanto al pecado de ira que declaráis, es en efecto de los más graves que existen, pero entiendo no os habéis de atormentar tanto con él, pues que os sobrevino cuando defendíais vuestra vida, y obrasteis en esto como soldado, en quien la destreza y rapidez en usar de las armas se vuelve una segunda naturaleza y una suerte de instinto lo que en los otros hombres precisaría de una mayor deliberación y discernimiento.

—Tal debe de ser como vuestra merced dice —repliqué yo—, pues en las facciones que tuvimos con los rebeldes en la pasada jornada de La Esclusa, que fue la primera en que me hallé con el tercio de Don Juan del Águila, en la primera ocasión que hicieron su salida a tomarnos una trinchera que se acercaba a su muralla, sentí perdía yo el temor y la conciencia del riesgo y se concertaban mis miembros a combatir como si de su propia naturaleza hubiera de ser así, y esta misma ira que digo gobernaba mi ánimo hasta que la facción acabó.

—De mi experiencia sé decir que la ira, el valor y la hombría se confunden en el soldado —continuó él—, y entiendo no debe hallar Dios en ello cosa reprehensible, sino cuando se usa de crueldad con los indefensos, la fuerza agravia la honestidad o la sed de venganza se impone sobre la justicia. Que entiendo que el peor pecado y el que más repugna a Nuestro Señor es este último de la venganza, pues entre su concepción y su cumplimiento media tanto tiempo y fría deliberación que se asemeja a asesinato.

—Mucha razón veo tenéis en esto —añadí yo— y para que palpe vuestra merced lo mucho que acierta en ello, le referiré un cuento de persona que conocí y que es gran enemigo de mi señor Don Juan de Forcada, que me parece ejemplifica a la perfección cómo es el diablo quien mueve a la venganza y cómo ha de ser este pecado predilecto suyo. Que el hombre de que hablaré es un Luis Robledo español, cuya historia escuché de sus propios labios en París cuando yo aún vivía con mi señor tío en la posada de La Cierva Roja, que es una muy buena hostería que está en la rúa de los Agustinos...

Al tiempo que iba yo a empezar mi relato, llegó con nosotros el Juan O'Dour, que nos dijo se hallaba ya muy repuesto de sus dolores después de haber dormido bien, aunque todavía dolorido en su miembro, y nos rogó partiéramos con él nuestra cena, pues con el haberse librado de su sufrimiento anterior le había venido ahora gran apetito.

Le hicimos lugar en nuestra mesa y le dimos qué comiese, y él comenzó a hacerlo con mucho agradecimiento y humildad, que me pareció era otra persona de la que llegó a la ermita y nos miraba a nosotros de una extraña manera, entre conmovido y pesaroso, sin que yo pudiera representarme entonces la razón de lo último.

Iba, pues, a comenzar mi cuento, cuando me preguntó Doña Isabel:

—¿Dijo vuestra merced era un Luis Robledo, de nación española, de quien contaría vuestra merced la historia?

Asentí yo y ella volvió a preguntarme otra vez:

—¿Y es este hombre uno de pocas carnes, que de ordinario viste en hábito de fraile y a quien del rostro le falta la nariz?

—El mismo ha de ser, por las señas tan particulares que de él me dais —respondí yo muy asombrado—. ¿Acaso lo conocéis y lo habéis tratado?

—Nunca lo he tratado, pero sí lo he visto muchas veces entrar en nuestra casa en Turín —contestó Doña Isabel, igual de asombrada que yo—, pues fue éste algún

tiempo atrás servidor de mi padre Don José, entiendo que en las espías y correspondencias secretas de que, como embajador de su majestad, había de servirse el dicho mi padre. Que aun tengo la sospecha no fuera sino este Robledo el que acabó la vida al caballero de Alcalá del que otra vez os hablé...

Callamos un momento ambos, que nos dio embarazo a cada uno seguir más adelante con esta conversación por haber notado cómo el Juan O'Dour se quedaba muy suspenso al sentir hablar de aquella materia. Pero como el ermitaño, que no había reparado en esto, mostrase gran curiosidad por conocer la historia de aquel Robledo y me rogara que no demorase más el referir el cuento, empecé a contar yo:

—Eran este Luis Robledo y mi señor el capitán Forcada soldados y compañeros que las ocasiones habían hecho los mayores amigos que se pueda encarecer. Sucedió sin embargo que, llegados los dos en el socorro que se envió a La Goleta al tiempo que la apretaban reciamente los turcos, cayeron ambos prisioneros de los mahometanos cuando la plaza al fin se rindió al Aluchali, que iba por general de la armada turca. Llevados a Constantinopla como personas de rescate, a los pocos meses se rescató Don Juan de Forcada, y regresó en España con promesa de buscar los dineros para pagar el precio que por la libertad del Robledo habían tasado los turcos.

»Así lo hizo Don Juan, reuniendo los dineros de entre los deudos y amigos de Robledo y aun de algunos ministros del rey a los que rogó acudieran a socorrer a tan buen y leal soldado. Juntado el dinero para el rescate marchó a Barcelona para tomar la primera galera que se partiese de esa ciudad para la de Génova. Mas en el tiempo que esperaba llegaran las galeras, por su mal hábito de jugar a los naipes, perdió toda la cantidad de dineros que llevaba para el rescate de su amigo.

»Marchó entonces a Flandes, y empeñó cuanto tenía y pidió prestado para reunir suma semejante a la que su mala inclinación a los viciosos naipes le había hecho perder; tras reunirla, se la confió a un fraile que se ocupaba de ordinario en rescatar cautivos cristianos en Levante. Mas este mal fraile, que se nombraba fray Diego de Cuenca, hombre mañoso y enredador, se quedó con los dineros, y diciendo hablaba en nombre de Forcada y con la autoridad del virrey de Sicilia, propuso a Robledo y a otros cautivos españoles que trabajaban como esclavos en las atarazanas y puerto de Constantinopla que le enviaran avisos de la intención de la armada turquesca, y aun que le pusieran fuego si había ocasión para ello, que por este servicio el mismo Forcada les prometía pagar los rescates de todos y ganar su libertad.

»Al fin, los turcos, que acostumbran tener muy buenas espías, descubrieron la conjura de los esclavos cristianos y los castigaron atrocemente, a unos empalándolos, y a otros cortándoles orejas y narices y echándolos como chusma de las galeras hasta que murieran a los remos. Así le aconteció a este Robledo, que por más de diez años, que es más tiempo del que por lo común se soporta la condena de forzado, vivió a los remos y muy maltratado de sus verdugos mahometanos. Y en todo este tiempo que como galeote pasó, fue él doblando muchas veces el odio y rencor que contra su

antiguo amigo sentía por haberle desamparado en su cautiverio.

»Sucedió al fin que, hará cosa de tres años, Robledo venía en una galera turquesca que navegaba a la presa de naves cristianas cerca de la isla de Malta, y aprovechando estaban sus guardianes poco advertidos, se alzó con los demás cristianos que allí iban y se hicieron dueños de la galera, con la que pusieron proa a Sicilia y a su recobrada libertad.

»Pero en lugar de dar gracias a Dios por tan venturoso suceso y olvidar pasados agravios más imaginados que sufridos, concibió entonces el Robledo tal deseo de vengarse del antiguo amigo, que, informado de que se hallaba en ese tiempo el capitán Forcada en París sirviendo al embajador Don Bernardino de Mendoza y al señor duque de Guisa, fue allí tras sus pasos, y por mil medios procuró de estorbarle cuanto hiciera y aun de quitarle la vida en celada de que yo fui testigo. Y como no lo lograra, le siguió hasta Inglaterra, adonde había ido el dicho capitán con una comisión cerca de la entonces cautiva reina de Escocia. Que no paró con sus trampas y enredos, ni reparó en tratar con hombres tan enemigos de su rey como lo son el secretario Walsingham y el señor Topcliffe, verdugos y perseguidores feroces de los buenos católicos de aquel reino, hasta que no vio al señor Forcada prisionero y atormentado en la Torre de Londres y con harto peligro de ser ahorcado, desviscerado y descuartizado como traidor y enemigo de la reina de Inglaterra, que sólo por milagro salvó la vida y pudo volver en Francia rescatado. Y aún tengo para mí que si en este momento el dicho Robledo conociera dónde se halla el señor Forcada, así fuera en las Antípodas, allí acudiría al punto para saciar su ímpetu de venganza...

Haciendo luego una pausa para hablarle más particularmente a Doña Isabel, le advertí a ésta:

—Que aun si tuviera modo de acabarme la vida, estoy asegurado que haría cuanto estuviera en su mano por quitármela, por sólo ser yo criado del señor Forcada y por conocer él cómo me estima mi señor como a hijo propio. Cuan to más procuraría la ruina de vuestra merced si llegase a conocer el secreto de lo que os une con el dicho Don Juan...

Doña Isabel quedó un momento aterrada y cavilosa, diciéndose algo entre sí que los demás no entendimos, hasta que por fin dijo con mucho temor:

—Y yo sospecho que el secreto al que os habéis referido lo debe de conocer este Robledo, pues que lo pudo entender, antes de acabarle la vida, de aquel caballero de Alcalá que ya sabéis...

*Carta del obispo de Derry*

UNA semana después de desembarcar en Leith, el capitán Forcada estaba en su posada de Edimburgo escribiendo sus avisos para Don Bernardino con lo que había entendido hasta allí de las cosas de Escocia.

Terminó de escribir en claro y comenzó la trabajosa tarea de cifrarlo ayudándose de una Biblia en latín, tal como había hecho años antes por recomendación del secretario, correo y hombre de confianza de Don Bernardino, Hans Oberholtzer, que fue quien le acordó esta manera de cifrar. Todo el proceso consistía en usar los dos libros de Samuel que contiene la sagrada escritura. A cada palabra de este texto le correspondía un número correlativo empezando por el 1 y numerando las demás palabras sucesivamente, pero en un orden inverso, comenzando a numerar desde la última palabra y terminando con la primera. Para ciertos nombres de personas y de lugares llevaba memorizada una tabla en que los nombres verdaderos se sustituían por otros figurados que aparecían en el texto veterotestamentario. Así, los náufragos españoles eran en clave «El Ungido», y su majestad el rey de España se convertía en «El Juez», mientras el rey Jacobo de Escocia era «Jonatán» y el conde de Bothwell «los amonitas».

Lo arduo del trabajo garantizaba la invulnerabilidad de la cifra, pues quien desconociera que la clave estaba en aquel texto completo no encontraría ningún patrón numérico que seguir y descodificar. Pero al propio capitán le descorazonaba la ingrata tarea que tenía por delante aquella noche, y más después de aquellos días que llevaba en Edimburgo sin hallar ninguna noticia que le pudiera dar esperanza de encontrar el rastro de su criado Guillaume y de la hija de Doña Constanza, que empezaba ya a descreer de que lo descubriría y aun de que continuaran vivos.

En esto estaba pensando el capitán, con la pluma suspendida en el aire sin decidirse a empezar el cifrado, cuando, después de llamar a la puerta en cierta forma concertada y aguardar a que se le franqueara la entrada, se presentó ante él el padre Alderete.

—¿Trae vuestra merced alguna buena nueva, padre? —le preguntó Forcada.

—Ninguna que interese a nuestra materia, que por mis pecados comienzo a desesperar de hallarla alguna vez —contestó abatido el fraile—. Si no he hablado a cien de estos desdichados españoles que han venido estos días de Irlanda no he hablado a ninguno, y todo es escuchar los más espantables trabajos que han pasado en aquella parte y no hallar noticia ni del mozo Guillaume de Tallenay ni de Doña Isabel, aun bajo el nombre de Martín de Ayala con que se embarcó. Que la única

esperanza que me queda es que tenga más fortuna este Patricio Bostok irlandés que debe estar por venir a hablarnos, como concerté con él esta mañana.

Patrick Bostok apareció en la posada del capitán media hora larga después de la llegada del padre, y según tenían convenido, golpeó la puerta con una señal acordada para que los dos españoles reconocieran era él quien deseaba pasar a hablarles. Forcada desatrancó la puerta como un rato antes hiciera para permitir la entrada de Alderete, y el irlandés pasó a su cámara.

—No traigo nueva cierta de lo que vuestras mercedes me tienen encargado —comenzó a decir el recién llegado—, pero he hablado con unos españoles que acaban de venir de Irlanda y que no embarcaron en la galeaza *Girona* en que lo hizo el desdichado Don Alonso Martínez de Leyva, pero que antes llegaron en la nao *Duquesa Santa Ana*. Éstos me dijeron conocieron a un mozo Martín de Ayala que iba con ellos en esta nave, que era casi un niño y se recataba mucho con todos, que algunos se preguntaban cómo había podido ir por soldado en aquella empresa...

—¡Por esas señas, sin duda es éste Doña Isabel! —exclamó Alderete.

—Así lo pensé yo —replicó el irlandés—, pero nada más me supieron decir del dicho Martín de Ayala, sino que creían había embarcado en la galeaza que luego naufragó.

—Triste nueva es esta que nos traéis y que nos deja como estábamos —dijo Forcada.

—Lo sería si fuese definitiva —continuó Bostok—, pues de unos pescadores que me hablaron hace dos semanas en un puerto que da a la canal de Irlanda y que hacen sus tratos y pesquerías en aquellas partes, entendí cómo quedaban aún en las tierras del señor Mac Donnell algunos españoles con los que ellos habían hablado cerca de Coleraine, que es en las dichas tierras. Y cuando les pregunté si se había entendido en qué naves venían aquellos españoles me aseguraron había muchos de la *Trinidad Valencera* y aun alguno que sobrevivió de la galeaza *Girona*...

—¿Y hay modo de conocer si es verdad lo que tales pescadores os dijeron? —preguntó el capitán.

—No, sino pasando en Irlanda —contestó el espía—, que es la sola manera de conocerlo con certeza y hallar a quienes buscáis, si es que aún quedan con la vida. Pues entiendo que aguardar aquí que aparezcan es confiar en fortuna mucho más incierta. Que cuando vuestras mercedes me quisieran acompañar en esta jornada, yo les certifico sabré guiarles a donde mora el *Sorley Boy* Mac Donnell, a quien conozco y he tratado muchas veces, y en cuyas tierras se sabe han ido a ampararse los más de los españoles que quedan aún en Irlanda.

—Acaso bastará con que vos le escribáis a ese señor de Mac Donnell preguntando por los españoles que todavía están bajo su protección —intervino Alderete—, y cuántos y quiénes son, que conociéndolo aquí podríamos contratar barcas bastantes para pasarlos a todos en Escocia, que siento sería servicio que os estimaría mucho Don Bernardino, y desde luego nosotros...

—Tal vez fuera como vuestra merced propone —argumentó Bostok— si supiera yo en quién fiar tal aviso y fueran los tiempos tales que se tuviera seguridad de que llegara la respuesta en momento en que se pudiera acudir al remedio. Pero deben entender vuestras mercedes que el virrey de la reina de Inglaterra y el gobernador Bingham no son hombres que, pudiéndolo ellos impedir, se resignarán a ver salir con la vida de Irlanda a ningún español. Que el señor Mac Donnell, aunque leal y buen católico, no sé por cuánto tiempo podrá resistirse a la orden que le tienen dada de que entregue a todos los españoles que acoge, que no es tan fuerte para refrenar por mucho tiempo a los ingleses. Y de mi experiencia sé decir que cuando el Bingham tenga fuerzas bastantes no dejará de castigar la afrenta que le hace el *Sorley Boy* desobedeciéndole, y se vengará según es su costumbre: matando a toda la gente y desolando toda la tierra de los Mac Donnell...

—Vuestra merced tiene la razón —concluyó Forcada— y seguiré su consejo, que aunque no estemos seguros de encontrar alguna nueva de estos mozos, cuando se hallasen aún vivos, conviene apurar la ocasión antes que se haga de noche, que si andamos a la flor del berro de cierto se nos esfumará. Y en lo sólo que hemos de reparar ahora es en la manera de pasarnos en Irlanda mañana mismo.

Se espantó un tanto el padre Alderete de ver la determinación tan súbita de marchar a Irlanda que había despertado el irlandés en el ánimo del capitán, y le recordó a éste:

—Acuérdese vuestra merced que concertó para otro día hablarle al conde de Bothwell en la materia de los socorros que propone le acuerde su majestad para favorecer la causa de los católicos de aquí, que es éste negocio de mucho momento y que no perdonará Don Bernardino que se deje enfriar. Demás de que de la buena inteligencia y lo prendados que tengamos al dicho conde y al de Huntly pende que éstos ayuden a pasar en Francia a los muchos españoles que están en este reino sin hallar modo de partirse, que aún no se ha acordado quién ni cómo los pasará, y no se puede fiar en que este rey de Escocia no mude de un día para otro de parecer y nos haga traición, entregándonos a todos a la reina de Inglaterra, como desearían que lo hiciera algunos de sus consejeros herejes y el embajador inglés que está aquí...

—No os falta razón en lo que decís —repuso Forcada—, mas lo primero ha de ser hacer esta jornada de Irlanda y sacar algo cierto de ella, que lo otro bien puede aguardar a que regresemos de allí, con ventura o sin ella. Pues no haciendo lo principal a lo que vinimos, de lo otro poco se perderá, pues de todo lo que vuestra merced me acuerda, faltando nosotros, otros pondrán la mano en ello, y sabéis cómo fue contra mi gusto y voluntad que acepté encargarme de estas inteligencias que me ordenó Don Bernardino. Que en los años que he servido a su majestad en estas materias he visto nacer y esfumarse cien empresas de Escocia, de Irlanda y de Inglaterra, y nada de todo ello ha salido adelante sino la armada que este año vino contra Inglaterra, y ya ha visto vuestra merced en qué ha parado... Con que pongamos remedio, si aún es tiempo, a lo que nos toca y trajo aquí, y dejemos para

otro momento los negocios del rey, que ya me fatiga anteponer los suyos a los que a mi propia sangre conciernen.

Alderete contempló compasivo al capitán, que se apretaba las muñecas como si le hubiera vuelto el dolor que en ellas sufría y cuyo rostro le pareció pálido y descompuesto.

—No será menester descuidar los negocios que vuestras mercedes traen encargados por esta otra materia —terció Patrick Bostok—, pues que si mañana envío a un propio para que prevenga una barca en la que pasarnos en Irlanda, aún les quedarán tres o cuatro días antes de marchar a embarcarnos al puerto que mi criado nos advierta, que es tiempo bastante para que hablen al dicho conde de Bothwell y entretengan la plática con él, y para ver si con su socorro se pueden sacar de aquí para Francia o Flandes los españoles que han venido y de los que han ido haciendo vuestras mercedes la cuenta y lista. En cuanto a las armazones que se hacen en Inglaterra para la jornada que se sospecha desean hacer a favor del Don Antonio, espero por momentos me lleguen los más frescos avisos de Londres, que confío podrá vuestra merced enviarlos a Don Bernardino antes que nos partamos...

A Alderete y al capitán les pareció bien lo que proponía el irlandés y acordaron hacer como él les decía y esperar a que el criado que enviaría a la costa occidental de Escocia les avisara de que podían embarcarse hacia Irlanda.

Los cuatro días que siguieron los dedicó Forcada a terminar sus avisos para Don Bernardino, en los que incluía el resultado de sus entrevistas con el coronel Semple, los condes de Huntly y de Bothwell y lo que éstos proponían. Enviaba también las noticias que se tenían de las naves *Gran Grifón* y *San Juan de Sicilia*, que habían aportado en Escocia con muy distinta suerte. De la primera estaban a salvo en Edimburgo la mayor parte de los hombres que iban con Don Juan Gómez de Medina, a quien habló en la casa del conde de Bothwell. Pero de la segunda se sabía de cierto les habían hecho traición donde desembarcaron, que había sido en la bahía de Tobermory, y hundido la nave con un artificio de fuego que puso en secreto un espía inglés matando a Don Diego Enríquez y los más de los que iban con él, como contaban los supervivientes que llegaron a Edimburgo.

Adjuntaba también una lista con los nombres de más de doscientos españoles que estaban en Edimburgo aguardando poder pasar a Francia, con la mayoría de los cuales habían hablado Bostok, Alderete y él mismo, aunque advertía que los que iban llegando cada día sumarían el doble y más de este número. Había tratado con algunos mercaderes de Leith el modo de llevarlos a Francia, y el principal impedimento que había era el de los dineros y quién los daría, pues los escoceses pedían a razón de cinco ducados por cabeza y él no había llevado con qué pagar la suma resultante, que sería de mil ducados para doscientos hombres, pero que se doblaría con creces si se hiciera la nómina completa de los que iban llegando de todas partes. De los señores católicos escoceses no se podía esperar sufragaran el gasto, pues ya estaban manteniendo a su costa a los refugiados, y del rey de Escocia, de conocida avara

condición y que vivía de los subsidios que le daban los ingleses, lo más que se podía desear es que no estorbara el rescate. Por ello, proponía Forcada que se rogase al duque de Parma costeara estos gastos, que sería la forma más breve de hacerlo por estar él tan cerca de Escocia.

Al cuarto día regresó Patrick Bostok con la nueva de que había llegado aviso del criado que mandó con el encargo de que podían embarcarse ya en un puerto de la ría de Glasgow donde había contratado les pasasen en una barca de pescadores.

—Con el aviso que digo —añadió el irlandés— venía también esta carta que me envía el obispo de Derry con nuevas de Irlanda, que he señalado un pasaje que pienso le interesará leer a vuestra merced, y lo podrá hacer con facilidad por venir escrito en latín...

Forcada tomó la carta y pudo leer:

*Pasó por aquí un fraile español de nombre Luis Robledo que se presentó como capellán de uno de los barcos que se hundieron los días pasados cerca de estas tierras, que a lo primero me prendó con su fingida buena inclinación y agradable trato, mas luego resultó ser más falso que el mismo Judas. Pues he entendido últimamente no es sino hechura del cruel gobernador Bingham, y que contra toda razón, justicia y afecto a su propia nación, anda aquí en pesquisa para prender a dos otros españoles que aquí se acogieron. Que el uno es un Martín de Ayala por el que me preguntó con mucha instancia el dicho falso fraile si yo le había dado amparo, que ahora me alegra no haber sabido entonces darle razón de dónde se hallara. Y el otro es un mozo de nación borgoñona del que ha crecido aquí el rumor, pues usa de su misma cruz, es descendiente del mismo duque de York que colgaron hace cien años los ingleses en tiempo del rey Enrico Séptimo, abuelo de esta reina de Inglaterra. Que ha vuelto a sonar con fuerza el antiguo pronóstico de que el dicho borgoñón habría de reinar y arrojar los ingleses de esta isla, que ahora en todas partes certifican haber visto aparecer a la Dama de Borgoña y cómo ésta lo confirma. Y de lo que haya de verdad en esta voz que corre no le sabría yo decir nada de cierto a vuestra merced, sino que por su causa andan los ingleses muy temerosos de que cunda de nuevo la rebelión tan fuerte como en el tiempo del conde de Desmond, y que buscan a toda furia hallar al dicho borgoñón y prenderlo.*

*La traición*

**P**ASADO el seteno de la cura de Doña Isabel aún permanecemos una semana más en casa del ermitaño Sanders. Con el Juan O'Dour concertamos que nos guiaría luego hasta la marina de Coleraine.

Al tiempo de haber de separarme del buen eremita se me hizo muy penoso hallar las palabras con que representarle cuán agradecido le estaba por las mercedes que nos había hecho y, en mi particular, lo mudado que con su trato y ejemplo me sentía yo en mi ánimo, que advertía claramente cómo era yo muy otro del que llegó dos semanas antes a aquella peña.

El pescador Juan O'Dour se despidió con pocas palabras y mucho sentimiento en los ojos, agradecido por la merced que Don Guillén le había hecho de salvarle la vida en aquel temible trance de la piedra y promesa de regresar a la ermita, a lo menos, al cumplirse el año de lo que él tenía por milagro y gracia que San Patricio le había hecho por mano del ermitaño. Y quedó tan apenado de haber de separarse de aquel santo hombre, que después de declararle esto, se apartó de allí un trecho, entiendo que por esconder ante los demás lo turbado y congojado que se hallaba.

Doña Isabel, que, como mujer, había el don de hallar siempre palabra que decir y despeje y donaire para pronunciarla, hizo la última su discurso, muy conmovida en su ánimo por la bondad del buen ermitaño, que al fin acabó derramando muchas tiernas lágrimas ante él y estrechándolo en sus brazos como si de su mismo padre se hubiera de separar, que el contemplarlo nos puso a mí y al Juan O'Dour grande pena en el corazón.

—Lleven vuestras mercedes mi bendición —nos despidió por su parte Don Guillén— que si no como sacerdote con votos hechos, como devoto cristiano os la doy de todo mi corazón. Que rogaré en todo tiempo por vuestras mercedes por que lleguen los unos en salvo a España, y lleve el otro vida próspera y sin cuidado en su oficio de pescador, que es el mismo que tenían los más de los apóstoles de Nuestro Señor, y por eso Éste les tiene gran afición y favor.

Bajamos la alta peña por el sendero y hallamos ya la puente tendida para que pudiéramos pasar al otro lado y al ermitaño al cuidado del mecanismo del rastrillo. Doña Isabel volvió la cabeza por ver si aún podía mirar una última vez al bueno de Don Guillén, y quedó allí un tiempo vertiendo muchas lágrimas mientras el pescador y yo cruzábamos el pontón sin atrevernos a seguir su ejemplo por no romper también a llorar.

Mas apenas llegamos al otro lado del despeñadero, hallé venían hacia nosotros

golpe de gente arreada, que a lo primero pensé yo era fantasía reía y no habían de ser sino las sombras que arrojaban los árboles de aquella parte.

Miré al Juan O'Dour y le señalé delante, por que él me desengañara o confirmase si era cierto lo que yo creía estar viendo. Pero éste nada dijo, sino que bajó la cabeza con mucha lástima y se quedó quieto, que creo debió de ser como hizo el otro judas al tiempo que sus enemigos llevaban prendido a Nuestro Señor del Huerto de Getsemaní.

Viendo ser cierto lo que yo temía, intenté luego volver mis pasos a la puente y prevenir a Doña Isabel que no pasase adelante, pero cuando llegué hasta por donde ella venía a nosotros, encontré que el ermitaño había ya levantado el rastrillo y no quedaba a nuestras espaldas sino el despeñadero por donde se precipitaba la corriente de agua que ya dije.

El falso pescador había pasado ya con los que venían por el sendero, que ahora que los pude ver más de cerca eran cinco o seis soldados armados de espadas y lanzas, y por cabeza de ellos venía un fraile, que en cuanto le vi la hechura entendí no era otro que mi enemigo Robledo.

—¡Saltad por aquí y salvaos! —grité a Doña Isabel, no hallando otro modo de que al menos ella escapase, y esto con harta fortuna, que no fuese arrojándose por el despeñadero.

—¡No deseo sino correr la misma suerte que vuestra merced! —me respondió ella.

—¿No entendéis cómo si me prenden a mí aún me querrán conservar la vida un espacio de tiempo por creer que soy el que dice el pronóstico, en tanto lo que más desea Robledo es calmar con vuestra sangre el odio que tiene a vuestro padre el capitán Forcada? —le grité yo.

Ni siquiera esto la convenció de que su única oportunidad de salvar la vida era probar la fortuna de caer a la laguna que había abajo del despeñadero, y se apegó más a mí por defenderme de los que llegaban contra nosotros.

Con el cayado que llevaba para apoyo de mi camino hice cara al primero que me amenazó con la espada, que como el sendero por el que subían era muy estrecho y en pendiente, apenas si se podía caminar de a uno por él. Lo empleé como si fuera lanza y en el modo que había aprendido en Flandes, que acaso por la sorpresa que llevó el inglés de ver cómo sabía valerme de él como soldado, saqué ventaja bastante para desarmarle de la espada y tirarle un golpe a la frente que lo derribó por el suelo.

Visto esto de los otros, se me acercaron dos de ellos a toda furia, y los demás detrás, el uno de ellos con intención de tirarme una lanza y atravesarme de parte a parte. Pero al calarle el propósito que llevaba, le gritó el Robledo desde atrás:

—¡Los quiero con la vida!

Aproveché que con esta orden se quedaron ellos quietos y confundidos acerca de cómo habrían de prenderme, para llegarme yo a Doña Isabel, y tomándola en brazos la alcé y acerqué a la roca en que terminaba en seco el sendero. Y aunque ella gritó y

protestó quería antes morir que separarse de mí, con todo el impulso que pude darme, la arrojé por el despeñadero y quedé mirando cómo caía ella en un grito que me encogió el corazón, rogando entre mí a Dios fuera la laguna del fondo su salvación y no su tumba.

Mas no llegué a ver qué ocurría de este medio desesperado, pues que mis enemigos sacaron ventaja de que yo les diera la espalda para sacudirme en la cabeza, que se me cerraron los ojos y me desvanecí sin conciencia del golpe que en ella me dieron.

De la tiniebla que embotó mi mente por un tiempo me despertó el gran dolor que sentí en los riñones y la cabeza por las puñadas y patadas que, a traición y como cobarde, me estaba dando el mismo inglés al que antes había golpeado yo con mi cayado en la frente, que al abrir los ojos gritando que me dejara, lo reconocí por la brecha que aún le sangraba en la frente.

—Dejad de pegar a este pobre mozo —ordenó Robledo al que me golpeaba—, que ya se emplearán con él los verdugos de Galway con tanto ahínco que quedaréis bien vengado de la afrenta que os ha hecho. Y bajad todos salvo dos hombres a la laguna y arroyo que queda al fondo de este monte por certificar si ha quedado con la vida la señora que iba con éste, que nosotros lo haremos por el sendero y nos reuniremos todos abajo.

Al punto comenzaron a bajar el monte cuatro de los seis soldados que iban, que por ganar tiempo y ahorrarse hacer la bajada por el tortuoso sendero que subía hasta allí, se ayudaban de una cuerda que iban atando de árbol en árbol para facilitarles el descenso, que de otra forma no hubieran podido bajar por aquella pendiente casi cortada a pico.

Tenía yo las manos atadas con gruesa sogas que apenas me dejó alzarme en pie cuando el inglés que digo dejó de pegarme y se me acercó el Robledo:

—Señor Guillermo de Tallenay, gusto me da veros otra vez, y mucho holgaré cuando vuestra merced cuelgue de una horca en Galway —se burló.

Al escuchar esto, el traidor Juan O'Dour apenas si se atrevió a ponerme los ojos encima de lo corrido que había de sentirse por pagar con tan torcida felonía el que le acogiéramos en la ermita y socorriéramos cuando peligraba su vida. Pero nada salió de su boca, que entonces entendí por qué todos aquellos días, desde que Don Guillén le curó de su dolor del riñón, le había visto tan mohíno y caviloso, que se diría que un gran pesar le rondaba.

Dirigiéndose a él, dijo después Robledo:

—Habéis hecho vuestra presa, señor Comerford, y por gran servicio os lo tendrá y recompensará el gobernador Bingham, de modo que ¿por qué causa os veo tan turbado y pesaroso?

Pero tampoco a esto despegó los labios el falso pescador, sino que dio la espalda a Robledo y comenzó a andar delante el sendero que bajaba el monte, creo yo que con los mismos remordimientos en su conciencia que judas Iscariote cuando cobró el

pago de su mala obra.

Nos llevó casi medio día bajar al pie de aquel monte, y al llegar adonde nos aguardaban los que habían ido por delante a ver qué había sido de Doña Isabel, les preguntó Robledo si la habían hallado.

—No, sino esta sola camisa que estaba aferrada a unas ramas al borde de la laguna —contestaron ellos.

Robledo tomó la camisa y se la mostró al que yo creyera pescador y ahora sabía se nombraba Gerald Comerford.

Comerford apenas se atrevió a mirarla, pero asintió en señal de que la reconocía, y yo me quedé mudo y con el corazón en un puño porque también entendí era la misma que vestía Doña Isabel.

—Debe de ser que la moza se destrozó con las peñas del fondo de la laguna y sólo esta camisa quedó de ella —razonó uno de los soldados.

—¿Y de cuándo, gran necio —replicó Robledo—, flotan las camisas sin sus dueños?

Ninguno supo qué responderle a esto, y yo me tragué el contento que el argumento de Robledo me dio, pues confié por una sola vez en que tuviera razón mi enemigo y que el haber aparecido allí su camisa había de ser traza de Doña Isabel para burlar a sus perseguidores y que la dieran por muerta.

Pero al punto mi esperanza se volvió temor al representarme cómo el Robledo no se engañaba, y no dejaría por tanto de hacer su pesquisa hasta hallarla. Como de hecho se mostró luego era su intención, pues dijo al fin a Comerford:

—Aquí se separan otra vez nuestros caminos, que vuestra merced le llevará el borgoñón al señor Bingham en Galway y yo quedaré aquí con tres de estos soldados hasta asegurarme dónde se halla la doncella.

*La prisión de Galway*

—¿CUÁL es vuestro nombre?

—Guillaume Lamarq de Tallenay soy.

—¿Cuál es vuestra calidad y nación?

—Gentilhombre soy como lo han sido siempre todos los de mi familia, nacido en la dicha Tallenay, que es villa del Franco Condado, y por tanto de nación borgoñona y vasallo de su majestad el rey de España.

—¿En qué nave veníais?

—En la *Trinidad Valencera*.

—¿Quién iba al mando de la dicha nave?

—El maestre de campo Don Alonso de Luzón.

—¿A qué lugar aportó vuestra nave?

—No sé decir sino que al norte de esta isla, que por no conocerla no he entendido cómo se nombraba la parte en que nuestra nao se hundió.

El escribano continuó aburridamente su interrogatorio siguiendo una lista de cuestiones que llevaba escritas y numeradas en un impreso. En otra hoja vi iba anotando mis declaraciones, con el número correspondiente de la pregunta al lado de la respuesta.

Por espacio de una hora aún siguió interrogándome en decenas de cuestiones que se derivaban y complicaban las unas con las otras, que aquello no parecía tener término. Que con qué propósito había entendido yo que vino la armada de España sobre Irlanda. Que qué socorros confiábamos en tener en la isla, y de qué personas. Que si vinimos con la armada que iba sobre Inglaterra o éramos segunda armada mandada sobre Irlanda. Que si tenía noticia de qué apoyos nos vendrían de Escocia. Que con qué designio había entendido yo mandó el rey de España su armada contra Inglaterra. Que si había escuchado decir fuese su propósito destronar a la reina de Inglaterra y restaurar la falsa idolatría papista en aquel reino. Que en qué partes y de qué señores de Inglaterra fiábamos recibir socorros. Que en qué parte de Inglaterra había escuchado yo tenía designio de desembarcar la armada...

Por fin, dijo el escribano era ya bastante lo que había declarado yo, y dos guardias que allí esperaban me sacaron de aquella recámara oscura y me condujeron por una galería que terminaba en unas estrechas escaleras. Pensé habían de llevarme por allí a alguna celda en lo hondo de la prisión, pero me desengañé al verme en una cámara amplia con mecanismos para dar tormento.

—¿Por qué me han de atormentar si he declarado con verdad cuanto me

ordenaron? —les pregunté.

Mas ellos se limitaron a despojarme de mis ropas y ponerme sobre el potro aferrándome con ásperas sogas a él, que luego se salieron ellos y me dejaron allí atado por espacio de un cuarto de hora o más, sin otra compañía que mis pensamientos y mi miedo.

Al cabo llegaron otros dos que debían de ser verdugos y empezaron su oficio de darme tormento, turnándose en dar vueltas a la rueda y aflojar cuando los dolores me hacían perder el conocimiento, que en cuanto yo lo cobraba volvían a apretarme a su voluntad.

En los momentos en que ellos aflojaban y era yo capaz de hablar, les rogaba que me dejaran ya de atormentar, que juraba declararíame cuanto gustasen, pues ningún secreto había yo de guardar ni crimen alguno había cometido.

Pero al fin entendí cómo no buscaban ellos arrancarme ninguna declaración que yo hubiera hecho en buena hora en cuanto me la hubieran pedido, sino que su sola intención era atormentarme, sin más razón que la de ser español venido en la armada del duque de Medina Sidonia.

Después de darme tormento por espacio de una hora y más, me arrojaron encima dos buenos cubos de agua y me desataron del potro. Dos guardias me aferraron luego y, desnudo y mojado como estaba, me subieron por las mismas escaleras de antes y siguieron por otras más, que pienso debieron de llevarme a alguna torre de aquella prisión. Al final me empujaron al interior de una celda muy pequeña y sin apenas luz, que la única que entraba era por un hueco o ranura que había en lo alto de una de sus paredes, y allí quedé más muerto que vivo, tiritando de frío y sin saber con qué remediarme, que el solo abrigo que hallé fueron unas pajas en el suelo con las que procuré cobijarme.

Estaba tan dolorido y fatigado del interrogatorio y tormento, que quedé más desvanecido que dormido por un espacio de tiempo que no sabría decir cuánto fue. Sino que al cabo me despertaron unos golpes que sentí daban en uno de los muros de mi celda. Me arrimé a éste por conocer qué fuera aquello, y como no dejaban de tocar, para hacer entender a quienquiera que fuese que así me llamaba que le había sentido, golpeé yo también de mi parte del muro y aguardé respuesta.

—Arrímese vuestra merced a esta parte del muro de donde le viene más clara y distinta mi voz, que por ella podrá también a mí hablarme —me dijo entonces una voz que hablaba en buen español.

Así hice y le pregunté quién fuera, a lo que él me respondió:

—Mi nombre es Don Gonzalo de Córdoba, de la casa de los marqueses de Ayamonte, que venía en el *Falcón Blanco* con mi señor tío Don Luis de Córdoba cuando dimos en esta tierra. Que en lugar de socorrernos como a católicos, los salvajes de esta parte nos robaron y apresaron, entregándonos a los ingleses. ¿Quién es vuestra merced?

Se lo dije y le referí en los más breves términos que pude mi historia, que no

estaba yo para gastar muchas palabras ni se sentía tan bien como yo deseara lo que de una parte a otra del muro hablábamos.

—Por cuanto venís de referirme —me replicó él— ha de ser vuestra merced el que llaman estos irlandeses El Ungido y del que he escuchado ya antes hablar al carcelero que entra en mi celda a traerme la comida.

—¿Qué Ungido he de ser yo, pobre de mí, sino que soy el más desdichado y triste de los hombres? —contesté yo irritado por verme llamar así y entendiendo cuál era la causa de ello.

—A lo menos, esto es lo que he sentido yo decir a muchos aquí —me explicó el Don Gonzalo—, y que vuestra llegada en Irlanda fue anunciada por unas grandes cruces de San Andrés que aparecieron en el cielo en diversos lugares de esta isla, que ahora algunos interpretan no eran sino cruces de Borgoña, a que aquélla se parece, y pronóstico cierto de grandes sucesos...

Le rogué entonces se apiadase de mí y no pasase adelante con aquellas supersticiones, que yo le certificaba no descendía mi persona de duques ingleses, y que no había venido en Irlanda sino por mis pecados y mala ventura, pues me hallaba ahora de tal suerte que no confiaba en salvar mi triste vida del trance y trabajo en que me veía.

—Y con todo y esto, la daría yo por bien gastada —continué diciéndole— si hubiese la certeza de que una doncella a la que estimo y amo más que a mi vida se halla en salvo. Que no conocer si ha salido con bien y escapado a la persecución de sus enemigos me atormenta más que verme en esta celda y apretado por estos verdugos...

Debí de decir yo esto con tan conmovido acento que Don Gonzalo se picó en conocer quién fuera aquella doncella que yo decía y qué peligros la apretaban. De manera que, por satisfacer su curiosidad, le referí también, sin extenderme en el relato más de lo preciso, la historia de Doña Isabel y el riesgo en que, contra mi voluntad, la había dejado cuando me apresaron.

Se maravilló él mucho de tan notables sucesos y me agradeció que se los hubiera confiado. Pero sentí quedaba muy afligido por mi suerte, pues al poco me aconsejó:

—Repose vuestra merced y duerma, que ya otro día le haré la misma señal de golpes que ahora para que venga a hablarme, que vuestra historia me ha puesto de tal modo el corazón en un puño, que no teniendo modo de consolaros, prefiero mejor callar ahora y desearos buena ventura...

Hice yo como me decía y procuré dormir, mas el recuerdo de Doña Isabel y la zozobra por no conocer cuál fuese su suerte, junto a los dolores que el tormento me había dejado en los pies y las manos, me estorbaron el reposo, que apenas descansé.

Al otro día vinieron a sacarme de mi celda y me llevaron de nuevo donde el escribano. Ahora comenzó éste a interrogarme más particularmente con preguntas que llevaba anotadas en varias hojas.

—¿Sois vos el que se hace llamar descendiente de un falso duque de York que ha

cien años pretendió usurpar el trono de Inglaterra contra su legítimo rey, que en aquel tiempo era Enrique el Séptimo, abuelo de su majestad la reina de Inglaterra?

Negué yo con la cabeza y con la palabra declaré:

—No soy el que dice vuestra merced, ni desciendo de ningún duque, que con ser mi linaje limpio y de muchas generaciones de gentileshombres borgoñones, jamás he pretendido ni se me habrá escuchado declarar que venga mi sangre de la del duque que decís. Sino que todo es fábula y confusión que entiendo ha de venir del solo hecho de haberme visto llevaba una cruz que me dio una anciana con que topé, que yo no sé a quién perteneció o no, ni cuál es su significado, y que en buena hora veo lejos de mí, pues no me ha traído sino pesar y persecuciones.

—¿Es ésta la cruz que la anciana que dice vuestra merced os dio? —continuó su interrogatorio al tiempo que me mostraba aquella joya que yo había llevado colgada del cuello hasta que el traidor Comerford me la quitó camino de Galway.

—La misma es —confirmé.

Siguió él haciéndome mil preguntas de tantas cosas tocantes a aquella cruz que, fatigado del tormento del día anterior y sin fuerzas por no haber comido nada desde que llegamos a Galway, rogué se apiadara de mí y me dejara a lo menos sentar en alguna silla.

Con indiferencia, el escribano me dio licencia para que me sentara y continuó sin pausa su interrogatorio, que me hartaba y daba tanto cansancio que ya no entendía bien sus preguntas y apenas si alcanzaba a penetrar el sentido de éstas. Escuché lo hacía acerca de la señora Ineen Dohl y los tratos que yo había tenido con ella; si conocí a un Shanne Bann que era servidor suyo; que dónde y cómo topé con la que nombran la Dama de Borgoña, y lo que ésta me había hablado... y así todo de esta suerte, que a mí no me parecía sino pesadilla que no había nunca de acabar.

Al terminar de interrogarme me pidió firmara debajo del papel en que había ido anotando todas mis respuestas, lo que yo hice sin tardanza y aun con gusto de verme por fin libre de aquel mareo, aunque con mucho trabajo por lo que aún me dolían las manos.

Mas apenas había hecho yo esto cuando llamó entraran los guardias, que en vez de llevarme de vuelta a mi celda me condujeron a la cámara del día antes y me pusieron otra vez en el potro.

Debía yo estar tan débil esta segunda vez que pasé desvanecido y sin el conocimiento la mayor parte del tiempo que duró la tortura, pues muchas veces me hacían ellos cobrar la conciencia arrojándome agua fría en el rostro.

Además de los verdugos de la otra vez, sentí había ahora otra persona que, por la autoridad con que era obedecido, entendí había de ser el alcaide de la prisión. Pero erraba yo, que luego supe era el propio gobernador Richard Bingham.

Cuando les plugo, y como me vieran más cerca de la otra vida que de ésta, me

sacaron de allí y tornaron a conducirme a donde el escribano, que con la misma monótona crueldad volvió a hacerme todo el interrogatorio por contrastar si cuanto ahora declaraba yo se compadecía con lo que dije antes del tormento. En algunos momentos era el propio Bingham quien me preguntaba, que había ordenado me amarraran a la silla para que no me cayera yo rendido al suelo.

Terminaron al fin y me volvieron a ordenar firmara mi declaración, que arañé en el papel con la pluma y no sé qué nombre escribí, pues no sentía ya mis manos.

Había de ser la noche cuando me echaron por último en mi celda, donde me cobijé en las pajas que tengo dichas y quedé más inconsciente que dormido.

En un momento de la noche me despertó el sentir un triste y desafinado cantar que venía de uno de los carceleros, borracho ya a esas horas, que gritaba una lúgubre y mal compuesta tonada, interrumpida de vez en cuando por sórdidas carcajadas y algún eructo, que decía:

*Los cuervos de Galway  
devorarán tu corazón,  
oh, triste mozo venido  
de la lejana Borgoña,  
y tu cuerpo gallardo  
servirá de carroña  
al hambriento gorrión.  
Recuerda a Donough O'Brien  
Y cuál fue su triste fin,  
que siendo aún más noble  
y gallardo que tú,  
de nada le sirvió su virtud,  
y como traidor colgó  
de la aguja de San Quintín...*

## Aviso de Escocia

**A**L Muy Ilustre Señor Richard Bingham, Gobernador de Connacht, en manos de Luis criado del Honorable Sir Francis Walsingham.

*Me ordena mi señor sir Francis Walsingham, secretario de la muy poderosa reina de Inglaterra, os escriba ésta representando a vuestra merced cómo os estima el servicio que le hicisteis de traerle los informes y avisos que los pasados días pusisteis en mi mano. Que visto lo que en ellos se contiene, en el particular tocante a los tratos que tiene el honorable sir Edward Stafford, embajador de Su Majestad ante el rey de Francia, con Don Bernardino de Mendoza, embajador de su católica majestad el rey de España, los halla a su completa satisfacción. Y fueron también muy oportunos y, de momento, tales cuales son al presente los tiempos, los que vienen de los negocios de Italia, que me manda el secretario os agradezca mucho la diligencia con que vuestra merced le sirve, y os certifique cómo lleva la cuenta debida de vuestros servicios y me pide os anime a que los continuéis en adelante como hasta aquí.*

*Os he querido advertir también cómo las más frescas nuevas que han llegado de Escocia, que son de un Thomas Fower que allí sirve, avisan se hallaba en Edimburgo un Juan de Forcada, español, que es el mismo que ya estuvo antes, dos años ha, en Inglaterra, y es espía conocido del rey de España. Que siente el señor secretario es grande lástima no se le hubiera ejecutado entonces, con que se hubiera ahorrado Su Majestad algún trabajo, si cuando este bellaco estuvo encerrado en la Torre de Londres se hubiese seguido su consejo y del señor Topcliffe de haberlo puesto en las horcas de Tyburn como a traidor probado y confeso.*

*En el tiempo que pasó en Edimburgo, que sería obra de diez o doce días, trató el dicho español con muchos de los de su nación que se acogen en aquella ciudad con ciertos señores papistas luego que se perdieron, por la justiciera voluntad de Dios que todo lo puede, las naves del rey de España, que en su soberbia sin tasa venía sobre Inglaterra a estorbar el justo, suave y benévolo gobierno y soberanía que Su Majestad la reina de Inglaterra tiene sobre este reino, por lo que todos sus leales vasallos damos mucho las gracias a Dios. Que entre los que vino a hablar el dicho Forcada fue uno Don Juan Gómez de Medina, capitán del navío Gran Grifón que se hundió en el norte de Escocia, y está hospedado con el conde de Bothwell, al cual entró a hablar en su castillo, así como al conde de Huntly y a un coronel Semple que vino en Escocia por orden de Don Bernardino de Mendoza, grande enemigo de Su Majestad desde el tiempo que estuvo aquí como embajador.*

*Se ocupó también el Forcada en contratar con mercaderes escoceses el paso de los dichos españoles en Flandes y Francia en naves de esa nación, antes de pasar él mismo en Irlanda, como se entiende ha hecho los pasados días en una barca de pescadores desde un puerto cerca de Glasgow, que es lo que más en particular os quería advertir, por si hallara vuestra merced modo de prenderlo allí. Que me certifica el señor secretario cómo, por muchos respetos, os lo tendría él por gran servicio. Y así, ha mandado se escriba en este mismo tenor a sir Richard Bingham, para que os dé todo el calor y acogimiento que pudiere en esta materia tan del servicio de Su Majestad.*

*Se ha entendido, por último, pasó junto a un sacerdote español y un rebelde irlandés, de nombre Patrick Bostok, que es muy torcido espía de los españoles, y se tiene por lo más cierto que habrán de ir en las tierras del rebelde Sorley Boy Mac Donnell y su hijo, donde se hallan escondidos algunos españoles que naufragaron y que el dicho jefe de los Mac Donnell se negó a entregar al virrey. Y con lo que de esta materia suceda iréis dando aviso, como de vuestra diligencia y lealtad a Su Majestad se espera. De Londres, a 3 de diciembre de 1588.*

*Por mandado del señor secretario,*

*Arthur Gregory, su criado.*

*Post scriptum: En muestra de cómo os estima vuestros servicios os envía mi señor estos guantes perfumados y la cantidad de dineros que van con ellos, que son cien libras. Que cuando continuéis sirviéndole como hasta aquí, podéis estar asegurado os sabrá hacer la reina mayor merced que ésta de ahora.*

*El obispo curioso*

**D**ON Raimundo O’Gallagher —anunció Bostok—, obispo de Derry, recibirá mucho contento de que pasen ahora vuestras mercedes a hablarle.

Forcada y el padre Alderete siguieron al irlandés hasta una cámara que estaba situada en una torre del castillo de Dunluce, donde les esperaba un hombre ya anciano y vestido en hábito de pastor, que con mucha dificultad se hubiera creído tuviese la dignidad episcopal, excepto por el anillo que escondía bajo las amplias mangas de su pelliza.

Alderete se inclinó inmediatamente ante él y besó el anillo con devoción, y Forcada imitó el mismo gesto, lo que pareció conmover al anciano:

—Vuestras mercedes tienen delante el más extraño obispo que hayan visto —se disculpó Don Raimundo por su aspecto—, sin casa ni sede, con su grey dispersa y perseguida y reducido a la condición de errante y escondido pastor de almas, que Nuestro Señor hubiera necesitado un nuevo Moisés que guiara a su pueblo y lo sacara de la esclavitud y la opresión del faraón. Mas en lugar de esto, se conformó con poner por cabeza de esta diócesis a un sencillo O’Gallagher...

—No ha de ser sin una oculta causa esta elección que hizo Nuestro Señor en la persona de vuestra ilustrísima —alegó el padre Alderete— que hartos tiempo y lágrimas le llevó al profeta Moisés guiar a su pueblo hasta la Tierra Prometida, y entiendo fuisteis escogido para la más alta comisión que pueda haber, pues que en los tiempos recios y llenos de estorbos para la fe es donde más se muestra la calidad de los pastores y lo esforzada que es su confianza en los designios de Dios...

Conmovieron mucho estas palabras al obispo de Derry, que se las agradeció al fraile español con otras suyas de la misma elocuencia. Pero al cabo se interrumpió él mismo y dijo:

—Mas no olvido cómo vuestras mercedes han venido aquí para cosa distinta de escuchar discursos y lamentaciones de este fatigado y pobre obispo, y creo puedo dar alguna satisfacción a lo que el señor Patrick Bostok me ha pedido en vuestro nombre...

Rogó a sus visitantes que se sentaran a su lado, y una vez que éstos lo hicieron, comenzó a decir:

—Ya escribí antes refiriendo cómo hará un mes y más entró a visitarme un español de nombre Luis de Robledo, que se presentó como capellán de una de las naves de la armada del rey de España y de la orden de los franciscanos observantes. Que no sospechando yo viniera con engaño, le di acogimiento en mi casa y aun

holgué de algún regalo que me trajo y del despeje y elocuencia de su conversación.

»El dicho falso franciscano rogó mucho que le diera yo noticia de un mozo Martín de Ayala que venía embarcado en la armada de España y cuyo rastro él había perdido, encareciéndome la importancia de que lo hallara, que por ser hijo de un noble ministro de su católica majestad y haberle el padre encomendado mucho cuidase cuanto pudiese de su persona, él se sentía obligado a conocer cuál hubiese sido su suerte. Pareciéndome tan loable y sin sospecha su cuidado, aun cuando yo no sabía darle noticia de lo que me rogaba, lo encaminé hasta este castillo de Dunamyne, donde yo conocía estaban acogidos algunos españoles que se salvaron de la pérdida de la dicha armada.

»Supe luego que este Robledo no había acudido donde le dije, sino que por una noticia que había tomado de nuestra conversación, se fue a sonsacar a unas mozas y viuda que viven en unas chozas apartadas en unos montes cuatro leguas de aquí, por la sospecha que tomó se hubiera acogido a su amparo el mancebo náufrago que buscaba. Que se presentó ante ellas no como religioso y perseguido, sino con autoridad de pesquisidor del gobernador Bingham y con golpe de hombres armados para hacer su inquisición con la dicha viuda, y no como salvador del mozo, sino como su verdugo.

»Yo mismo sentí la consecuencia de haber estado tan confiado y poco advertido en mi trato con este falso Robledo, que al poco de partirse él llegaron ante mi casa los sol dados del gobernador con propósito de prenderme, y fue con harta fortuna que conseguí burlarles y llegar a este castillo de Dunluce a rogar el amparo y protección del viejo señor Mac Donnell, que como buen cristiano me lo dio.

»De las dichas mozas y viuda entendí luego la pesquisa que el Robledo, acompañado de un espía del gobernador Bingham, había hecho con ellas, y cómo, con violencias y amenazas, les arrancó la confesión de dónde se escondía el mancebo que con tanto ahínco aquel traidor buscaba. Que lo más notable del caso es que aquel mozo no era sino doncella disfrazada de varón para esconder su verdadera naturaleza...

Al escuchar esta revelación, Forcada casi saltó de su asiento y preguntó con ansiedad:

—¿Se conoció el nombre que la tal doncella usaba?

—Sí, por cierto —contestó Don Raimundo—, que la que a lo primero se hacía nombrar Martín de Ayala resultó ser una Doña Isabel, que me aseguraron era la más exquisita y gallarda doncella que se pueda encarecer...

El capitán se quedó demudado y echó por los ojos la congoja que aquella nueva le daba, lo que sentido por el buen obispo le movió a decir:

—Sosiéguese vuestra merced y deje acabe yo de referir mi cuento, que aún debo comunicaros más notables sucesos en esta materia... Y lo primero y más raro que he de referir es que la dicha doncella no se hallaba ella sola acogida a la caridad de las mozas y viuda que tengo dichas, sino que la acompañaba otro soldado salvado del

nafragio de la nave en que ambos venían, que fue la desdichada galeaza *Girona* que se hundió con Don Alonso Martínez de Leyva y otros famosos capitanes y granada nobleza de España.

»Este soldado que digo es un borgoñón que llevaba colgada de su cuello una preciosa joya conocida en toda esta isla, que es una cruz que llaman del duque de York...

Al escuchar hablar de un soldado borgoñón, Alderete y el capitán se miraron maravillados y con la esperanza y la zozobra prendida en los ojos. Pero estaban tan suspensos con lo que el obispo contaría a continuación que no se atrevieron a interrumpir su relato. De manera que Don Raimundo siguió refiriéndoles el significado de aquel crucifijo, la antigua leyenda que rodeaba a este objeto y a su dueña, la llamada Dama de Borgoña, y los rumores que habían corrido por la isla desde que se conoció que aquel mozo borgoñón la llevaba consigo.

—Que entendido por el Robledo y el espía Comerford, que así se nombra el que le acompañaba en la pesquisa e interrogatorio de la viuda, cómo también estaba allí acogido el mozo borgoñón, dobló su interés en prender a ambos, doncella y mozo. La una por el particular del dicho Robledo, que hasta ahora no se ha conocido la causa de que persiga con tanto ímpetu a esta señora. Y el otro porque su prendimiento se lo tenía muy encomendado a este confidente suyo el gobernador Bingham, medroso de que con la voz que se había echado de ser este mozo el elegido para ceñir la corona y arrojar los ingleses fuera de Irlanda, no se removiesen las ascuas del incendio aún no sofocado de la última rebelión del conde de Desmond, y se unieran bajo esta causa los más de los clanes rebeldes a su autoridad.

»Mas para cuando el Robledo y el Comerford apretaron a la viuda que les confesase dónde se escondían el borgoñón y la doncella, habían estos partido ya a refugiarse en una famosa ermita dedicada al apóstol San Patricio que hay en lo más apartado y áspero de aquellos montes...

—¿Y es allí donde al presente se encuentran escondidos los dos? —interrumpió el capitán la narración del obispo sin poder contener más su inquietud.

—Allí estuvieron amparados por la bondad de su buen ermitaño acaso por espacio de dos semanas —continuó Don Raimundo— hasta que, convencidos por un peregrino que a la ermita había luego acudido y declarado ser pescador de la marina de Coleraine de que les guiaría hasta este puerto y aun les pasaría en Escocia en su propia barca, los dos le siguieron fuera de la dicha ermita.

»Pero el pescador resultó ser el mismo espía Comerford que tengo dicho, y aventajado discípulo del traidor judas, pues que apenas habían abandonado el resguardo de la ermita cuando los entregó al Robledo, que con una guardia de ingleses tenía concertado aguardarles para prenderlos del otro lado.

»El mozo, como soldado, se defendió cuanto pudo a ser prendido, mas al cabo el número de sus enemigos se impuso a su destreza y valor, y fue al fin capturado. Pero antes de esto, y viéndose perdido, pensó salvar a la doncella del aprieto en que la veía

de ser también cogida y, tomándola en brazos, la arrojó por un despeñadero que allí había, en cuyo fondo las aguas de una laguna podían acaso servirle de escapatoria...

—¡Por el amor de Nuestro Señor y de Su Bendita Madre! —suplicó el capitán Forcada, sin poder contener más su lengua—. ¡Ruego acabe ya su cuento vuestra ilustrísima, que no parece sino autor de novelas y me tiene con el corazón en un puño de no saber a qué atenerme ni cómo terminó esta historia que tanto me concierne! ¡Apiádese de nosotros y vaya concluyendo si por ventura alguno de los dos mozos se salvó y dónde los puedo hallar, que no es otra cosa la que yo deseo!

El obispo se afrentó un tanto de esta salida del capitán, pero lo disimuló con paciencia episcopal y, atendiendo al ruego que se le hacía, terminó:

—Del mozo borgoñón se sabe está al presente preso en la prisión de Galway, a donde le condujo el Comerford, y con peligro muy cierto de que, por poner fin a la fama que su caso y pronóstico han creado en todas partes, lo maten públicamente como a traidor a la reina y usurpador. Y en cuanto a la doncella Doña Isabel, hubo de ser inspiración de Nuestro Señor lo que el mozo hizo de echarla por el despeñadero, pues con esta determinación del borgoñón salvó ella su vida en aquella laguna que dije...

—¿Y se ha conocido dónde ahora ella se halla, y nos dirá vuestra ilustrísima cómo la podremos encontrar? —preguntó Forcada.

El obispo O’Gallagher hizo un gesto con su mano rogándole paciencia y llamó entrara un monje servidor suyo a hablarle. Le dijo a éste algo al oído y el criado salió de la cámara.

Pasado un minuto en que nadie osó decir ni una palabra, entró una joven de extraordinaria hermosura que quedó suspensa mirando al capitán desde el fondo de sus ojos.

### *Los trabajos de Doña Isabel*

**S**IN decir tampoco palabra, el capitán Forcada se acercó a la joven y le entregó un retrato, el mismo que le había confiado Doña Constanza en París.

—Oculta tras la tablilla del fondo va un billete que vuestra señora madre os escribió —le advirtió el capitán.

La muchacha recibió el retrato y lo mantuvo en sus manos un momento sin hacer nada, como si no hubiera entendido lo que Forcada le había dicho, que se diría no podía apartar su mirada de él.

Luego pareció despertar, dio la vuelta a la pequeña tabla, extrajo el mensaje escondido bajo la tablilla trasera y leyó el billete que allí se contenía:

*Doña Isabel, mi hija:*

*Si llega esta letra a vuestra mano será señal de que os halláis con la vida, que es lo que yo más deseo, y entonces cada una de estas palabras serán mil besos y los más tiernos abrazos que os doy, pues siento que, con sólo poner vos vuestros ojos en este papel, Dios me dará algún indicio de que mi deseo se ha cumplido, y casi me alegro de no poder veros aún, porque creo moriría del contento de poner los ojos en vos, mi niña, como todo este tiempo tantas veces me he representado.*

*Este papel os lo dará la persona en cuya busca partisteis de mi lado, y os ruego fiéis en él como en quien vos al fin conocéis que es, que él sabrá cuidaros y traeros en salvo conmigo. Dejad que cubra vuestro rostro de mil besos, como yo lo deseo, y volad de vuelta a los brazos de quien sólo desea estrecharos en ellos como vuestra madre.*

*Constanza de Beaumont.*

Tras leerlo, Doña Isabel estrechó el papel en su pecho, ahogó un suspiro y sus ojos humedecidos por la emoción que le había provocado la lectura volvieron a mirar al capitán:

—Os agradezco la merced que me hacéis de haber corrido tantos peligros por acudir en mi socorro —dijo— y os ruego disculpéis la confusión en que me halláis ahora. Que en todos estos meses, mil veces me representé el momento en que pudiera veros con mis propios ojos, y ahora que ese momento ha llegado no sé si creer es esto algo más que ilusión, que como le sucedió al santo Tomás, siento que ni aun palpándoos lo creyera...

El capitán se acercó más a ella, se inclinó y besó la mano de Doña Isabel tan conmovido que las palabras se trabaron en su lengua y apenas acertó a responder:

—No menos grande es la confusión que yo siento, y las gracias que doy a Dios de poder contemplaros ahora. Que si en tantos años nunca creí llegaría a conoceros, desde que vuestra señora madre me dio la comisión de buscaros, mi corazón se ha

dicho mil veces que no os hallaría jamás, y al igual que vos, aún no estoy cierto de que sea verdad la dicha de teneros ante mí...

Doña Isabel sintió tanto estas palabras del capitán que, alzándolo hasta ella, luego lo abrazó y quedó estrechándolo mientras vertía en su rostro tan tiernas lágrimas, que el obispo, su criado, Bostok y el padre Alderete, testigos de aquella notable escena, apenas se atrevían a mirarse entre sí por la emoción que, al contemplarla, a ellos mismos les apretaba el ánimo.

Luego de un tiempo de estar así abrazada al capitán, Doña Isabel se apartó un poco de él, sonrió, enjugó sus lágrimas y le dijo:

—Entenderá vuestra merced me porto como doncella sin juicio, que así estrecho en mis brazos a quien nunca antes vide ni, hasta hace un año, sospeché fuera quien ahora conozco es. Mas porque me halléis alguna disculpa, diré que, el haber escuchado a vuestro criado Guillaume hablar tantas cosas de vos, demás de haberme doblado el deseo de encontraros, os ha hecho tan cercano y conocido para mí que no puedo veros ya como extraño. Pero no es esta sola la causa de que ahora sienta cómo ya de antes os conozco, sino que desde que puedo acordarme, he vivido yo con un raro pesar en el fondo de mi corazón que no sabía explicarme de dónde me venía y a qué causa obedecía, pues que fui criada con todo el amor que padres como los míos supieron darme. Sino que siempre sentí había perdido yo algo que no sabía qué fuera y en qué lugar hallarlo, y cada vez que hablaba de ello a alguna persona de mi confianza, la sola respuesta que cada uno me daba es que eso que yo echaba en falta y creía perdido no era sino el resultado de ser moza doncella, que todas se sienten así en mi edad, y luego el tiempo y el matrimonio vienen a sacarlas de esta inquietud. Mas ahora veo cómo andaba yo siguiendo los pasos a la verdad, y de ello me certifica lo que al recibirme ahora en vuestros brazos he entendido, que es que era vuestra merced lo que me faltaba y tenía perdido...

El padre Alderete, que tan bien conocía el discurso completo de la historia que en esta escena se contenía y hallaba un término, se santiguó varias veces y loó entre sí a la bondad de Dios por haberle permitido llegar a ser testigo de este momento, mientras observaba los esfuerzos que hacía su amigo el capitán por mantener refrenado su corazón.

El obispo O'Gallagher, que tantas cosas ignoraba aún de la historia a que aludía la escena que acababa de desarrollarse ante sus ojos, comprendió sin embargo enseguida lo sustancial de ella, y luchando con su curiosidad innata por conocer más de sus detalles, él mismo conmovido, intervino así:

—Señora Doña Isabel, dejad un momento de apretarnos el corazón con la elocuencia y don de preñar y conmover que puso Nuestro Señor en vuestros labios, que si pasáis adelante tengo por muy seguro que, aun siendo todos nosotros hombres y de alguna más que larga edad y experiencia, nos haréis llorar como si hubiéramos mudado de golpe en mujeres... Así, os ruego que refiráis al señor Forcada y su compañía cómo llegasteis hasta aquí después de haber caído a ese despeñadero y

laguna en que yo dejé antes suspendido el cuento de vuestros trabajos, que pienso será mejor recibido de vuestra boca de lo que lo fuera anteriormente de la mía...

—Haré yo como vuestra ilustrísima me pide —respondió la joven—, mas temo no os dará menos lástima, ni apretará en menor medida los corazones de vuestras mercedes, ni dejaréis de encontrar algún inaudito suceso en lo que he de referir...

Quedaron todos aún más suspensos de cuanto ya se hallaban por escuchar lo que Doña Isabel había de contar, que fue así:

—Despeñada en aquella laguna, la fuerza de la caída me hundió en lo más hondo de ella, que salí de sus profundidades sin aire ya en los pulmones y no sabría encarecer qué dicha y alivio me dio de volver a sentirlo entrando en mi pecho. Nadé hasta una orilla y quise rodearla y buscar lugar de aquellos montes en que esconderme. Mas al tiempo que esto determinaba hacer, se me acordó que acaso mi perseguidor Robledo, por ser él tan constante en el mal como ya me previno el buen mozo Guillaume, querría venir a indagar en aquella laguna por comprobar si de verdad había encontrado yo en ella mi fin. De manera que, por intentar confundirle, me desnudé de mi camisa y la arrojé a las aguas por indicio de cómo me había yo ahogado en ellas.

»Hecho esto, me oculté en el monte de la otra parte de donde nos emboscaron el dicho Robledo y los que con él ve pían, y vagué así perdida por todo el resto del día. Que cuando vino la noche no sabía ya adónde me hallaba, y sin cobijo ni cosa que llevarme a la boca, dormí entre unas peñas, cual si fuera alimaña, mas temiendo encontrarme con alguna bestia de las que de ordinario moran en tan ásperos montes. Con todo, ni el hambre ni el mucho frío ni el miedo de las bestias me daban tanto cuidado como el verme separada de Guillaume, y el temor que no podía apartar de mí de pensar que acaso lo hubieran matado.

Al otro día, seguí mi camino por aquellos montes buscando encontrar modo de volver a la ermita que ya conocía, y por fortuna hallé el rastro de un antiguo sendero que a ella conducía y que nos había mostrado antes el ermitaño. Guiándome por este sendero alcancé por fin la ermita, que fue a la noche de ese mismo día, y el ermitaño Don Guillén, muy afligido con lo que le conté había pasado, me acogió y vistió y dio qué comer, representándome, por consolarme en algo, cómo a los que prendieron a Guillaume no les convenía poner la mano en él hasta que lo hubiesen entregado al gobernador Bingham, como era su intención, y que hasta que esto no hicieran habían de respetarle la vida. Pero aunque esto me pareció razonable, no dejaba yo de acongojarme al pensar en la tristeza con que iría haciendo su camino el Guillaume, viéndose cautivo y sin quién le socorriese, y creyéndome además muerta en el fondo de aquella laguna en que por salvarme de nuestros enemigos me arrojé.

»Quedé con el ermitaño otro día más sin saber adónde partirme ni fuerzas que sacar para hacerlo. Pero luego me convenció el dicho Don Guillén de que no había de desesperar, que Dios acudiría a mi remedio, y que él mismo me guiaría hasta el castillo de los Mac Donnell y hablaría a la cabeza de ellos, que es el *Sorley Boy*,

rogándole nos ayudase a salvar al Guillaume. Que aun cuando éste no se decidiera a darnosla, la solicitaría de los O'Neill y de los O'Donnell, que son dos poderosos clanes, pues que a ninguno de ellos les convendría que mataran a un mozo de quien se creía era el elegido para librar Irlanda de la opresión en que la tiene esta reina de Inglaterra.

»Con esta esperanza nos determinamos a partirnos al otro día. Pero antes de que llegara la noche, se presentó el Robledo con su guardia por el mismo sendero que yo había seguido hasta la ermita, que al verlos de lejos, el ermitaño me dijo él procuraría entretenerlos en tanto yo me escondía en la iglesia y buscaba bajo el altar una escalera oculta que me dijo conducía a la cripta con los nichos que guardan los huesos de todos los ermitaños que antes de él habían morado en la ermita.

»Hice como él me dijo y permanecí escondida en aquella cripta sin saber qué se habría hecho del buen ermitaño. Hasta que la inquietud que sentía por conocer su suerte fue más fuerte que mi miedo, y salí a ver qué había sido de él. La noche era ya cerrada y ni encontré a ninguna persona ni escuché más que el sonido del viento que subía hasta aquella peña. Busqué en las chozas y tampoco hallé al ermitaño, de modo que con harta lástima pensé lo habían prendido como antes hicieran con el pobre Guillaume.

»No fiando que no fueran a volver en mi busca, me bajé al bancal y huertecillo del ermitaño y me oculté entre los frutales que allí cría, pues se me antojó que antes me buscarían en la iglesia y las chozas que en este lugar. Allí pasé muy triste y angustiada noche, hasta que al alba regresé arriba por tomar algunos bastimentos para hacer mi camino y fiar a la sola mano de Dios que tuviera a bien conducirme hasta el castillo de los Mac Donnell. Quise antes de marchar pasar a la ermita y rogar a San Patricio intercediera por mí, y fue entonces que hallé...

Doña Isabel se atragantó y ahogó un sollozo, apartando la mirada de los que la escuchaban como si el recuerdo de lo que vio en la ermita volviera a ponerse delante de los ojos y no pudiera soportarlo. Procuró seguir su relato, pero las palabras se mezclaron con el llanto, que como bocanadas de pena y espanto anegaron su voz. Y así, hablando incoherentemente, vino a contar cómo al pasar a la ermita, con la luz del día descubrió que de una de las vigas del techo colgaba ahorcado el pobre ermitaño Don Guillén.

—Que no sé decir a vuestras mercedes qué me puso más horror y lástima en el ánimo, si la horrible estampa que su cuerpo ofrecía allí colgado, el remordimiento de representarme cómo había él muerto por salvarme, o el espanto de acordarme cómo no había reparado yo la noche antes en él y había dejado abandonado su cuerpo todas esas horas en aquella terrible figura...

Continuó la doncella contando cómo lo descolgó de allí y le dio la mejor sepultura que sus fuerzas le permitieron, y tan abatida como cualquiera podrá figurarse, abandonó la ermita y se fue guiando por el monte fiada únicamente a su fortuna, caminando por fatigosas hondonadas y atravesando aquellos montes por

espacio de más de tres días, sin conocer cómo orientarse y creyéndose a cada tanto perdida.

—Vine al cabo a toparme con una vieja que parecía bajaba también de aquellos montes, y llegándome a ella por preguntarle dónde me hallaba y si había algún camino que me llevara a Dunluce, aquella anciana me ofreció reposase un momento y partiese con ella su pobre almuerzo, que con gusto me diría lo que yo le solicitaba.

»Como no hacía mucho que había amanecido y enfriaba aún, hizo ella un fuego que nos calentara, y revolviendo las brasas con un palo, comenzó a hablarme en mi propia lengua española, que me espantó mucho que mujer de apariencia tan rústica y que hasta entonces apenas me había hablado sino por señas supiera hablarla...

»“Señora —me dijo la anciana mientras revolvió las brasas—, lo que habéis perdido, que es la mitad de vuestra ánima, no la hallaréis en Dunluce, sino en Galway. Mas lo que toda vuestra vida sentisteis os faltaba y que es la verdad de lo que sois, lo encontraréis en el dicho castillo”.

»Su modo de hablarme y el que hiciera aquel pronóstico me hicieron recordar lo que ya antes me había referido Guillaume de la mujer que encontró cerca de un bosque y le entregó aquella cruz, así que entendí era la que me hablaba la misma señora, y le dije: “Vuestra merced habla como quien ya me conoce, y yo también he sentido ya antes hablar de vos a un mozo borgoñón que os encontró y al que entregasteis una rara cruz. Os ruego, si habéis, como a mí me lo parece, el don de hacer pronósticos mirando en esas brasas, me digáis si está aún vivo el que os digo y cuál será su suerte, que moriré de pesar si no he de volverlo ver...”.

»A lo que ella me respondió: “Sólo Nuestro Señor conoce lo que está escrito ha de acontecer, y así lo sólo que yo os puedo decir es que el mozo al que amáis está ahora muy apretado y que sus enemigos querrán matarlo. Que si deseáis acudir a socorrerlo, primero habréis de llegar al castillo al que ahora os dirigíais y yo estoy aquí para guiaros hasta allí”.

»Nada más me quiso o supo revelar sino esto que digo a vuestras mercedes, y terminado nuestro almuerzo y apagado el fuego, hicimos el camino hasta Dunluce, que cuando el castillo ya estaba a la vista, ella se despidió y marchó de mi lado tan imprevistamente como antes se me había aparecido...

El obispo O’Gallagher quedó muy confuso y asombrado con el relato de Doña Isabel, mientras el capitán Forcada y su compañía comenzaban a hablar entre sí y con la doncella lo que más convenía hacer para intentar salvar la vida del mozo Guillaume:

—Será lo más a propósito —dijo el capitán— que el padre Alderete pase con Doña Isabel en Escocia sin tardanza en la misma barca que nos trajo a nosotros, que bien podrá servir para llevar también en ella a algunos de los españoles que están aquí. Y para que no se nos estorbe el hacerlo, suplico a vuestra ilustrísima hable al señor Mac Donnell y le ruegue nos facilite cuanto pueda esta jornada, como yo espero que lo hará por ser tan buen católico como ha mostrado...

Patrick Bostok y el padre estuvieron de acuerdo en que esto era lo más razonable, y Forcada continuó:

—El señor Bostok y yo nos partiremos luego a Galway, donde buscaremos el mejor modo que haya de sacar al mozo Guillaume de su cautividad, que acaso el gobernador de la reina que lo tiene preso se avenga a negociar su rescate...

El obispo escuchó aquello con escepticismo, pero no quiso contradecir al capitán por no desalentarle. Sin embargo, el propio Bostok se atrevió a intervenir diciendo:

—Creo que vuestra merced yerra confiando en que el gobernador y el virrey de la reina de Inglaterra negocien el rescate del señor de Tallenay, pues les conviene mostrar ante el mundo cómo no es éste sino usurpador y falso sucesor de aquel duque de York que anuncia el pronóstico. Y luego que lo hayan hecho, sin dudarlo lo mandarán matar para ejemplo y escarmiento de otros que quisieran proclamarse lo mismo...

El obispo se atrevió entonces a argumentar en el mismo tenor que Bostok, y como ambos vieran que sus razonamientos desesperaban y hundían el ánimo de los españoles, el espía irlandés añadió:

—A pesar de cuanto os hemos representado, podéis contar con mi persona para ir junto a vuestra merced a Galway e intentar algún modo que Nuestro Señor nos inspire de salvar a vuestro criado, que yo no dejaré de poner mi persona a vuestro servicio por muy grande que sea el peligro...

Forcada se lo agradeció al irlandés y añadió que él no podía dejar de intentar cuanto estuviese en su mano por socorrer a servidor que estimaba tanto como a un hijo, y que si, al fin, de nada servía su intento, se acomodaría por entero a la que fuese la voluntad de Dios, que sólo tiene qué reprocharse el que nunca nada intentó:

—De la industria y conocimiento de esta tierra que tiene el señor Bostok me prometo yo algún buen suceso de este negocio. Y aún confío yo en que no será tan mala nuestra fortuna que no se halle un resquicio por donde encontrar el remedio de este caso, que donde no los haya de suyo, Dios los pondrá...

Se asombró ahora mucho el obispo del buen ánimo del español, que en tan poca cosa se fundaba que no se podría decir cuál fuera ésta, más allá de su voluntad de salir con su intento, y así comentó muy admirado:

—Se ve bien es español vuestra merced, pues confía que con sólo su arrojo y a fuerza de brazos saldrá con lo que se propone, y no sé si no le estaría mejor ir en este negocio con el paso del buey y concebir antes algún buen plan...

—Y yo os digo —replicó Forcada— que no os falta la razón en lo que me representáis, sino que en las ocasiones tan desesperadas como lo es ésta, lo primero ha de ser la determinación, y lo último el cálculo y la industria. Pero para que vea vuestra ilustrísima que hay a lo menos algo a lo que aferrarse, le diré que antes de partirme de Francia me confió un criado de Don Bernardino de Mendoza los nombres de algunos mercaderes españoles que tienen sus tratos en algunos de los puertos de Irlanda, que creo será ahora de mucha ayuda el acudir a alguno de los que se sabe

entran y salen de Galway, si por ventura se hallan allí al tiempo en que nosotros lleguemos...

Entonces intervino Doña Isabel para decir al capitán:

—De muy mala gana me separaría yo de vuestra merced, ahora que os he al fin encontrado, y poco podría sufrir la inquietud de no conocer cuál es la suerte del mozo Guillaume, demás de que sería la más ingrata mujer del mundo si no hiciera cuanto en mí esté por socorrerle, como él lo hizo por mí salvándome la vida, no en una, sino en dos ocasiones que yo estuve cerca de morir. Así que os ruego me dejéis ir con vos a Galway, que si he de perder la vida, sea a lo menos con el consuelo de hacerlo teniendo ante mis ojos una última vez a dos personas que yo tanto amo...

*La sentencia*

**E**N aquella triste celda mía y prisión de Galway perdí la cuenta de los días que pasaron, pues que todos se me hicieron igualmente desesperados y dolorosos.

Los más de ellos me sacaban adonde el escribano que dije, que no menos de diez veces me interrogó en las mismas cuestiones que ya declaré, y en cada nueva ocasión con más rigor que en la anterior. Que se veía querían forzarme que confesase cómo estaba yo concertado con ciertos señores irlandeses para rebelar el país contra la soberanía de la reina de Inglaterra, y su tiro apuntaba a sacarme declaración de que todo era designio de Don Bernardino de Mendoza, por orden que tenía de su majestad católica el rey de España para urdir aquella trama.

Detrás de cada una de sus inquisiciones venía luego el ponerme otra vez en el potro, que hubo día en que me apretaron hasta en tres ocasiones por rendir mi voluntad, sin con seguir que les declarase otra cosa sino la verdad, que es que yo nada conocía de las conspiraciones de las que me hablaban.

Al final, debieron desesperar ellos de arrancarme lo que procuraban y me dejaron abandonado en mi celda sin darme más alimento que unas negras y recocidas gachas de centeno que me llevaba mi carcelero a la noche, y sin poder beber otra cosa que el agua de lluvia que se colaba por las húmedas paredes de mi celda y que yo recogía en una bacinilla que allí tenía.

Mi sola compañía era el Don Gonzalo de Córdoba, que algunas veces acudía a hablarme al muro que tengo dicho. Y aun el suyo era un bien triste trato, pues que por él llegué a entender cómo los ingleses habían ya dado muerte a cuantos españoles se salvaron de las naves *Falcón Blanco*, *Juliana*, *Gran Grin* y otras que aportaron a aquellas costas. Que a todos los que llevaron a Galway, que serían obra de cuatrocientos y más, por ser tantos y aquella cárcel no muy grande, los sacaron luego de esta prisión y los condujeron a un antiguo convento de agustinos, donde ahorcaron y cortaron la cabeza a todos, sino a algunos caballeros de cuenta por los que el gobernador confiaba recibir crecidos rescates:

—Y de éstos —refería Don Gonzalo—, ninguno, salvo mi señor tío Don Luis y yo, hemos quedado después con la vida, que a todos, por no dejar español vivo, los mandó luego matar el virrey de esta reina de Inglaterra, aun contra el parecer del dicho gobernador Bingham, que creo nos conserva aún la vida a nosotros dos por sabernos de la casa del marqués de Ayamonte y tener concertado con la dicha reina, como codiciosa que es, partir con ella nuestro rescate...

Pueden representarse vuestras mercedes la poca esperanza que lo que me contaba

el Don Gonzalo me dejaba para confiar en que hubiesen de tratarme a mí de otro modo que el que emplearon con tantos notables capitanes y esclarecidos nobles españoles como mataron aquellos herejes. Más aún teniendo a mi persona, como sin dudar la tenían, por la de un conspirador y usurpador y no sé qué otras cosas disparatadas, de que yo había tanta culpa como haber venido a parar en Irlanda desnudo e indefenso y haber recibido aquella cruz de una pobre anciana que, sin ella sospecharlo, al ponérmela en el cuello, más parecía me había puesto soga con que me colgaran que reliquia que me amparara.

Uno de esos días entró en mi celda un secretario del gobernador con una guardia de soldados, y preguntándome si yo era un Guillaume de Tallenay que vino en la armada de España, me leyó la sentencia que traía del señor Bingham, que concluía así:

*Habiendo quedado probado cómo el dicho Guillaume de Tallenay, de nación borgoñona y que aportó en Irlanda en el navío Trinidad Valencera de la armada del rey de España, se ha proclamado engañosamente y hecho llamar contra toda verdad descendiente de los duques de York, y concertado y conjurado con varios señores rebeldes de esta isla para declararse por rey y procurar destronar a Su Majestad la Reina de Inglaterra, Gloriana Regina y señora legítima de estas tierras de Irlanda, yo, Richard Bingham, gobernador de este condado de Connacht por la autoridad que de Su Majestad la Reina de Inglaterra tengo, y comunicada y conocida esta sentencia del Lord Diputado Williams Fitzwilliams, ordeno:*

*Que de aquí en cuatro días, que será el jueves venidero, el dicho Guillaume de Tallenay sea conducido a la plaza mayor de Galway arrastrando de un carro, y que se le cuelgue luego de una horca y se le declare públicamente mentiroso, alterador, usurpador y traidor a Su Majestad, y como a tal se le saquen las entrañas y sea castrado antes que muera, a la vista de todos y para que con sus propios ojos pueda ver su castigo, y después de hecho esto se le ahorque hasta morir y se corte su cabeza y se exhiba ante todo el pueblo de esta villa de Galway, y tras ejecutarse esta justa sentencia se cuelguen de cada puerta de la dicha villa la cabeza y los cuartos de su cuerpo para público ejemplo y escarmiento de traidores.*

Después de leerme aquella terrible sentencia, todavía pretendió el secretario que yo firmara al pie de ella dándome por enterado, a lo que yo me negué proclamando mi inocencia y que nunca había yo conspirado con persona alguna para destronar a la reina de Inglaterra, y en cuanto a haberme proclamado descendiente de noble casa, que sabía yo tanto de ningún duque de York como de si moraban selenitas en la Luna.

—¡Y pues me reserva el señor Bingham tan afrentosa muerte como anuncia en la sentencia que me habéis leído —añadí—, no confiéis en obtener de mí la rúbrica ni más confesión alguna, que moriré proclamando la verdad de mi inocencia! ¡Y si quiere arrancarme vuestra merced otra cosa con el tormento, ponedme en buena hora en el potro hasta que muera, que tendré yo por gran ventura morir en la soledad de esta prisión que no en plaza pública y arrastrado ante el mundo como el traidor y usurpador que no soy!

Con lo que el secretario se salió de mi celda muy corrido y diciéndome daría al gobernador mi respuesta y éste determinaría luego qué se haría de mi persona, que él no tenía por qué entender en ello.

Mas toda la furia y entereza que ante el secretario y los guardias había mostrado yo se tornó al punto en miedo y angustia atroz cuando quedé otra vez a solas en mi celda y me comencé a representar la crueldad de los tormentos que me esperaban antes de morir, junto al breve plazo de vida que me restaba. Y representándome todo ello, me vinieron unas bascas y angustias tales que vomité hasta la bilis, y en los dos días que siguieron al anuncio que tengo dicho, no pude comer nada que no arrojara luego, a pesar de que, a partir de la llegada del secretario, como si en verdad me dieran ya por muerto y quisieran tenerme más regalado antes de llevarme al cadalso, mis carceleros me daban más y mejor comida que antes. Que por raro que parezca, en un momento me desesperaba la idea del corto término que le quedaba a mi vida, y al otro se me hacía aquél demasiado largo para soportar el calvario de aguardar tan horrible fin, que hubiera deseado que llegara mi postrero instante de vida al minuto siguiente.

Al otro día, sin embargo, cuando entró uno de los carceleros a traerme la comida, aunque él no osó decirme palabra, noté me hacía unas señas como queriéndome significar estuviera advertido yo de que me traía algo escondido en un ható que la envolvía.

Me quedé yo muy suspenso con esta novedad y aguardé que se saliera el carcelero para ver qué era aquello que me entregaba. Deshice el ható que digo, y vide era una suerte de túnica de mujer, muy holgada, abierta y con capucha, y de buen tejido como de satén, y dentro de la dicha capucha venía prendido un billete que al punto quise leer para entender lo que decía:

*Señor Guillaume, mi criado:*

*Después que recibáis esta letra y el vestido en que viene quedaréis advertido cómo de aquí a dos días, que será en la mañana del próximo martes, el carcelero que os ha entregado esto os sacará en secreto a otra parte de esa prisión donde os vestiréis en este hábito de mujer y saldréis fuera de la cárcel representando ser una doncella, hija de un mercader que está preso por deudas en la misma cárcel, y que de ordinario lo visita de dos en dos días.*

*Habréis de estar muy atento a salir de ahí cuando el dicho carcelero así os lo advierta, que será antes que cambie la guardia que está a la puerta de la prisión, y que por creer sois la misma doncella que tiene licencia para entrar a visitar a su padre, no os pondrá ningún estorbo. Y lo último que os puedo decir es que el mismo vestido que llevaréis os guiará hasta mí.*

*Juan de Forcada.*

Tras leer el billete, además de lo maravillado y esperanzado que la lectura me dejó, me quedé muy intrigado pensando qué me habría querido representar el capitán con aquella última línea de su billete en que me decía que el mismo vestido me guiaría hasta donde él estaba.

Me vestí así por ver qué de particular hallaba en esta túnica, mas nada encontré que me aclarase lo que decía el billete. Sino que luego que me lo quité, en tanto lo doblaba para ocultarlo bajo las pajas de mi celda porque ninguno que entrase me lo descubriera, noté cómo en un forro del mismo, el tejido era más grueso y se

escuchaba un crujido distinto al plegarlo.

Descosí entonces el forro y hallé escondía éste un pequeño y sutil papel en que venía dibujado un itinerario, que entendí había de ser el que yo debía seguir para encontrarme con el capitán, pues aparecía en él claramente representadas la prisión y las calles que conducían a un lugar cercano al puerto de Galway.

*El plan de Forcada*

**T**RAS golpear en la puerta con una seña convenida, Patrick Bostok entró en la casa del mercader español Gaspar de Zuazo, se quitó el capote empapado de lluvia y se arrimó a la chimenea para calentarse.

—¿Qué hay del negocio del carcelero? —le preguntó Forcada—. ¿Podemos fiar en él? ¿Lo dejó vuestra merced prendado?

—Le entregué los cuarenta escudos que me disteis para prenderlo —contestó Bostok— con promesa de darle otro tanto a la ejecución del negocio. También le he hecho llevar a su casa los tres azumbres de vino de Cádiz, del que gustan mucho este carcelero y el otro su compañero, que aquí el señor Gaspar nos ofreció para ello...

—¿Pero fiáis en su persona? —insistió Forcada.

—Tanto como fiaría yo en el demonio —replicó el irlandés—, reas siento que no osará hacernos traición. Lo primero porque es hombre codicioso y no repararía en vender a su mujer si ello le reportara beneficio, que no ve el momento de verse con el otro dinero prometido. Que demás de esto, le apreté mucho y le puse temor de que si al joven borgoñón lo cuelgan por haber faltado él a la palabra que me tiene dada, soy quién para degollarle, y donde yo no pueda tomar mi venganza, habrá otros que lo harán en mi nombre...

—¿Y vuestra merced está seguro de esa doncella hija del que está preso por deudas en la misma cárcel? —preguntó ahora el capitán a Gaspar de Zuazo.

—Más de lo que el señor Bostok pueda estarlo del carcelero —respondió el mercader—, pues que le conviene tanto a este señor Valentín Blake, que es el padre de esta doncella, hacernos este buen servicio. Que de ello pende pueda restaurar él su fortuna, salir de la cárcel y que se levante el embargo que en Bilbao tienen hecho de su mejor barco, que es uno nombrado el Michael. Y no espera menos de que aún haga yo oficio con el corregidor, como le tengo prometido si nos cumple lo que hemos tratado con él, para que liberen a su criado, un Andrew Linch que es su factor en España, y le quiten los cargos que por espía le tienen puestos.

—¿Y no le tentará más declarar nuestra intención al gobernador y que le recompensen devolviéndole la libertad? —inquirió de nuevo el capitán.

—No creo yo eso, pues que haciéndolo como vuestra merced dice sólo remediará lo de su libertad, mas no las otras cosas que le interesan, que la sola manera de obtenerlas es haciéndonos este servicio que le tenemos encargado a su hija, y en el que él tan poco arriesga. Demás de que si nos hiciera traición, con perder para siempre su barco, que con la carga no bajará su valor de cerca de tres mil ducados,

faltarle los dineros que yo le tengo prometidos para que pague sus deudas, que no son menos de otros cuatrocientos escudos, y no sacar a su factor de la cárcel en que está preso en Bilbao, conoce bien cómo no podría volver a tratar en España en toda su vida, que es de lo que él y su familia viven, pues quedará señalado para siempre como enemigo de su majestad, y yo me encargaré de que no haya puerto en que se le reciba a él ni a ninguno de los suyos.

—A él y a los demás mercaderes de esta villa les conviene acudir a remediar el mal tratamiento que han dado en este último tiempo a los españoles que aportaron aquí —intervino de nuevo Bostok—. Que pone mucha indignación y lástima haber visto cómo, con venirles tanta de su prosperidad del trato y comercio que tienen en España, los más de los de esta villa, y aun de las más principales familias de mercaderes, que en los puertos de España son bien acogidos como irlandeses y católicos, y de ello se han beneficiado para hacer contrabando de bienes de ingleses y prosperar, cuando llegaron aquí los desdichados españoles de la armada, los entregaron todos al gobernador Bingham, conociendo cómo éste habría de tratarlos, que fue como se ha visto...

—Así lo he hablado yo con muchos de éstos, que conozco de tantos años que vengo haciendo el trato de Irlanda —corroboró Zuazo—, y les he representado cómo no pueden esperar que su majestad les conserve el buen tratamiento y ventaja que tenían de comerciar en nuestros puertos sin ser estorbados, lo que les tiene muy temerosos de perder su comercio en España. Que el conocerse el caso de este Blake, que es de las principales casas de mercaderes que en esta villa hay, y haber visto cómo su barco fue embargado por tenerse la certeza de que hacía contrabando de bienes ingleses y su factor llevaba cartas del secretario de la reina de Inglaterra para los espías que tiene en aquellos puertos, les ha puesto mucho miedo de que no les suceda igual a ellos. Y ya otros que comercian con esta villa han llevado a España noticia de cómo no han socorrido los de aquí a los españoles que naufragaron, de que se tiene mucha indignación en aquellos puertos, y ellos el miedo de que no les quieran recibir más. Y cuando el otro mes pasado ordenó el gobernador se registrara mi casa, ellos fueron al punto a protestarle no lo hiciera por no agraviarnos más a los españoles y provocar se les diera a ellos el mismo mal tratamiento en España, que cuando lo entendió el dicho gobernador, no osó pasar adelante en su intención...

—Confío estéis ambos en lo cierto —concluyó Forcada—, pues conocéis cómo de tener un mal suceso en este negocio, con la vida de ese pobre mozo Guillaume, arriesgamos todos nuestras propias cabezas...

—Tenga confianza vuestra merced —le pidió Bostok—, que con la traza que hemos ingeniado, no fallándonos el carcelero, y haciendo la hija del Blake lo que tenemos concertado con ella, mañana ese mozo estará libre y todos nosotros embarcados en el *Tigre* del señor Gaspar de Zuazo camino del primer puerto en Francia, donde no deseemos llegarnos a un puerto de España...

—La única precaución que vos, Doña Isabel, habéis de tener —se dirigió Zuazo

ahora a ésta— es procurar entrar en la prisión un poco antes de que cambie la guardia de la noche, que es a las ocho. Estaos sosegada, que nadie os estorbará el paso, pues tomándoos por la doncella hija de Blake, cuya hechura y edad tanto a las vuestras son semejantes, y cuyo vestido os pondréis, ninguno sospechará sois otra distinta, que todos en la cárcel conocen tiene ella licencia del alcaide para visitar al padre y llevarle su sustento de dos en dos días, y aun se alegran de ver entrar allí a doncella joven y de buenas prendas. Lo sólo que debéis evitar es mostrar algo vuestro rostro, por que alguno no os descubra, que para ello bastará pasar cubierta con la capucha como la otra de ordinario hace, y andar muy honesta y a lo vuestro, sin atender a las lisonjas y solicitudes que los soldados sin duda os harán...

Doña Isabel miró con cierto enojo al mercader por aquella última aclaración suya, que juzgó del todo innecesaria. Pero reprimió la mala contestación que le vino a la mente y continuó ella el discurso del plan que habían concebido:

—... Seguiré entonces hasta la celda del señor Valentín Blake guiándome por el recuerdo del dibujo que me hicieron vuestras mercedes del lugar en que se encuentra su celda. Y mientras el carcelero de ella me pasa adentro, el buen Guillaume, a quien el otro carcelero que tenemos dicho guiará hasta allí, pasará por donde yo he ido y saldrá de la cárcel como si fuera yo al tiempo que la guardia aún no ha cambiado. Quedaré un tiempo con el mercader Blake aguardando a que se releve la guardia, y cuando la nueva haya entrado, podré salir yo como si sólo una y la misma persona hubiese salido de la prisión.

—Será muy a propósito —advirtió Bostok— que entretengáis un tiempo al carcelero de esa parte, que para ello os servirá ofrecerle del almuerzo que lleváis a vuestro padre y del vino de Andalucía que mañana traeréis, que aquí se le tiene mucha afición y él os lo tendrá por gran merced. De manera que deis así ocasión a que el mozo Guillaume pase vestido con las ropas de mujer que ya debe de tener en su celda, y que lo haga por el mismo lugar donde está el Blake sin ser notado de aquel carcelero...

Forcada siguió el discurso del plan con mirada inquieta, y el padre Alderete se santiguó tres veces y comenzó de nuevo a rezar entre sí rogando a Dios les amparase.

—Es de creer que el dicho mozo habrá sabido entender lo que se le decía en el billete que iba con la ropa y cuando salga de la cárcel sabrá guiarse hasta aquí por el dibujo escondido en el vestido... —añadió Zuazo.

—No espero yo otra cosa del despeje e ingenio de mi criado —replicó algo picado Forcada—, pues no es él mozo necio y de tan cortas entendederas que no haya de reparar en su significado...

Y aún más irritada por este nuevo comentario, que se sumaba al anterior del mercader dándole consejos acerca de su proceder honesto ante la guardia, saltó Doña Isabel:

—Ocúpese vuestra merced de que esté lista vuestra urca y la tripulación bien prevenida para zarpar en cuanto la marea y un terral propicio lo permita, que, de lo

que a otros toca, podéis estar asegurado de que cada uno hará como conviene...

Calló el comerciante un tanto mohíno con esta salida de la doncella, y por atenuar el desaire que Doña Isabel le había hecho, terció el padre Alderete:

—Que es justo declarar cuán agradecidos quedamos todos por vuestro buen proceder en este caso desesperado, señor Gaspar, pues de no contar con vuestra ayuda no sé qué nos habríamos hecho para sacar a ese pobre mozo de la prisión y anuncio de muerte tan cruel como la que le han sentenciado. Y esto es de más mérito aún por arriesgar vos vuestra propia vida y sustento y trato que aquí tenéis, que de sospecharlo el gobernador os lo puede tener por gran deservicio y tomar venganza contra vuestra persona...

—No ha de inquietarse por esto último vuestra merced —explicó Zuazo, ahora más satisfecho—, pues en tanto no me sorprendiera el gobernador con las manos en la ejecución, y Dios no lo permita, no se atreverá a tocarme un solo cabello, que sabe se alzarían en mi defensa todos los mercaderes de aquí, por ser todos amigos míos de antiguo, y por el temor que tengo dicho a las represalias que en España se tomarían contra ellos mismos. En cuanto a la ayuda que en este caso presto, en nada se aparta de aquélla a la que estamos obligados los que somos de una misma nación, más aún en tiempo tan triste como el presente y cuando es más menester seamos todos uno para tomar desquite de la victoria que estos herejes ingleses han tenido sobre nosotros. Y con gusto doy yo esta ayuda, y aun mi vida y persona daría en servicio de su majestad, que todavía me pesa cómo no pude rescatar a los otros españoles que aquí estaban, que cuando había comenzado a tratar del modo de que se salvaran algunos sobornando a carceleros y soldados, los mudaron a todos al monasterio de los agustinos y dieron muerte sin dejar ninguno vivo.

El capitán encareció también mucho el servicio que les hacía el mercader Zuazo y concluyó diciendo:

—Lo que con más cuidado me tiene de este negocio es que mi enemigo Robledo se halle aquí en Galway, que es hombre tan avisado, maligno y engañoso, que temo por mis pecados no vaya a calar de algún modo nuestra intención. Por ser estas materias tan fiadas a la fortuna y pendientes de la voluntad de Dios, mucho más tranquilo andaría yo, si el dicho Robledo estuviera muy lejos de Galway, que así no podría de ninguna manera estorbarnos que salgamos nosotros con nuestro intento...

—Por las palabras de vuestra merced no parece sino que ese Robledo sea el mismo diablo... —se burló Bostok.

—Y yo le certifico a vuestra merced que en verdad lo es —sentenció el capitán.

El padre Alderete volvió a santiguarse y comenzó de nuevo sus rezos, todavía con más ahínco que antes.

*El carcelero Sampson*

—¿QUIÉN sois?

—Decid a vuestro señor Robledo que quiere hablarle Tobías Sampson, carcelero de la prisión de Galway, pues tengo una novedad que comunicarle, como me tiene ordenado.

El criado dejó pasar al visitante y lo condujo hasta su señor.

—¿Cuál es esa novedad tan urgente que me traéis? —le preguntó Robledo.

—Me ha venido hoy a hablar el mismo irlandés que me advirtió vuestra merced y que es aquel que me dio hace dos días un vestido de mujer para que se lo entregara al prisionero que sabéis...

Sampson continuó refiriéndole a Robledo el plan de fuga que había acordado con el irlandés y las instrucciones que éste le había dado de que guiase al mozo borgoñón, disfrazado de mujer, hasta la puerta de la celda de un Valentín Blake, mercader de mucha nota en aquella villa, que estaba encerrado por deudas.

Robledo le fue interrogando con cuidado hasta enterarse de todos los detalles de lo que había concertado el carcelero con el irlandés, y luego dijo:

—Entiendo... Y ha sido muy a propósito que vengáis a advertirme de ello. ¿Habéis traído también la copia del billete que iba prendido en el vestido que entregasteis al mozo?

—Como me ordenó vuestra merced, que me costó mi dinero que me hiciera el traslado un escribano conocido mío, por no tener yo letras para hacer la copia...

Robledo sonrió con escondida ironía, y asegurándole al otro que se lo recompensaría bien, hizo un gesto impaciente con la mano ordenándole se lo entregara.

Leyó luego para sí el mensaje de Forcada y, al llegar al final, lo releyó varias veces, la última entre sí:

—«Que el mismo vestido que llevaréis os guiará hasta mí...».

Quedó Robledo caviloso un minuto y después su ceño se arrugó en una mueca de enojo:

—Fuisteis un gran necio en no haberme traído ese vestido para que yo lo mirara antes de entregarlo al mozo —dijo al fin—, pues, además del billete que visteis iba en la capucha, debía de llevar escondido en alguna parte secreta un mapa para guiar la fuga del mozo y conducirlo hasta los que le han de sacar de Galway...

—Suplico me excuse vuestra merced —se defendió Sampson—, que no pude hacer de otro modo, y aun fue bastante que, antes de entregarlo, consiguiera hacer el

traslado del papel que iba prendido del vestido, que el hombre que digo me apretó mucho cómo debía llevarle luego otro billete del mozo como confirmación de que había recibido el primero, que me juró que si no se lo daba al otro día me había de hacer degollar...

—Está bien así —le despidió Robledo aparentando mansedumbre—, podéis marcharos ya. Haced lo que habéis concertado con ese irlandés, como si nada ocurriese ni de nada me hubierais dado aviso.

—¿Vuestra merced consentirá que se escape el prisionero conociendo lo que os he avisado? —Se maravilló el carcelero.

—Vos haced lo que os mando y no os cuidéis más que de darme satisfacción, que sé bien lo que me hago y no he de perder el tiempo dándoos razones a vuestra merced, pues urge poner pronto remedio a lo que me habéis contado. Y luego que sintáis cualquier otra novedad tocante al preso no tardéis en acudir a darme aviso...

—Disculpe vuestra merced —repuso Sampson, sin decidirse aún a marchar—, pero los dineros que me prometisteis dar por avisaros tan puntualmente como yo lo he hecho...

Robledo soltó una fuerte carcajada y respondió:

—Se os acordará cómo ya os entregué cuatro libras la primera vez, y cómo concertamos que el resto se os pagaría cuando ese mozo borgoñón se muestre hecho cuartos en las puertas de la muralla de Galway. Además de que bien podréis vos aguardar dos días más con los dineros que ese irlandés Bostok sin duda os habrá entregado ya para que socorráis al prisionero en su fuga...

Luego que se marchó el carcelero, Robledo se alivió diciendo para sí entre dientes:

—¡Necio bellaco!

Y después de esto llamó a su criado y le mandó:

—Ve adonde el señor Comerford y adviértele que deseo hablarle de un asunto de mucha importancia. Que yo le estaré aguardando aquí y es menester venga a hablarme antes que se pase esta misma noche. ¡Ve a toda furia!

Antes de que hubiese acabado de anochecer regresó el criado acompañado de Gerald Comerford, quien no parecía venir de buen humor, aunque el miedo que tenía al español le previniera en contra de demostrarlo.

Robledo le contó lo que por medio del carcelero había conocido acerca del plan de fuga del prisionero borgoñón.

—Pues que lo conoce vuestra merced tan bien —respondió Comerford sin atreverse a mirar de frente el deforme rostro de Robledo—, no veo en qué os soy yo necesario, pues basta con que prevengáis al alcaide de la prisión de lo que se trama...

—No soy yo tan ignorante que no se me alcance lo que me representáis —replicó Robledo con impaciencia—, sino que me conviene mucho siga su paso la fuga que ha trazado el señor de Forcada y que ese mozo escape...

Comerford se quedó aún más asombrado que antes el carcelero, y como el inglés

le pidiera que se explicara, Robledo dijo:

—¡Por eso necesito la ayuda de vuestra merced! Saliendo de la prisión como tienen trazado, el mozo Guillaume se reunirá en alguna parte con el capitán Forcada... ¿Entendéis ahora?

El espía inglés cabeceó asintiendo, pero aún preguntó:

—¿Y en qué os puedo servir yo en este negocio?

—El mozo me conoce a mí y os conoce también a vos, y se recataría si descubriera que le acechamos. Pero vuestra merced puede poner a alguno que le siga los pasos cuando vaya a juntarse con ese bellaco de Forcada y que luego me traiga el aviso de dónde se hallan los dos...

*La traza de Comerford*

**D**EL sueño en que apenas había terminado de caer rendido después de pasar toda esa noche sin poder conciliarlo, me despertaron unas voces sentí ante mi celda, que debían de ser las de a lo menos tres o cuatro personas.

Se abrió luego la puerta y entraron un carcelero con una luz y cuatro hombres muy cubiertos por gorros y capotes, que no se veía quiénes fueran.

—¡Señor Guillaume de Tallenay, alzaos y disponeos a venir con nosotros! —dijo el que venía por cabeza de los demás.

Me pareció reconocer aquella voz, y temiendo quién pudiese ser y lo que se proponían hacer de mí, les pregunté:

—¿Qué es esta novedad, y adónde me quieren sacar vuestras mercedes? Que si es éste mi postrer momento de vida, os ruego me lo anunciéis y me traigáis un sacerdote que me pueda ayudar a bien morir como cristiano...

—Sosegaos —me respondió el otro—, que aún no es llegado ese momento y vuestra muerte se cumplirá cuando está anunciada, que es dentro de los dos días. Que nosotros hemos venido a llevar a vuestra merced a la casa del gobernador...

Miré yo con desesperación al carcelero, que era el mismo que me había entregado el vestido para mi fuga con el billete de mi señor Forcada y llevado mi mensaje dándole mi conformidad con la traza que se me anunciaba.

El carcelero me devolvió la mirada con el mismo abatimiento y lástima de ver cómo a unas horas de ejecutar nuestro intento aparecían ahora tan inoportunamente aquellos esbirros del gobernador, que no parecía sino que nos habían hecho traición.

El que mandaba en ellos se sonrió al ver en mi semblante la expresión del miedo y frustración que yo sentía, y aquella sonrisa suya me terminó de revelar, a pesar del embozo que le cubría casi todo el rostro, quién era mi visitante.

—Veo que el pescador sigue tendiendo sus redes —le dije— y no descansará hasta tener bien segura su presa, ¿verdad, señor Juan O'Dour, o Gerald Comerford, o como quiera que el diablo os nombró?

El otro se corrió un tanto de ver cómo yo lo había reconocido y me arrojó unas ropas que llevaba liadas en un hato, al tiempo que me ordenaba:

—¡Vístase estas ropas vuestra merced, y que sea luego, que no estoy yo para gastar mi tiempo en conversaciones!

Vide eran unas buenas ropas de gentilhomme las que en el lío venían, que pensé tendrían mis verdugos algún deseo de holgarse viendo cómo se desharían cuando me arrastraran de un carro y me sacaran las entrañas vivo. Mas hice como me ordenaba

él y me vestí con ellas, que sentí que si había de morir, se me daba tanto de permanecer en aquella prisión que en la casa del gobernador.

—¡Amarradle las manos! —Mandó luego el Comerford.

Me echaron luego un capote encima y, custodiado por el espía y los tres hombres que le acompañaban, fui sacado de mi celda. Al pasar ante el carcelero que tengo dicho, le supliqué con la mirada avisara de lo que pasaba a quien podía socorrerme en aquel trance, pero al hacerlo sentí tan sin remedio mi caso, que de pensar en mi infortunio se me escaparon las lágrimas.

Me condujeron por las escaleras que llevaban a la salida de la prisión y llegarnos al puesto de la guardia que hay en la puerta. Allí Comerford sacó un papel que entregó al capitán de la guardia y le dijo:

—Como veréis por la firma de su propia mano y su sello que van en el papel, el señor gobernador me ha ordenado lleve este prisionero a su casa para que quede mejor guardado hasta la ejecución de la sentencia, pues se tiene sospecha haya una conjura para liberarlo...

El capitán de la guardia leyó la orden, asintió e hizo un gesto con su mano diestra mandando a los soldados no pusieran ningún estorbo a nuestra salida.

Aún era la noche cuando me vide fuera de la cárcel, que no pude excusar sentir gran lástima de mí mismo al recordar cómo había gastado yo estos días metiéndome en la memoria el dibujo de las calles de Galway que me llevarían a mi salvación. Y ahora que caminaba con las manos atadas y vigilado por los hombres de Comerford aún intentaba reconocer por dónde me llevaban, y al hacerlo imaginaba el lugar donde me aguardaría dentro de unas cuantas horas, sin resultado, el capitán...

Al llegar a un cierto punto, vide que se paraban ellos y que el falso pescador que iba por cabeza mandaba a uno que portaba una luz para guiarnos en la noche que la apagara.

—Quitadle las sogas —les ordenó a continuación.

Miré yo alrededor por ver si el lugar en que nos hallábamos era la casa del gobernador, pero sólo vide casas humildes que no representaban ser la que ocuparía un hombre de aquella calidad.

—Sois libre —me dijo Comerford—, marchad a donde teníais concertado con ese capitán Forcada vuestro señor, que yo no deseo conocer dónde se halla. ¡Apresúrese vuestra merced y salve su vida!

Quedé tan asombrado que no sabía qué decir ni si fiar no fuese todo una traza para acabarme allí mismo. Como el inglés vio mi confusión y entendió cuál era la causa, me dijo:

—No temáis ninguna celada de mí. Que aunque tenéis sobrada razón para no fiar en mi persona y ya otra vez os entregué al Robledo, os juro por mi alma que ha de arder en el infierno que en esta ocasión no hay engaño. Y para que se os aparte cualquier duda, os diré que esto que ahora hago tan contra mi mismo interés y con riesgo de mi propia vida es en homenaje al ermitaño de San Patricio que vos también

conocéis y que fue para nosotros mejor que un padre...

Al decir esto se emocionó y se le atragantaron las palabras en la boca, que parecía sentir tanto lo que me decía como si el ánimo se le saliese por ella. Aguardé que se sosegara un tanto, y luego él continuó:

—Que ya fue contra mi voluntad y deseo el entregaros la otra vez pasada, y sólo por miedo del Robledo lo hice, pues no se me olvidaba cómo a vuestra merced y al buen ermitaño debía yo haber salvado la vida cuando se me atascó aquella piedra en la vejiga, y ni la más negra ánima hubiera pagado aquel servicio con tan infame traición como la que os hice a ambos. Mas con ser aquella treta tan baja y ruin, me excusaba para hacerla el temor que tengo dicho a ese diablo del Robledo. Pero nada me disculparía ya de permitir que, por mi sola culpa, se haga con vuestra merced tal injusticia como la que quieren hacer después de haber oído al Robledo gallear refiriendo cómo hizo colgar de una viga de la ermita al pobre Don Guillén, por la sola sospecha de que el ermitaño le escondía a la hermosa Doña Isabel...

La nueva de la muerte del ermitaño me turbó lo que no puedo encarecer, pero aún más la noticia de que Doña Isabel acaso hubiese caído en manos de Robledo.

—No desesperéis por ella —me calmó Comerford—, que no la hallaron y debe de estar ya en sitio seguro... Y ahora que conocéis cómo podéis fiar esta vez en mí, corred, escapad, escondeos y cuando estéis en salvo acordaos de rogar alguna vez por mi alma, y como católico que sois, pedid a San Patricio y a ese santo Don Guillén se apiaden de mi alma y le den amparo...

—Las gracias os doy por este favor —me despedí de él conmovido—. ¿Y qué hará vuestra señoría ahora?

—Huirme en cuanto se abran las puertas y antes que el gobernador descubra cómo le he burlado. Mas antes debo de ocuparme en una materia que tengo pendiente. El tiempo apremia... —me ofreció como despedida una mano que yo apreté agradecido—. Y basta ya de palabras: ¡escapad, hermano, por el ánimo de Don Guillén, escapad y vivid!

*La Casa del Español*

**F**IADO en lo que recordaba del mapa que ya dije, llegué a una buena calle que va a terminar en el puerto, en la cual algunas de las principales familias de mercaderes de Galway tienen su casa y almacenes. Por las dichas señas del dibujo creí reconocer cómo una de éstas había de ser la que venía marcada como La Casa del Español, que imaginé le vendría el nombre de ser en la que moraba algún mercader de esta nación.

Llamé a su puerta con harta prevención por tres veces y aguardé suspenso por ver lo que ocurriría. Al cabo, me abrió un servidor que me preguntó quién fuera yo.

—¿Es ésta la que nombran Casa del Español? —pregunté a mi vez al criado.

—¿Quién quiere conocerlo? —Se recató él conmigo.

—Uno que es criado de un español que me dio las señas de esta casa para que viniera aquí a buscarlo...

El criado quedó muy confundido, cual si no supiera qué más preguntarme ni tampoco osase fiar en mí, que acaso estuviera bien instruido de su dueño y malició no fuese yo un espía del gobernador. Tan turbado como él me hallaba yo, y sin saber qué hacerme, pues temía fuese aquello una treta para prenderme y que me perdería si revelaba mi nombre.

Mas cuando estábamos los dos mirándonos sin atrevernos a decir más, vide acudía a la puerta una doncella que debía de haber escuchado lo que nosotros hablábamos.

Apenas contemplé el modo en que caminaba ésta hacia donde yo me hallaba me dio un vuelco el ánimo, que parecía querer salirse por los ojos cuando reconocí era Doña Isabel. Vestía una ropa de la misma hechura que la que mi carcelero me había entregado, por lo que, además de descubrirse cómo seguía ella viva, se me reveló también que debía de ser la misma con la que se había concertado se arriesgase a entrar en la cárcel por sacarme a mí de mi prisión.

Luego que ella me reconoció también, despidió al criado y cerró la puerta tras de mí, todavía confusa por verme ya adonde no debía haber llegado yo sino unas horas más tarde. Todo ello, la confusión, el contento que le daba verme con la vida, el miedo y la sospecha de que no fuera yo real, apareció tan clara y reconociblemente en sus ojos, que yo quedé del mismo modo turbado y sin saber cómo comenzar a explicarme.

Pero, al fin, aunque atropellado y sin concierto, le fui refiriendo cómo se había presentado en mi celda el que ella seguía conociendo por el nombre fingido de Juan O'Dour, la orden que traía del gobernador de llevarme a la casa de éste, cómo me

liberó luego y las razones que me dio para hacerlo.

—Confiaba en que Nuestro Señor nos había puesto a este hombre en nuestro camino por favorecernos —dijo ella después de entender mi relato—, y ha resultado ser como yo lo sentía, que aunque le tentó el diablo como hizo con judas, ha venido luego a ser como San Pablo, que tras ser porfiado perseguidor del nombre de Cristo salió después por su mayor defensor...

Me tomó entonces las manos con mucha devoción, que al estrechármelas ella fuerte me dolí yo de mis muñecas tan maltratadas de la soga que me dieran en mi prisión. Y al ver esto Doña Isabel, me las alzó hasta sus labios y fue besándolas y derramando tiernas lágrimas en ellas que tuvieron el efecto de apagar el dolor como si fueran bálsamo del mejor médico.

Así, sin saber qué decirnos, pues era tanto lo que habíamos de contarnos y, a la vez, tan poco que no pudieran decirlo más elocuentemente los ojos, permanecimos juntos hasta que apareció luego el dueño de la casa, que era un Gaspar de Zuazo, mercader español, a quien su criado debía haber ya advertido de mi llegada.

Doña Isabel le comunicó en los más breves términos el suceso y cómo no era ya menester ejecutar la traza que tenían concertada.

—Pues no nos paremos ni a dar las gracias a Dios por este buen suceso —concluyó Zuazo— que Nuestro Señor ayuda a quien se ayuda de sí y ya habrá tiempo de dar albricias. Partámonos luego que no hay mejor momento que el presente para hacerlo.

Me condujo entonces el dicho Zuazo hasta el muelle y barco en que ya esperaban el capitán, el padre Alderete y un irlandés nombrado Patricio Bostok, que se alteraron y alborozaron mucho al verme con la vida y entender la historia de cómo había escapado a mi prisión.

El capitán, que como a más que a hijo suyo me estimaba, me abrazó y miró muchas veces, pues no me había vuelto a ver desde que, hacía casi un año, pasé yo por París camino de embarcarme en Lisboa.

—Hijo, os dejé ir como mozo y soldado bisoño —me dijo estrechándome contra sí— y os vuelvo a hallar como hombre plático y que ha pasado por tantos trabajos como otros no los pasarán en todo el discurso de su vida, ¡que hasta por rey de Irlanda os tienen muchos!

Mas como a mi señor no se le apartaba aún de la cabeza el temor de que el Robledo pudiera penetrar de algún modo la traza, después de mostrarme así su contento, añadió:

—Nuestro Señor nos dé buen viento para partimos ya de aquí y nos libre de las asechanzas de mi enemigo Robledo. Pues es éste persona que posee muchos oídos y tiene personas que en todas partes le avisan de cuanto pasa —explicó Forcada—, que parece tenga al diablo de su parte, y así no quedaré yo sin cuidado hasta que vea esta nao partirse y navegar muy lejos de esta villa. Que aunque conocen vuestras mercedes cómo temo yo navegar, y que con sólo poner pie en nave me vienen gran

temor y unas bascas que me matan, os juro que en toda mi vida había deseado tanto ver moverse a éste en que estamos embarcados...

Por abreviar la partida, dio orden el Zuazo al capitán del barco, que entendí se nombraba Domingo Cárrega, que pues ya estaba la tripulación a bordo y prevenida para zarpar, pusiera todo en orden para que nos partiéramos al punto.

Pero entre el tiempo que llevó desamarrar y tender las velas, y que el viento terral soplaba aún con poca fuerza, pasamos un bien ingrato espacio de tiempo sin atrevernos ni a mirarnos los unos a los otros, por no revelar cada cual la inquietud y angustia que sentía en su pecho. Que la sola persona que se mantenía aún serena era el padre Alderete, con su rosario entre los dedos, rezando con calmosa entonación una oración tras otra.

*La burla del diablo*

—¿ESTÁIS seguro de que la orden que visteis presentaba el Comerford para llevar al prisionero era de puño del gobernador? —preguntó Robledo al carcelero Tobías Sampson.

—Tal como le estoy diciendo a vuestra merced, que traía su propio sello, el cual conozco yo de otras ocasiones y reconocí al punto... —Certificó el carcelero.

—¿Qué extraño suceso es éste? —se preguntó entre sí Robledo, y quedó un minuto cavilando.

—Yo, si vuestra merced no ordena otra cosa, quisiera regresar a la prisión —interrumpió Sampson los pensamientos del español—, que ha sido por la urgencia que vide había en acudir a avisaros que dejé mi comisión sin licencia, y temo me lo ha de tener por deservicio el alcaide...

—No os inquietéis ahora por eso —se irritó Robledo—, que está pendiente de la resolución que tomemos asunto más grave que vuestro oficio, y si este paso del Comerford es la treta y estratagema que yo me sospecho, sirviéndome a mí, el gobernador Bingham tendrá antes más satisfacción de vos que reproche que haceros...

—Así lo espero yo de vuestros buenos oficios —sonrió untuoso el carcelero— y disculpe que le acuerde a vuestra merced cómo de las otras diez libras que me tiene prometidas podría darme ahora una parte, no vaya a ser que después de lo que os llevo yo servido con tanto riesgo de mi vida, si algún mal suceso me viniera, no vaya a ver mi pobre esposa para su viudez sino el humo y la palabra que me tenéis dada...

Robledo se acercó a él y echó atrás la capucha que de ordinario cubría su cabeza. Sonrió torcidamente y frunció el ceño ante el carcelero, que apenas pudo aguantar el horror que le produjo ver la postiza nariz de cuero, la profunda cicatriz enramada que atravesaba el rostro, y los cabellos hirsutos y crecidos desordenadamente para ocultar la falta de orejas.

—¿Acaso creéis, bellaco, sea yo persona que deje de cumplir mi palabra? —le preguntó tan cara a cara que Sampson pudo sentir en su propio rostro el aliento frío y como de muerto que hedía en la boca del otro.

—No, por cierto —balbució el carcelero bajando la cabeza y hurtando la cara de la proximidad de Robledo—, sino que vuestra merced conocerá cómo son las mujeres, que no le dejan de apretar a uno hasta que obtienen su ganancia, y os certifico que la mía es de las más porfiadas en esto...

—Muy necio has de ser para consentir te importune y gobierne tu mujer. ¿Acaso

le has comunicado los negocios que tienes conmigo?

—No, no se inquiete por esa parte vuestra merced, que lo sólo que le he comunicado es que andaba yo en materias que aunque peligrosas me darían algunas buenas libras de ganancia...

—Debería arrancaros esa larga lengua luterana que tenéis, y aún lo haré si entiendo que habéis hablado de lo que sólo como instrumento sordo y ciego se os ha comunicado, que conocéis bien cómo soy yo quién para haceros cuartos y colgarlos de las puertas de esta villa, que ni los cuervos gustarán de probar vuestra carroña de hereje...

La amenaza y, ante todo, la forma en que la hizo Robledo espantaron tanto a Sampson que, deshaciéndose en reverencias y en súplicas de que perdonara su necedad y atrevimiento, se fue escapando hacia la puerta.

—¡No te muevas de donde estás sino cuando yo te lo ordene! —cortó, sin embargo, Robledo el intento de huida.

Sacó luego éste su bolsa y con gesto desdeñoso comenzó a lanzarle con el pulgar unas monedas, que juntas sumarían tres libras.

Tobías Sampson no se atrevió a contarlas, sino que fue guardándoselas sin siquiera osar mirarlas y se hincó luego de rodillas agradeciendo muchas veces la merced que se le hacía.

Robledo se sentó, sacó papel y pluma y se entretuvo escribiendo un billete. Cuando lo hubo terminado, lo dobló y lacró, sellándolo después con su anillo, y entregándoselo al carcelero, le instruyó:

—He hecho los días pasados mi pesquisa y entendido se hallan en el puerto dos mercantes de España, el uno nombrado *Tigre* y el otro *Santa María del Barrio*, que han cargado los días pasados arenques, maderas para armar navíos y pieles. Han de estar para zarpar pronto y sospecho lo harán con el viento de este mismo amanecer y con otra carga que me propongo evitar que lleven. Entregaréis este aviso mío al gobernador para que mande registrar ambos barcos, demás de la casa que llaman la Casa del Español, donde mora un Gaspar de Zuazo, mercader rico de Pasajes que es el dueño del *Tigre* que he dicho y que está cerca del puerto. ¿Conoces adónde queda?

Sampson asintió y cogió el papel.

—Corred a entregarlo en manos del gobernador Bingham —le despidió Robledo — y no consistáis que ni la guardia de su casa ni otra persona ninguna os lo estorbe, que siento que aún es tiempo de impedir la grave traición que se intenta cometer contra la reina de Inglaterra. ¡Volad, bellaco!

En cuanto hubo partido Tobías Sampson, Robledo tomó sus armas y se las ciñó, se echó encima sombrero y capa y salió de su casa acompañado de un criado.

A toda furia, que no veía el momento de llegar, recorrió las calles de Galway, todavía desiertas, pero donde ya la luz albina que anuncia la cercanía de la madrugada daba un aspecto fantasmal a las fachadas de las casas.

Todo lo que era silencio aún en las calles de la villa se mudó en bullicio al

acercarse al puerto, en el que Robledo escuchó ya las voces de los pescadores comunicándose las órdenes presurosas para salir a la bahía a buscar su sustento.

Al pasar por delante de un almacén, sintió a su espalda una suerte de quejido que debía de provenir del criado que llevaba tras sus pasos, y al volver la cabeza para mirar qué era aquello, se encontró con que su propio impulso al girarse tan repentinamente había servido para que dos cuartas del acero de una espada se le clavaran en las entrañas.

—¡Comerford! —gritó sorprendido al reconocer el rostro de quien sostenía la espada contra su cuerpo.

—Cuando os vayáis a reunir con el diablo —contestó el espía— decidle os envía uno que por sus pecados acaso también tenga su lugar ya prevenido en el infierno, pero que os dio muerte por vengar a un hombre santo que vos matasteis. ¿Se os acuerda el ermitaño de San Patricio? Ahora quedamos él y yo vengados...

Cuando el inglés sacó el acero de allí, Robledo sintió de pronto que las fuerzas le faltaban y, con toda la compostura de que fue capaz, se sentó despacio en el suelo al tiempo que palpaba la herida sangrante en sus intestinos.

Se quitó el sombrero e intentó zafarse de la capa, que ahora se le enredaba al cuello y le daba un calor asfixiante. A Comerford, que vigilaba intentase cualquier treta para rematarle, le pareció ver ahora que Robledo se reía.

—Mi triste hado es que me falten siempre los que creía amigos —empezó a decir Robledo de manera que el inglés entendió que deliraba ya—. ¿Dónde estás ahora, negro señor de los infiernos? ¿Qué fue de nuestro pacto y concierto? ¿Por qué me abandonas ahora sin haber yo satisfecho la venganza que me prometiste? ¡Ah, con razón te llaman malsín y engañador y burlador de los hombres!

Su voz era tan ronca y como salida de otro cuerpo, que el mismo Comerford se espantó y se apartó más del agonizante.

—¡Dios, cuánto me has burlado y qué poco se te hace de esta ánima mía —siguió delirando— que me haces matar de un hereje y morir en esta tierra extraña, sin un sacerdote que perdone mis pecados!

Comerford se apiadó de él al escucharle estas palabras, y aun desconfiando de que no fuera engaño para atacarle a traición, se arrodilló a su lado e intentó consolarle:

—Aguarde y aguante vuestra merced, que veré el modo de traeros algún cura papista que os dé confesión, y en tanto lo encuentro, rezad y rogad el perdón de Nuestro Señor Misericordioso...

Pero Robledo ya no le escuchaba y había comenzado a gritar y a revolverse descompuesto, intentando apartar algo de sí, tocándose la nariz y las orejas mutiladas, como si de nuevo se las arrancaran, que en esta lucha con invisibles enemigos pareció acabar de desangrarse por su herida y morir en espantosa agitación.

## *Aviso de Nantes*

**A**L señor Herman Cartelegar, criado de Su Excelencia Don Bernardino de Mendoza, de Su Católica Majestad con este Rey de Francia.

*Ya habrá advertido a vuestra merced el señor Isoardo Capello cómo llegué a esta villa de Nantes a último del pasado mes de diciembre. Y el ruin estado de los caminos, la turbación en que he hallado después que vine este reino de Francia y otros respectos han demorado me partiese para París tan presto como era mi deseo.*

*No hablan aquí de otra cosa que de la muerte que este rey mandó dar al duque de Guisa y a su hermano el cardenal, que lo habrá sentido mucho nuestro señor Don Bernardino, por ser nueva e inesperada desdicha que nos envía Dios tras las que nos arrojó con el mal suceso que tuvo la armada que fue contra Inglaterra. Su Majestad lo sentirá más, como todos los católicos, por perder con el duque el más firme sostén que la religión tenía en Francia y quedar su causa tan expuesta y en riesgo como se ve, que por ser él hombre tan respetado y querido e indiscutida cabeza de la Liga, no veo yo quién podrá tomar su lugar en lo venidero. Ahora que este rey se ha quitado al fin la máscara y descarado, temo mucho por la persona de Don Bernardino, pues siento no dejará de intentar por todos los medios vengarse también de él, por la ojeriza que le tiene, en particular después de haber echado de su lado al canciller, al secretario Villeroy y a los más principales ministros que tenía y le ponían algún freno, y con estar tan fatigada y enferma la reina madre, por cuyo consejo él en todo se gobernaba.*

*Corre aquí voz de que este rey, olvidando los pactos que últimamente hizo con el de Guisa, se concertará con el hereje Enrique de Navarra y lo admitirá por su heredero, y que juntos irán a poner sitio a París por someterla, que después de tomar sobre el duque la venganza que se ha visto, todos sienten que querrá vengar también la afrenta que esa villa le hizo de arrojarlo fuera. El dicho Enrique de Navarra se afirma ha hecho liga con la reina de Inglaterra para que, en trueque de los socorros que le mandará, se le dé la plaza de Calais que ella perdió años atrás.*

*También se ha entendido aquí cómo el duque de Saboya ha entrado en el marquesado de Saluces y cada día llegan noticias de nuevos tumultos y novedades, que parece se va deshaciendo este reino tan presto que no quedará cosa de él, pues por todas partes cunde el desorden y no va quedando villa ni señor que no se declare soberano de sí mismo.*

*Lo que en Irlanda pasamos referiré a vuestra merced con más prolijidad a boca cuando llegue a París, que ahora bastará con decir que fue con harta fortuna que salimos de la villa de Galway, adonde tenían preso a mi criado el mozo Guillaume por un caso tan raro y notable que no lo creeréis cuando lo escuchéis. De Galway pasamos a esta villa de Nantes en seis días de muy mala navegación en medio de fuertes vientos y recias borrascas, que doy muchas gracias a Dios, tal como fueron los tiempos, de que no nos fuéramos a fondo. Entendiendo habíamos llegado aquí desde Irlanda, mandó de El Havre el piloto general de la armada de Su Majestad, Don Marolín de Juan, le diéramos completa relación de cuanto habíamos pasado y visto en Irlanda, como luego lo hicimos, que siento tendrá él mucho de qué maravillarse al leerlo.*

*Ruego a vuestra merced mire la relación que va con ésta de un Gaspar de Zuazo, mercader de Pasajes y muy conocido de Don Juan de Idiáquez, en cuya nave hicimos nuestra jornada hasta Nantes, y le favorezca en lo que pueda con Don Bernardino para que se le haga merced, pues nos socorrió y amparó cuanto pudo a riesgo de perder su hacienda y aun su vida, que yo no he podido darle en correspondencia sino los pocos dineros que me restaban de los que me entregó vuestra merced. Ha partido ya a España con su nave y los duplicados de los despachos de Don Bernardino para Su Majestad que le entregó el Isoardo Capello.*

*Las cosas que traté en Escocia se las referiré a vuestra merced a boca, que espero hayáis hablado con Don Bernardino en el negocio que en otro aviso os comuniqué del modo de pasar en Flandes los*

*españoles que allí quedan, que serán quinientos y más, que dejé muy encaminado con unos mercaderes de allí, y el solo estorbo que hay en esto es quién dará el dinero que ellos piden, que subirá a tres mil o cuatro mil escudos.*

*Con el obispo de Derry y un Francisco de Cuéllar, capitán del galeón San Pedro, traté del paso en Escocia de los pocos españoles que aún quedaban con la vida en Irlanda, a los cuales dieron su refugio y amparo los señores de aquella tierra, el anciano Mac Donnell y su hijo, y confío habrán llegado ya en ese reino. De Don Alonso de Luzón y Don Rodrigo Lasso de la Vega se cree quedaban aún con la vida y prisioneros, que los demás caballeros y capitanes se tiene por cierto los mataron en el camino y al poco de llegados a una villa de esa isla nombrada Drogheda. Mi criado Guillaume me dijo habló en la prisión de Galway a Don Gonzalo de Córdoba y a su tío Don Luis, deudos del marqués de Ayamonte, y quedaban con la vida cuando partimos. A todos los demás españoles que vinieron a caer en manos del gobernador de allí, que es un Richard Bingham que sirvió en Flandes por los rebeldes antes de venir en Irlanda, se sabe los degollaron sin piedad.*

*Por no hallar manera de que regresara en Escocia, ha venido en Nantes el Patrick Bostok irlandés en quien me recomendó vuestra merced fiara, y fue con mucho acierto el hacerlo, pues me ha servido en todo muy cumplidamente. De él entenderéis luego los más frescos avisos que se tuvieron de Inglaterra, que son de últimos del pasado noviembre, y que confirmaban en todo la sospecha que se tiene de que esa reina da mucho calor al Drake para que arme sus barcos y los de la dicha reina para ir contra España, que los más creen irá su intento sobre Portugal con más de cien velas y bajo el nombre del Prior de Crato, y arman a tanta furia que no extrañaría lo hicieran antes de la primavera, y aun este mismo invierno. El genovés que vuestra merced conoce está en casa del Horacio Palavicino avisó como así lo había él escuchado tratar con el dicho Don Antonio.*

*Doña Isabel queda con buena salud y muy deseosa de reunirse con su señora madre, a quien suplico entregue vuestra merced la letra que con ésta va para ella anunciándole nuestra llegada en París, que espero en Nuestro Señor será de aquí en cinco días, a quien ruego conserve y prospere vida y hacienda de vuestra merced como yo lo espero. De Nantes, a 12 de enero de 1589.*

*Don Juan de Forcada.*

*Antiguas faltas*

**E**L carruaje avanzó por la rúa de San Antonio y luego dobló por la de Santa Catalina. Doña Constanza de Beaumont apretaba contra su pecho una carta que había leído y releído cien veces durante estos últimos días, y sus ojos miraban con impaciencia el lento paso de las mulas, que parecían no tener intención de llegar nunca al lugar de la cita.

Cuando llegaron ante el convento de Sainte-Catherinedu-Val-des-Écoliers, el carruaje se detuvo y uno de los criados de Doña Constanza bajó a anunciar la venida de su señora. Ésta descendió temblorosa del coche y un criado del padre Alderete la acompañó hasta el claustro.

Ya antes de que la vieran sus ojos, adivinó Doña Constanza la cercanía de su hija, cuya figura se hizo al poco visible avanzando a su encuentro con paso presuroso por la galería.

Cuando se hallaron tan cerca la una de la otra como para poder ya tocarse, la madre rogó a Doña Isabel que aún no la abrazara, y se quedó mirando a su hija un largo espacio de tiempo, embebiéndose con esta visión.

La mirada de la madre penetró los trabajos que la hija había pasado en aquel año transcurrido, y cómo Doña Isabel no sólo había despertado en la esplendidez de la hermosura que ahora señoreaba su figura, sino que también se había avivado en ella una nueva determinación que observaba en la firmeza de su boca, además de algo más hecho, profundo e indefinible que veía estampado en el fondo de los ojos de su hija.

—Es condena de los padres —dijo— dar de su propia carne lo que luego la vida reclama para sí, que todo este tiempo que he desesperado de no poder teneros de nuevo a mi lado os recordaba como a niña, y veo ahora lo distinta que ya sois...

Luego las dos se estrecharon en un largo abrazo, mientras Doña Isabel le decía:

—Aunque mucho haya mudado, y acaso más en el fondo de mi ánimo de lo que yo misma sepa representarme, vuestra hija soy y seguiré siendo, madre mía, y siento tan gran gozo de escuchar ahora vuestro corazón latir al lado del mío, que ninguna duda y pesar me toca ya, pues estoy al fin con vos.

Estas palabras de su hija conmovieron tanto a Doña Constanza que sus lágrimas de contento la ahogaron más que antes, y quedó prendida de Doña Isabel sin saber cómo desasirse de ella mientras le decía al oído mil ternezas, que los demás que en el claustro lo contemplaban por haberse llegado ya al lado de las dos mujeres quedaron en profundo silencio, no atreviéndose a demostrar su presencia por no estorbar la

escena de que eran testigos.

Como después advirtiera Doña Constanza que aguardaban allí cerca el padre Alderete, el capitán Forcada y Guillaume, sin soltar las manos de su hija, fue saludando a todos, y dirigiéndose primero al criado del capitán, le dijo:

—A vos, junto al señor de Forcada, debo la dicha de volver a encontrar a mi hija con la vida, y sé por lo que ella me ha escrito pusisteis la vuestra en peligro por conservar la suya, que no poco deseo tenía yo de conocer a vuestra merced y agradecer el servicio que me habéis hecho, demás de ver por mí misma el rostro y hechura de persona que Doña Isabel en tanto aprecio tiene.

Mientras el mozo respondía a su saludo con aturullada cortesía, se estuvo Doña Constanza mirando a Guillaume con penetrante y cavilosa sonrisa, y luego añadió:

—Es vuestra merced un esforzado y gallardo gentilhombre y, como se ha visto, de muy buenas y honradas obras, y aún veo en vuestros ojos el espejo de lo que ya antes he visto arde en los de mi hija Doña Isabel. Que si como yo confío, su majestad da licencia a mi esposo para que en breve de Turín retornemos en España, habré yo mucho gusto en trataros más si allí venís, y consentiré continuéis tratando a Doña Isabel si, pasado el tiempo y madurada la opinión, ambos seguís deseándolo y, como vuestros buenos hechos prometen, crecéis en honor y opinión de nuestro rey. Que ahora no sería prudente que más os prometiera...

Guillaume enrojció un tanto con estas palabras y cruzó una mirada con Doña Isabel cuyo significado a ninguno de los presentes se le escapó, y por esconder su turbación tanto como por cortesanía, el mozo hizo una graciosa reverencia y besó la mano de Doña Constanza.

Después de esto, la dama se dirigió más en particular a Don Juan y le dijo:

—Ninguna palabra que dijera podría encarecer cómo estimo el servicio que me habéis hecho con traer a mi lado a esta mi hija, que con ver vuestra merced mi contento y turbación sabrá excusar no sepa yo cómo pagar el bien que me habéis hecho...

—Por bien pagado me doy con verla ya a vuestro lado —contestó el capitán— que antes soy yo el que está en deuda con vuestra merced por haberme confiado la empresa de ir en su busca, que por esta causa he conocido yo a quien nunca creí vería y que ahora estimo como a verdadera hija, y os ruego me permitáis tenerla en adelante por tal...

—Las extrañas mudanzas de la vida os arrebataron lo que por sangre y natura os pertenecía, Don Martín —intervino Doña Isabel—, mas aunque la vida no tiene vuelta ni el deber de cada uno puede dejar de ser el que es, mi corazón os reconoce y estima como a padre, y por tal os he de tener yo siempre en adelante. Que no espero yo menos del buen pecho del que hasta ahora tuve por mi único padre, sino que sin dejar él de serlo para mí como hasta aquí, me permita tratar a vuestra merced como el que sois.

Doña Constanza se conmovió mucho al escuchar hablar así a su hija y las

lágrimas volvieron a cubrir su rostro, ahora no de contento, sino de pesar y remordimiento. Volvió su mirada hacia el padre Alderete, que tan bien conocía el discurso completo de aquella antigua historia, como si deseara hallar en él alguna palabra de consuelo, y el sacerdote dijo entonces:

—Bien se dice «*Diem adimere aegritudinem hominibus falsum est*», pues que el tiempo no cura los pesares del ánimo. Toda mi vida he llevado yo el peso de la falta que vuestras mercedes conocen, que habiendo yo como sacerdote dado el sacramento del matrimonio a un hombre y a una mujer que se amaban, y conociendo cómo es este vínculo indisoluble ante Dios, vendí luego esta verdad palpable y mi conciencia al dinero y la conveniencia. Lo hice de una parte por codicia, de otra por salvar del escándalo a Doña Constanza, y por fin, por vengarme de un engañoso amigo. Ninguno de los tres que entonces pecamos y ahora estamos aquí ante nuestra pasada culpa podemos hacer ya otra cosa que rogar a la misericordia de Nuestro Señor se nos absuelva por ello. Mas si a los ojos del mundo luego Doña Constanza casó con vuestro hermano Don José y tuvo por hija legítima a Doña Isabel, entiendo que de nada serviría remover con nuevo escándalo el escándalo ya enterrado del pasado. Que sea Dios al final juez único del caso, y confiemos nosotros en su prudencia y bondad. Ame y respete Doña Isabel a quien hasta ha poco tuvo como padre, pues con corazón de padre siempre con ella se portó, y agradezca a la providencia de Nuestro Señor haber llegado a conocer la verdad, que por inconveniente que sea, siempre es mejor que el engaño, y estime en su corazón también al padre que la sangre y la natura le dio.

—A lo menos, de mí sé decir —continuó Doña Constanza— que perdoné hace mucho tiempo el engaño que Don Martín me hizo, y que sólo me pesa ya en mi conciencia la traición que, apretada por las circunstancias, hice a su persona y votos sagrados que le di. Como esposa me di luego a Don José y nunca me he apartado de lo que como tal debo a mi marido. Pero en el medio de estos años no he olvidado mi falta, y como padre verdadero de mi hija y por el amor que como mujer le tuve en otro tiempo, no he dejado de rogar a Dios que a Don Martín amparase y protegiese, y que a mí me perdonara. Que en cuanto a la honra y estima de los suyos que él perdió con su antiguo proceder, la ha recobrado de sobra con su pecho y trabajos en todo este tiempo desde que salió de España, y así puede otra vez usar de su verdadero nombre y linaje, que conozco cómo su hermano y mi esposo Don José, por lo que le debe y es además justo, no estorbará ya que se le reconozca como el hijo de quien es.

Forcada calló un momento y luego dijo por su parte:

—Quien fui en otro tiempo murió el día que salí de España, y aunque los demás entiendan otra cosa y el mismo cielo me disculpara mis faltas, yo por mi parte hice voto de no volver a emplear el nombre que, por mis pecados, mis propios padres me retiraron de hijo suyo. En buena hora recibiré el perdón de mi señor hermano y por mi parte le perdono de todo corazón los malos hechos que alguna vez me hizo, pero Don Martín López de Ayala murió y no existe más, y mi sólo linaje es el que nació

conmigo y con mi persona morirá, que es el de Juan de Forcada.

Muy conmovido, el padre Alderete pidió a todos pasaran a la iglesia a dar las gracias a Dios y a Santa Catalina por el venturoso reencuentro, y así lo hicieron ellos.

*La merced de Forcada*

**A** últimos del mes de mayo recibió el capitán Forcada aviso del señor Cartelegar de que fuese a hablarle a la casa del embajador Mendoza, que tenía algunas nuevas de sustancia que darle.

—Por hallarse él hablándole al duque de Mayenne y a los del Consejo de la Unión, mi señor Don Bernardino me ha pedido os entregara estas cartas que llegaron los últimos días y os importará conocer.

Forcada tomó los papeles y antes de abrirlos y comenzar a leerlos, preguntó a Cartelegar por la salud del embajador.

—Anda su excelencia con muy ruin vista, que es lo que con más trabajo le tiene, pues demás de la catarata que se acordará vuestra merced tenía él en el ojo izquierdo, ahora va perdiendo la claridad con que veía con el derecho, que es una de las causas por que tiene pedida a su majestad licencia para volver en España, pues aquí ya tan mal le puede ir sirviendo...

El criado de Don Bernardino se abrió al capitán y además de la casi total ceguera del embajador le refirió con gran sentimiento el cuidado con que el presente estado de su señor le tenía:

—No lo conocería vuestra merced si lo viese ahora, que en el último año parece hubieran pasado otros diez por su persona, que la causa de ello es el estado de las cosas de aquí y cómo se van perdiendo desde que sucedió la rota de nuestra armada y la muerte del duque de Guisa...

Cartelegar siguió contando cómo el rey de Francia había exigido a Felipe II la retirada inmediata de Mendoza, y aunque el embajador la deseaba para descansar de tantos años de trabajo, y su majestad quería concedérsela, aguantaban ambos la ojeriza de Enrique III contra Don Bernardino y las cosas de España por no hacer demostración ante el mundo de que ninguno les imponía lo que habían de hacer.

Su majestad había enviado a París a Don Juan de Moreo por descargarle de algunas inquietudes y que entendiera en los tratos con el duque de Parma en Flandes y con el duque de Mayenne y la Liga aquí. Pero había resultado el Moreo persona de mucho punto y que se daba unas ínfulas y autoridad que irritaban sobremanera a Don Bernardino, poco dado a sufrir que ninguno le viniera a enmendar, que ya en más de una ocasión se habían levantado la voz y casi llegado a las manos.

El propio duque de Mayenne era otro constante cuidado y disgusto para el embajador, tan distinto era de su fallecido hermano el duque de Guisa. Vano y codicioso, sin gallardía que despertara el mismo amor que por su hermano había

tenido el pueblo de París, ponía su ambición por delante de la causa de la religión católica y a duras penas le seguían reconociendo por cabeza los señores católicos y los Dieciséis que gobernaban París.

Y lo último que tenía a Don Bernardino fuera de sí es que hubieran osado tomarle los despachos que para el rey llevaba y la misma persona de su confidente y correo Hans Oberholtzer, a quien el embajador estimaba como Forcada ya sabía, que además de ser contra el fuero que tienen los legados que representan a su soberano ante otro príncipe, se veía era artimaña del rey de Francia para mostrarle la inquina que le tenía y forzarle con el temor de mayores rigores a que se volviese a España.

—Mas apartemos estos negocios un momento y vea vuestra merced los papeles que le he dado, que creo le dará algún gusto el leerlos... —pidió Cartelegar al capitán.

El primero era un aviso que enviaba Gaspar de Zuazo desde Bilbao y decía:

*A Don Juan de Forcada le interesará entender algunas nuevas que me han venido los últimos días de Irlanda en un papel que me manda el factor que allí tengo. Los herejes de Galway habían esparcido la voz de que se había dado muerte secreta en la cárcel de la dicha villa al borgoñón que estaba allí preso, y esto por esconder lo mal que les salió el tiro de querer matarlo a la vista del mundo, que no hay persona que lo crea ni que deje de burlarse de la instancia con que procuran ellos sembrar su embuste. Y con la misma intención de engañar, en el postrero día de marzo quemaron en la plaza mayor de Galway a una mujer anciana que cargaban con ser hechicera y dar voz a falsos pronósticos. Mas aunque los hombres del gobernador Bingham hicieron gran grita era ésta la que nombraban Dama de Borgoña, ni los mismos herejes lo creen, sino que quemaron a una pobre mujer sin culpa por hacer su demostración. Antes ha corrido con más fuerza desde entonces la voz de que la dicha Dama está en salvo y ha sido vista por muchas partes distintas de esta isla. Y los que tal afirman, dicen también que les ha certificado escapó a España El Ungido arribado de Borgoña, y que a su tiempo volverá en Irlanda con un águila a la cabeza de los soldados de Su Majestad Católica, y que esto será de ahora en catorce años. Da fuerza a este pronóstico y fe que se tiene en que el dicho borgoñón escapó, el no haber aparecido una antigua y sagrada cruz que éste llevaba como muestra de su condición de descendiente del duque de York, que de haberla en sus manos el señor Bingham la hubiese mostrado como prueba incontestable de que se había ajusticiado al mozo.*

*Los deudos del marqués de Ayamonte que estaban presos en la cárcel de Galway fueron llevados en Inglaterra, poniéndoles por prisión la casa de un genovés principal que está en Londres y es muy privado de la reina y del tesorero lord Burghley, y la reina ha puesto un alto rescate por los dos, que se dice no baja de los tres mil escudos.*

*El mismo día que nos partimos de Galway apareció muerto por el hierro en lugar cerca del puerto el español Robledo, que servía al gobernador y hay quien dice que aun al secretario de la reina de Inglaterra Francisco Walsingham. Y la causa de que le acabaran no se ha conocido hasta ahora, sino que el dicho gobernador mandó luego se hiciera pesquisa y se prendiera a un Gerald Comerford, espía inglés, que se piensa fue quien le dio muerte y después se huyó.*

*El capitán me leyó luego de su voz el pasaje de este aviso con mucho contento y orgullo, para que yo lo entendiera, y después de hecho esto abrió un despacho que venía para el embajador Mendoza del señor Don Juan de Idiáquez y cuya sustancia era:*

*Su Majestad ha visto el memorial que le envió vuestra merced de los servicios de Don Juan de Forcada y me ordena se conteste al dicho señor de Forcada cómo se ha llevado aquí la cuenta de sus servicios, y por la satisfacción que Su Majestad tiene de cómo en más de veinte años le ha servido en sus ejércitos y en las inteligencias que por vuestro mandado se le encomendaron, ha ordenado al secretario de su Consejo de Guerra provea en su persona el cargo de capitán de la milicia del partido de Almagro y Ciudad Real, y al del Consejo de órdenes se haga la información para que se le dé hábito de la Orden de Santiago y se le provea asimismo de la primera encomienda que vaque de la dicha Orden. Y a vuestra merced se le ordena se dé al dicho Don Juan ayuda de costa para su viaje a España*

*de hasta doscientos ducados de lo que para gastos extraordinarios os reste, o se tomen del último crédito de diez mil escudos que ya se os ha enviado.*

Cuando ya nos despedíamos del señor Cartelegar, éste me hizo seña de que le viniera a hablar aparte y me dijo con una divertida sonrisa:

—Le interesará a vuestra merced conocer que se ha sabido de Turín cómo ha llegado allá Don Joseph Vázquez de Acuña, que va por embajador de su majestad ante el duque de Saboya en sustitución de Don José de Ayala, el cual tendrá asiento en el Consejo de Estado y regresará en España en las primeras galeras que se partan de Génova...



CARLOS JAVIER CARNICER GARCÍA (Ciudad Real, 1963) es profesor de Historia en un Instituto de enseñanza secundaria de Ciudad Real, escribe habitualmente artículos y reseñas en la revista *La Aventura de la Historia*. Es coautor de *Sebastian de Arbizu, espía de Felipe II. La diplomacia secreta española y la intervención en Francia* (1998), *Espionaje y traición en el reinado de Felipe II. La historia del vallisoletano Martín de Acuña* (2001) —que recibió el Primer Premio de Investigación Diputación de Valladolid 1999— y *Espías de Felipe II. Los servicios secretos del Imperio español* (2005).

*Forcada. El secreto de la Reina Virgen* fue su primera novela y el principio de una saga de la que *La cruz de Borgoña* constituye el segundo volumen.